832

14832

194
245

MARINA

MARINA

—

NARRACION HISTÓRICA

133

POR

ÁNGELA GRASSI

HIJOS DE SANTIAGO RODRIGUEZ
LIBRERIA
BURGOS

MADRID, 1877
Tipografía de GREGORIO ESTRADA
Hiedra, 7

Es propiedad de la autora.

PRÓLOGO

Hace algunos años, un jóven con quien nos ligaban los vínculos de la amistad más acendrada, habiendo sufrido los desaires de la suerte, cayó en un hondo abatimiento. La juventud presuntuosa no quiere ser contrariada; la juventud, falta de experiencia, cree que existen acá abajo bienes duraderos y males incurables. No sabe que, como renueva la naturaleza sus matices, cambian los hombres de ideas y que ensalzan ó deprimen segun el capricho del instante.

Nuestro amigo pasó del abatimiento á la desesperacion y de la desesperacion al escepticismo.

Como los hombres se habian reido de sus aspiraciones de niño, graduó á todos los hombres de malvados, y odiando la existencia, por dos veces intentó el suicidio. Por último, llena de hastío y de hiel el alma, determinó emprender un largo viaje que le alejase de los objetos á los cuales aborrecia, y visitó sucesivamente Francia, Italia y Alemania, sin que la novedad de trajes y costumbres disipase su tristeza. Desesperando ya de hallar el

sosiego apetecido, pasó á Rusia, y la casualidad le llevó á Nijni Novgorod, que es una de las ciudades más deliciosas del imperio moscovita.

Situada en la confluencia del Oka y del Volga, en medio de una llanura fértil y lozana, es el centro de casi todo el comercio de Rusia: comunica con el Norte y el Báltico por el Volga; con Moscou por el Oka y el Moskva; por medio del Kama, que desagua en el Volga, recibe las producciones de Siberia, el hierro y el cobre de los montes Urales, el oro y la plata de Kolivan, los berilos, amatistas y topacios de Netchinsk y las producciones de China; las del Mediodía de Rusia, de Persia y del Asia central le llegan, en parte de Astrakan, por conducto de las caravanas ó por el Volga inferior.

Nada, pues, tan variado como los trajes, usos y fisonomías de los mercaderes de diferentes países que forman casi el total de los habitantes de esta ciudad, ni nada tan risueño como el aspecto de sus bellas casas rodeadas de jardines y espejándose en las trasparentes aguas de ambos rios.

Tambien descuellan en ella notables edificios, entre los cuales los viajeros admiran dos catedrales, construidas bajo el modelo de la de Moscou y cuya magnificencia es sorprendente.

Cuando nuestro amigo visitó la de la Trasfiguracion, celebraban en ella una pomposa ceremonia. Las naves estaban revestidas de paño negro bordado en oro é iluminadas por mil cirios. El pueblo arrodillado formaba semicírculo alrededor de dos sepulcros de mármol cubiertos de flores y laureles, y sobre los cuales cada uno iba de

positando un perfumado ramillete, miéntras los sacerdotes, vestidos de pontifical, entonaban, acompañados por el órgano, tiernas preces.

—¿Qué solemnidad es esta? preguntó nuestro amigo á un venerable anciano, que la casualidad habia colocado á su lado.

El anciano le miró fijamente, y luego repuso con amable sonrisa:

—Sólo siendo extranjero pudierais ignorar cuán gratos recuerdos despierta en nosotros este dia. Leed el epitafio de esos dos sepulcros, y luego os diré lo demás.

En la base de los mismos estaba grabada con letras de oro la siguiente inscripcion:

«Aquí reposan el preboste Kosma-Minin y el príncipe Dimitri Pojarski, que se sacrificaron en defensa de la patria.»

—Si conoceis nuestra historia, repuso el anciano, sabreis cuáles fueron las hazañas de esos héroes, á cuya memoria el Emperador Alejandro mandó erigir ese soberbio monumento de bronce, y á quienes el pueblo ruso, despues de tres siglos, tributa tan piadoso culto.

—Dichosos ellos, exclamó nuestro amigo trasportado de entusiasmo, dichosos ellos que han legado á la posteridad un glorioso nombre.

—¿Sabeis, dijo el anciano, cuánta abnegacion, cuántos tormentos les habrá acaso costado el conquistarlo?

—¡Ay! exclamó nuestro amigo con desaliento; para el que es desdichado, sólo hay una esperanza: ¡la muerte! ¡Dichoso, pues, el que, muriendo, consigue un lugar en el templo de la fama!

—¿Sufrís? preguntó el anciano con interés.

—Tanto, que es una carga para mí la vida. Aquellos á quienes amaba han muerto ó me han vendido; mi ingrata patria me ha negado el justo premio de mis costosos afanes; ambicionaba una brillante posicion, y la fortuna me ha derrumbado del pedestal que me habia labrado con esfuerzos inauditos. He buscado la felicidad y no he sabido hallarla; ¿qué quereis que haga de la vida?

—¡Ah! dijo el anciano moviendo tristemente la cabeza; ¿por qué buscais un imposible? La felicidad no habita en la tierra; tiene su espléndida morada á las plantas del Eterno. La que á veces creemos ver acá abajo, es tan sólo su sombra, es su pálido reflejo, fugitivo y vago como el de estrella errante. Pero la que creemos ver aquí no habita en el palacio de los reyes, no asiste á los banquetes de los magnates; se oculta bajo las cortinas del conyugal lecho del pobre resignado; visita la mezquina casa del virtuoso. ¿Por qué colocais vuestra ambicion en las dignidades de la tierra? Los pajarillos no escogen las ramas salientes de los árboles para colgar de ellas su nido; léjos de eso, lo ocultan en el tronco y lo cubren con las hojas. Las tempestades conmueven hasta las raíces de los árboles corpulentos; pero los dorados insectos escondidos en el pétalo de una flor, apénas se aperciben de sus violentas sacudidas. Un rayo de sol, un beso de la brisa, una gota de agua del arroyo les basta para ser dichosos; ¿por qué ambicionan más los hombres?

Además; ¿creeis que la felicidad humana es digna recompensa del mérito verdadero? Si abrierais esa tumba hallariais un poco de polvo: ¿y qué le importan al polvo

esas pasajeras flores con que le honran? ¿Sería posible que Dios, tan infinitamente grande, tan infinitamente poderoso, se hubiese de contentar con dar en recompensa á la virtud la vana felicidad de un dia? ¡Ah, no! No es aquí para el hombre el lugar de la dicha, é insensato es el que cifra su ambicion en las cosas de la tierra.

Necio el que se entristece mucho con los reveses; necio el que se regocija demasiado con las felicidades.

El eterno reposo y el movimiento eterno son dos hipótesis. Las olas del mar, ya mugen y se encrespan, ya quedan sosegadas formando un límpido espejo; las hojas de los árboles suspiran y dormitan pendientes de las ramas; los astros lucen y se esconden; el bien y el mal no son continuos. ¿Por qué temer el mal si debe trocarse en bien; por qué jactarse del bien si debe necesariamente convertirse en mal?

El clavo de esta incansable rueda está fijado tras ese pabellon azul tachonado de estrellas, y allí deben dirigirse vuestros ojos si anhelais una felicidad verdadera; allí debeis buscar, y no en el engañoso aplauso mundano, el regulador inmutable de vuestras acciones.

Teneis el alma enferma; vuestro pesar me interesa, y tal vez la historia de Kosma-Minin curará vuestra dolencia.

Ved; la ceremonia ha concluido, las gentes salen derramando lágrimas de ternura; á mí, que soy considerado como descendiente del Preboste, me toca durante toda la noche el privilegio de guardar su sepulcro. Si quereis permanecer aquí os la referiré, y acaso halleis en sus desdichas una provechosa leccion de constancia en las tempestades de la vida.

Nuestro amigo aceptó la oferta, y escuchó de los labios del anciano la historia que vamos á trascribir á nuestros lectores.

Cuando salió del templo, se sintió henchido de una dulce conformidad con los decretos de la Providencia, que á veces castiga para otorgarnos doble premio, y de allí en adelante su sombría desesperacion se trocó en una santa tristeza, que no estaba exenta de indefinibles placeres, y su ódio contra el universo en un tierno amor hácia todos los hombres, débiles como nosotros, como nosotros sujetos á error; pero hijos tambien de aquel cariñoso Padre cuyo lema es: *perdon, caridad y tolerancia.*

CAPÍTULO PRIMERO.

Almas venidas al suelo
Para llorar y gemir;
Tended las alas al cielo,
Que está el templo del consuelo
Tras las nubes de zafir!

ANGELA GRASSI.

Un grupo de brumas negras en el fondo y coronadas de una aureola blanca y trasparente, ocultaba los últimos rayos del sol, cuya luz de un color rojo subido centelleaba á traves de los contornos recortados de las nubes.

Sus espléndidos reflejos se deslizaban por entre las hojas de las inmensas selvas que cubren las márgenes del Vístula, y salpicaban de púrpura los campos de esmeralda, pareciendo otros tantos tulipanes que ostentasen su encendida corola entre la grama.

En el centro del paisaje encantador que alumbraba el crepúsculo con sus variados tintes, descubríase la antigua ciudad de Sandomir, capital del Palatinado de su nombre, en Polonia, y formaban un extraño contraste sus profundos fosos, sus altos muros, sus casas de madera, y los altos y estrechos campanarios de sus iglesias, con la feraz vegetacion que desplegaba la naturaleza á sus plantas.

El Vístula, muy distante allí de su orígen, y olvida-

do ya del humilde lago que le da el sér en los montes Karpatos, corre mugiendo por su anchuroso cauce.

Allí no se acuerda ya del sitio en donde, pobre arroyo recien nacido, se desvia con respeto de cada tronco de árbol que el vendabal atraviesa en su camino, ó ante las rocas graníticas desprendidas de la cima de sus protectores montes.

Tan tímido es en su nacimiento y tan modesto, que basta un monton de arena para que se detenga confuso y avergonzado; basta una piedra sola para que se quiebre en mil hebras de plata y prorumpa en lastimeras quejas.

Nadie reconoceria allá en él al soberbio rio, que cerca de Sandomir, engruesado con sus mil afluentes tributarios, corre majestuosamente por su álveo, procurando imitar los mujidos de los mares sus rivales, y á veces, pareciéndole estrecha cárcel su cuenca, se desborda furioso, y siembra la muerte y la desesperacion por donde quiera.

En tanto que es mísero riachuelo, responde con apacibles murmurios á los saludos de la brisa y al canto de los pajarillos, y arroja una franja de espuma á las raíces de los árboles que le cobijan con su sombra; en Sandomir, trocado ya en caudaloso rio, arranca despiadadamente las encinas que estorban su paso, y hace despojos de su soberbia estos troncos venerables.

¡Imágen fiel del corazon humano!

El que franquea por primera vez la puerta del gran teatro del mundo, sintiéndose débil por su inexperiencia y su ignorancia, fija los ojos en el suelo, sonrie para hacerse agradable, y tiende por do quier sus manos, buscando ávidamente una mano que sostenga su vacilante paso: cuando impelido por los esfuerzos de la benévola multitud logra llegar á un sitio privilegiado, alza orgulloso sus miradas al firmamento, y se complace en pisotear á los que le han prestado su apoyo.

A medida que los reflejos del sol iban palideciendo,

aumentaba en poética belleza el cuadro que ofrecia aquel risueño paisaje.

Parecian prolongarse cada vez más las selvas por la dilatada sombra que proyectaban los árboles; las flores medio escondidas bajo un velo de verdor, se apresuraban á erguir su tallo y abrir su corola, cubierta con las perlas del rocío, para ofrecer un asilo á los insectos voladores; los pajarillos entonando sus cantos más armoniosos buscaban un nido entre el ramaje; y las aguas del rio, otras veces inquietas y zozobrantes, parecian entónces dormitar y no atreverse á interrumpir con su murmurio el silencio de la naturaleza.

De repente los negros nubarrones se dividieron, y el sol apareció por última vez, como un navío de oro perdiéndose en el anchuroso seno de los mares. El firmamento fué tomando por grados un azul más oscuro: las purpúreas nubecillas se trocaron primero en doradas, luégo en blancas, y por fin la luna apareció entre dos negras nubes, enseñoreándose del espacio.

La naturaleza terminó la oracion de la tarde con un suspiro, y se adormeció en los brazos del Creador del universo.

Al par que la naturaleza, dormian ya los habitantes de Sandomir, y el mitológico dios de los sueños agradables desplegaba su variado panorama de ilusiones y esperanzas ante sus espíritus tranquilos.

Un solo sér no dormia, juntamente con los ángeles encargados de velar el sueño de la naturaleza: era una melancólica doncella, inmóvil sobre el puente de piedra, que atravesando el rio, se apoya por sus dos extremos en peñascos informes y negruzcos, los cuales parecian entónces más agigantados por el manto de sombra en que se hallaban envueltos.

La jóven estaba silenciosamente apoyada en el pretil del puente, y sus ojos fijos en las movibles aguas del rio,

que retrataban la bóveda del cielo, y aquel paisaje, ántes tan riente, y revestido entónces con las sombrías tintas de la noche.

Cada vez que la brisa soltaba un ligero gemido, cada vez que los pájaros moviéndose en su nido hacian crugir las hojas de los árboles, la jóven lanzaba un inarticulado grito, y sus ojos animados por una viva llama se fijaban con más tenacidad en las aguas ondulantes, que borraban y reproducian mil veces el cuadro que se desplegaba en sus orillas.

De vez en cuándo la triste jóven dejaba caer la cabeza sobre el pecho y los brazos á lo largo de su cuerpo, y permanecia así durante mucho tiempo abismada en su sombrío desaliento. Otras veces alzaba sus ojos al cielo, como demandándole amparo, y un raudal de lágrimas se deslizaba por sus pálidas mejillas.

Esta jóven era la bella Marina, la hija del orgulloso Palatino de Sandomir, la hermana menor de los diez mancebos más apuestos y gallardos de entre la nobleza de Polonia; era la envidia de las doncellas por su belleza, la respetada por los ancianos, que admiraban su sabiduría, la bendecida del pueblo por su modesta dulzura, su infatigable caridad y su piadosa beneficencia.

Pero ¿por qué vertia llanto si derramaba el bien á manos llenas? ¿Acaso de los beneficios no brotan felicidades? ¿Acaso puede suspirar en el suelo quien evoca en todos los labios una plácida sonrisa?

¡Ah, sí! que no es la terrestre ventura patrimonio de almas justas.

Marina lloraba sola en medio del silencio de la noche, y hacía tres años que la luna rielaba en sus brillantes lágrimas.

¡Pero cómo explicaros el por qué de tan hondo desconsuelo, á vosotros, espíritus mezquinos, que todo lo someteis al cálculo, que subordinais al egoismo el sentimiento?

¿Cómo deciros que Marina amaba y lloraba su amor perdido, á vosotras, frívolas doncellas, que haceis un vil comercio de vanidad, del sublime sentimiento que nos asemeja al Eterno; á vosotros, jóvenes decrépitos, en quienes algunos buscados desengaños han marchitado las creencias; á vosotros, caducos ancianos, que para sondear el presente no podeis alumbraros con la luz de vuestro pasado, porque fué siempre opaco y tenebroso?

¡Ah! bien sé que una sardónica sonrisa entreabrirá vuestros labios, y sin embargo Marina aguardaba á su amante hacía tres años, y hacía tres años que lo lloraba tal vez muerto.

Y no era que el ambicioso Mnichek, su padre, no la hubiese llevado á la corte de Polonia para que el brillo de su hermosura deslumbrase los ojos de Uladislao, hijo del soberano; no era que éste, abrasado de amor, no hubiese rendido á sus plantas su futura corona, ni era tampoco que hubiesen descuidado el rodearla de lujo y de placeres, para borrar de su mente la pertinaz imágen adorada.

Marina habia resistido á las seducciones, habia despreciado las amenazas y habia preferido habitar, como desterrada, un antiguo castillo, cerca de Sandomir, que vender su corazon para subir al solio de Polonia.

La jóven habia perdido á su madre en la infancia, y su padre era de un carácter duro, atento sólo á sus ambiciosas esperanzas y sacrificando á ellas todos los afectos de su alma. Era Mnichek un déspota, opresor de sus vasallos, que les arrebataba el fruto de sus sudores para llenar ávidamente sus arcas, y Marina, dulce, benéfica y sensible, la que curaba todas las heridas y enjugaba todas las lágrimas.

Por lo tanto el padre y la hija no podian comprenderse; pero Marina poseia el corazon de sus hermanos.

Ellos comprendian su desconsuelo, y aprobaban aque-

lla inalterable fidelidad á un solemne juramento. Ellos, á pesar de la prohibicion de su inflexible padre, iban á verla en su destierro, llevándola en ofrenda mil pequeños dónes, fieles testimonios de su exaltado afecto.

Marina, dominando su tristeza, los recibia con la sonrisa en los labios, dando en cambio á cada uno acertados consejos para el porvenir, é infundiendo en sus corazones nobles esperanzas.

El dolor de la jóven no la habia hecho indiferente más que para consigo misma, y siempre se hallaba pronta á responder al llamamiento del dolor ajeno. Su melancolía era tan dulce que no despedazaba el alma de los que la rodeaban, y nunca habia manifestado ni el más ligero movimiento de despecho.

Léjos de eso, escuchaba sin impaciencia los relatos de las penas de sus vasallos, y nunca faltaba en ir á velar á la cabecera del lecho del enfermo desvalido.

Cuando se acercaban respetuosamente á hablarla, siempre hallaban una dulce sonrisa en sus labios, y podia decirse que su tristeza sólo revelaba la ausencia del placer.

Bien es verdad que pasaba el dia, halagada por la esperanza de que la noche la traeria en sus negras alas la ventura.

Cuando su amante habia pronunciado el postrer adios, los alados insectos reposaban en el cáliz de las flores, y Marina esperaba siempre volverla á oir en aquella misteriosa hora.

Muchas veces la sombra de los árboles habia reposado sobre la hierba, húmeda de rocío, sin que la hubiese desgarrado el paso fugaz del suspirado amante, y la doncella volvia á su casa con el alma hecha pedazos; pero al volver, entablaba misteriosos diálogos en voz baja con las aves y las flores, con las nubes y la brisa, y se secaba la amarga lágrima que oscilaba en sus párpa-

dos, para trocarse en una sonrisa de indefinible esperanza.

—¿Qué secreto pesar agobia á Marina, la de los ojos de cielo y cabello de oro? preguntaban á veces los curiosos pasajeros, al verla recostada grave y silenciosa en el alfeizar de la ventana de su antiguo castillo.

—La noble Marina llora á su perdido Jorge, al más bello mancebo de estos contornos, al más intrépido cazador de nuestros montes, al más dulce cantor de nuestros bosques.

Aprendieron ámbos á amarse cuando niños, y es el soplo divino del Señor el que ha abrasado de consuno sus dos almas.

Esto respondian las candorosas pastorcillas á las preguntas de los indiscretos pasajeros.

Pero si estos llevaban más léjos su curiosidad, si pretendian saber quién era el afortunado mancebo que poseia el corazon de Marina, y por qué el padre de ésta se mostraba tan poco favorable á sus amores, las jóvenes se ponian pálidas y decian en voz baja:

—Si llevais un traje bordado en oro y perlas, si sujetais los bucles de vuestra cabellera con anillos de diamantes, los poderosos se sonreirán al veros y os estrecharán la mano; pero si la suerte os arranca vuestras preseas, entónces los más leales negarán que os conocieron.

Y al pronunciar estas palabras, las tímidas pastorcillas huian, temerosas de tener que responder á alguna otra pregunta.

No obstante esta reserva, debida al temor de disgustar al prepotente Palatino, no por esto dejaban los habitantes de Sandomir de evocar en voz baja el recuerdo de Jorge y recordar su historia.

Historia triste por cierto, y que bastaba por sí sola para despertar las simpatías de los corazones sensibles.

Héla aquí, tal como la contaba la anciana Yola, aya, ó más bien madre cariñosa de la jóven.

Pero, para comprenderla, es preciso ante todo saber que Mnichek poseia el defecto de los espíritus vulgares: era supersticioso.

Un hechicero le habia predicho que su hija con el tiempo debia ceñir una corona, y ya desde entónces su exclusiva idea fué la realizacion de esta promesa.

Ahora bien; reinaba en Rusia Ivan IV, apellidado el *Terrible*, que fué sin duda el tirano más feroz que haya agobiado á la humanidad.

Esa poderosa nacion, compuesta de dilatadas comarcas, en cuyos dominios reinan los más opuestos climas, á la que rinden vasallaje diversos mares, y que parece destinada hoy á ser el árbitra de los destinos del mundo, cuenta apénas tres siglos de existencia.

Puede decirse que nació ayer, y que ha crecido con la rapidez con que crecen los gigantes.

En la época en que se efectuaron los extraordinarios acontecimientos que nos proponemos relatar, no estaba muy léjos aquel tiempo en que Rusia era la humilde tributaria de los tártaros, y en que los príncipes soberanos de Moscou, cuando llegaba un embajador de aquella nacion, salian á pié de la ciudad para recibirle, se prosternaban á sus plantas, y le presentaban una copa llena de *cumiz*, (1) oyendo despues, con la cabeza descubierta, y siempre de rodillas, los mandatos que debia trasmitirles de parte de su señor.

Eran, sin embargo, los rusos altivos y valientes, y sólo toscaban el duro freno inundándolo de espumarajos de cólera.

A mediados del siglo XV lució para ellos un dia sereno con el advenimiento al trono de Ivan III, de la familia de los Vassilievitch, que se apellidó el *Soberbio* y que

(1) Aguardiente espirituoso extraido de la leche de jumenta, que se bebe todavía entre los kalmukos.

sustituyó el título de czar al de gran duque que llevaban sus predecesores.

Quiso este príncipe romper de una vez el yugo que le sujetaba á los mogoles, y dió comienzo á su atrevida empresa con un acto que llenó de estupor á sus propios enemigos.

Cuando se presentaron los diputados del kan á recibir el tributo impuesto á los rusos, los mandó degollar á todos, dejando á uno solo con vida para que fuese á decir á su señor que Ivan se declaraba independiente.

Este acto violento, pero enérgico, dió márgen á sangrientas guerras entre ambas naciones; pero Rusia quedó vencedora, tremolando por todas partes el pendon de su conquistada libertad.

Ivan III murió en 1505, é Ivan IV, sucesor de Basilio IV, subió al trono, no imitando á aquél gran príncipe de su mismo nombre en ninguna de sus virtudes.

Apellidáronle á éste con justicia el *Terrible*, y puede decirse que aspiró á competir con Neron y con Calígula, sobrepujándoles muchas veces en crueldad durante el curso de su vida.

No mancharemos estas páginas con la sangrienta enumeracion de sus bárbaros decretos, que ejecutaba á veces por sí mismo. El robo de las doncellas y mujeres hermosas, la espoliacion ó la muerte de los que pasaban por ricos, el destierro ó el encarcelamiento de los metropolitanos que se atrevian á desaprobar su sed de sangre y exterminio, son los actos que, para su eterno oprobio, dejó consignados en los anales de su patria. Lo mismo se ensañaba contra sus amigos que contra sus enemigos: durante su reinado, no hubo vida, honra ni hacienda segura, y cuanto más alta era la cuna, más brillantes las virtudes, atraían más prontamente el hacha del verdugo.

Imposible parece que aquel pueblo viril y casi primitivo pudiese sufrir en silencio tan amarga servidumbre.

No siempre, sin embargo, los deudos de las víctimas se contentaban con derramar estériles lágrimas.

Viazemski, gobernador de la ciudad de Nijni-Novgorod, al saber que Ivan había hecho matar injusta y cruelmente á un hermano suyo, dió el grito de rebelion, se proclamó príncipe independiente, organizó un ejército, reforzado con todos los descontentos que corrieron á alistarse bajo su bandera, y marchó sobre Moscou.

La ocasion era propicia.

El sultan Selim amenazaba á Rusia; Segismundo, rey de Polonia, se mostraba hostil y los suecos y los tártaros devastaban el país.

Viazemski se coaligó con el kan tártaro Menglí, con objeto de derribar al tirano y parecia seguro el triunfo.

Pero la suerte que se le mostraba favorable al principio le volvió repentinamente la espalda. Menglí fué derrotado al pasar el rio Oka, y él tuvo que retroceder y refugiarse dentro de los muros de la ciudad rebelde. Tras una larga y heróica resistencia cayó ésta en poder de Ivan, que la trató con más benevolencia que la acostumbrada.

Viazemski huyó, buscando su salvacion en Polonia, y fué á pedir hospitalidad á Mnichek, padre de Marina, á quien le unian los lazos de una amistad muy antigua.

Aunque le vió fugitivo y miserable, Mnichek no olvidó que habia ceñido una diadema, no olvidó sobre todo que gozaba de mucha popularidad en Nijni-Novgorod, y que no todos sus partidarios habian depuesto las armas. Hasta la inusitada tolerancia de Ivan, le probaba que le temía y que su causa no estaba del todo perdida.

Merced á estas consideraciones, abrió las puertas de su palacio al príncipe, y le alojó, no como á un triste fugitivo, sino como á un soberano.

Habia robustecido esta determinacion, tan contraria á su avaro y egoista instinto, el ver que Viazemski lleva-

ba á la grupa un tierno niño, hijo suyo, en el cual adivinó al coronado amante de su hija. Dominado por esta idea, ofreció á Viazemski su apoyo para volver á Nijni Novgorod, en donde le esperaban ardientemente sus partidarios, y áun interesó en esta empresa á todos los palatinos de los alrededores.

Trataba nada ménos que de derribar á Ivan IV y poner en el trono al príncipe fugitivo.

Á costa de muchos esfuerzos logró, pues, Viazemski reunir un pequeño ejército de aventureros, con el cual penetró en el imperio.

Ántes de abandonar, empero, á Sandomir, Mnichek, que estaba íntimamente convencido de la realizacion de su sueño, exigió de su amigo que consintiera en desposar á su hijo con Marina, que apénas contaba cinco años. La ceremonia se efectuó tal como Mnichek deseaba, y Viazemski, dejando en Sandomir al esposo niño, partió, como hemos dicho, á su arriesgada expedicion.

Tan mágico influjo tenía su nombre en Nijni Novgorod, que al saber su marcha la ciudad se rebeló por segunda vez, y por segunda vez le aclamó por príncipe soberano.

Mas ¡ay! la fortuna no habia cambiado para él de semblante; fué cogido prisionero y llevado á Moscou, en donde Ivan IV le hizo sacar los ojos, exponiéndole así á las fieras, las cuales le destrozaron y se cebaron en él, delante de la multitud que asistia á este espectáculo y que á ejemplo del emperador batia palmas en muestras de regocijo.

Cuando la noticia de este horroroso castigo llegó á la ciudad rebelde, léjos de abatirlos, encendió los ánimos en nueva ira, y todos fijaron con amor sus miradas en aquel tierno niño de diez años, único vástago de un príncipe tan amado, escudándose con su nombre para continuar la lucha.

Mnichek, pues, no perdió la esperanza, y guardó consigo á Jorge, llamándole hijo suyo, dándole la educacion conveniente á un príncipe y llenándole de agasajos.

Cansado, no obstante, Ivan de la insolente jactancia de una sola ciudad contra todo su poder, mandó á ella cuantiosas fuerzas.

Nijni Novgorod sucumbió; pero quedó reducida á escombros.

Cuando Mnichek supo este acontecimiento, vió desvanecerse del todo sus esperanzas, varió de conducta respecto al huérfano, y el infeliz niño, falto de padre, de familia y de fortuna, fué ignominiosamente echado del castillo.

Jorje, que así se llamaba, contaba entónces doce años; pero aquel ultraje quedó grabado en su corazon con caracteres de fuego. Marina tenia siete; pero generosa, leal y amante, deploró la injusta conducta de su padre, y juró consagrar su existencia al triste huérfano, al cual consideraba ya como á su esposo. Jorge, en su desamparo, fué recogido por un anciano labrador de las cercanías de Sandomir, el cual le confió la guarda de sus ganados.

El príncipe, pues, se trocó en pastor, y aprendió á divertir con los dulces sonidos de la flauta su amargo desconsuelo.

Pero Marina le era fiel en la desdicha; la pobre niña no se olvidaba nunca de escaparse por la puerta falsa del parque al caer el dia, é ir á esperar á su esposo en la avenida del castillo. Allí los dos niños se arrojaban el uno en los brazos del otro, y permanecian largo tiempo llorando.

Jorge sabia que el Palatino nunca consentiria en revalidar su casamiento con la jóven, si no llevaba en dote una corona.

—Yo la conquistaré de laureles, decia el niño arrebatado de entusiasmo; yo juro conquistarla y rendirla á tus

piés, mi dulce esposa, aunque esté enrojecida con mi sangre.

Marina alzaba sus ojos llenos de lágrimas al cielo, por que sabia que Dios es el único que tiene en sus manos el destino de los mortales y puede dar la dicha.

Cuando se separaban, ambos estaban tristes y desolados; cuando se volvian á ver sus ojos centelleaban de alegría.

Nada habia más dulce que la ternura que se profesaban aquellos dos niños, ternura que se iba robusteciendo con los años, las lágrimas y las privaciones.

Jorge andaba toda una noche para coger una flor, que crecia entre los hielos, en la cúspide de los montes, y ofrecerla á su adorada; desafiaba las tempestades para postrarse un solo momento á sus plantas: Marina se privaba hasta de lo necesario para dárselo á su esposo.

Un dia, silbaba el viento, el trueno retumbaba á lo léjos, la lluvia caia á torrentes, y Marina no pudo esperar á Jorge en el lugar acostumbrado. Cuando éste llegó, á pesar de los elementos, y no halló á su adorada, quiso forzar las puertas del castillo. Las guardias le rechazaron y le obligaron á volver mal herido á su cabaña.

Así que Marina lo supo se descolgó por la ventana de su aposento, corrió desalada al traves de los campos, y fué á postrarse á la cabecera del lecho de su amante. Sólo cuando le vió fuera de todo peligro consintió en volver al castillo.

Este suceso produjo mucha sensacion en Sandomir, y llegó á oidos del Palatino.

Mnichek habia partido á la corte, despues de haber expulsado á Jorge de su casa, sin prever, falto como estaba de sentimiento, que éste pudiese abrigarse en el tierno corazon de su hija.

Cuando lo supo llegó al colmo su enojo, y como gozaba de mucho favor cerca del rey de Polonia, solicitó de él

la anulacion del contrato de Marina y la órden de destierro para Jorge, so pretexto de que su permanencia en Sandomir podia excitar la saña del czar de Rusia.

Provisto de ambos documentos, dió prontamente la vuelta al palatinado, y como un negro nubarron, preñado de lluvia y de rayos en el sereno cielo del estío, apareció á enturbiar el porvenir de los dos infelices esposos.

Jorge y Marina lloraron; pero él habia saludado veinte veces los renuevos de la primavera, y ella quince, ¡qué sinsabor puede á esa edad disipar los mágicos fantasmas que forjan las ilusiones? En ese bello período de la vida, el alma lo espera todo del mañana: confia á la par en los hombres, en la naturaleza, en Dios y en sus propias fuerzas: cree dominar el universo y vencer los imposibles.

Hacía algun tiempo que Yermak Timopheivitch, jefe de una banda de cosacos expulsados de su país por el gobierno ruso, habia descubierto la Siberia. Dotado de un carácter enérgico y de un espíritu atrevido, habia derrotado á muchos jefes de aquella region y habia rendido homenaje á Ivan IV, solicitando de él los medios de consolidar sus conquistas. Esto ofrecimientos habian sido acogidos por el czar, quien además de un perdon solemne, habia conferido á Yermak, por cédulas firmadas de su propio puño, el título de príncipe de Siberia. Se habian levantado con actividad en muchos puntos de este vasto territorio ciudades y fuertes, que asegurasen á los sucesores de Yermak la posesion de un país rico en metales y en piedras preciosas, y Jorge resolvió ir á ofrecer su espada á aquel conquistador, esperando por este medio rehabilitar su fortuna.

Todos los habitantes de Sandomir le amaban, todos se apresuraron á equiparle para el viaje; y para que Jorge pudiese presentarse á Yermak con una pequeña partida de tropas asalariadas, hicieron una cuestacion que produjo los más lisonjeros resultados.

Cuando ambos amantes se despidieron no pronunciaron ni un solo juramento, pues estaban seguros de amarse eternamente.

Jorge partió alegre, porque veía flotar delante de sus ojos el tornasolado manto de la esperanza: Marina quedó tranquila, porque tenia fe en Dios y en su propio corazon.

Durante los primeros cuatro años, la fama llevó constantemente á sus oidos el eco de los triunfos de su amante. La victoria seguia los pasos de Jorge, el cual dilató en muy poco tiempo las conquistas de Yermak con una facilidad asombrosa, y cuando este caudillo se ahogó en el Irtuche, el dia 5 de Agosto de 1584, Jorge fué el solo que se atrevió á proseguir sus portentosas conquistas.

Pasados los cuatro años, el clarin de la fama dejó de reproducir su nombre, y á la triste Marina no le fué dable ya saber ninguna noticia suya.

Unos decian que habia perecido á manos de las hordas salvajes, otros que se habia proclamado soberano independiente de una dilatada region, y que habia compartido su trono con otra esposa.

Marina se sonreia: Marina conocia por los latidos de su corazon que el de Jorge palpitaba todavía: Marina amaba con demasiada fe para creer desleal al objeto de su culto.

Y así pasó otros cinco años, teniendo que luchar con su dolor, con la inflexible voluntad de su padre, con el amor imperioso del primogénito de Polonia, con los homenajes de la grandeza, y con los ataques de la maledicencia.

Marina hacía como aquellos primeros mártires del cristianismo: la llama de su amor brotaba más viva del llanto y de las persecuciones.

Su padre despechado la confinó al castillo cercano á Sandomir, donde habia pasado su infancia, y era la época

más dulce de su vida la que veia deslizarse en aquel sitio, en medio de la soledad y pudiendo alimentarse de recuerdos. En cada suspiro del aura creia allí reconocer el eco de la voz de su adorado, su imágen en cada ola del rio, su aliento en cada perfume que las flores le mandaban.

Y Marina era feliz, tanto como puede serlo un alma separada de su alma compañera!

¿Es cierto que algunos espíritus privilegiados, desembarazados de las pesadas ligaduras de la materia, tienen comunicacion con los espíritus divinos?

Bien sé que este siglo calculador y materialista, este siglo en que el orgullo humano, porque ha acertado á sorprender algunos misterios de la naturaleza, cree poder leer de corrido en sus divinas páginas y sujetar sus milagros al dominio de su estéril ciencia, bien sé, repito, que este siglo ha tomado por lema el desprecio hácia cuanto no comprende.

Pero yo diria á los soberbios incrédulos, que esa misma naturaleza, muda para los espíritus groseros, está llena de sublimes melodías para el oido de un artista; que el estúpido sólo ve en la bóveda del cielo un lienzo azul sembrado de lentejuelas, y experimenta la misma sensacion al contemplarlo que experimentaria si examinase la embadurnada decoracion de un teatro, miéntras que un talento superior, comprende y adivina todas las maravillas que oculta ese dosel magnífico, interroga el curso de los astros, y siguiendo su huella, penetra con los ojos del alma hasta el sagrario de *Aquel* que es el sol de los soles rutilantes.

¿Por qué, pues, si reconocemos la diferencia que existe entre dos séres, la diversidad de comprension entre dos mentes, hemos de negar que algunos espíritus privilegiados se adelanten al comun de los mortales, y alcancen á entrever las regiones de la dicha? ¿Es razon que

neguemos la feraz vegetacion submarina, porque nuestra vista no acierte á distinguir sus sinuosidades al través de las aguas del Océano?

Volátil es el águila, y no obstante es la única en su especie que se atreva á tender sus alas hácia el sol y mirarle cara á cara.

Necio es creer las consejas del vulgo; pero más necio es dudar de algunos milagros de la creacion, cuando nos vemos precisados á confesar, sin comprenderlas, tantas maravillas como despliega á nuestros ojos en todos los instantes de la vida.

Marina se habia levantado en la mañana precedente á la noche de que hablamos, y habia corrido á arrojarse en los brazos de Yola.

Parecia un pálido lirio tronchado por el vendabal, y brillantes perlas surcaban sus mejillas.

Su aya nunca la habia visto entregada á un desórden tan completo, y exclamó sobresaltada:

—Alma de mi vida, luz hermosa de mi alma, única flor que perfuma mi existencia, ¿de qué procede tu desconsuelo? habla.

Es tu cariñosa madre la que te escucha, y está pronta á derramar el bálsamo del consuelo sobre todas tus heridas; habla.

Pero la emocion sofocaba á Marina, y en vano trataba de coordinar sus ideas extraviadas.

—Habla, repetia su aya dulcemente, tierno encanto de mi vida; habla.

La doncella apoyó su lánguida cabeza en el seno de Yola, y murmuró con voz débil:

—Le he visto! Le he visto! repuso enderezándose repentinamente, y con un fuego incompatible, al parecer, con su extremo abatimiento. Le he visto; pero no sonriendo y amante como otras veces, no rodeado de vivísimos resplandores y ciñendo una corona de diamantes;

no! Le he visto ensangrentado y arrastrándose como un reptil por el cenagoso cauce del rio.

Escucha:

Era de noche. La luna brillaba en el cielo como en el instante de su partida.... las aves dormian, la brisa suspiraba.... las aguas del Vístula eran tan trasparentes como el más brillante espejo ... Yo estaba apoyada en el puente, y contemplaba la estela de plata que dejaban en pos de sí los rayos de la luna. ...

De repente oí retumbar de peña en peña el hórrido estampido del trueno, un negro crespon cubrió la bóveda estrellada, y en lugar del suave resplandor de la luna, la atmósfera se tiñó de un sangriento reflejo.

Parecióme que á su luz siniestra se animaban las rocas y los árboles, y cruzaban delante de mis ojos en un raudo torbellino. Parecióme oir mil lastimeros gemidos mezclados con los ayes de los vientos, y el terror paralizó mis fuerzas. Aquellos gigantes de granito, aquellos fantasmas de cien brazos y cabellera de crugientes hojas proseguian dando vuelta á mi alrededor con una rapidez increible, y á do quiera que dirigia mis pasos me perseguian encarnizados..... Transida de terror evoqué su nombre.

Parecióme que los cimientos del universo se desquiciaban; un viento impetuoso barrió el suelo, arrastrando en pos de sí todos aquellos temidos fantasmas; las aguas del rio se separaron trasformándose en dos montañas de plata que terminaban en el cielo, y en el centro del abismo que quedó descubierto á mis ojos, vi pulular un extraño enjambre de mónstruos marinos y asquerosos reptiles.

Un hombre se arrastraba penosamente por encima de ellos y daba tales quejidos que me partian el alma.

Era Jorge.....

Me arrodillé en la orilla, le tendí los brazos..... El infeliz hizo vanos esfuerzos para agarrarse á los arbustos

que crecian en los lados de la profunda sima.... Tres veces intentó llegar hasta mí, y tres veces volvió á caer hasta el fondo del abismo..... Entónces de sus ojos brotó un rayo de fuego que iluminó toda la campiña, y de su pecho se escapó un suspiro que hizo estremecer los árboles y las peñas, las aguas y el firmamento.

Quise abalanzarme á él para salvarle ó morir en sus brazos; pero las dos montañas de hielo se trocaron de nuevo en vaporosa espuma, y el rio apareció otra vez á mis ojos como un unido espejo.....

Marina guardó silencio, y dejó vagar sus errantes miradas por los objetos que la rodeaban.

—¿Y bien? preguntó Yola con ansiedad.

La doncella la miró fijamente y repuso con voz sorda:

—Jorge no ha muerto, pero sufre; Jorge volverá en breve, pero volverá tal vez para morir en mis brazos.

—Pero, hija mia, esto no es más que un sueño de tu exaltada imaginacion.

—Cuando la materia duerme el alma se espiritualiza, y libre de su hetereogénea carga, se remonta hasta la esfera y mide con su vista de águila el porvenir de los tiempos.

Cuando una espesa niebla cubre nuestros campos, ¿qué es lo que aciertan á distinguir nuestras miradas? Ven confusamente el esqueleto de los árboles más cercanos, y lo demás del paisaje queda envuelto en una sábana cenicienta; pero si un rayo de sol rasga los opacos pabellones de la niebla y los disipa, nuestros ojos abrazan con delicia hasta el último confin del horizonte.

¿No has visto á la ciega Susana que reconoce por el sonido de sus pasos á las personas caritativas que ponen en sus manos una limosna, y no sabes que el sordo Kerisuff se jacta de que descubre la fortaleza de Ilimán desde la cima de nuestros montes?

Cuando los órganos de la materia yacen sin vida, los

órganos del alma alcanzan el más alto grado de intensidad que el Eterno les concede.

Jorge va á volver, madre mia, pero vuelve desgraciado. ¡No temas, yo me sobrepondré al dolor que desgarra mi alma! Si es infeliz le daré en prenda mi vida; si espira en mis brazos, alcanzaré, con mi sumision á los decretos eternos, la dicha de seguirle á su mansion gloriosa.

Es mi esposo, Yola, bien lo sabes.

Cuando apénas empezaba á formular la cotidiana plegaria al Salvador del mundo, me enseñaron á darle ese título sagrado y á mezclar su nombre en mis oraciones. Lazos que el Eterno ha sancionado, no pueden quebrantarlos los hombres por mundanas ambiciones.

Si el destino le hubiese sonreido, tal vez mi constancia hubiera flaqueado; pero miéntras sus ojos viertan llanto, siempre me hallará dispuesta á compartirlo. Dios, mi conciencia y mi amor me lo prescriben; mi amor, mi conciencia y Dios me darán fuerzas para vencer en la lucha.

Y Marina se arrancó de los brazos de su aya, para ir á postrarse ante la imágen de la que es dulce consuelo de afligidos.

Cuando llegó la noche, obedeciendo á la voz de su presentimiento, abandonó en silencio el castillo, y hé aquí por qué se hallaba inmóvil en el puente, fijos sus ojos en las relucientes ondas del rio, y recogiendo con avidez todos los vagos sonidos de la naturaleza.

La argentina campana de la Catedral habia dado las tres, y con tres lúgubres sonidos habian respondido simultáneamente todas las iglesias de Sandomir.

Marina sintió como otras tantas veces que fallecia su esperanza...

De repente creyó oir á lo léjos el sordo rumor de un cuerpo pesado que se arrastraba sobre la yerba...

Marina apartó los ojos del rio para fijarlos en el cercano bosque de pinos.

El ruido se acercaba, se acercaba sin cesar...

—Tal vez será algun oso, pensó la doncella estremecida.

Entónces corrió á la entrada del puente, y trepando por una roca saliente, se guareció bajo la protectora sombra de un árbol.

No se atrevia á respirar, temerosa de que la vendiera cualquier ruido. Poco á poco, sin embargo, pudo recobrar su serenidad primitiva, y examinando los objetos que la rodeaban distinguió una cosa informe que se deslizaba por la pendiente del monte; pero aquella cosa iba precedida de una figura humana cuya silueta se dibujaba entre la sombra.

Marina redobló su atencion.

Pronto reconoció que aquella cosa era un trineo arrastrado por un hombre.

Cuando éste llegó á la entrada del puente se detuvo.

—Ya hemos llegado, dijo en voz baja.

Un profundísimo suspiro respondió á sus palabras, y Marina vió salir del trineo dos rayos de fuego, como los que durante su sueño en la noche precedente habian iluminado la campiña.

—¡Ay! exclamó una voz doliente, ¡ay, amigo...! ¡Creia que mi alma era fuerte, y mi alma es impotente ya como mi cuerpo! Me siento desfallecer á la vista de esas casas... Ven, mi amigo, ven... ¡Enderézame algun tanto...! Que puedan mis ojos contemplar por postrera vez todo el paisaje...

El trineo se habia detenido en un sitio en donde reflejaban de lleno los rayos de la luna. El hombre que lo conducia cogió un tronco humano que yacia en el fondo del tosco carreton y lo sostuvo en sus brazos.

Aquel tronco era el de un hombre de perfecta belleza; pero al cual faltaban los piés y las manos.

Nunca los rayos de la luna habian iluminado un rostro más varonil ni que revelase una majestad tan altiva. Sus ojos despedian rayos de inteligencia, y sus cabellos negros como las alas del cuervo caían en largos bucles sobre sus espaldas. Su voz tenia aquel timbre sonoro que revela una voluntad poderosa y las aspiraciones del mando.

Pero en aquel momento su altiva frente estaba inclinada hácia el suelo, y un raudal de lágrimas brotaba de sus ojos.

El dolor habia impreso con sus indelebles pinceladas el sello del sufrimiento en aquel hermoso rostro.

Largo rato permaneció en aquel estado de abatimiento, guardando un sombrío silencio.

—¡Lo veis! dijo por fin su compañero con brusco pero sentido tono, esta emocion, por la cual hemos hecho tantos sacrificios, por la cual hemos atravesado dilatadas estepas y desiertos de hielo, os costará la vida!...

Una amarga sonrisa entreabrió los labios del desdichado jóven.

—¡Oh, no! repuso vivamente su compañero, no pronuncieis esa palabra cruel que adivino en vuestra sonrisa...

¡Por mí!... ¡Por mí que tanto os amo, rechazad tan triste idea!... ¡Ah! ¿por qué os habeis obstinado en visitar estos sitios? ¿por qué he sido débil en acceder á vuestro anhelo.

—¡Es la última vez, Alejo, la última!... Mira... ¿ves ese altivo castillo sombreado por los árboles? ¡allí está! ¡allí tal vez duerme la que jamás debo volver á ver... la que me rechazaria horrorizada!... Mira... aquella casita blanca, escondida entre los árboles, fué la choza hospitalaria en donde en mi orfandad hallé consuelo... Mira, mira, por estas laderas conducia mis alegres ovejas; por esos bosques perseguia infatigablemente las fieras; de-

bajo de aquel pino me esperaba todas las tardes *ella*... á orillas de este rio escuchaba sus tiernos acentos; y ahora... ¡miserable de mí!... ¡Alejo, Alejo, huyamos, huyamos pronto!..

¡Yo no sabia aún lo que era el sufrimiento!...

Y el infeliz se puso á sollozar con tanta fuerza, que parecia que iba á desgarrársele el pecho.

Alejo se dió prisa en dejarlo en su primera postura, y quiso hacer retroceder el trineo; pero el jóven lanzó un grito tan doloroso, como si le hubiesen clavado un puñal en medio del corazon.

—¡No! balbuceó, ¡no! ¡por piedad, no, todavía! Este espectáculo me mata, pero el alejarme de aquí es hundirme en el sepulcro.

—Pues bien, dijo Alejo con voz trémula, ¡quedémonos... la aurora está léjos aún... sobra tiempo para llorar!

Se arrodilló, apoyó su frente en el borde del trineo y prorumpió en sollozos tan amargos como los de su desdichado compañero.

¡Ah! desgarrador era el desconsuelo de aquellos dos hombres delante de la naturaleza que dormia apaciblemente; delante de la naturaleza que ostentaba todas sus galas, á la faz de aquel cielo tan sereno y trasparente.

—No llores, pobre Alejo, no llores, exclamó al fin el jóven con inexpresable dulzura. ¡Demasiada hiel hay en mi corazon para que la aumentes con tu llanto!

Alejo no respondió: los sollozos le ahogaban.

—Vamos, repuso el jóven, vamos, si he de causar en tí tal desconsuelo. Alejémonos en buen hora; renuncio á esta amarga felicidad que apetecia... ¡huyamos!...

—¡Qué importa mi llanto! repuso Alejo levantando su faz descolorida y mirando en torno de sí con ojos extraviados, ¿no soy yo la única causa de vuestros males, yo que habia recibido de vos la más noble limosna que pueda prodigar un noble caballero y un cristiano? ¡Yo, in-

grato, ingrato, que os precipité en el abismo de donde yo me escapé triunfante!

—Alejo, gritó el jóven desesperadamente, ¡no repitas ya esa historia; cálmate, cálmate, te lo ruego... huyamos!...

—Al asalto, al asalto, exclamó Alejo levantándose repentinamente y con ademan extraviado, ¡sus! ¡valientes, al asalto; el pendon de Viazemski ha de ondear sobre los muros de Risiska, pronto!... Suenen los clarines, relinchen los corceles, silben las balas, al asalto!...

Ved á los salvajes cómo se esconden detrás de las tapias, cómo disparan temblando sus saetas... ¡Ah! ¡ah! nuestros bravos corren en tropel á las trincheras enemigas; ¿pero quién va delante de todos? ¡quién les da el ejemplo! ¡Es él! ¡es nuestro jefe, es el intrépido conquistador Jorge Viazemski el que se abre camino, el que arranca y pisotea la enseña de los salvajes!

¡Vedle cuán bello está, desafiando el furor de las saetas! ¡Vedle volver triunfante al centro de nuestro ejército, como el Dios de las batallas! Los enemigos le siguen de cerca, ¿mas qué importa? Rápido como el torbellino, llega cerca de nosotros y está en salvo. Pero ¿porqué se detiene?... ¡insensato! ¿no ves que de un momento de retardo pende la salvacion de tu existencia?... corre... vuela... el tiempo urge... ¡Ay, es la compasion la que le impide el paso! Ha oido un suspiro exhalado por el último de sus soldados, ha visto una mano que se agitaba convulsivamente, ha oído una voz moribunda que imploraba estrechar por la última vez la mano de un cristiano...

Jorge es noble, Jorge es grande, Jorge es magnánimo: retrocede, se abalanza al moribundo... estrecha su mano... intenta cerrar sus ojos; pero se cruzan por encima de su cabeza un diluvio de flechas y cae en el suelo gravemente herido...

Los salvajes llegan: se arrojan sobre él... le arrastran consigo... ¡Bárbaros!... ¡crueles! ¡le mutilan horrorosamente á la vista de su ejército asombrado!

Alejo se detuvo un breve instante, y luego prorumpió con el más desolado acento:

—¡Por mí! ¡por mí! insignificante soldado, se cayó de vuestras sienes hecha pedazos la corona que habiais comprado con vuestra sangre! ¡por mí tan sólo, os veis reducido á tan infeliz estado!

—Alejo, dijo el jóven con dulzura, ya que has querido recordar esta terrible escena, recordémosla por entero. Mi ejército, compuesto en parte de salvajes sometidos, en parte de capitanes asalariados, al presenciar mi desgracia se dejó sobrecoger por un invencible terror y tomó precipitadamente la fuga.

Yo quedé en poder de los caribes, los cuales por un exceso de refinada crueldad, me dejaron la vida y me expusieron en una especie de cajon en la plaza pública, para que fuese objeto de las contínuas burlas y anatemas del desenfrenado populacho. ¡Cuánto sufrí entónces! ¡Yo, en la fuerza de mi juventud, yo, lleno el dia ántes de ambiciosos proyectos, yo, que en mi orgullo creia poderlo todo, yo, impotente ya, y sin esperanzas, aguardaba la muerte como el único remedio posible de mis penas. Tres meses pasé en este estado.

Pasado ese tiempo, ví llegar un buhonero ruso, cuyas facciones no me parecieron desconocidas, aunque recordaba haberlas visto descompuestas por las pálidas sombras de la muerte.

El buhonero traia mil fútiles objetos que agradaron muchísimo á los salvajes, y ofreció darlos todos en cambio de mi persona.

Yo carecia ya de importancia para ellos, y mi desconsuelo que tanto les habia divertido en un principio, empezaba á fastidiarles.

El trato quedó concluido: el piadoso buhonero me puso en el trineo en el cual habia conducido sus efectos, y me llevó consigo.

Tú eras el buhonero, Alejo; tú, causa inocente de mi desastre, que te consideraste gratuitamente como mi deudor y que vendiste cuanto poseias para rescatarme.

Tú, el más generoso de los hombres, abandonaste tu carrera, tu porvenir, tu patria, para identificarte con el infeliz mutilado, para consagrarle tu existencia y ser su único amparo en este suelo.

¿Qué iba á ser de mí? ¿qué me quedaba en el universo? ¡nada! ¡Tú enlazaste tu sér rico en porvenir y en esperanzas con el sér del que sólo debe considerarse como un viviente cadáver! ¡Tú me rodeaste de los cuidados que una madre prodiga á sus hijuelos, tú enjugaste con tus caricias mis ardorosas lágrimas, y cuando dije: «deseo ir á Sandomir por la vez postrera,» no perdonaste sacrificio para conducirme desde las heladas estepas de la Siberia hasta estos sitios! ¡Oh, Dios te bendiga, Alejo, Dios te bendiga, y ahora que se ha cumplido mi último, mi exclusivo voto, vamos á Uglitcher, y ella y cuantos me han amado ignoren para siempre que aún existo!

¡Ay Alejo! ¡ay de mí! ¡partir sin verla cuando estoy tan cerca de los sitios que ella habita...! ¡partir sin verla, cuando por encontrar úna vez tan sólo sus miradas daria mi existencia...! ¡Duerme...! tal vez mi imágen se representa en su sueño, mi imágen de otro tiempo... ¡Ah! ¡que no me vea jamás...! ¡que conserve aquél plácido recuerdo...! ¡Huyamos, Alejo, huyamos!

Alejo, destrozado de dolor, dió un violento empuje al trineo; pero una suave mano le detuvo, y una voz dulce como la de los ángeles murmuró blandamente:

—Jorge, ¿por qué quieres partir sin esperar á tu amante esposa?

Jorge lanzó un grito, su cabeza cayó hácia atrás, y sus ojos se cerraron.

Marina apoyó sus labios sobre la helada frente del jóven, y prosiguió con exaltada ternura;

—¡Por qué huir de mí si no has perdido lo que era de más precio á mis ojos, tu noble corazon? Vuelve en tí, Jorge mio, vuelve en tí, y contempla á tu lado á la que está decidida á compartir tu suerte.

El eco de su voz, tan suave como la del céfiro, penetró hasta el alma del jóven y le devolvió la vida. Jorge entreabrió los ojos, recobró sus sentidos, y contempló á Marina con una mezcla de extravío, de placer y de amargura.

—Viviremos los tres juntos, los tres solos, repuso la encantadora doncella. Existiremos con el corazon únicamente, y olvidaremos al mundo, embriagándonos con nuestra mutua ternura. Jorge, aún hay estrellas en el cielo cuando brilla la estrella del amor. Partamos. ¡Yo seré tu compañera, tu esclava, y me consideraré feliz cuando brille en tus ojos un rayo de esperanza!

Jorge escuchaba arrobado este sublime discurso, pronunciado con la más noble sencillez, y no hallaba palabras para responderla. Alejo se postró de rodillas ante ella y la adoró como á una santa.

Solo los ángeles podrian describir la embriaguez de la desgarradora y dulce escena que tuvo lugar entre aquellos tres séres, tan nobles y magnánimos.

Jorge, el valiente guerrero que no habia querido negar la limosna de una palabra cristiana al soldado moribundo; Alejo, el modelo de la exaltada gratitud; Marina, la mujer llena de abnegacion y de ternura.

¡Creeis acaso que el cielo es sin piedad porque priva á veces de todos los dónes materiales á algunos desdichados séres? ¡nó! Por mas que aflija á un corazon el infortunio, Dios le concede dulces é inefables consuelos, desconocidos de los felices y poderosos de la tierra.

Dios para cada herida reserva sus bálsamos inmortales, y cuanto es más profunda, más eficaz es el bálsamo que la aplica. No compadezcais demasiado á los que lloran: ellos en el santuario de su corazon hallan á veces tesoros de felicidades, comparables sólo á los que gozan los elegidos en el regazo del Eterno. Al lado de cada infortunio hay un goce, al lado de cada felicidad humana una punzante amargura. ¿No os ha acontecido á veces medir con los ojos del alma la posibilidad de que os agobie una espantosa catástrofe y creer que sucumbireis bajo su peso? Sin embargo, la catástrofe llega, y hallais en mil incidentes escapados á vuestra prevision, motivos de santas é inexplicables alegrías que os hacen llevaderas vuestras penas.

¡Y podria suceder de otro modo cuando el Arbitro supremo es un bondadoso padre, que cuida con esmero de todas sus más débiles criaturas?

Alejo y Marina permanecieron largo tiempo postrados á ambos lados del trineo, miéntras Jorge invocaba las bendiciones del cielo sobre sus puras frentes.

En vano quiso rechazar el sacrificio de su amada, en vano quiso que desistiera de su intento; Marina no oponia á su arrebatada elocuencia más que una razonada calma, que atacaba su razon, y destruia uno por uno todos sus temores.

Jorge quedó vencido.

Marina le arrancó la promesa de permanecer escondido todo el siguiente dia en aquellos alrededores, y de volver por la noche al mismo sitio.

El alba empezaba á blanquear la punta de los árboles, y la doncella, segura de la promesa de su amante, se separó de él para volver al castillo.

Las lágrimas no oscurecian sus ojos, los suspiros no levantaban su pecho; estaba resignada con los decretos del Eterno, y resuelta á cumplir su mision hasta la muerte,

Así que el sol esparció sus mil lenguas de fuego por la llanura, mandó un paje á Sandomir para rogar á sus diez hermanos que acudieran al castillo.

Aún no habian pasado tres horas, cuando nueve hermosos mancebos, montados en briosos corceles, pasaban el puente levadizo.

Marina los esperaba en el salon humildemente vestida. Los jóvenes que reverenciaban á su hermana tanto como la amaban, al ver que los recibia con aire solemne, presintieron algun extraordinario acontecimiento y aguardaron en silencio.

—Hermanos, dijo Marina con voz dulce, pero firme; se ha resuelto por fin el problema de mi vida. El que ha recibido mi fe ante los altares, vive; pero en lugar de la corona que ambicionaba para rendirla á mis piés, ha alcanzado una corona de espinas.

Creo de mi deber ceñir con ella mis sienes, y os he llamado para participaros mi irrevocable resolucion. Dicen las Sagradas Escrituras, que la esposa debe abandonar á su familia para seguir á su esposo; que la mujer nunca debe negar amparo á su marido desolado, y aunque el amor no me invitara á seguir á Jorge, el deber me impulsaria á hacerlo. Os he llamado para daros mi postrer adios; conozco la nobleza de vuestro corazon y sé que aprobais mi conducta. La hija del conde Palatino de Sandomir abandona desde hoy la mundana pompa, para ceñir su existencia á la existencia de un triste mutilado. Adios, hermanos, y dadme vuestra bendicion ántes que parta á cumplir mi sagrado ministerio.

Conrado, el mayor de los diez hermanos, quiso hacerla algunas observaciones.

Marina le atajó diciéndole con entereza:

—Sé que si quereis podeis oponeros á mi proyecto, y sin embargo, resuelta como estoy á llevarlo á cabo, os lo he participado confiando en la nobleza de vuestros senti-

mientos, y segura de vuestros caballerosos instintos. Habeis llamado á Jorge hermano, le habeis considerado como á mi esposo, os habeis acostumbrado á acatarle como á un príncipe, á quien reservaba el cielo una diadema, habeis compartido sus juegos infantiles, y no querreis que ahora le abandone en su desamparo y miseria, no querreis que yo muera de dolor en este recinto, cuando mi dicha estriba en vivir al lado del esposo que Dios, en sus altos decretos, me ha destinado en la cuna.

Habia tal acento de autoridad y dulzura en sus palabras, que sus nueve hermanos quedaron subyugados. Fortuna fué, sin embargo, para ella, que el décimo, llamado Uladislao, se hallara en Cracovia, pues era el más altivo, y se hubiera indudablemente opuesto á su designio.

Al tender otra vez la noche su estrellado velo, Marina salió del castillo acompañada de Yola, que no queria abandonarla, y de sus hermanos, que sólo la dejaron despues de haber recomendado á Jorge su ventura y de haber llenado el trineo con sus generosas dádivas. Marina, en su escrupulosa delicadeza, ni áun se habia querido llevar las alhajas de su madre.

Cuando los generosos mancebos se hubieron alejado, Alejo dió un violento empuje al trineo, y Marina abandonó los Estados en los cuales era soberana, para seguir en su miseria á un infeliz falto de recursos y esperanzas.

¡Oh santa y noble mision de la mujer! ¡Dichosa aquella que al volver á su celeste patria pueda mostrar á Dios el rebosante cáliz de las lágrimas que ha recogido durante su trayecto por el suelo! ¡Dichosa, oh sí, dichosa, mil y mil veces dichosa la que ha sabido imitar al mártir del Evangelio, dando su terrestre vida por el bien de sus hermanos!

En la frente de Marina al seguir á su esposo, brillaba esa sublime aureola de los santos que inunda de divinos reflejos el semblante.

Cuando las primeras luces de la aurora vagaron por el cielo, aquel trineo que contenia todo un mundo de felicidad y de amargura ya estaba léjos.

Nadie pudo penetrar el misterio de la desaparicion de Marina, y ni áun su padre logró jamás conocer este secreto, pues sus hermanos guardaron un religioso silencio.

Mil absurdas consejas circularon sobre este acontecimiento, hasta que por último, aunque tan extraño y misterioso, pasó como todas las cosas humanas al fatal y despótico dominio del pasado, que las conduce en su lúgubre carro á las eternas regiones del olvido.

No obstante, los habitantes de Sandomir pronunciaban muchas veces el nombre de Marina para bendecirle.

FIN

CAPÍTULO II.

Era el año 1604.

Ivan el *Terrible* habia muerto, dejando á sus sucesores una herencia de lágrimas en castigo de las que él habia hecho derramar á sus vasallos.

Y eso que Dios, para contrarestar sus feroces instintos, habia colocado á su lado á una dulce mujer, oveja en la caverna del leon, que á pesar de su suavísimo carácter, sabia en ocasiones avasallarle con el persuasivo encanto de sus ruegos, con la magia de sus lágrimas.

Esta mujer era su esposa Marfa, espejo de todas las virtudes, á la que sólo se podia reprochar una falta: el ser sobrado tímida y pusilánime.

Si no hubiese vivido al lado de aquel príncipe cruel, si no hubiese respirado constantemente en una atmósfera de sangre, quizá hubiera sido más enérgica; pero se asemejaba á la flor que crece entre las asperezas de una roca, y nunca ostenta la gallardía de otras flores visitadas por el sol y vivificadas por la brisa.

Y no era que, como hemos dicho, Ivan no la amase con pasion; pero este amor se manifestaba de la manera brusca y violenta peculiar de su carácter. Si, vencido por sus humildes súplicas, consentia en perdonar algunas vidas, lo hacía acompañando su concesion de imprecaciones y ame-

nazas que llenaban de espanto el corazon de María.

Nacieron de este matrimonio dos hijos, concebidos en medio del terror, educados en el secreto de los apartados aposentos de la czarina, y en quienes esta, asustada con el ejemplo de su marido, procuró apagar todos los gérmenes de virilidad y resolucion.

Fué el mayor, Fedor, que debia suceder á su padre en el trono; fué el menor, Dimitri, el héroe misterioso de las leyendas rusas, y el héroe de la presente historia.

Pasando de un extremo á otro, Marfa preparó la desgracia de sus hijos y de la nacion, cuya ventura queria asegurar.

Cuando Ivan murió y cogió las riendas del gobierno su hijo Fedor, se halló que era incapaz de manejarlas.

Débil, irresoluto, apático, fué juguete de cuantos ambiciosos se agitaron en torno suyo, y los súbditos, si maldijeron la crueldad del padre, acaso maldijeron más la inercia del hijo, que ponia el sólio y la nacion á merced de ineptos advenedizos.

El que más supo dominarle, por medio del engaño y la más refinada hipocresía, fué Boris, hermano de su mujer, el cual, ambicionando apoderarse del trono, allanó todos los obstáculos que se oponian á su elevacion, y no perdonó la vida, ni aun al niño Dimitri, que debia suceder á su hermano, no teniendo éste hijos de su matrimonio.

Murió pronto Fedor, ya sucumbiendo por lo endeble de su constitucion, ó ya porque acortase sus dias algun tósigo, y Boris, por pública eleccion, ciñó la corona de los czares.

No carecia el intruso de talento y grandeza de alma, y durante los primeros años de su reinado gozó Rusia de paz interior y se vió respetada de las naciones extranjeras; pero luégo se oscureció el horizonte, y las calamidades públicas se sucedieron las unas á las otras, como los apiñados nubarrones en un cielo tempestuoso.

Empezaron en el año 1600 con el rigor de las estaciones; al siguiente, y á consecuencia de este mismo rigor, el país sufrió un hambre tan espantosa, particularmente en los alrededores de Moscou, que se contaron las víctimas por miles.

Hemos dicho que Boris tenía grandeza de alma y grandes virtudes cívicas; así pues, para aliviar al pueblo, no vaciló en abrirle sus tesoros, consagrándose con ahinco al socorro de los desgraciados. Pero agotado su tesoro, tuvo que recurrir al de la nobleza, lo cual le granjeó el ódio de las familias poderosas. Resistiéronse éstas, tuvo él que obligarlas á viva fuerza, empleando para conseguirlo la amenaza y el castigo.

Horrible fué la tempestad que concitó en su derredor con este proceder, impulsado por una humanitaria y noble causa. El descontento general se manifestó por medio de mil conspiraciones abortadas, que producian naturalmente consecuencias funestas para los conspiradores, y de las cuales germinaban nuevas y más vastas intrigas para derribarle.

Habia llegado el Estado á aquel grado de confusion, en que el rey y el pueblo se consideran como encarnizados enemigos, y en que cada ambicioso se juzga con derecho para levantar una bandera por cuenta propia, pensando más en su engrandecimiento que en el bien de la oprimida patria.

Por todas partes resonaba el grito de rebelion, mezclado con los ayes de los hambrientos enemigos, que esperaban conquistar un pedazo de pan con la punta de su espada.

Seguian á tan precario estado de cosas los horrores que le son consiguientes, y el robo, el asesinato y el incendio, precedian por doquiera á la desesperacion y la miseria.

Sólo en una pequeña casa de la ciudad de Uglitch no

habia penetrado el desconsuelo, porque el amor, como el dragon del jardin de las Hespérides, defendia su entrada.

Unicamente cuatro personas habitaban en aquel estrecho recinto; pero disfrutaban de tal ventura, que á materializarse, no hubiera cabido en todo el universo.

Los cuatro sólo vivian el uno para el otro, y sólo pensaban en adivinarse mutuamente sus más insignificantes deseos.

Marina y Alejo labraban el [preciado] tafilete, y Jorge los entretenia con sabrosas y variadas lecturas. Enviábanse los unos á los otros miradas que partian del alma para volar al alma, y embebidos con su mutua adoracion, olvidaban el pasado, el porvenir y hasta el presente, para vivir con la espiritual existencia de los ángeles.

Otro sér completaba este cuadro de felicidad doméstica; era la anciana Yola, la cual se entregaba asiduamente al cuidado de la casa, y sonreia de placer al ver sonreir á Marina. Aquellas dos mujeres, embebidas la una en su amor y la otra en su fiel adhesion, parecian haber olvidado completamente que habian tenido criados que las sirvieran, y se entregaban con afan á los más rudos quehaceres.

Marina habia revestido á su amante con una larga túnica de seda con mangas anchas, y sentado en una poltrona de cuero, reservada únicamente para él, aún era el bello y activo cazador de las montañas y el conquistador valiente y atrevido.

En sus ojos de fuego rebosaban la vida y la energía, y habia cobrado con el constante estudio una elocuencia tal su palabra, que era imposible oirle y no prosternarse á sus piés como ante el poderoso dios de la elocuencia. Pocas, muy pocas eran las personas que intervenian en aquel dulce centro de la abnegacion y la ternura; pero esas pocas tenian que bajar los ojos ante el ardor de su

mirada, y se sentian subyugadas por la irresistible magia de su acento. Y es que Jorge, además de haber recibido del cielo el dón de penetrar con su voz en el escondido sagrario del corazon humano y elevarse con las alas de su imaginacion hasta el templo de la sabiduría, se habia visto precisado á robustecer con el constante estudio tan felices disposiciones, para dar un empleo al exceso de vida que rebosaba en su alma.

De las cenizas del guerrero y del político habia brotado el filósofo profundo, el fogoso orador y el poeta elegante é inspirado.

Jorge concebia, y Marina trasladaba al papel las magníficas creaciones que debian en algun tiempo inmortalizar su nombre. ¿Qué importan las miserias del cuerpo, si el alma conserva la divina chispa con que la ha animado el Eterno? Ciego mendigo fué Homero, y ante su nombre se prosternarán todos los siglos. Dios da al desdichado magníficas compensaciones, y casi siempre es la desdicha el crisol de donde brotan las más relevantes virtudes.

Tristes náufragos en el borrascoso mar de la vida, dejad bogar vuestra nave á merced del viento, y fijad en el cielo vuestra serena mirada, seguros de que el Supremo Piloto la sabrá conducir al dulce puerto.

El amor y la poesía embellecian la existencia de Jorge y absorbian sus ideas en un divino éxtasis; pero no le hacian olvidar la ventura de su patria. La que fuera un tiempo la bella Nijni Novgorod estaba convertida en ruinas. Jorge comprendia que, situada en medio de las posesiones rusas, la idea de su independencia se habia trocado ya en una irrealizable quimera, y que de allí en adelante su prosperidad estaba identificada con la de la gran nacion, que siguiendo la ley de la naturaleza, la habia, por decirlo así, legítimamente absorbido. Creyó, pues, que el que anhelase el engrandecimiento de Nijni

Novgorod debia hacer consistir su noble mision, no ya en defenderla con las armas en la mano de un enemigo omnipotente, sino en acallar los ódios, calmar la efervescencia de sus pasados rencores, hacer fraternizar ambos pueblos y confundir sus mutuos intereses, para que el uno llegase en alas del otro al grado de ilustracion y bienestar apetecido.

Jorge amaba entrañablemente aquella ciudad en donde habia saludado la primera luz del dia, y que tan fiel se habia mostrado al proscrito y desgraciado niño.

Jorge comprendia, por otra parte, con su clara inteligencia, ajena al personal egoismo, que Ivan IV, aunque sobrado cruel, habia estado en su derecho quitando la vida al príncipe, su vasallo, que habia osado levantar la bandera de rebelion y arrancarle la corona. Jorge era demasiado buen hijo para condenar á su padre; pero se juzgaba sin derecho para vengarle.

Creia que el único homenaje que su filial ternura podia tributar á sus cenizas, era un respetuoso llanto.

Así, el bien de Nijni Novgorod llenaba su pensamiento, y forjaba mil magnánimos ensueños para ser el ángel de salvacion de aquel desdichado pueblo.

Creia que el modo de lavar el borron que en su sentir cubria la memoria de su padre, era el de reparar los males que su ambicion habia causado. Le parecia que el Viazemski que devolviese á Nijni Novgorod sus soberbios edificios y su activo comercio, regeneraria dignamente al Viazemski que la habia convertido, alentando su soberbia, en un monton de escombros, y desde que abrigó esta idea, robustecida por su amor patrio y su filial cariño, cifró en ella todas las fuerzas de su alma. Jorge no queria ser un miembro inútil para la sociedad, y aunque le faltaban las fuerzas físicas, le sobraban las fuerzas morales para cumplir una mision noble y gloriosa.

Otro mágico impulso le prestaba un sobrehumano

aliento. Jorge, que habia perdido sus gracias físicas, queria embellecerse con las gracias morales á los ojos de Marina.

Ya que en su desdicha sólo le habia quedado el alma, érale preciso sublimarla de tal modo, que sólo con ella pudiese conquistar una corona. ¿Qué importa que no fuera de diamantes, si era la inmarcesible corona de los justos?

¡Cuán inexplicable logogrifo es el hombre!

Luz y cáos, todo y nada, grandeza y abyeccion, poder é impotencia.

Jorge era impotente, y aspiraba con la centella de su pensamiento á abrasar el universo! ¿Y es posible que nuestros sabios materialistas, osen aun confundir al hombre con los brutos, negar su divina mision, despreciar su celeste orígen? ¡Ante la elocuencia de los hechos deben callar los sofismas: quien intentara materializar el pensamiento, sería tan loco como el que quisiese aprisionar los rayos del sol en el hueco de su mano! Luego si la idea es infinita, ¿cómo será posible encerrarla en la ruinosa cárcel del cuerpo, uncirla al miserable yugo de la materia, identificarla con su transitoria existencia? ¡No, mil veces no! ¡muere la flor, muere el tronco, muere el bruto; pero el alma, como el espíritu vivificador de la naturaleza, no perece nunca!

¡Cuán grande y misterioso es el influjo de la mujer, que cual la Vírgen clementísima que llora al pié de la cruz por los mortales, se trasforma en ángel consolador del hombre desdichado!

La fatalidad habia hecho de Jorge un ser inútil. Jorge hubiera arrastrado su penosa existencia por el cieno y hubiera languidecido en el desamparo y la miseria.

El amor de Marina le devolvió su ser de hombre, inflamó el soplo de su inteligencia y le abrió los mágicos jardines de la esperanza por los cuales se trepa hasta el templo de la gloria.

Sin embargo, Jorge no habia querido encadenar la existencia de Marina á su precaria existencia, no habia querido que un lazo formado por la exaltacion del momento llegase á ser una pesada cadena para la mujer á quien amaba, y el matrimonio anulado por el rey de Polonia no se habia llevado á cabo.

Marina, á pesar de sus ardientes ruegos, continuaba siendo libre, continuaba siendo la casta hermana de su casto esposo.

Este estado suscitaba en el ánimo de Jorge frecuentes luchas con sus exaltadas pasiones, de las cuales quedaba siempre triunfante, aunque á costa de mil horribles tormentos. Marina adivinaba el sangriento combate que sostenia consigo mismo, pero todos sus ruegos se estrellaban contra la voluntad de hierro de aquel hombre extraordinario.

Por fortuna Marina tenia siempre pronta una palabra amante para curar sus heridas, y una sola de sus sonrisas era bastante poderosa para que el apasionado Jorge olvidase todos sus dolores.

Era la casa que habitaban á la sazon una vieja casa pegada al Palacio Real, edificio de ladrillos amarillentos, é inhabitado desde que habia sido asesinado en él el jóven Dimitri, hijo de Ivan IV.

Aún se señalaba el aposento pintado al fresco en donde fué expuesto el Príncipe, cubierto con una mancha sangrienta, y aún estaban allí todos los objetos que le habian pertenecido.

La imaginacion de los habitantes de Uglitch revestia este suceso de las más fantásticas formas, y circulaban misteriosos cuentos de aparecidos y de lastimeros ayes que se oian durante las altas horas de la noche. La casa que habitaba Jorge estaba contigua á una torrecilla de forma achatada, que se hallaba en el ángulo izquierdo del edificio, y allí era donde, segun voz general, se deja-

ban oir con más frecuencia aquellos lastimeros gritos que habian obligado á sus inquilinos á abandonarla.

Hé aquí, pues, el motivo por el cual Marina pudo procurarse una linda vivienda por un precio ínfimo, proporcionado á sus alcances.

En cuanto á la idea de establecerse en Uglitch, habia sido sugerida por Alejo, aunque se obstinaba en ocultar el motivo que se la habia inspirado.

Lo que ignoraban Marina y Jorge, era público en la ciudad, y todos, hablando de él, referian la siguiente historia.

Habitaba en Mojaisk, pueblecillo cercano á Moscou, una noble jóven llamada Eduvígis, dotada de prodigiosa hermosura y no ménos intachable virtud.

Aunque huérfana y dueña absoluta de sus acciones, pasaba el dia entregada á sus domésticos quehaceres y á sus piadosas devociones.

Todo el pueblo la admiraba.

Un dia corrió la voz de que Eduvígis habia adoptado un niño, á quien, segun ella decia, hallára abandonado, y la maledicencia, forzosamente muda hasta entónces, se apresuró á hincar en su reputacion su envenenado diente.

Eduvígis no hacía un misterio de su extraña adopcion, habia buscado un ama para el niño y la tenía en su propia casa. Mucho se habló de este suceso; pero la noble mujer despreció todas las hablillas y siguió criando al huerfanito, al cual puso por nombre Alejo, y á quien prodigaba en público los más solícitos cuidados.

Hizo más; despidió á todos los pretendientes que solicitaban su mano, y manifestó su firme intencion de no casarse y consagrar su vida al pequeñito Alejo.

En tal caso se hallaban las cosas, cuando apareció en el pueblo un rico voievodo, llamado Paolovitch, el cual se enamoró de Eduvígis.

Desgraciadamente, Eduvígis se sintió abrasada por el fuego de su pasion, y se empeñó una terrible lucha en su alma entre su amor y el deber que se habia impuesto.

La noble doncella contó á su amante la historia del niño y su firme intencion de no desampararle.

Paolovitch fingió creer la historia y aprobar su resolucion; juró ser á su vez el amparo del tierno Alejo, y la enamorada Eduvígis le otorgó su mano.

Paolovitch era de un carácter suspicaz y receloso; aunque su amor le habia obligado á despreciar las hablillas del vulgo, su dignidad de marido se resintió de ellas.

Entónces empezó entre ambos esposos una sorda y encarnizada lucha. Paolovitch echaba en cara á su esposa su deshonra, y ésta la violacion de su juramento. A medida que pasaban los años, Alejo fué convirtiéndose en objeto de horror para aquel á quien llamaba padre, y que por dos veces consecutivas atentó contra su vida.

El pobre niño, ignorante de todo, lloraba en silencio y no adivinaba por qué su madre suspiraba siempre, por qué su padre colmaba de caricias á sus tres hermanitos, reservando sólo para él los malos tratos.

Un imprudente criado le descifró un dia el enigma, y Alejo, que contaba ya doce años, formó una generosa resolucion. Escribió á su madre adoptiva una tierna carta de despedida, y huyó durante la noche de aquella casa que le habia servido de protector asilo.

Su primera idea fué alejarse del pueblo; pero cuando perdió de vista su puntiagudo campanario y sus casas de madera, se creyó abandonado del cielo y de los hombres y se sintió traspasado del dolor más vivo. Marchó por entre los bosques, sin saber adónde dirigir sus pasos, y acosado por el hambre tuvo que tender su mano á los viajeros para implorar su caridad.

Así anduvo quince dias caminando á la aventura, sin saber qué partido debia tomar en tan apurado trance.

hasta que una mañana no pudo dejar su lecho de escarcha, por que las fuerzas le habian abandonado.

Halláronle los religiosos de un cercano convento en tan triste estado, y le dieron un asilo.

Seis años pasó Alejo con ellos dedicándose asiduamente á los estudios, pero descubierto por el esposo de Eduvígis su retiro, se vió obligado á dejar el convento y entrar al servicio de los poderosos señores Romanoff, en calidad de secretario.

Una carta escrita á su madre adoptiva é imprudentemente entregada á Paolovitch, reveló á éste su nuevo asilo, é hizo que se renovasen sus persecuciones. Alejo se vió obligado á dejar la mansion de Romanoff como habia dejado el convento, y formó la desesperada resolucion de ir á buscar la muerte entre los salvajes de Siberia. Allí herido, moribundo, abandonado, recibió de Jorge la sublime ofrenda de un corazon sensible y su vida tuvo ya otro objeto. Su existencia, fatal hasta entónces para la única persona á quien amaba, podia ser útil á otra, y Jorge fué desde entónces su ídolo.

A su vuelta de Siberia, supo que Paolovitch estaba en Moscou, y Eduvígis en Uglitch con sus hijos: entónces formó el proyecto de ir á habitar cerca de los sitios en donde ella habitaba y llevó á cabo su intento.

Lleno de abnegacion, no obstante, y firmemente decidido á no turbar su reposo, se contentaba con seguir sus pasos desde léjos, y con pasear horas enteras delante de sus ventanas, para verla ó ver á los que consideraba como sus hermanos.

Eduvígis tenia dos hijos y una hija; ésta sobre todo ostentaba la sorprendente belleza de su madre. Alejo hubiera dado su existencia por aquellos tres hermosos jóvenes.

Un dia, el mayor de ellos fué á cazar á un vecino bosque y se vió acometido por tres lobos. Sus criados asus-

tados no se atrevieron á defenderle, y hubiera perecido, sin el socorro que le prestó un hombre saliendo rápidamente de la espesura y disparando su streletz sobre las hambrientas fieras.

Los criados decian que aquel hombre era Alejo, aunque habia desaparecido al instante de su vista.

Otra vez pasó por la ciudad una compañía de saltimbanquis, que iban peregrinando para ganarse alegremente el sustento, y determinaron dar su primera funcion en un gran caseron medio arruinado, pero que contenia una sala muy espaciosa.

Para la pacífica ciudad de Uglitch esto era un acontecimiento, y desde un mes ántes todas las damas estaban en revolucion, pensando en los trajes que habian de llevar y en el modo de sobrepujar á sus rivales.

Llegó por fin el gran dia, pero como nunca hay fiesta completa, cuando más embebidos estaban los espectadores con los variados juegos de los saltimbanquis, el viejo piso del salon no pudo soportar el peso de tanta gente y vino abajo con un estrépito inaudito.

Las risas se convirtieron en gritos de espanto, la alegría en terror, y muchos cojos y mancos tuvieron en lo sucesivo que lamentar aquella desastrosa escena.

Una jóven quedó milagrosamente suspendida de una viga desgajada, que amenazaba romperse y arrastrarla consigo. La infeliz perdia el aliento implorando un auxilio, que nadie osaba darle, á pesar de que Eduvígis, su madre, ofrecia en premio su fortuna.

Difícil era la empresa, tanto porque todos tenian sumo trabajo en pensar en sí mismos, como porque para llegar hasta ella era preciso escalar el alto paredon desmoronado.

Muchas probabilidades habia de que el que intentase salvarla pereceria con ella, y todos permanecian sordos á sus gritos y á los gritos de su desdichada madre.

Un hombre salió de entre la multitud, escaló el paredon que se bamboleaba bajo sus piés, marchó sobre la viga rota, cogió á la jóven entre sus brazos y volviendo atrás, como si su cuerpo tuviese alas, la depositó en el regazo de su madre.

Era Alejo.

Eduvígis le tendió los brazos; pero el jóven huyó velozmente y se escondió entre la multitud.

Todo se comenta en las ciudades pequeñas, y los habitantes de Uglitch comentaron largamente estos dos hechos.

Estos rumores llegaron á oidos del jóven; comprendiendo que perjudicaban á su protectora se hizo invisible, y hasta se privó del placer de seguirla desde léjos.

En vano Eduvígis le buscó por todas partes; se hizo sordo á su llamamiento, y durante muchos meses la crónica escandalosa de Uglitch, que entónces existia como ahora, no hubiera podido añadir á sus páginas ni el más pequeño detalle, si los criados no hubiesen divulgado los misteriosos antecedentes.

Tanta era la circunspeccion de Alejo, que hasta sus dos amigos ignoraban su misteriosa historia, y nunca les habia confiado las penas de su alma por no pronunciar el nombre de su adoptiva madre.

Marina sólo vivia para Jorge, y Jorge para su patria y para Marina.

Estraños ambos al mundo exterior, ninguno de estos antecedentes habia llegado á sus oidos, y nada sospechaban de la terrible borrasca en que se anegaba el alma de Alejo.

Léjos de esto, él era el que alegraba con sus canciones ó con sus consejas aquel sagrado templo del amor, y su presencia comunicaba el contento más puro á sus amigos.

En cuanto á los rumores que circulaban sobre los mis-

terios que se verificaban en aquella casa, durante las altas horas de la noche, los cuatro se reian, y juraban que jamás habian oido el más ligero ruido, como no fuese el escaso que producia el conserje del palacio, que era un conserje viejo, sordo y mudo, que vivia como el caracol oculto siempre en su concha.

El aspecto de este estraño personaje, que aparecia sólo una vez cada mes en el mercado para hacer sus provisiones, no era lo que ménos habia contribuido á robustecer los cuentos de brujas que circulaban sobre el palacio.

Era una estantigua de ochenta años, alto, flaco, anguloso, de ojos hundidos, nariz prolongada y rubicunda, y su traje que recordaba la moda reinante en tiempo del primero de los Ivanes, estaba en perfecta armonía con su extravagante figura.

Imposible era hacerle preguntas, porque no hubiera oido el estruendo de la ciudad al desplomarse; pero áun cuando no hubiera sido imposible, nadie se hubiera atrevido á formularlas, por cuanto aquellos ojillos verdes y de mirada oblícua, y aquel perfil casi trasparente, helaban la sangre en las venas. Así, pues, si algun viajero mostraba deseos de visitar el alcázar, todos se sentian aterrados á la idea de ir á llamar á aquella puerta maldita y tolerar la presencia del pavoroso cancerbero, y por natural consecuencia de este temor, las puertas del palacio no habian girado sobre sus goznes en diez y seis años, más que para dar paso á su único habitante.

Sucedió, pues, que los mercaderes, á los cuales el conserje solia hacer su mensual y abundante provision, le echaron de ménos el dia en que tenia costumbre de acudir á sus tiendas, y los vecinos de las casas contiguas al palacio observaron que no salia humo de su puntiaguda chimenea.

Al instante empezó á correr la voz de que el caracol habia perecido dentro de su concha, y los más amigos de

novedades fueron á dar parte de tan importante suceso á la justicia.

La solucion del enigma se ocurrió al instante á la imaginacion de los prudentes magistrados; pero ¿quién se atreveria á poner el cascabel al gato? ¿quién tendria valor para penetrar en el palacio encantado?

Cuestion era esta tan ardua, que los síndicos estuvieron tres dias con sus noches en sesion permanente, sin poder jamás resolverla. Por fin el más *iluminado* dió un puñetazo tan fuerte en la mesa de nogal, que hizo retemblar el edificio hasta sus cimientos, y exclamó fuera de sí de contento, que habia hallado la resolucion del problema.

Su plan era que se perdonase la vida á un reo condenado á muerte, con tal de que consintiese en practicar un reconocimiento en el dominio favorito de las brujas.

Este proyecto fué acogido con unánimes aplausos; pero restaba otra dificultad que vencer. Los habitantes de Uglitch eran pacíficos, y nunca se hacian acreedores á que ciñeran con un dogal su garganta. ¿Qué hacer entónces?

El honrado consejero inventor del plan, puso de nuevo en tormento su fecunda imaginacion, dió mil vueltas á la sala, tosió veinte veces en un minuto, y por fin, sentándose con aire grave y sentencioso, dijo:

"Que se pusiera un edicto prohibiendo á todos los ciudadanos salir de su casa en el término de tres dias, bajo la pena apetecida;" pero ya hemos dicho que los habitantes de Uglitch eran muy pacíficos, y nadie contravino á una órden tan absoluta.

Fuera de sí el digno magistrado al ver fracasar su ingenioso plan, propuso un nuevo expediente, y este era una absoluta prohibicion para que ningun pescador echase sus redes en el Volga. La pesca es uno de los primeros artículos de consumo, é imposible parecia que no hubiese un solo infeliz que se viese precisado por el hambre á desobedecer á la justicia.

Sin embargo los plateados habitantes del líquido elemento pudieron vagar plácidamente por la superficie, durante tres dias, sin temor al mortífero anzuelo.

"¡Para qué sirve entonces la justicia, exclamaba el buen hombre ciego de cólera; desdichados, mil y mil veces desdichados nosotros que hemos nacido en un siglo en que las almas enervadas, no sólo no son susceptibles de embriagarse con el crímen, pero ni aún siquiera con la desobediencia? Unos jueces sin criminales son como un árbol seco é inútil, al cual no le es dable producir hojas ni frutos. ¡Desdichada vara de la justicia, que ni áun torciéndote puedes herir la más insignificante cabeza!

"¡Desdichado siglo!"

Pero el tiempo pasaba, el apuro crecia, y sus exclamaciones no conjuraban el conflicto.

Volvió el consejo á constituirse en sesion permanente, y tras muchas noches de vela resolvieron adoptar un remedio heróico. Determinaron prender al primero que entrase en la ciudad por la puerta de Moscou, al romper el alba.

Mucho ántes que el sol descorriese las sonrosadas cortinas del Oriente, los concejales se apostaron cerca de la puerta, y allí, con el corazon palpitante de esperanza, acechaban todas las sombras proyectadas en el suelo por la agigantada copa de los árboles.

De repente uno de ellos exclamó con acento de triunfante alegría:

—Escuchad, oigo pasos.... álguien se acerca.... Muchachos, disponed las armas, y echaos encima del infeliz mortal que nos presenta su funesto destino. ¡No ois el crugido de las hojas que huella con su planta? Atencion.

Acercábase en efecto el ruido, y todos redoblaron su vigilancia...

El alba aún no asomaba; la sombra, como si presintiera que iba á ser puesta en fuga por la luz pronta á blan-

quear el oriente, se replegaba en el llano, y establecia sus falanges en los negruzcos muros de la ciudad dormida.

Aunque los que acechaban no vieron nada, oyeron resonar los pasos muy cerca de sí, y áun les pareció distinguir el ruido de una fatigosa respiracion.

—A él, gritaron los consejeros.

Los soldados dieron precipitadamente el quién vive; pero ¡oh decepcion amarga! sólo les contestó un ronco gruñido, que estaba muy léjos de parecerse á la voz humana.

Fieles á la consigna, sin embargo, se echaron sobre la víctima y llevaron á la atónita justicia un enorme perro.

Era por cierto una estrella bien funesta la que perseguia al venerable consejo de Uglitch.

Todos los consejeros llenaron los aires de imprecaciones, arrancáronse los cabellos, se mesaron la barba, y áun hubo alguno que en medio de su desesperacion propuso sacrificar al insolente animal, que así se habia atrevido á insultar á la justicia.

—Alto, exclamó entónces el fecundo autor de los planes abortados; alto, ese perro es la mágica luz que nos envia el cielo, para alumbrarnos en medio de las tinieblas que nos cercan. Ese perro tendrá un amo: reunamos á todos los habitantes de Uglitch, y el inteligente mastin sabrá reconocerlo. Y áun cuando tuviésemos la desgracia de que este animal careciese de protector, su maravilloso instinto sabria servirnos para el fin que apetecemos.

En la tarde de aquel dia todos los habitantes varones de la antigua ciudad formaban círculo en la plaza pública, en uno de cuyos extremos el consejo ocupaba privilegiados asientos.

Pero el perro permaneció inmóvil en el centro de la

plaza, con la mirada lánguida y las orejas caídas, sin dar indicio de reconocer á nadie.

Fué preciso, pues, apelar al segundo medio.

Al dia siguiente, la multitud ocupaba todas las avenidas del viejo palacio, y hasta habia damas encaramadas en los guardacantones, ansiosas de ver el curioso espectáculo que iba á efectuarse.

Á las diez oyéronse resonar los confusos ecos de una música, que hubiera hecho estremecer de ira los secos huesos de Kissuff, si hubiesen resonado cerca de su tumba, y á su son se puso en marcha la respetable comitiva. El Consejo habia pedido auxilio al cabildo, el cual habia concurrido en procesion á tan estupenda empresa. Inútil es decir que al frente de la comitiva marchaba con las orejas gachas y aire abatido el desdichado perro.

Llegados todos á la puerta principal del alcázar, algunos hombres prevenidos al efecto descerrajaron la puerta y empujaron hácia el interior del edificio al pobre perro, habiendo ántes tenido cuidado de atar á una de sus patas una larga cuerda.

Contento el animal con haber recobrado la libertad, se internó en las vastas habitaciones.

Todos detenian hasta el aliento temerosos de perder un solo incidente de aquella maravillosa escena, y bien pronto resonaron unos ladridos parecidos á los que lanzan los mastines cuando presienten la descomposicion de la materia. Entónces tiraron sagazmente de la cuerda, y un completo triunfo coronó su ingenio, pues al cabo de poco tiempo vióse aparecer al perro en lo alto de la escalera, arrastrando en pos de sí el fétido cuerpo del conserje. Tal vez su instinto habia inducido al inteligente animal á buscar socorro para el muerto entre los hombres, tal vez hambriento como estaba, por la sábia prevision de la justicia, no habia tenido resolucion para abandonar su presa.

Cuando salió del alcázar arrastrando consigo aquella escuálida estantigua, todos se sintieron poseidos de un temor supersticioso.

Chillaron las mujeres, murmuraron los hombres, y cundiendo el pánico en todos los corazones, la multitud echó á correr desbandada, arrastrando entre sus oleadas á los individuos que formaban la procesion, pues nadie ignora cuán contagioso es el mal ejemplo.

Llegó á tanto el desórden, que un magistrado, segun cuentan, perdió su zapato en la fuga, y otro permaneció hasta la noche encaramado en la copa de un árbol.

Á todos les habia herido súbitamente la idea de que los mil enjambres de brujas aposentadas en el cuerpo del conserje, saldrian de él para tomar posesion de otros inocentes cuerpos.

Lo cierto es que el pobre perro debió su salvacion al desórden, pues aunque arrastrando su larga cuerda, pudo huir al corazon de los bosques.

En cuanto al cadáver, determinaron arrojar sobre él desde lo alto de las casas circunvecinas haces de paja ardiendo, y hasta despues que se hubo convertido en ceniza no se atrevieron los hombres á ir á cerrar las puertas del palacio y á poner en ellas los supremos sellos.

Entónces ya fué otra cosa. Una vez selladas las brujas, los curiosos se acercaron valientemente al alcázar, y los habitantes de Uglitch transitaron sin zozobra por sus ántes desiertas calles.

En cuanto al burgomaestre, que tan estupendos proyectos habia tenido que concebir, cuentan que durmió tres semanas seguidas para descansar de su fatiga. Esta relacion está puntualmente sacada de las empolvadas crónicas de Uglitch; ¿pero será verídica? Lo ignoro.

¡Es tan propensa la maledicencia á hincar su sacrílego diente en las personas y objetos más respetables! ¡Es tan

placentero para los hombres de todos los siglos el cubrir de ludibrio á los que mandan!

Sea como se quiera, el olvido va siempre en pos de los sucesos humanos, borrando sus huellas con su manto de espesa sombra, y pronto los habitantes de Uglitch sólo se acordaron de este suceso para adormecer en la cuna á sus hijos pequeñuelos.

No obstante, una noche en que Jorge fatigado por el estudio dormitaba sobre el libro abierto delante de él y Marina trabajaba en silencio á su lado, oyó esta última un leve ruido de golpes acompañado de profundísimos suspiros. No era la primera vez que tales ecos llegaban á sus oidos desde algun tiempo á aquella parte; pero habia tratado siempre de despreciar aquel sordo rumor, atribuyéndolo al acaso.

Aquella noche una furiosa tempestad se desencadenaba sobre Uglitch, y el sordo rumor de los truenos, los relámpagos que penetraban al través de las rendijas de la mal ajustada ventana, concordaban tan bien con los ayes subterráneos, que se sintió helada de terror.

Jorge abrió los ojos: su primera mirada buscó, como siempre, el rostro de su amante, y le vió pálido y demudado.

—¿Qué tienes, dulce bien del alma? preguntóla con dulzura.

Marina puso un dedo sobre sus labios y le señaló el punto de donde partia el ruido.

Jorge trató de sonreirse, y no pudo.

Por un instante se sintió embargado de un temor supersticioso; pero luégo exclamó con energía:

—Marina, yo no creo en las apariciones, y sin embargo, ese ruido resuena real y positivamente: es preciso, pues, que sea un sér humano encerrado en ese palacio el que trabaja para recobrar la libertad. Acaso el hambre le acosa, y es preciso que le ayudemos en su desesperada empresa.

Para Marina eran órdenes los deseos de su amante; pero el espanto la embargaba hasta tal punto, que permaneció inmóvil y trémula en su sitio.

Jorge no insistió; pero continuó escuchando ávidamente el ruido que excitaba en tan alto grado su interes. Pasóse la noche y la aurora brilló en el cielo; pero sin que el infatigable trabajador diese tregua á su tarea, sólo que sus sofocados gritos de desesperacion llegaban más desgarradores á los oídos del compasivo Jorge.

Hácia el fin de la tarde de aquel dia, el ruido fué haciéndose más imperceptible, y por fin cesó del todo.

Jorge cayó en una abstraccion profunda, y por la noche, miéntras Alejo y Marina trabajaban á su lado, le fué imposible como otras veces, entretenerlos con la lectura.

Marina se levantó, y apoyándose dulcemente en el hombro de su amante, le preguntó la causa de su extraña preocupacion.

—Perdona, dijo Jorge; pero me es imposible apartar de mi mente la idea de que un hombre tal vez ha espirado cerca de nosotros, sin que hayamos sido bastante fuertes y generosos para prestarle nuestro auxilio.

Marina con el rostro encendido de rubor, corrió á la habitacion inmediata, y volvió casi al instante trayendo en su mano un escoplo.

Enteró á Alejo en pocas palabras de lo sucedido, y ambos empezaron á trabajar con ardor. Al cabo de algunos instantes el ruido subterráneo respondió, aunque débilmente, al ruido que ellos producian, y Jorge se sintió embriagado de una alegría sin límites.

—Ánimo, decia con una impaciencia febril; ánimo, el tiempo urge. ¡Oh, que no pueda yo unir mis esfuerzos á los vuestros!

No obstante, trascurrió mucho tiempo ántes que su deseo se viera realizado, y entre tanto el débil ruido subterráneo habia vuelto á cesar por completo.

La pared que comunicaba con la torrecilla era de un espesor muy grande, y Alejo y Marina lanzaron un grito de alegría cuando por fin pudieron ver al través del boquete practicado, el anchuroso corredor del palacio; pero no distinguieron ningun objeto que tuviese forma humana.

—Ensanchad el agujero, gritó Jorge con impaciencia, y que Alejo penetre por él...

—Pero esposo mio, dijo Marina, si hubiese sido un sér humano el que exhalaba tales lamentos, le hubiéramos hallado vivo ó muerto en este sitio.

Jorge no respondió; pero sus negras cejas se contrajeron hasta tocarse. Su impotencia le desgarraba el alma.

Marina lo comprendió, y suplicó á Alejo que ensanchase el boquete.

Cuando éste hubo dado cima á su tarea, la jóven cogió intrépidamente una lámpara y se introdujo en el corredor.

—¡Marina, gritó Jorge con espanto; Marina, detente, tú no!

—No temas, exclamó la jóven dulcemente, desapareciendo por entre la penumbra.

Alejo se lanzó tras ella.

Ambos marcharon en silencio y con el corazon oprimido por aquellos dilatados corredores, y el ruido de sus pasos sobre el enlosado de mármol, junto con el reflejo incierto de la luz, aumentaba el terror de que estaban poseidas sus almas.

Marina tropezó al fin con una escalera de caracol y empezó á subir por ella lentamente. La escalera terminaba en una espaciosa habitacion, en la que sólo penetraba el aire libre por unas troneras abiertas en el techo, y que á la sazon daban paso á un trémulo rayo de la luna.

Ningun vestigio hallaron en ella de que fuese habi-

tada por un sér viviente, y pasaron á la habitacion inmediata.

En ésta hallaron un lecho en desórden, y sobre una mesa algunos libros y un abultado manuscrito abierto, cuya última hoja estaba sin concluir y sus últimos renglones escritos con sangre.

Marina leyó lo siguiente:

«Hace quince dias que mi infame carcelero no ha venido á insultarme. ¿Por qué renuncia al placer que le causa el espectáculo de mi desesperacion? Lo ignoro. La última vez que vino me trajo provisiones para todo un mes, como hace siempre. Comeré poco para disputarle mi existencia por algunos dias, en caso de que hubiese dispuesto dejarme sepultado para siempre en esta tumba. ¡Tal vez ha muerto! Si fuese así, esta relacion de mis crueles penas no tendria el destino de las que las precedieron, y yo no sufriria la tortura de verla reducida á ceniza ante mis ojos.

«¡Oh crueldad inaudita! ¡Me proporciona los medios de que escriba, para luégo complacerse en destruir mis obras!

.....

.....

.....

«Hace un mes y medio que no viene y se han agotado todas mis provisiones... ¡No hay duda! ¡me ha abandonado sin piedad en mi sepulcro!

«En otro tiempo me permitia pasear por el interior de la torrecilla, y habia logrado abrir una comunicacion con la casa inmediata. Luégo descubrió mi proyecto, y me encerró en este aposento.

«Si pudiese derribar la puerta, tal vez volveria á verte madre mia.....

.....

«Sin duda habia reforzado la pared del corredor; nece-

sito mucho tiempo para recobrar la libertad, y el hambre me aniquila.

„Mis dedos brotan sangre y moriré ántes de terminar mi empresa.....

.....

„¡Madre mia, amada patria, no puedo más... concede una lágrima al hijo de tu rey... al infeliz Dimitri!"

Marina al leer estas últimas palabras lanzó un grito y recorrió con ávidas miradas el vacío aposento.

En un ángulo habia una pequeña puerta abierta, la jóven corrió á ella, y se halló en una reducida capilla...

Al pié del altar yacia un hombre pálido y ensangrentado.

—¡Alejo, gritó Marina, Alejo, ved, muerto! Y es el infeliz Dimitri, es el legítimo heredero del imperio ruso...

—¿Quién sabe? exclamó Alejo, cargando precipitadamente el que parecia cadáver en sus hombros, ¿quién sabe?

Cuando Jorge le vió aparecer trayendo entre sus brazos á un hombre, sus ojos chispearon de alegría, pues veía realizado su presentimiento.

Pero Marina entró en pos de Alejo con aire triste y abatido, y Jorge lo adivinó todo.

—¡Muerto! exclamó con terror, ¡ha muerto!

—Quién sabe, murmuró de nuevo Alejo, depositando á Dimitri sobre el lecho.

Marina se apresuró á prodigarle mil solícitos cuidados, y al cabo de algun tiempo todos soltaron un grito de júbilo, al ver que desaparecia la azul palidez de su semblante, que cobraban un ligero calor sus miembros y que su corazon, aunque débilmente, palpitaba.

Redoblaron entónces sus desvelos, y por fin le vieron entreabrir sus apagados ojos y echar en su derredor una lánguida mirada. Estaba tan débil, que áun despues de mucho tiempo no pudo formular ni una palabra.

Marina comprendió que lo que necesitaba ántes que todo era alimento, y le hizo tragar un poco de leche que le volvió á la vida.

Cuando hablamos de los sueños, dijimos que tal vez el alma desprendida entónces de sus mortales ligaduras se lanzaba al espacio y leia en el porvenir; ¿qué diremos ahora respecto de los presentimientos, de esa voz misteriosa que estalla á veces en lo íntimo del corazon, y presenta repentinamente á los ojos del espíritu un espejo mágico, en el cual está grabado el porvenir?

Ignoramos hasta cierto punto qué es lo que vemos, y por qué lo vemos, y no obstante nos encontramos precisados á obedecer su poderoso influjo. ¿Será casual ese grito del alma, cuando se ofrece á nuestros ojos un objeto que debe decidir y decide de toda nuestra existencia? ¿Será que al contacto del peligro, iluminándose el espíritu con un rayo de luz divina, acierta á descifrar los confusos caracteres del libro del destino? Hé aquí otro de los efectos que todos reconocemos, sin que nadie haya podido jamás determinar sus misteriosas causas.

Jorge habia anhelado con todas las fuerzas de su alma, la salvacion de aquel á quien juzgaba sepultado bajo las sombrías bóvedas del palacio, y con todo, cuando sus ojos, que chispeaban de alegría, se encontraron con la primer mirada de Dimitri, le pareció que una mano de hierro comprimia su corazon y que un frio glacial helaba la sangre en sus venas.

Dejó caer la cabeza sobre el pecho y un torrente de lágrimas inundó sus mejillas. ¿Por qué? ¿Qué podia tener de comun su suerte con la de aquel hombre moribundo, qué males podian redundarle de la generosa empresa á la cual habia dado impulso?

Jorge lo ignoraba; pero en aquel corto momento de vértigo que invadió todo su ser, le pareció que un negro velo cubria su porvenir, y que una mano implacable le

arrojaba á la sima de la horrible desesperacion, de la cual el amor le habia sacado. Pero Jorge, que teñia un alma firme, un espíritu claro, sorprendido por sus propios sentimientos, se concentró rápidamente en lo íntimo de su ser, y se preguntó á sí mismo la causa de aquel inmotivado desórden. El corazon sólo le respondió con sus apresuradas palpitaciones, el pensamiento careció de ideas para responderle, y Jorge procuró vencer aquella penosa sensacion que nada justificaba.

Dimitri no se hallaba en estado de coordinar sus ideas, ni contestar á las preguntas que le dirigian. El alimento que habia tomado en su estado de suma debilidad le habia perjudicado, y bien pronto abrasó sus miembros una fiebre devoradora.

Jorge pasó tres dias á la cabecera de su lecho, espiando sus movimientos, y defendiéndole tenazmente de la muerte que extendia su fatal guadaña sobre su cabeza.

Al cabo de tres dias la fiebre fué cediendo, y Dimitri pudo coordinar sus ideas.

Su primera mirada al recobrar el conocimiento se fijó con estática adoracion en Marina.

Marina se ruborizó é inclinó los ojos al suelo.

Aquella mirada fué un dardo agudísimo que traspasó el corazon de Jorge.

Dimitri era un jóven de veinticinco años, y aunque no hermoso, lleno de un encanto indefinible. Sus rizados cabellos eran parecidos á los rayos del sol; sus ojos azules despedian el magnético brillo de los rayos de la luna. La mirada de Jorge era un fuego que abrasaba y consumía; la mirada de Dimitri difundia una luz tan melancólica y dulce que hechizaba el alma. Su estatura era mediana; pero su aire noble y distinguido, su tez blanca, su voz dulce y armoniosa, parecia no tener otras inflexiones más que las de la súplica y la ternura. Parecia impo-

sible mirarle con indiferencia, y una vez fijos en él los ojos no adorarle.

La desgracia habia impreso en el semblante de Jorge profundas arrugas y habia sembrado de plata su negra cabellera; la desgracia habia robado el color de las mejillas de Dimitri y habia rodeado sus párpados de una tinta azulada que aumentaba el interes de su fisonomía. El semblante de Jorge era perfectamente hermoso y revelaba la energía de un espíritu invencible; el de Dimitri, aunque feo, revelaba una atractiva dulzura. En el del primero estaba pintada la violenta lucha de encontradas pasiones y aquella varonil desesperacion que no se exhala en lamentos; en el del segundo la noble resignacion con que las almas puras se someten á los decretos de la Providencia, y hasta parecian adivinarse los surcos de aquellas dulces lágrimas que son el rocío del alma.

En una palabra: Jorge era el espíritu pensador, activo, fogoso; Dimitri el alma sensible, cándida y soñadora.

Pero Dimitri poseía todas sus facultades físicas, y Jorge tuvo celos.

Tal vez era la idea de ver aquel mancebo introducido en su casa la que le habia inspirado su primer presentimiento, y tal vez eran celos tambien los que en aquel instante le habian destrozado el alma. Tal vez lo que llamamos presentimiento no es más que una idea confusa del corazon, nacida de las circunstancias, y de la cual en nuestra ignorancia no sabemos darnos cuenta.

Sea como se quiera, aquel presentimiento ó aquella idea confusa se realizó ó se deslindó ante sus asombrados ojos, y cual un meteoro de fuego le robó la vista. Jorge quedó ciego, porque ciego ¡y loco está el que tiene celos.

Pero tenía un admirable poder sobre sí mismo, y nadie, ni áun Marina, adivinó la cruel tortura que sufria.

Dimitri les contó su historia, triste historia que cau-

tivó el tierno corazon de Marina, y que llenó de noble indignacion á Jorge, que sabia todos los pormenores que ignoraba el jóven príncipe.

Decíase, porque la calumnia no respeta ni áun á los niños y ménos cuando se calcula que es grata á los oidos soberanos, decíase que Dimitri manifestaba las disposiciones feroces de su padre, y habia corrido muy válida la voz de que un dia, jugando sobre el hielo con otros niños, mandó que formaran con la nieve veinte figuras humanas, y que habiéndoles él dado el nombre de los primeros personajes del Estado, las mutiló diciendo: "hé aquí la suerte que os aguarda cuando yo reine."

Aunque no fuese un absurdo suponer tal pensamiento en un niño de siete años, aunque no fuese muy natural que su verdugo lo hubiese inventado para excusar su crímen, bastaba oir á Dimitri para conocer toda la falsedad de estas suposiciones.

¿Pero cómo el más querido de los hijos de Ivan, el hermano de Fedor, el presunto heredero del trono, se hallaba en aquella pequeña ciudad, la más humilde del imperio, y cómo habia podido ir á buscarle hasta allí la saña de sus enemigos?

Cuando Boris empezó á tomar ascendiente sobre su débil cuñado, de tal suerte que éste nada hacía sin consultarle, su primer cuidado fué aislarle, indisponiéndole con todas las personas que le amaban, y principalmente con su madre.

Marfa se halló, sin saber cómo, en completo y constante desacuerdo con Fedor, y adivinando de dónde dimanaba la causa perenne de este desacuerdo, temiéndolo todo de la ambicion desenfrenada del privado, huyó secretamente de la corte con su pequeño Dimitri, y fué á refugiarse en Uglitch, esperando que con su total apartamiento de los públicos negocios se disipasen los recelos de su enemigo.

No ambicionaba tampoco María el esplendor del trono para el más pequeño de sus hijos.

Habia hallado en el trono muchas espinas, y le parecia que la felicidad verdadera estriba en una vida modesta y tranquila, ajena á los deberes y á los sinsabores del mando.

Alma poética y sencilla, habia vivido siempre en el retraimiento, á pesar de ser la esposa de uno de los monarcas más poderosos de su época, y deseaba pasar en el retraimiento el resto de su vida, pensando tan sólo en hacer bien y enjugar las lágrimas de cuantos á su alrededor gemian en la desventura.

El alma del niño, fiel espejo de la de su madre, reflejaba con lucidez aquellas máximas evangélicas que ella con tanto afan procuraba grabar en su tierno corazon; máximas que, posteriormente, el duro tratamiento de los hombres no pudo borrar de su memoria.

Comprendia perfectamente aquel dulce lenguaje del corazon que se expresa con un suspiro y una sonrisa, y aunque niño, sabía dar todo su valor á las lágrimas del infortunio, hallándose siempre pronto á compartirlas.

Dividia su cariño entre su madre, las flores de su jardin y los pajarillos, cuyo canto le embelesaba.

Tenía el carácter melancólico y soñador de los poetas, y pasaba horas enteras sumido en una dulce meditacion y contemplando con embriaguez los encantos de la naturaleza.

Los dias de la madre y del hijo se deslizaban así serenos y felices, sin que nada viniese á turbar su apacible calma.

Pero en otras regiones se conspiraba contra su dicha. Fedor se encaminaba con paso rápido hácia el sepulcro, y Dimitri, como hemos dicho, era el único obstáculo que se oponia á que Boris se apoderase de su codiciada diadema.

La muerte del inocente niño quedó decretada.

Hé aquí cómo cuenta la historia este trágico suceso: Emisarios mandados por Boris se confabularon con el preceptor y el aya del príncipe para realizar el inícuo intento. Atraido Dimitri por el hijo del aya al vestíbulo del palacio, tres hombres se arrojaron sobre él y le degollaron, desapareciendo luego sin ser vistos, pues sus cómplices les franquearon la salida como les habian franqueado la entrada.

Cuando Marfa acudió despavorida y desolada ya era tarde, y ni áun tuvo el amargo placer de volver á contemplar el rostro de su hijo, pues una horrible cuchillada le habia completamente desfigurado.

Cundió con rapidez por la ciudad la fatal noticia, y por todas partes se oyeron resonar gritos y amenazas. Alborotóse el pueblo, aunque tan pacífico de suyo, se aglomeró en las avenidas del palacio, y ciego de ira al contemplar expuesto en la sala baja el cadáver del jóven príncipe, se apoderó de los tres emisarios que habian tenido la avilantez, quizá para disimular mejor, de presentarse en el teatro del delito, y les dieron muerte. ¡Corto castigo á crímen tan horrible!

Adujo el preceptor, que se llamaba Samuel, y era un médico judío de gran fama, que el príncipe se habia dado muerte á sí mismo con un cuchillo, en medio de uno de los ataques epilépticos de que solia adolecer; pero nadie creyó semejante impostura.

Léjos de esto, el pueblo mismo envió á Moscou una relacion circunstanciada del asesinato, pidiendo al Czar venganza; pero prevista por Boris esta contingencia, habia apostado emisarios en todos los caminos para detener á los correos y apoderarse de sus papeles, ó matarlos si se resistian á entregarlos.

Publicóse oficialmente en Moscou la noticia de que Dimitri se habia dado muerte á sí mismo como habia asegu-

rado Samuel, y Fedor lloró sinceramente á su hermano, buscando consuelo en los hipócritas halagos de Boris, sin sospechar jamás que éste fuera el autor de la desgracia que lamentaba.

No se pudieron acallar, sin embargo, todas las voces acusadoras; susurrábase en Moscou que el príncipe, única esperanza de la nacion, habia sido cobardemente asesinado, y áun algunos osaron pronunciar en alta voz el nombre del asesino; pero Boris mandó abrir una sumaria, compró con el oro los testigos que confirmasen la relacion de Samuel, impuso silencio con la muerte á los que querian que brillase la verdad, y con esto logró salvar las apariencias y aquietar al pueblo; pero no aquietó su conciencia, ni pudo arrancar aquel negro borron del libro de la historia.

La inconsolable madre fué á sepultar su dolor en un convento, en donde tomó el velo.

Hasta aquí la historia.

Dimitri contó á sus amigos el suceso del siguiente modo:

Una tarde, cerca ya del anochecer, hallábase el príncipe con otro niño de su misma edad, llamado Guillermo, á quien amaba apasionadamente.

Era éste un huerfanito, recogido por su madre, y que compartia sus juegos infantiles.

Divertíanse ambos niños en hacer figuritas de cera en un ángulo de una sala baja, inmediata á los jardines, y su preceptor Samuel, leia, sentado junto á la ventana.

La tarde estaba triste y nebulosa, y áun ántes de trasponerse el sol, la sombra invadia ya toda la tierra.

Dieron horas.

Samuel dejó el libro, se puso á contemplar el juego de los niños, y dirigiéndose á Dimitri le dijo con desusada afabilidad, pues era de carácter sombrío y sumamente severo:

—Señor, segun veo, amais mucho á Guillermo, á pesar de ser un pobre huérfano.

—¡Más que á mi vida! respondió el príncipe.

—En ese caso, ¿le cederíais sin pesar vuestra fortuna y vuestro rango?

—¡Oh, todo para él! repuso apasionadamente Dimitri.

—Perdonad, insistió el judío, pero creo que si se tratase de darle vuestro magnífico traje y vuestro hermoso collar, no lo haríais.

—¡Me ofende esa duda! exclamó el príncipe resentido.

—Hagamos la prueba. Trocad vuestros vestidos: sed vos Guillermo y que él sea Dimitri.

La novedad de la ocurrencia divirtió mucho á los niños, que al instante cambiaron sus trajes entre risas y algazara.

—Veamos, repuso Samuel, dirigiéndose á Guillermo que se paseaba por la sala con jactancia, engreido con su lindo traje, veamos, sal á los jardines á ver si te conocen las gentes del palacio.

Mira, creo que el hijo del aya viene buscando á Dimitri, sin duda por órden de su madre; vé á su encuentro. Mírale allí abajo, en el vestíbulo.....

Guillermo corrió al jardin, Dimitri se asomó á la ventana.

Tres hombres estaban aguardando en el vestíbulo.

Dimitri no los vió, fijas sus miradas en Guillermo que atravesaba el jardin contoneándose con orgulloso ademan.

Llegado éste al vestíbulo, el hijo del aya le salió al encuentro, y le dijo:

—Señor, llevais un collar nuevo.

—No, dijo Guillermo con desenfado, es el que siempre uso.

Y como alargase inocentemente el cuello, el hijo del aya le dió una cuchillada en el rostro, miéntras sus dos cómplices se arrojaron sobre él y le degollaron.

Dimitri, testigo de esta escena, dió un espantoso grito; pero al volverse despavorido, vió detrás de sí á Samuel, quien le cogió entre sus brazos y lo llevó á una torrecilla que estaba en el ángulo opuesto del edificio y le servia de habitacion.

Allí lo dejó sobre su mismo lecho, y salió dando triple vuelta á la llave.

Desde aquel instante, el desventurado niño no habia vuelto á ver la luz; no habia vuelto á recibir las caricias de su madre, ni los perfumes de sus amadas florecillas.

Desde aquel instante, no vió delante de sí más que el sombrío rostro de su preceptor, convertido en carcelero, y nada ya pudo saber que tuviese relacion con su madre y los objetos adorados.

Habitaba en un estrecho recinto que recibia escasamente la luz y el aire exterior, por una altísima claraboya con enrejado de hierro. Los primeros dias los pasó entregado á una violenta desesperacion; luégo la desesperacion se convirtió en estupor, y por fin se vió atacado de una enfermedad peligrosa. Mucho tiempo estuvo en el lecho batallando entre la muerte y la vida, y quizá hubiera sucumbido sin los solícitos cuidados que le prodigaba Samuel.

Un dia estaba dormitando, y aunque sabia que su preceptor se hallaba en la estancia, oyó que daban algunos golpecitos en la puerta.

El judío fué á abrir, y se inclinó respetuosamente ante un desconocido, á quien saludó con el nombre de Vasili Chiuski.

—¿Está mejor? preguntó éste señalando á Dimitri.

Se acercó al lecho, y contemplando al niño, repuso:

—¡Duerme! ¡Pero no hay duda, es él! Hé ahí la noble fisonomía de Ivan IV, dulcificada por la amante expresion de la bondadosa Marfa!

Es preciso salvarle á toda costa, Samuel, si quieres re-

cibir por entero la recompensa prometida, y cuando yo llegue á ser árbitro del poder, cuantos honores y empleos solicites.

—Mucho me debeis, señor, dijo Samuel con tono sombrío; pues si gracias á una medicina que acudí á propinarle á tiempo, y que le hizo tomar rápidamente el camino del sepulcro, el hijo del aya, que por mi órden desfiguró el rostro del fingido príncipe, no hubiese muerto, no os hubiera sido tan fácil conducir á buen término la sumaria, porque acosado por los más atroces remordimientos, hubiera acabado por confesarlo todo.

Tambien me debeis á mí el haber justificado satisfactoriamente la desaparicion de Guillermo, pues yo declaré que habia huido despavorido al ver muerto al príncipe, y para corroborar mi aserto, me compuse de modo que fuese hallado el cadáver de un niño, destrozado por las fieras, en un espeso bosque.

—¿Mataste á otro en su lugar?

—No; desenterré sencillamente el cadáver de uno que habia muerto aquel mismo dia.

—Eres previsor y sabio, Samuel, y reconozco lo mucho que te debo; pero no te cedo la palma en prevision y cordura. Cuando Boris, de quien soy el único confidente, me dió la órden de que hiciese asesinar secretamente al príncipe, pensé desde luego en conservarle la vida; pues vi en él un gaje precioso para imponer mi voluntad al monarca, cuando este monarca se llame Boris, como sucederá muy en breve, ó derribarle, proclamando la existencia del hijo de Ivan IV.

—¡Difícil es eso! interrumpió el judío, cuyos ojos chispearon iluminados por una llama diabólica. Nombrado vos, por el mismo Boris, presidente de la comision examinadora de los hechos, habeis destruido con suma habilidad todas las pruebas, habeis borrado todas las huellas del crímen, y no veo el modo de que más

tarde podais atestiguar la verdad de vuestro aserto.

Chiuski le miró fijamente, y tras una breve pausa le dijo con tono entre irónico y amenazador:

—Mi cómplice, sí, sabio Galeno, mi dueño no. Este es un secreto que me reservo por si te diera el capricho de valerte algun dia de los que te he confiado, que eres sobrado astuto y entendido. Dimitri en mi poder es un arma invencible; en la tuya un vano fantasma.

Recuérdalo bien, para no aspirar nunca más que á una recompensa proporcionada al servicio que me has hecho.

Terminado ya mi cometido, parto en este mismo instante á Moscou: de tí sólo dependerá el que mañana te regocijes contando tu tesoro, ó te balancees al viento colgado de una encina.

Dicho esto, Chiuski volvió á salir por donde habia entrado, cerrando cuidadosamente la puerta detrás de sí, miéntras Samuel murmuraba:

—¿Quién sabe? Yo tengo el precioso gaje en mi poder, ¿quién sabe?

¿Qué era entre tanto del acongojado niño que todo lo habia oido?

A pesar de su corta edad, comprendió que tal vez nunca volveria á recobrar la libertad; que habian borrado su nombre del libro de los vivos, y que se hallaba á merced de sus verdugos.

Pero lo que más traspasó su sensible corazon, fué el saber que quien habia decretado su muerte era aquel mismo Boris que tantas veces le habia tenido sentado sobre sus rodillas, colmándole de caricias.

Sumido en la más horrible desesperacion, concibió la extraña idea de dejarse morir de hambre para burlar los planes de sus enemigos; pero el instinto de conservacion y su fuerte naturaleza triunfaron de su infantil empeño.

No obstante, sea porque Samuel se hubiese asustado al ver la pertinacia de la enfermedad que le aquejaba, agra-

vada por el tenaz propósito del niño, ó porque hubiesen cesado las causas que le obligaban á tenerle tan oculto, le concedió permiso para pasear por los anchos corredores, lo cual no contribuyó poco á su restablecimiento.

Y así, contando minuto por minuto, pasó el desventurado príncipe diez y siete años de su vida.

—¡Ah! no sabeis, exclamó el jóven interrumpiendo su relato, no sabeis lo que es vivir en un sepulcro sin saludar el sol, sin espaciar el alma con la vista de la naturaleza, y, sobre todo, sin hallar á nuestro alrededor ni una sola mirada afectuosa.

¡Infeliz de mí! ¡Qué delito podia haber cometido para sufrir un castigo tan horrible! ¿Cómo no se habian apiadado de mi juventud y mi inocencia?

Un solo consuelo tenia en mi cautiverio, y era la lectura. Samuel, ¡oh, inaudita crueldad! venía todos los dias á darme sus lecciones como en tiempo de mi libertad. Causábame tal horror su vista, que al principio me resistia á escucharle; pero sabía obligarme á ello con un látigo, y sólo se retiraba cuando éste estaba teñido en sangre.....

Despues, la necesidad de fijar mi imaginacion en algo, me hizo escuchar sus elocuentes disertaciones, porque Samuel era efectivamente un sabio, y durante la leccion, hermanadas nuestras almas por la ciencia, olvidábamos, yo que era la víctima y él que era el verdugo.

Pero terminada la conferencia, ámbos volvíamos á ser lo que éramos ántes: él se despedia de mí con una sonrisa de hiena; yo le contestaba con un rugido de salvaje cólera.

¡Oh, refinamiento increible de maldad! ¡Ilustrar mi entendimiento, enaltecer mi alma para que comprendiese mejor el abismo en que habia caído, la pesadez de las cadenas que me aherrojaban!

Cuando llegué á la edad de la adolescencia, cuando el

eco mágico del amor resonó en mi corazon, no sabiendo donde colocar mis afectos, pedí á Samuel un pajarillo, como aquel que me arrullaba en mis primeros años y que me adormecia con sus dulces trinos.

Samuel me miró asombrado: no podia comprender el objeto de mi peticion. Su alma seca y egoista, era inaccesible á todos los afectos, y no comprendia que mi alma necesitaba amar.

Cuando al dia siguiente me trajo el avecilla, prisionera en una estrecha jaula, mis ojos se llenaron de lágrimas, porque ví que la habia impuesto igual martirio al que yo estaba sufriendo.

—No, no, dije, nó; lleváosla en buen hora y volvedla la libertad. ¿Creeis que Dios la ha dado alas para reducirla á los límites de una cárcel tan estrecha? Lleváosla, lleváosla, y devolvedla al espacio, devolvedla á sus hijuelos.

Samuel se encogió de hombros. Creia que estaba loco.

—Traedme un rosal en cambio, añadí con vehemencia, traedme un rosal, os lo suplico.

Habia tal ardor pintado en mis miradas, que Samuel, temiendo exasperarme, volvió casi al instante con la planta pedida. ¡Oh, con cuánta ansiedad esperé á que se alejase para llenarla de besos! Habia una flor entreabierta, y cuando la puerta giró sobre sus goznes, me abalancé hácia la purpúrea rosa, aspiré con delicia su perfume, y acerqué mi palpitante seno á su corola para que pudiese recoger todos aquellos violentos latidos que nadie habia compartido hasta entónces. ¡Oh, de cuánta adoracion rodeé aquella planta que me tributaba siquiera perfumes en premio de mi cariño! ¡Con qué anhelo la regaba! Ella obtenia mi primera mirada al despertar, ella recogia mi último suspiro cuando me entregaba en brazos del sueño por la noche.

Yo entablaba con ella mil misteriosos diálogos, y la

contaba mis penas, y la rociaba con mis lágrimas; cada nueva hoja que brotaba de su tronco era para mí un motivo de felicidad inmensa; cada nuevo capullo que se entreabria, derramaba en mi seno torrentes de delicias! Mas ¡ay! á la pobre flor no le bastaba mi frenético cariño. ¡Su vida eran los rayos del sol y el sol no la alumbraba!

Poco á poco fué inclinando su lacia corola hácia el suelo, y un dia cuando Samuel entró, me halló suspirando sobre la planta marchita. Jamás ningun hermano fué tan sinceramente llorado como mi rosal querido. Vanos fueron mis esfuerzos por conservarle su efímera existencia. Las hojas se fueron secando una por una, y en breve sólo me quedó para consuelo un tronco seco y amarillento. ¡Mi pobre planta! ¡mi única amiga en este mundo habia muerto, y yo era la causa de su muerte!

Envolví sus queridos restos en un finísimo papel, y sobre él grabé un apasionado epitafio. Samuel se reia y continuaba creyéndome loco. ¡Ah! él ignoraba, como ignora sin duda el mundo, lo que es sentir todo su sér devorado por una inmensa llama y no hallar en derredor de sí un solo sér en el cual se pueda depositar este tesoro de ternura! Loco, sí, estaba loco, porque anhelaba, al par que la existencia, amar y ser amado, y en vez de elevar mi corazon á Dios, soñaba, á pesar mio, con el terrestre amor de las criaturas. Ya no bastaba á defenderme contra mi desvarío el recuerdo de mi madre, tan dulce para mí hasta entónces: un grito confuso me decia que el niño bebe mil delicias en la mirada amante de la que le ha llevado en su seno; pero que el hombre busca la segunda parte de esa sublime epopeya en la candorosa mirada de la vírgen, que como él, se siente abrasada por un fuego desconocido.

¿Para qué contaros cuánto sufrí? Conocí que iba á volverme loco y me asusté de mi propio peligro. Habia leido

en los libros de los filósofos con que mecieron mi infancia, que el hombre debe luchar con sus pasiones y vencerlas; que querer es sinónimo de poder. ¡Yo quise!

¡Ah, cuán fácil les es á esos hombres austeros y pensadores, pero que se rodean, sin embargo, de los regalos de la vida, cuán fácil les es, digo, con el corazon embriagado de delicias, tejer los sutiles razonamientos de sus doctrinas, y dictar saludables preceptos á los mortales que luchan con toda clase de infortunios! Ellos hacen como los que prescriben á los nautas serenidad en el momento del peligro; pero ¿creeis que si se hallasen en medio de los revueltos mares, teniendo encima de su cabeza las inflamadas nubes vomitando rayos, viendo la endeble tabla, á la cual fiaron su vida, ser juguete de las olas que se elevan hasta el cielo, contemplando rasgarse las velas, romperse el timon y volcarse la brújula salvadora, ¿creeis que hablarian el mismo lenguaje firme y decidido? No, no; dejarian caer la pluma, dirigirian en torno sus azorados ojos, se postrarian de rodillas y llorarian como niños débiles é inadvertidos!

¡Ah, sí! querer es poder cuando el alma está satisfecha, cuando la imaginacion sólo refleja las ideas que percibe la razon; pero cuando el pecho se hace pedazos destrozado por un dolor inmenso, cuando el pensamiento está fijo en una sola, única y exclusiva idea, difícil es, por un simple acto de la voluntad, recobrar la perdida calma!

Estrujad entónces vuestro corazon y decidle que no lata, y sus palpitaciones os desviarán la mano; comprimid vuestra frente y mandad al pensamiento que permanezca inmóvil, y él se burlará de vuestro mandato, como el pajarillo que aletea en el espacio y no se detiene á la simple voz del cazador codicioso.

¡Yo luché, luché con todas mis fuerzas y quedé vencido! Yo no queria volverme loco, porque entónces no

podria algun dia abrazar á mi madre y contemplar con conciencia los bellos campos de mi patria; pero mis ideas se confundian cada vez más, y aquel prolongado martirio aniquilaba mis fuerzas.

Acordéme entónces de que en vano el náufrago se empeña en ir contra las irritadas olas, so pena de perder la existencia, y ántes por el contrario, si se entrega á su impulso, las mismas espumosas aguas le conducen hasta el puerto. Entónces ya no quise ahogar mi amor indefinible, sino darle un norte fijo. Creé en mi fantasía un bello ideal, y concentré en él todas las facultades de mi alma. Le amé como habia amado á mi madre en mis primeros años. ¡Con cuánta complacencia me entretenia en llenar de encantos aquel ficticio objeto, que pasó bien pronto á ser un sér real para mi delirio! Desde entónces ella fué la compañera de mi esclavitud, la dulce confidente de mis penas. Ella era la que velaba mi sueño y la que aplicaba á mis labios abrasados la copa de la ventura.

Mi cálculo no habia salido vano. Cuando nos atormenta una idea, léjos de pensar en destruirla, es preciso recurrir á otra idea, capaz de absorber el pensamiento, para que ocupe el lugar de la primera.

Recobré la calma. Mi ideal compañera no me abandonó jamás, y cada dia iba adornándose con las inefables gracias que la prestaba mi imaginacion de niño.

¿Me negará el mundo, si recobro la libertad, la realizacion del bello ideal que me he forjado?...

Dimitri se detuvo, y su mirada brillante de ternura se fijó en Marina.

Jorge sintió por segunda vez un dolor tan agudo como si le arrancasen la existencia.

—Perdon, repuso Dimitri; ¿por qué os he contado todas estas locuras? ¿Lo sé yo acaso? Pero encerrado en un reducido espacio, impotente para obrar, ¿de qué puedo hablaros, si no os hablo de las tormentas de mi alma?

Basta de pueriles sueños: decidme vos en qué estado se halla mi madre, en qué estado se halla mi patria, qué es de mi hermano.

—Vuestro hermano ha muerto, vuestra madre gime en un claustro apartado; Boris ciñe la diadema y recoge el fruto de sus crímenes.

—Luego era cierto, exclamó Dimitri sentándose en el borde del lecho, y pintada en el semblante la más dolorosa expresion; luego era cierto lo que algunas veces achacaba al delirio de la fiebre. ¿Es cierto, pues, que los hombres son tan malvados como me los pintaban esas viejas historias cuya lectura me causaba espanto?

Yo tachaba á los escritores de mentirosos, ó creia que sus vetustos personajes eran hombres de otro siglo más desdichado que aquel en que vivimos. ¡Ay, es cierto! ¡Ha sido, en efecto, Boris! ¡Boris, el amigo íntimo de mi hermano, el que me mecia sobre sus rodillas dándome el dulce título de sobrino, el que me ha condenado á tantos años de horrible cautiverio!

—No, dijo Jorge sonriendo; él por su voluntad no os ha otorgado esos tristes años, pues su exclusiva intencion era que reposáseis tranquilamente y para siempre debajo de una losa.

Dimitri ocultó su blonda cabeza entre las manos y guardó silencio.

—Pero decid, repuso al cabo de un instante, ¿es cierto que en el mundo debemos mirar al amigo como á nuestro más encarnizado enemigo, que no hay lazos de la naturaleza que el vil interes no quebrante, que hasta la mujer querida nos vende estrechándonos sobre su seno?

—Exagerada es la pintura, señor, dijo Jorge sonriendo. Ved á qué estado me ha reducido la adversa suerte, y no obstante tengo á mi lado una esposa fiel, y puedo reclinar tranquilamente mi cabeza en el leal seno de mi amigo.

Dimitri no respondió; pero sus mejillas se tornaron pálidas, y el brillo de sus ojos quedó apagado. Al cabo de un instante se precipitó del lecho y se dirigió tambaleándose al agujero que conducia al palacio.

—¿Qué haceis? exclamó Jorge.

—¡Oh, no, no, dejadme, no quiero entrar en ese mundo tan sembrado de espinas! dijo el príncipe con amargura. Crúcenlo en buen hora los que desde su más temprana edad sintieron desgarrada su planta y se acostumbraron á separar los abrojos de su camino; pero yo tengo veinticinco años; soy inexperto, reboso de fe y de amor, y me matarian los desengaños. Es tarde para nacer, amigo mio, y entre nacer bajo tales auspicios ó morir, prefiero la paz de la sepultura.

—¡Dimitri! gritó Jorge con voz de trueno, ¡tu madre llora en un monasterio; el pueblo ruso anhela sacudir el yugo del usurpador! ¡Boris ciñe la imperial diadema, y hora es ya de que expie sus pasados crímenes! ¡Dimitri: tu madre y tu patria esperan de tí la libertad! ¿te negarás á ser su salvador?

Dimitri se acercó precipitadamente á Jorge con las mejillas inflamadas y los ojos centellantes.

—Pero yo nada soy, dijo, yo nada tengo. ¿Cómo podrá servir de apoyo á los infelices quien es más desdichado que ellos?

—Tienes la sangre real que corre por tus venas, tienes tu ilustre nombre; ¿te faltará el valor para sostener una espada?

—¡No, exclamó Dimitri con entusiasmo, no! ¡Ah, quién me diera poder verter hasta la última gota de mi sangre en los campos de batalla, en defensa de mi madre y de mi patria!

—Dimitri, exclamó Jorge con creciente ardor, has leido en los libros que nada se hace en el mundo sin interes; voy á revelarte el interes que me mueve á alentar

tus brios y á empeñarte en el combate, y sirva mi lealtad de paliativo á mi interes.

Hubo una ciudad que se arruinó por defender á mi padre. Nijni Novgorod está convertida en un monton de escombros, y yo quiero que como el fénix renazca de sus ruinas. ¿Prometes reedificarla si alcanzas el cetro soberano?

—Lo juro por la cabeza de mi madre; pero ¿en dónde están tus soldados? ¿con qué tesoros cuentas? ¿con qué auxilios?

—¡Conmigo! ¡tan solo conmigo!

Dimitri se sonrió de compasion al echar una mirada sobre el pobre mutilado.

—¡Conmigo! repitió Jorge con energía, solo conmigo, si me escuda tu poderoso nombre. Duerme en paz, príncipe, duerme en paz, mécete en sueños halagadores, que el hombre á quien desprecias sabrá prepararte la victoria. Alejo, repuso; ve á buscar cuanto pertenezca al príncipe, tapa ese boquete, y que nadie en el mundo llegue á penetrar este misterio.

Marina, harás tú misma al príncipe un traje polaco igual al mio, y dirás que es un hermano tuyo que acaba de llegar de tu país. Vos, príncipe, quered tan sólo; quered con todas las fuerzas de vuestra alma ser el ilustre salvador de vuestra patria.

Ahora idos todos á descansar; dejadme solo; necesito estar solo para coordinar las ideas que hierven en mi mente.

Dimitri no insistió: aquella esperanza que brillaba por primera vez á sus ojos, quebrantaba sus débiles fuerzas y sentia una imperiosa necesidad de reposo.

Dejóse conducir por Marina á otro aposento y se rindió bien pronto al sueño. En cuanto á Alejo, se puso á ejecutar silenciosamente las órdenes de su amigo, y Jorge se entregó con febril ardor á sus misteriosos planes.

—¡Sí, decia en voz baja, sí, aún puede ser útil mi existencia! ¡aún puedo embellecerme á los ojos de Marina! ¡Reedificar mi ciudad natal, poner la corona de Rusia en la sien de su legítimo dueño! ¡Oh, cuán noble, cuán digna es esta empresa, cuán dulce el galardon, cuando ella oiga decir á todo el pueblo dichoso y libre: ¡paso, paso al mutilado Jorge, al que ha sabido quebrantar nuestras cadenas!

El jóven se volvió precipitadamente al pronunciar estas palabras. Habia sentido el dulce contacto de una mano apoyarse blandamente en su espalda.

Era Marina.

—¡Loco! exclamó ésta en voz baja, ¡loco! estás llamando sobre tu cabeza la desgracia, y luégo acusarás á la Providencia si oyes cerca de tí el aleteo de sus negras alas! ¡Ay, cuán diferente es el alma de la mujer de la vuestra, insensatos hombres!

Mi felicidad está circunscrita á estas paredes; para mí el universo es tu mirada: tú necesitas luchas, emociones, gloria: sea en buen hora, no quiero condenar la más grande obra del Señor, pues que ha salido así de sus manos; pero si eres susceptible de hacer un sacrificio, hazlo por Marina, y pasará bendiciéndote su vida. Renuncia á esas vanas ideas de estéril gloria: la gloria es el amor; la felicidad estriba sólo en la íntima union de dos amantes corazones. ¡Ves cuán apacible y dulce trascurre así nuestra existencia! Si paseamos en nuestra enguirnaldada barquilla por el seguro puerto, ¿por qué hemos de lanzarnos al revuelto golfo, en donde cada ola es un escollo, cada ola una horrible sepultura? Deja que atraviesen los procelosos mares otras naves mayores que nuestra frágil barquilla: déjalas en buen hora; tal vez á pesar de su magnificencia, sus gritos de desesperacion y agonía vendrán á interrumpir nuestras amantes canciones.

Dios al lanzarnos al mundo nos ha trazado un círculo

proporcionado á nuestras fuerzas: ¡ay de aquél que arrastrado por su ambicion intente traspasarlo!

Por una vez que la fortuna ciña la frente de los ambiciosos con una espléndida diadema, cien mil, esa torva deidad, reviste á sus adoradores con la ensangrentada túnica del martirio.

¿Qué te ha dado la suerte en premio de tu legítima ambicion de un dia? ¡Lágrimas y amargura! ¿Para que servirian las terribles lecciones del pasado, si no fuesé para hacernos cautos en el pórvenir? Has pagado tu tributo á la noble ambicion que deben sentir todas las almas bien nacidas, y supuesto que la gloria ha pisoteado tu ofrenda y te ha cerrado las puertas de su templo, debes refugiarte en los mágicos jardines del amor que te brindan todas sus delicias. Imita á la mariposa que pasa su corta vida oculta en el perfumado boton de la flor amante, y no á la mariposa insensata que va á dar vueltas en torno de la llama que debe consumirla. Sí, Jorge mio, abjura todos esos vanos proyectos, esos insensatos planes: demos la libertad á Dimitri, vendamos para socorrerle cuanto poseemos; pero que vaya léjos de nosotros en un suelo extranjero á realizar sus amorosas utopias. Una diadema de piedras preciosas abrasa el pensamiento y seca el alma; deja que vaya á ceñirse una corona de olorosas flores que llena el corazon de mil delicias tranquilas. Jorge, el amor no admite más que el número dos por emblema; ¡ay del insensato que quiera sustituirlo con otro número cualquiera! Cuando los ruiseñores cantan dos á dos en la enramada, si otro pájaro mezcla con las suyas su cantinela, los ruiseñores enmudecen y el concierto queda interrumpido; cuando un arroyo recibe en su cauce las puras gotas de la lluvia fecundante, discurre lleno de alegría por la pradera y fertiliza las flores; pero si atraviesa su corriente otro arroyo, quedan turbias sus aguas, y gracias si no se ven

arrastradas como viles esclavas por el ímpetu de la corriente extraña. Jorge, abandónate en manos de la Providencia, y no llames nunca á la desdicha; pues una vez que haya asentado su trono sobre tu corazon es imposible rechazarla.

—¡La Providencia! Marina, exclamó Jorge con exaltacion; la Providencia es la que nos ha conducido á esta ciudad, al borde de la tumba de Dimitri para que oyéramos su llamamiento, para que la ayudáramos á realizar sus vastos designios. Lo veo, lo siento; una voz interior me grita que ese jóven debe ser el salvador de Rusia, y que mi débil mente es el instrumento destinado á servirle de escabel para subir al solio.

Aún hay más, Marina, aún hay más: has aplicado la mano á la herida, y fuerza es ya que veas la sangre que brota de ella.

Hablas de mi felicidad presente; pero ¿y el porvenir, único consuelo de mi alma? Cuanto más bello es el espectáculo de la naturaleza en calma, más horrible nos parece la idea de la tempestad. ¿Ves una temprana flor cuán coquetamente balancea su corola sobre su verde tallo? Pues deja que la brisa la niegue sus caricias, que el rocío no la refresque, que el sol no la visite, y verás cómo sus mustias hojas alfombran la pradera. Mírame, Marina; ¿soy yo acaso digno de inspirar amor como no fuese á un alma como la tuya? Pero ese amor que reside más bien en tu noble corazon, alimentado por la generosidad y el orgullo de tu mismo sacrificio, falto de estímulo, gastados sus poderosos móviles, algun dia acabará por extinguirse, y entónces...

Jorge se detuvo, su inflamado semblante perdió sus colores, su mirada quedó fija, y gruesas gotas de sudor brotaron de su frente.

Marina quiso hablar.

—No, no, exclamó Jorge con voz ahogada, no; esta

idea me abrasa la mente y no hay bastante hechizo en tus palabras para destruirla. Sé muy bien que tu generosa ternura te hace ver este cambio de tu corazon como imposible; pero dia vendrá en que busques en tu rededor al hombre digno de tu culto y no le encuentres...

Pero Marina, yo necesito que me ames para vivir, necesito que me ames para no cometer un crímen y arrancarme con mis propias manos la existencia que Dios me ha confiado, y entónces, ángel mio, te perderia, te perderia por toda la eternidad de los siglos!... ¡Ah, tú no sabes las siniestras ideas que cruzaban por mi mente ántes de alentar esta ambicion que me devora!... Yo pedia á Dios la muerte, se la pedia hundiendo mi frente en el polvo, ántes que luciera en el oriente ese funesto dia. Marina, sólo puedo ofrecerte el alma; deja que la eleve á tanta altura que sea el espejo en donde se miren los favorecidos de la fortuna y en donde se asombren de su pequeñez y su ignorancia. ¡Oh, Marina, una gota de agua puede, con el tiempo, taladrar una roca; yo volcaré el trono de un intruso; yo romperé las cadenas de muchos millones de esclavos; yo haré brotar de sus cenizas una ciudad populosa; y si muero, Marina, moriré en tus brazos y harás grabar con orgullo en mi sepulcro: *aquí yace el que fué compañero de mi alma; aquí reposa Jorge.*

Calla, Marina, calla, nada digas; cuando la fe y la conviccion se anidan en un alma, vano es que la mano de un mortal pretenda desalojarlas. Deja que muera si así lo ha decretado Dios, pues tarde ó temprano me mataria la duda entre tus brazos. Pero ya lo veo, ¡te burlas de mis delirios! ¿Por qué, Marina, por qué? El hombre no es fuerte y poderoso porque tenga todos sus miembros, sino porque su inteligencia se remonta á los cielos, se cierne en el espacio y recibe del sagrario del Eterno la luz que le ilumina. Porque acierta á leer en las

sublimes páginas del libro de la naturaleza y descifra sus arcanos; porque, hijo de Dios, sabe el medio de detener el rayo y poner límites á torrentes bramadores; porque *quiere*, en fin, y su voluntad enérgica no reconoce límites.

Yo quiero, Marina, quiero ser digno de tu noble sacrificio; quiero ser superior al mismo jóven Dimitri, y lo seré, sí, lo seré, porque para ello cuento con mi voluntad de hierro.

Huir delante del enemigo es propio de cobardes, y no es digno de ceñir una corona de rosas el que no ha desafiado las espinas para cogerlas. Un noble caballero cuando encuentra un noble adversario en su camino, debe luchar con él cara á cara, porque es más bello dormir el sueño eterno debajo de una armadura ensangrentada, que gozar de una felicidad conquistada á costa del general menosprecio. ¿Fuera acaso justo, Marina, que yo pobre y deforme, me erigiese en Argos tuyo, pretendiese hacerte esclava de mi destino, coartar tu libertad, condenarte á la desdicha? ¡No, mil veces no! La Providencia me ha enviado á Dimitri, y Dimitri permanecerá conmigo. Lucharemos ambos, si es necesario; pero lucharemos en buena ley. Yo procuraré oscurecer con mis virtudes su virtud y su atractivo, y si tú le dieras el lauro de victoria, Marina... entónces... entónces, ¡daria gracias á Dios por haberte hecho dichosa!...

Jorge se detuvo de nuevo y dejó caer la cabeza sobre el pecho. Al cabo de un instante la levantó con energía: su rostro estaba cubierto de lágrimas.

—Sí, repuso con voz firme, ¡le daria gracias por haberte hecho dichosa!...

—Entónces partiríamos, dijo Alejo, que se habia acercado insensiblemente, iríamos á llorar juntos en algun rincon del mundo nuestra perdida ventura y viviríamos tranquilos, porque la idea de hacer feliz á alguno es un

bálsamo milagroso que cura todas las heridas. La antorcha de la amistad, oscurecida ahora por la hoguera del amor, difundiria su suave luz sobre nuestras existencias, y esperaríamos con tranquila calma el momento de ir á buscar en el cielo nuestra hermosa compañera.

Una ardiente mirada de Jorge pagó este dulce raciocinio.

—Está bien, dijo Marina sonriendo; lucha en buen hora: tus dudas encierran una idea ofensiva hácia mis no comprendidos sentimientos, y ya que necesitas el crisol de la prueba para creer en su pureza, yo la admito, segura de confundir tu excesiva desconfianza. Pero entre tanto que los acontecimientos no justifiquen tus temores, descansa tranquilo sobre el corazon de la mujer que te idolatra. No llores, no sufras, porque tu martirio es mi martirio. Venid, Alejo, venid, postrémonos ambos á su lado, como lo hicimos en el puente de Sandomir, y tal vez como entónces, nuestras amantes palabras calmarán la fiebre que le devora. Vea que el amor y la amistad están meciendo su existencia, y que, aunque es libre para hacerlo, será un insensato en rechazar sus purísimas ofrendas.

Marina y Alejo se postraron junto á Jorge: de los ojos de éste se escapó una lágrima, hija de aquella felicidad inmensa que es una dádiva del Eterno, y que sólo su sublime voz sabria explicarla.

Pero luégo su mirada se fijó en el aposento donde Dimitri reposaba, y sus mejillas se inflamaron de nuevo.

¡Ah! Jorge tenía razon: cuando la conviccion y la fe se aposentan en un alma, sólo la mano de Dios es bastante poderosa para desalojarlas!

CAPITULO III.

Existe una bellísima ciudad que se espeja graciosamente en el caudaloso rio que la divide en dos partes, y se embriaga con el perfume de los mil bosques que la cercan. Levántase majestuosa sobre un terreno sembrado de colinas, y esta misma desigualdad permite disfrutar, desde su recinto, del más sorprendente panorama. No ménos sorprendente es el paisaje que ofrece de léjos: una reunion inmensa de edificios de toda clase de arquitecturas, y en el centro una pirámide de doradas cúpulas, una infinidad de torres coronadas de cruces, y otras en forma de minaretes y de estilo gótico, recuerdan á la vez los monumentos del Asia y los de Europa. Este dilatadísimo núcleo de edificios, está sombreado por el verdor de los árboles centenarios de sus magníficos jardines, y de sus paseos públicos, más magníficos todavía.

Esta ciudad, á la cual pudiéramos con razon llamar ciudad de las maravillas, es Moscou, y en el año 1604 la residencia fastuosa de los czares.

Pero en el momento en que conducimos al lector á su dilatado recinto, no reinaban en ella el ruido y la algazara propias de una ciudad tan populosa: léjos de esto,

su letal silencio parecia más bien indicar que aquella inmensa ciudad era la ciudad de los muertos. La naturaleza entera armonizaba con aquel lúgubre silencio. El cielo tenía un color ceniciento y estaba surcado por negras nubes, que interceptaban totalmente los rayos del sol, próximo á su ocaso: los bosques sólo presentaban la confusa aglomeracion de desnudos troncos, y si alguna hoja ostentaban, era seca ó se inclinaba casi marchita hácia la tierra. El Moskova corria murmurando por su cauce, sin arrastrar consigo el pétalo oloroso de ninguna flor, ni hallar á su paso ningun arbusto que le prestase sombra. Por todas partes se veia grabada la imágen de la desolacion más espantosa.

Cuanto más eleva el cedro su altanera frente, más evoca el rayo que debe derrumbarlo. Las grandes catástrofes se manifiestan con todo su terrible esplendor en las ciudades poderosas.

El hambre, como hemos dicho ya, afligia á Rusia; pero el hambre se cernia con más infernal complacencia sobre Moscou y la devastaba. Refieren las historias, que en aquella época calamitosa se hallaron en sus calles hasta 127.000 cadáveres, guarismo enorme que no le hubiera parecido sin embargo tal, al que hubiese penetrado entónces en la desdichada ciudad, y hubiese visto las errantes sombras que de vez en cuando turbaban su silencio.

¡Cosa extraña! Los bosques estaban sin hojas, las praderas sin flores, y las calles de Moscou ostentaban una alfombra de musgo que ofrecia un lecho á los lívidos cadáveres.

Cerradas estaban todas las tiendas, las oficinas públicas abandonadas, y sólo las desiertas casas de los magnates se veian abiertas, sin que nadie intentase violarlas y ampararse de los tesoros que encerraban ¡Ay! una enorme barra de oro no vale una migaja de negro pan para

el que tiene hambre, y nadie ambicionaba las riquezas desde que con ellas no podia alcanzar su sustento. Cuadros horribles y repugnantes eran los únicos que se ofrecian á la vista: mujeres pálidas, sucias, desgreñadas, que erraban sin objeto y con paso vacilante; haraposos mendigos, que de vez en cuando se detenian para cebarse como los vampiros en la sangre de los cadáveres con los cuales tropezaban. A veces ahogaban á los agonizantes, impacientes por devorarlos, y otras, revolviendo contra sí aquel furor carnicero, se daban la muerte para acortar la inaguantable agonía que estaban sufriendo. A veces eran ancianos octogenarios los que asistian con la impasibilidad de la desesperacion á la muerte de sus idolatrados nietecillos; á veces eran madres, que arrancaban el último pedazo de pan á sus hijos para calmar el hambre que las devoraba. Cuando las grandes catástrofes agotan el sufrimiento, el hombre vuelve á entrar en la esfera de los brutos y todo lo subordina á sus sensaciones animales. En todas las mentes sólo germinaba una idea, todos los labios sólo sabian pronunciar una palabra, todos los corazones palpitaban á la imágen de un solo objeto. ¡*Pan*! ¡*pan*! gritaban los infelices sollozando, ¡*pan*! ¡*pan*! era la última frase que articulaban los moribundos. Todos los lazos de la naturaleza y la sociedad se habian roto repentinamente.

El hermano olvidaba al hermano, la esposa á su esposo, la madre á sus hijos. El avaro arrojaba á la multitud sus inútiles tesoros por un poco de alimento, el ambicioso sus blasones, y hasta el sabio las obras de sus constantes vigilias. ¡*Pan*! ¡*pan*! gritaban todos formando un doloroso concierto, ¡*pan*! ¡*pan*! repetian sin cesar los ecos de los montes.

La desgracia forja sus cadenas con eslabones de hierro, y en pos del uno viene necesariamente el otro.

Como las espigaderas van en pos de los segadores para

recoger los granos olvidados, un cortejo de mortíferas enfermedades seguia las huellas del hambre, para arrebatar las vidas que ella perdonaba, y las víctimas hacinadas ya no tenian aliento ni siquiera para implorar al cielo. Caian una y otra, cual las hojas de un árbol arrancadas por un viento tempestuoso.

Como para las ciudades malditas, parecia que se habia agotado para Moscou la inconmensurable piedad del infinito en misericordia.

Para completar este horrible cuadro, las fieras, acosadas por el hambre, huian de sus guaridas, y atraídas por el olor de los cadáveres se introducian en la abandonada ciudad, y mezclaban sus rugidos con los ayes de los moribundos.

Ya no eran elegantes caballeros montados en briosos corceles, ni damas ataviadas con espléndida magnificencia los que recorrian las calles de la imperial ciudad, sino manadas de tigres y carniceros lobos que completaban la obra de destruccion, empezada por el hambre y por la peste.

¡Ah, cuando tales calamidades afligen á un pueblo, preciso es creer que enormes é impunes delitos han evocado la justiciera cólera celeste!

Como hemos dicho, el sol oculto entre siniestras nubes descendia lentamente al ocaso, y el sepulcral silencio de la ciudad iba aumentándose hasta lo infinito. Ninguna luz venia á disipar las sombras, que los altos edificios empezaban á proyectar sobre las calles; ninguna voz humana se atrevia á turbar el reposo de los muertos.

Sólo en las altas almenas que circuyen el Kremlin se veian algunos Strelitz apoyados en sus picas, colocados allí más bien para defender la entrada á las bestias salvajes, que para custodiar el tesoro regio y la persona de su soberano contra los ataques del pueblo.

Es el Kremlin, que primitivamente componia toda la

ciudad, un polígono regular flanqueado de una torre en cada uno de sus ángulos.

En su recinto están los magníficos palacios de Belveder, construidos bajo el reinado de Ivan III, en 1587; el Imperial, el Anguloso, sin duda llamado así por estar revestido de piedras cortadas en facetas, y otros muchos edificios notables por su severa arquitectura y sus colosales proporciones. Entre ellos descuellan varios suntuosos templos y el soberbio convento de la Asuncion.

En medio de la desolacion universal, sólo el Kremlin daba indicios de ser habitado por séres humanos, y al traves de las ventanas del palacio de los czares, fulguraban algunas pálidas luces.

En uno de sus salones ricamente entapizado, hallábase un hombre, cuyo traje armonizaba perfectamente con la magnificencia de la estancia, pero que, sin embargo, escondia su cabeza entre las manos, y soltaba de vez en cuando profundísimos suspiros.

No léjos de él veíase un reclinatorio sobre el cual descollaba una imágen del Crucificado, alumbrada por la vacilante llama de una lámpara de plata, y al lado de la efigie del Salvador, un libro abierto y un rosario de oro engarzado de piedras preciosas, daban indicios de que acababa de elevarse al que es consuelo de los afligidos una fervorosa plegaria. Pero el ángel que recoge las oraciones de los mortales para llevarlas hasta el trono del Eterno, no debia haber descendido á aquella estancia, ni difundido en ella su suavísimo perfume, por cuanto la desesperacion de aquel hombre era muda y sombría, como sombrías y mudas eran las calles de Moscou.

Entregado á su dolor no habia advertido que el crepúsculo habia sucedido al dia y al crepúsculo la noche: tampoco habia observado que se habia levantado un fuerte viento que conmovia hasta los cimientos las macizas paredes del edificio.

De repente las mil campanas de Moscou, agitadas por el huracan, hirieron el aire con sus metálicas lenguas, y todos los ecos repitieron sus tañidos.

Aquel hombre se puso instantáneamente de pié. Su semblante marchito se inflamó con el ardor de una súbita esperanza: sus ojos sin brillo cobraron nueva vida.

—¡Las campanas! exclamó con un gozo febril, ¡las campanas! hace seis meses que no las oia.....! ¡Si habrá resucitado mi pueblo! ¡Si me habrá Dios perdonado.....!

¡Ah, la alegría me trastorna la razon...!

¿Quién sabe? ¿no es Dios Todopoderoso? ¿no está en su mano el obrar milagros?

Y corrió desatentado á la ventana.

El Kremlin estaba silencioso como siempre; ningun ruido se oia en la ciudad; sólo entró una violenta ráfaga de viento y derribó la lámpara.

Aquel hombre pareció herido del rayo, extendió los brazos hácia el cielo, lanzó un grito y cayó exánime sobre el pavimento.

Casi en el mismo instante moviéronse los tapices que cubrian un apartado ángulo de la pared, y una sombra penetró en la estancia. Era una mujer.

Adelantóse rápidamente á pesar de la oscuridad, y sus piés tropezaron pronto con el inanimado cuerpo.

Una siniestra sonrisa entreabrió entónces sus labios, y murmuró con sarcasmo:

—¡Siempre el mismo! ¡débil como una mujer! ¡incapaz de fijar sus miradas en el rayo que serpentea sobre su cabeza!

Alejóse al decir estas palabras y volvió á aparecer algunos instantes despues, trayendo en sus manos una lámpara encendida.

Aunque las rosas de la juventud no realzaban sus mejillas, era una mujer de sorprendente hermosura, tal co-

mo jamás, tal vez, habian contemplado humanos ojos.

Sólo podia reprochársela demasiada elevacion en su estatura, demasiada dignidad en su porte.

Sus ojos eran negros, negra como el ébano su cabellera, blanca como el alabastro su tez, fabulosamente breves sus piés, sus manos y su cintura, delicados y voluptuosos todos sus contornos.

Pero su mirada tenía un torvo brillo que abrasaba el alma, sus negras cejas sólo estaban divididas por profundas arrugas que demostraban el hábito de fruncirse, y su sonrisa tenía algo de siniestro.

De todos modos, su belleza, aunque podia llamársela satánica, era una belleza que sojuzgaba, é imposible parecia verla y no caer de rodillas á sus plantas.

Largo rato contempló el cuerpo que yacía delante de ella sin movimiento, y por fin, dándole un ligero golpe con el pié, exclamó con acento imperativo:

—¡Boris, despierta! ¡Qué dirán tus esclavos cuando entren y contemplen á su señor en tal estado! Desecha tu cobarde miedo; despierta!

Su voz tenía un timbre pausado y metálico que heria extrañamente el alma.

Aquel á quien llamaba Boris hizo un movimiento convulsivo, abrió los ojos y los fijó con espanto en aquella mujer, que permanecia delante de él con los brazos cruzados y con el ademan altivo de una reina.

Boris se cubrió el rostro con las manos y prorumpió en sollozos.

—¡Hé ahí al poderoso dueño á quien la Rusia teme y acata de rodillas! exclamó aquella mujer con punzante ironía; héle ahí llorando como un débil niño, ¡héle ahí rogando á Dios cuando su pueblo perece de miseria, cuando necesita un brazo de hierro que lo levante de su postracion y que le infunda aliento!

¡Reza, imbécil, reza, miéntras el hambre se ceba en tus

vasallos, mientras las turbulentas facciones abrasan tus ciudades y despedazan tu régia vestidura!

¡Oh, si Missolaf y Terpscoff penetrasen en este recinto y viesen al rey á quien todavía respetan, vertiendo estéril llanto, ¡cómo enarbolarian la bandera de la rebelion y se desdeñarian de servir á tan mezquino dueño!

¡Guárdate fantasma de rey, guárdate, no sea que la vergüenza de amar á tan abyecto sér, me haga por fin romper los débiles lazos que me unen aún á tí y te abandone!

Boris irguió la cabeza al oir estas palabras como si un dardo de fuego hubiese penetrado repentinamente en su alma.

Levantóse con los ojos chispeantes de cólera, y tartamudeó con voz entrecortada:

—¡Alejandra, Alejandra!

Tan excesiva era su emocion, que no podia adivinarse si era causada por la cólera ó el amor; pero Alejandra no participó de ella en lo más mínimo, y permaneció impasible.

Apartóle de sí con un ademan de supremo desden, y fué á sentarse en un divan, fijando su distraida mirada en los artesonados del techo.

Boris se tornó lívido, y poniendo mano á la cintura sacó un puñal y se arrojó sobre ella.

Alejandra ni siquiera apartó por un instante sus miradas del techo, y se puso á juguetear con los largos bucles de sus cabellos.

Exasperado más y más Boris con este insultante desprecio, corrió á la mesa, escribió algunos renglones, aplicó su imperial sello en el papel y se lo mostró con aire triunfante.

Alejandra soltó una burlona carcajada.

—¡Necio, exclamó, necio! ¿Piensas que tu poder alcanza á hacer flaquear mi alma? ¿Qué importa que tú quieras que

muera mi marido, si yo decido conservarle la existencia? ¿Acaso en tu ciego arrebato no has firmado mil decretos semejantes al presente, sin que por esto tus órdenes se hayan visto cumplidas? Léjos de pretender atemorizarme con vanas amenazas, procura sojuzgar mi voluntad mostrándote tal cual debieras ser, tal cual anhelo verte.

Deja enhorabuena el cilicio y los rosarios, viste la coraza, sal del Kremlin, derráma en torno de tí algunas monedas de oro, y el pueblo te bendecirá y los sublevados huirán á tu presencia, y tus ejércitos cobrarán nuevos alientos. El cielo abandona á los cobardes que, cual el imbécil piloto en medio de la tempestad, cruzan sus brazos y se entregan á merced de los contrarios vientos.

—Despierta, Boris, despierta: el trueno retumba con estruendo, el rayo se cierne sobre tu cabeza, la tempestad ha estallado: despierta! En todos los anchos confines de la Rusia sólo resuena hoy para tí una voz amiga; cuenta que mañana dejes para siempre de escucharla.

Boris se estremeció, rasgó el decreto que acababa de firmar y fué á sentarse meditabundo junto á la mesa.

—¡Que despierte! exclamó por fin al cabo de un instante! ¡Que despierte! ¿y cómo? ¿No he derramado todos mis tesoros en beneficio de ese pueblo que me maldice, como si yo pudiese sobreponerme á los decretos de la Providencia? ¿como si tuviese poder para mandar á los elementos? ¿Cómo imponer leyes á mis enemigos, cuando no puedo contar con mi ejército ni con los grandes que rodean mi trono?

—Y crees reducirlos á la obediencia, mostrándote á ellos con el rosario en la mano y vistiendo el cilicio de la penitencia.

Boris se puso pálido de nuevo y murmuró con amargura.

—¿Olvidas, Alejandra, que hay espantosos crímenes en nuestro pasado? ¿Olvidas que la senda que hemos recorrido juntos está tapizada de sangre?

—Hemos sacrificado solamente perjuros y ambiciosos; pero no obstante tus escrúpulos, esos pedazos de papel esparcidos por el suelo muestran la sinceridad de tu arrepentimiento.

—¡Oh! á ese hombre, exclamó Boris con reconcentrado furor, á ese hombre le pondria yo mismo el dogal á la garganta.

—¿Por qué? preguntó Alejandra con negligencia.

—Porque te ama, porque tiene derechos sobre tí, por que le pertenece tu amor. En una palabra, porque es tu marido.

Alejandra se sonrió.

Levantóse al cabo de un instante, se acercó á Boris que se habia cubierto el rostro con las manos, y apoyándose blandamente en su espalda, dijo con aquel particular timbre de voz que helaba el alma.

—¿Te acuerdas de aquel hermoso dia de primavera, en que quisiste pasearte por el Volga en una nave empavesada, y embriagarte con el espectáculo de la riente naturaleza? ¿Te acuerdas de aquella islita cubierta de verdura, en donde quisiste desembarcar para espaciar tu alma juvenil entre los espesos bosques que la decoraban? ¿Te acuerdas de aquella clara fuentecilla que corria entre las flores, y de la tierna pastora que buscaba en la fugitiva corriente el reflejo de su imágen? Ella oyó tus seductoras palabras con embriaguez, y en cambio de tus caricias te entregó su corazon, ¿por qué la abandonaste luégo sin piedad? ¿por qué rechazaste entónces al hijo á quien habias dado la vida? ¡Amar! Desde que has roto todas las fibras de mi alma; ¿sé yo por ventura cuál es el significado de esa palabra? ¡Vuélveme á mi hijo!

La voz de Alejandra era trémula y apasionada. Boris se acercó á ella y la tendió los brazos, pero la encantadora sirena huyó rápidamente y fué á sentarse de nuevo en el divan, soltando una insultante carcajada.

—¿Por qué no me matas? gritó Boris con doloroso acento; ¿por qué no me matas ántes de entretenerte en despedazar mi alma?

—¿No te entretuviste tú ántes en despedazar la de la humilde pastorcilla que te habia entregado su fe? ¡Ah! para hacerlo, ni áun podrias aducir por excusa la venganza.

Pero basta de puerilidades, añadió cambiando de tono. Vengo á hablarte de asuntos serios.

Necesito que me confies el anillo con el sello imperial por espacio de tres dias.

Boris la miró fijamente.

—¿Con qué objeto? preguntó con tono receloso.

—Es una prueba de amor que te exijo.

—No; exclamó el monarca; demasiado conozco la tenebrosidad de tu alma. Serviria para hacer nuevas víctimas.

—Y aunqué fuera así, ¿no soy yo, á pesar de todo, tu única amiga? ¿No estás rodeado de enemigos?

—No, repitió Boris; basta ya de severos escarmientos, de sangre derramada. He luchado contra la adversa suerte, y estoy fatigado de la lucha. He inmolado á los revoltosos cuando he creido que su muerte podia ser de alguna utilidad al país, pero veo que el país, ingrato, levanta altares á sus enemigos y escarnece á los que intentan salvarle y protegerle; veo que los revoltosos son como la hidra de cien cabezas: cuando se derriba una cabeza, brota otra de su misma sangre.

Mi mision está terminada, me cruzo de brazos y me someto á la voluntad del cielo.

—Está bien, exclamó Alejandra con ímpetu; pero cuando el piloto abandona los remos, justo es que los náufragos le abandonen á él, y lanzándose en los esquifes, busquen al traves de las irritadas ondas el camino del puerto. Adios. Dentro de una hora mi marido y yo dejarémos á Moscou, y te verás privado de tus únicos amigos.

Las mejillas de Boris se enrojecieron, pero permaneció inmóvil.

Al cabo de un instante murmuró en voz baja.

—¡Cúmplase la voluntad del cielo!

—¡Guárdate, Boris, guárdate! exclamó Alejandra con nuevo ímpetu. Podemos de amigos convertirnos en enemigos, y revelar al mundo tus secretos.

—¡Sí! dijo Boris con tono sombrío, hay en mi pasado muchos y tenebrosos crímenes; pero Dios perdona al que sinceramente se arrepiente.....

Si no me detiene el temor de quedar solo en este desierto, en esta sepultura de vivos, ménos me detendrá el de que se divulguen mis secretos..... Estoy decidido..... vete.....

—¡Ingrato! ¡Y decia que me amaba! exclamó Alejandra con pasion, dirigiéndose á la puerta.

Boris volvió precipitadamente la cabeza, pero sus miradas tropezaron con la sagrada efigie, y repitió tristemente:

—¡Véte!

Alejandra salió del aposento.

Boris fué á arrodillarse en el reclinatorio: quisó rezar; pero no pudiendo vencer la mundana idea que le dominaba, se levantó y se dirigió á la ventana.

La noche habia cubierto con su impenetrable manto á la naturaleza, el silencio era profundo, y hasta el aire inmóvil no agitaba ni la más pequeña hoja de los árboles.

El infeliz se enjugó el frio sudor que inundaba su frente, y murmuró, casi entre sollozos.

—¡Sí, sí, que se vayan, que me dejen!...

¡Caiga de una vez sobre mi cabeza esa espada de Damócles con que me están amenazando noche y dia!..... ¡Pero no verla ya!..... ¡No oir ya su voz, amiga á veces, la única voz amiga que resuena en torno mio!... ¡Solo! ¡voy á quedar solo con mis remordimientos!

¿Pero me es verdaderamente fiel esa sirena que se goza en atormentarme?... A veces creo que sí, á veces creo que no... Por ella estoy aislado en mi palacio como si habitase en un desierto...

¿Por qué la habré conocido? ó más bien, insensato, ¿por qué no acierto á apagar este fuego inconcebible que corre por mis venas y me abrasa el alma? ¿Qué lazos son estos que me unen á ella como si fuesen de duro hierro? ¿qué mágico hechizo hay en sus labios que sojuzga mi razon y me convierte en esclavo de sus caprichos?

¿No hay otras mujeres más hermosas, más jóvenes, más amantes que ella? ¿Por qué la amo?

Pero ¿es amor esta fiebre que me devora? No: el amor nace de la estimacion que nos inspira el objeto amado, y yo la aborrezco porque conozco la perversidad de su alma. Entónces ¿por qué no la inmolo á mi propia tranquilidad y á la tranquilidad de mi familia? ¡No puedo! ¡Estoy completamente sojuzgado, sometido á su albedrío! ¡Ah! preciso, sí, preciso es que el ángel malo ande mezclado en todo esto para labrar mi ruina...

Detúvose al hacer estas reflexiones, y se llevó ambas manos al corazon como si le hubiese herido un puñal...

En el palacio de enfrente habitaba Alejandra. Sus ventanas se habian iluminado, y los criados pasaban acelerados de uno en otro aposento, trayendo y llevando objetos, como si estuviesen haciendo los preparativos para un largo viaje.

Boris se mesó la barba con desesperacion.

Despues hizo un supremo esfuerzo sobre sí mismo, y dijo sonriendo convulsivamente:

—¿Qué me importa todo esto? ¿Qué me importa? He tomado mi partido, y basta.

Dirigióse precipitadamente al reclinatorio, y otra vez empezó una plegaria, y otras ciento, porque siempre quedaba suspenso en la segunda palabra.

Levantóse por fin despechado, corrió á la mesa é hizo sonar un timbre.

Un paje entró en la estancia.

—Di á mi régia esposa que estoy enfermo, gritó fuera de sí, dila que venga.

El paje le miró con aire estúpido; tan extraño y contrario á la etiqueta era aquel mensaje.

—¡Obedece! exclamó Boris con enojo al ver su perplejidad.

El paje desapareció.

Así que el czar se vió solo se puso á recorrer el aposento con incierto paso, y repitiendo con voz ahogada:

—No me asomaré á la ventana: ¡oh, no me asomaré! ¡Que se vayan!...

Al breve rato una mujer penetró en la estancia; pero aunque venia sin acompañamiento, bien podia adivinarse en ella á la czarina por su aire de supremo orgullo.

La esposa de Boris, no era de aquellos séres con quienes la naturaleza se muestra madre cariñosa ó desabrida madrastra.

No podia ser fea, porque tenía hermosos ojos azules y tez blanca como la nieve; pero no podia ser hermosa, porque faltaba á su semblante ser el reflejo del alma y estar iluminado por la luz de un espíritu superior.

El rostro de María, que así se llamaba, solo expresaba un necio orgullo, y era frio y duro como el mármol. Falto su corazon de ternura, falto su entendimiento de comprension, ni áun poseia, á causa de su orgullo, aquella coqueta solicitud nacida del deseo de agradar, que en las más adocenadas mujeres suple á veces al talento y á la hermosura.

María no podia luchar con Alejandra, y en vano su esposo habia invocado su estéril concurso para que le ayudase á vencerse á sí mismo.

Sin embargo, se acercó á ella con aire casi galante, y la dijo tomándola la mano:

—Perdonadme si los graves negocios del Estado me retienen léjos de vos más tiempo del que yo quisiera. Perdonadme, pues bien sabeis que no es por esto menor el afecto que os profeso.

Sentaos, y departid conmigo algunos instantes. Estoy enfermo, sufro, y la voz de la madre de mis hijos disipará las tormentas de mi alma.

Hacía muchos años que María no habia oido este lenguaje; pero no supo, como mujer prudente, aprovechar la ocasion en que la suerte colocaba en sus manos la victoria.

Léjos de esto, le pareció coyuntura oportuna de hacer alarde de sus derechos, enumerar sus agravios y abrumar á Boris con estúpidos reproches.

¡Ah, cuántas mujeres por falta de tacto, por falta de cordura, por falta de aquella noble abnegacion que debe ser la principal virtud de su sexo, empujan á sus maridos al insondable precipicio, lamentándose luégo de su extravío, sin ver que ellas han sido la causa primordial de su caida!

Boris habia previsto lo que aconteceria, y estaba resignado á todo: queria una tempestad cualquiera que combatiese la horrible tempestad de su alma.

Dejóla hablar, y esperó á que agotase todo el vocabulario de su cólera; pero la cólera de María, por lo mismo que no era exaltada, no se agotaba nunca, y acababa por ser insípida.

Boris, hastiado de oirla, se levantó, empezó á pasearse por el aposento, y en uno de aquellos paseos llegó hasta la ventana.

Entónces retrocedió con los cabellos erizados y el rostro descompuesto. Habia visto á Alejandra en traje de camino y apoyada en el brazo de su marido.

Loco y fuera de sí, corrió á la mesa, trazó algunos caracteres, y llamó.

María cortó su prolijo discurso, y echó una rápida ojeada sobre el escrito que Boris entregaba al paje.

—¡Cómo! exclamó: ¿llamais á esa mujer estando yo aquí?...

—María, gritó Boris casi delirante; no me acuseis jamás de mis extravíos, de los cuales únicamente vos sois responsable. Os habia llamado para que me salvarais de mí mismo; queria refugiarme en vuestros brazos; me habeis rechazado como otras tantas veces... como tantas otras veces me habeis alejado de vos con vuestra desdeñosa altanería, con vuestra fria indiferencia... El alma necesita calor, y lo busca donde lo encuentra... Idos, no me haceis falta...

El orgullo de María no era aquel orgullo digno que se levanta cuando quieren pisotear nuestra dignidad, sino el cobarde orgullo que obedece, calla y se anonada en la derrota.

María tartamudeó tímidamente un reproche, y salió apresurada de la estancia.

Boris se dejó caer en el sillon, y hundió su abrasada cabeza entre sus manos.

Distinta era la escena que se representaba á la sazon en el palacio de enfrente.

Alejandra tenía entre sus manos el escrito del czar, y decia sonriendo á su marido:

—¡Hemos triunfado de nuevo! Bien segura estaba yo de que triunfariamos.

Era el marido de Alejandra, aquel Vasili Chiuski á quien vimos hablando con Samuel en la reducida estancia en donde dormia Dimitri, y que habia ido á Uglitch, por mandato de Boris, para presidir la comision encargada de investigar lo ocurrido en la supuesta muerte del príncipe.

Pertenecia Chiuski á una raza turbulenta que habia socavado el poder de los reyes anteriores, ansiosa de llegar al trono, y cuyos individuos todos habian pagado con la vida sus osadas miras. En guerra abierta con el monarca, ó arrastrándose á sus piés, siempre tenian fija su vista en la corona, y sólo vivian entre las intrigas y las maquinaciones.

Sobrepujaba á sus predecesores en ambicion Vasili; pero carecia de las cualidades necesarias para darla cima.

Era de un carácter indeciso, desconfiado, hasta tímido.

Su ambicion, mezquina y rastrera, no sabia revestirse con las formas halagüeñas que se requieren para seducir y avasallar; su avaricia era grande, y por esto, aunque habia pasado toda su vida conspirando, siempre se habian quebrado en sus manos los hilos de las tramas mejor combinadas.

Considerábanle los rusos como á un mago, acaso por los vastos conocimientos que poseia, y acaso tambien por su excesiva supersticion y su trato con los astrólogos, perdiendo muchas veces los beneficios de una intriga por temor á los agüeros.

Necesitaba, por lo tanto, álguien que lo dominase, álguien que prestase solidez y energía á su carácter, y diese firme direccion á sus ideas.

Su ángel malo se lo ofreció en la persona de Alejandra.

Ella, más que secundar, impulsaba su ambicion, y en los momentos solemnes sabia mandar y ser humildemente obedecida.

Era un sér que, por decirlo así, completaba el suyo, pues tenía las cualidades que á él le faltaban, formando entre los dos un mónstruo de iniquidades y falsía.

—¡Ha cedido! repetia Alejandra, agitando entre sus manos el escrito del Emperador, y esta vez creo que será

para siempre, porque la lucha ha sido grande y obstinada como nunca.

¡Valor y fe! que poco falta para alcanzar el logro apetecido.

Mi astucia, Chiuski, os ha facilitado la empresa. Los mejores capitanes del imperio, los más adictos servidores del monarca yacen sin vida ó en el ostracismo; el clero le odia, el pueblo, diezmado por el hambre, aclamará á cualquier soberano que arroje á su voracidad algunos haces de trigo, y las potencias extranjeras verán con placer que ocupa el solio ruso un príncipe más asequible á sus intentos, que el por mis consejos altanero é intransigente Boris.

Ánimo, ánimo, la ocasion es propicia; el triunfo es seguro: sólo puede haber un obstáculo: Dimitri. ¡Ah! ¡Porqué le conservásteis la vida! ¡Imprudencia grande fué la vuestra! La pusilanimidad y desconfianza de vuestro carácter no os permitirán jamás clavar la rueda de la fortuna.

Desde que me habeis revelado ese misterio, que por ese mismo carácter receloso nunca me habias querido revelar, porque hasta de mí desconfiais, no vivo, no descanso. Sólo me lo habeis dicho cuando la muerte de Samuel os demostró toda la extension del peligro que nos amenaza.

¡Pluguiera á Dios que el príncipe hubiese muerto!

—Segun la última carta de Samuel, hace un mes vivia! dijo Chiuski en voz baja como si tuviese miedo de oir su propio acento.

—¡Hace un mes, aún vivia! repitió Alejandra con tono sombrío. ¿Cómo no le habrán hallado vivo ó muerto al registrar el palacio? ¡Si hubiese podido salir! ¡Si se hubiese ocultado en alguna parte! ¡Me estremezco sólo de pensarlo!

Pero el abatimiento no era propio de su enérgico carácter y así repuso al instante:

—Ese anillo puede salvarlo todo, porque sereis omnipotente como el mismo czar.

Partid al instante: prontitud y misterio; mandad que quiten los sellos imperiales; pero penetrad solo en el palacio: ¡me oís? ¡sólo! ¿Qué es esto? ¡Vuestras facciones se descomponen! ¡Vuestros cabellos se erizan! Teneis miedo, ¡ah! ¡teneis miedo!

¡Todos inferiores á mí! ¡Todos preciándose de gigantes y ocultando el corazon de un niño! ¡Hé ahí á los hombres! ¡Grandes para el crímen, grandes para concebir atrevidos planes, débiles y pequeños y pusilánimes delante del más pequeño contratiempo!

—Partiré, dijo Chiuski herido por aquel tono sarcástico, partiré al instante. Sí, me aterra la idea de penetrar en el palacio y hallar el cadáver de Dimitri ó tener que asesinarle.

—¡No le asesinásteis moralmente hace tantos años condenándole á gemir cautivo!

—Lo exigia mi seguridad. ¡Queria tener sujeto á Boris por medio de una prenda terrible!

—Ya veis que no la necesitais. ¡Bien os lo dice ese anillo que brilla en vuestra mano!

—Adios, dijo Chiuski inclinándose con suma galantería, pronto volveré portador de felices nuevas.

Y salió del aposento.

—¡Boris! ¡Chiuski! murmuró la altiva dama contemplándole cómo se alejaba. ¡Dos cadáveres que es preciso galvanizar para recoger una corona!

CAPÍTULO IV.

¿Quién era Alejandra?

Preciso nos es retroceder treinta años para dar á conocer en todos sus detalles á la que verdaderamente manejaba el cetro de Rusia.

Ya lo hemos dicho: Alejandra era una humilde pastorcilla, nacida en una verde islita que se eleva en medio del Volga, hácia los confines de Astrakan.

Habia cedido á los amantes trasportes de Boris cuando la hermana de éste, la virtuosa Irene, aún no se habia casado con Fedor, el débil hijo de Ivan IV, cuando el cetro imperial aún no habia deslumbrado los ojos del futuro valido y del ministro omnipotente; pero lo que ella no habia dicho al hablar de la traicion y del abandono de su amante era que, al espejarse en la clara fuentecilla y al admirar como Narciso sus propias perfecciones, maldecia su cayado, sus ovejas y hasta á los padres que le habian dado el sér en condicion tan humilde. Desde niña habia preferido correr tras el jabalí, darle caza y despedazar sus miembros palpitantes, á coger flores en la pradera y á oir los gorjeos de las tiernas aves. Respondia con altivo desden á su padre y á su madre, y sus jóvenes compañeras eran sus esclavas.

Nunca las lágrimas habian humedecido sus párpados; jamás se habia apiadado de los tormentos de sus seme-

jantes. Gustaba de pasearse sola por las selvas, de trepar por inaccesibles riscos, de oir la discorde música de las fieras. Jamás habia participado de las sencillas danzas de sus amigas, y siempre habia oido con una sonrisa de insultante desprecio las amantes protestas de sus admiradores.

Á veces caía en un sombrío estupor que la hacía indiferente á cuanto acontecia en torno suyo. Entónces permanecia muchos dias sin proferir un solo acento, y huia á la cima de un alto monte, en el cual permanecia hasta que habia pasado su furioso acceso.

Cuando sus padres ó sus amigos habian ido en su busca, la habian encontrado en extásis, con los ojos clavados en el cielo y los brazos cruzados sobre el pecho, y á haber sido su condicion más dulce, no hubieran titubeado en aclamarla por santa.

Pero su fiereza, su indomable orgullo, la insolente sonrisa con que acogia á cuantos la rodeaban, helaba bien pronto en todos los corazones la naciente llama de su entusiasmo.

¿Qué pensaba, pues, Alejandra cuando permanecia absorta en su abstraccion contemplando la bóveda del cielo; cuando oia el rumor del trueno y veia los elementos estallar sobre su cabeza?

Pensaba que el mundo era estrecho círculo á su ambicion, que hubiera querido sobre todo comprimir los desencadenados elementos en el hueco de su mano. ¡Dominar, dominar! ¡hé aquí cuál era el único afan y la única esperanza de su vida!

Esta palabra resumia todo su pasado, su presente y su porvenir.

Á veces creia ver su propia imágen reflejada en las nubes, cubierta con un manto de púrpura sembrado de soles, y ciñendo una corona de espléndidos luceros.

Entónces sus mejillas se inflamaban y soltaba inarticulados gritos de alegría.

—¡Oh! quién me diera, exclamaba con exaltacion, quién me diera ser como el águila y poder contemplar cara á cara ese sol que me deslumbra!... Aguila no puedo ser: dicen que sólo hay una mano que rige el universo y esa mano no puede ser la mia; pero hay otra mano que rige los destinos de la tierra... ¡oh! ¡si yo pudiese algun dia abarcar el cetro soberano!...

Y al pensar esto corria desatentada á mirarse en su fuente favorita. El instinto la decia, que la hermosura es la palanca que puede hacernos entrar en el templo de la fortuna.

Alejandra sabia leer.

Hacia muchos años que un famoso navegante, despues de haber desafiado las violentas tempestades del Océano, habia naufragado en el Volga, estrellándose contra la islita su frágil barquichuelo.

Petrovitch, el padre de Alejandra, le habia salvado la vida, trasportándole á su choza.

El náufrago pasó algunos dias con su salvador, embelesado con las suaves costumbres de su pacífica familia.

Cuando Petrovitch volvia por la noche con sus ovejas á la cabaña, hacía mil preguntas á su huésped, y éste, con el afan propio de los viajeros, le contaba mil diversas y sorprendentes anécdotas.

Cuando esto sucedia, Alejandra, que tenía seis años, se negaba obstinadamente á recogerse y le escuchaba con avidez tal que vencia al sueño.

Un dia que el viajero pintaba el sumo poder del czar, la niña le interrumpió repentinamente diciéndole con extraño fuego:

—Cuando yo sea como mi madre ¿podré igualar en poder al czar de Rusia?

El viajero quedó sorprendido de la pregunta, como lo estaba ya de su incansable atencion, y respondió sonriendo:

—La czarina, hija mia, iguala casi en poder á su marido; pero la czarina ha nacido de padres que poseen mucho oro, mucha plata, muchos palacios, y por esto ha llegado á ser lo que es.

Alejandra echó una rápida mirada en derredor de sí y prorumpió en amargo llanto.

En vano sus padres trataron de acallarla, prometiéndola juguetes, pues su desconsuelo rayaba en frenesí.

—Vamos, hija mia, repuso sonriendo el extranjero, no debe llorar así la que es tan hermosa como tú. La belleza suele hacer milagros, y ha trasformado no pocas mujeres en reinas, siendo, como tú, humildes pastoras.

De los ojos de Alejandra secóse repentinamente el llanto, y sus mejillas se cubrieron de púrpura.

Desde aquel dia el extranjero fué su ídolo; seguíale á todas partes y sólo con él abandonaba su aire frio, altanero y desdeñoso.

El extranjero por su parte se apasionó de aquella niña extraordinaria, y puso en sus manos un libro, enseñándola los primeros rudimentos de la lectura. Despues sus negocios le llamaron de nuevo á Astrakan y partió; pero ¡cuál fué su sorpresa cuando al cabo de tres meses un pescador del Volga le llevó un pequeño billete, trazado con claros caracteres y concebido en los más elocuentes términos!

Era de Alejandra.

El extranjero entusiasmado hizo un viaje á la islita sólo para llevar á su alumna las obras de los mejores autores, y hacer á sus padres la proposicion de que le permitiesen prohijarla y conducirla consigo á Astrakan.

Sus padres, despues de muchas lágrimas y combates, consintieron; pero con la condicion de que la dejase á su lado hasta que cumpliese ocho años.

Con cuánta impaciencia esperaria Alejandra que se cumpliera el plazo, es inútil expresarlo; pero ántes que

espirase murió repentinamente su protector y con él todas sus esperanzas.

A Alejandra, pues, que había devorado cien veces aquellas profundas obras, regalo de su protector, le sobró la instruccion, le escasearon los medios de fortuna; pero conservó su esperanza sin límites y su voluntad de hierro.

Y hé aquí por qué pasaba sin verlos ante los más bellos zagales, y por qué la eran indiferentes todos los objetos que la rodeaban. Pero trascurria un dia tras otro dia, y su esperanza no se realizaba.

Alejandra cumplió veinte años.

Los más ricos zagales la pidieron para esposa, y quedaron burlados.

Extendíase la fama de su sorprendente hermosura. Algunos comerciantes de Astrakan aspiraron á su mano, pero sufrieron la misma suerte que los pastores.

Un afamado pintor abordó á la isla, con el solo objeto de verla, y suspiró de amor á sus plantas.

—¿Tienes corona? le preguntó Alejandra.

—Yo conquistaré una de laurel, contestóla.

—El laurel puede ser tronchado por el viento. ¿Tienes corte y vasallos?

—Tendré por admirador al universo, cuyo entusiasmo excitaré con las obras de mis manos.

—El entusiasmo es tan inconstante como los hombres de quien dimana; para responder de su fidelidad es preciso tenerlos amarrados con una argolla de hierro. Pues sólo gloria puedes darme, no te quiero.

El pintor fué irrevocablemente despedido.

Pero pasaron tres años más, y la esperanza de Alejandra se convirtió en una sombría desesperacion que labraba el tormento de sus padres.

Un dia, empero, se trocó el destino. Boris llegó á la isla. Era favorito del czar, vestia un riquísimo traje,

llevaba un espléndido séquito de criados; Alejandra quiso ser su esclava, esperando ser luégo su árbitra soberana.

Pero Boris hizo lo que hacen todos los hombres: quemó incienso ante los altares del placer, y despreció á la infeliz que le habia elegido por dueño.

Marchó á Moscou y la olvidó completamente.

Boris era galante, discreto, gozaba de gran favor con las damas, y su carácter alegre y obsequioso le granjeaba el general aprecio.

Fedor le amaba y distinguía, porque sabía hacerle grata su presencia, distrayéndole, y combatiendo con sus oportunos dichos, la melancolía habitual de su carácter. Llegó á hacérsele tan necesario, que el doliente monarca no acertaba á vivir sin él. Bóris entónces concibió la idea de casar á su hermana con su real amigo, y tanto por sus hábiles manejos, cuanto por la hermosura y virtud de Irene, consiguió su objeto, llegando él á ser, además de favorito del rey, ministro de la corona y árbitrio del imperio.

Y como la ambicion no reconoce límites, pensó en contraer una alianza que ensalzara y enalteciera su linaje, algun tanto oscuro, y le diera legítima representacion entre la aristocracia del país.

Puso los ojos en la gran princesa María Polisvitchi, de ilustrísima estirpe é inmensas riquezas, y gracias á la intervencion del Czar, le fué inmediatamente concedida su mano.

Habíase ya puesto en camino la princesa, que residia en sus estados, y sólo faltaban tres dias para que llegase á la capital del imperio moscovita, cuando al dirigirse una mañana Boris al Kremlin, rodeado de una multitud de cortesanos, le salió al encuentro una mujer que llevaba un niño entre los brazos.

Era Alejandra.

Boris quedó aterrado ante aquella aparicion, que podia destruir todos sus planes; pero sobreponiéndose pronto á su espanto, la rechazó léjos de sí, tratándola de loca, y siguió adelante, no sin cambiar, empero, una significativa mirada con Chiuski, que ya de antiguo era su amigo, si amistad puede llamarse un lazo formado por el interes y la ambicion.

Aquella misma noche, cuando, rendida de dolor y de fatiga, Alejandra se habia entregado momentáneamente al sueño, despertó sobresaltada, al ver invadido el pobre chiribitil que le servia de albergue por hombres desconocidos.

Adivinó su intento, y ágil, valiente y resuelta, corrió á la ventana y la abrió, dando alaridos en demanda de socorro, al mismo tiempo que se defendia de la agresion de sus enemigos, con un acerado puñal que siempre llevaba en el cinto.

Abriéronse las ventanas de las casas inmediatas, asomáronse los vecinos, llenóse la calle de gente y los desconocidos, temerosos de verse descubiertos, apelaron á la fuga.

Pero uno de ellos, más avisado, se apoderó del niño y dijo á la madre con tono de amenaza:

—¡Si hablas muere!

Léjos de intimidarse Alejandra, extremó sus gritos; pero los que acudieron en su socorro no llegaron á tiempo, pues cuando penetraron en la estancia, los desconocidos habian desaparecido llevándose consigo al niño.

Persiguiéron largo trecho á los raptores sin poder dar con ellos, sin duda porque la dueña del albergue les habria facilitado la fuga por alguna salida secreta.

Como una leona herida, corrió Alejandra á palacio, acechando la ocasion de ver á alguna persona de la real familia.

No logró su objeto en los primeros momentos, y teme-

rosa de ser reconocida, cambió su traje con el de una vieja mendiga que por acaso se hallaba estacionada cerca de aquel sitio, ocultó cuanto pudo su magnífica cabellera, encorvó su talle y volvió á las inmediaciones del palacio.

Dos dias y dos noches permaneció allí desafiando el frio y la lluvia.

En la mañana del tercer dia, una dorada carroza tirada por cuatro caballos de frente, salió de la puerta principal del palacio.

En su interior iba una mujer ricamente ataviada, á quien el pueblo saludó con el título de Czarina.

En vano la jóven quiso acercarse á ella y pedirla justicia; los guardias, el séquito y la multitud se lo estorbaron.

Pero Alejandra no era mujer que se parase ante los obstáculos.

Corrió gritando en pos de la carroza, y viendo que no atendian á sus gritos, se adelantó á ella, y se detuvo en medio de la calle con los brazos cruzados y el ademan soberbio.

Los caballos asustados se encabritaron.

Este acto de temeridad y desacato, dejó mudos de sorpresa al pueblo y á los cortesanos.

—Apartaos, gritó uno de la comitiva, corriendo hacía ella y arrastrándola á un lado.

—No, dijo Alejandra resistiéndose. Es preciso que la Emperatriz me oiga: vengo á pedir justicia.

—¿Qué quiere esa mujer? preguntó la bondadosa Irene sacando la cabeza fuera de la portezuela.

—¡Justicia! gritó de nuevo Alejandra, desasiéndose de los que á viva fuerza la retenian y acercándose á la carroza.

Sea que la Emperatriz no comprendiese bien sus palabras, ó que la asustase su rostro descompuesto y su ade-

man extraviado, sacó de su escarcela una bolsa con algunas monedas de oro, se la arrojó, y dió órden al cochero de proseguir su camino.

Partió la carroza volando, y Alejandra, lleno el corazon de ira, estrujaba entre sus crispadas manos la bolsa, cuyo donativo parecia á su orgullo espantosa afrenta.

Largo rato permaneció abismada en su cólera, formando insensatos planes de venganza, cuando atajó el curso de sus ideas un diálogo que entablaron no léjos de ella dos mujeres.

—¿A donde va la Emperatriz tan de mañana? decia la una.

—¿No sabeis que quizá esta misma tarde llegará á Moscou la prometida esposa de su hermano, Boris Godunof, la gran princesa Polisvitchi?

Va á la ermita del glorioso San Pablo, á rogar por la prosperidad de este enlace.

—¿Y se hará pronto la boda?

—Así que llegue la princesa, pues todo se halla ya dispuesto. Mi marido, que como sabeis se halla al servicio de Boris, acaba de decirme que un paje de la princesa ha llegado con pliegos para él, participándole que su futura esposa se ha detenido á descansar por breves horas en el castillo de Ismanoff, que dista sólo algunas millas de Moscou.

Alejandra irguió la abatida frente, brillaron sus ojos con un fuego sombrío, y desapareció entre la multitud.

Pasóse aquel dia, y pasóse el siguiente, sin que la princesa efectuase su entrada ni contestase á ningun mensaje.

Murmuraba el pueblo, murmuraban los cortesanos, entregándose á mil extraños comentarios; impacientábase Boris, temeroso de ver frustrado aquel enlace tan acariciado por su ambicion, hasta que, por último, no pudiendo dominar su inquietud, salió secretamente de Moscou

acompañado sólo de Chiuski, y se dirigió al castillo de Ismanoff, situado entre escarpadas breñas.

Era ya de noche cuando emprendió la marcha; una noche oscura en que la nieve caía á grandes copos cubriendo con un manto fantástico las peladas rocas, en que el cierzo gemía entre la maleza y hacía balancear las desnudas ramas de los árboles.

El alma del culpable está en armonía con el desórden de la naturaleza; pero esta imágen de su propio ser le amedrenta y le anonada.

Ve además, y á pesar suyo, en los desencadenados elementos los ministros de la cólera suprema, y muy endurecido ha de estar en el crímen para que no sienta erizarse sus cabellos y palpitar su corazon.

Boris habia sacrificado sus naturales virtudes á la ambicion; pero el crímen no habia bastado á extinguirlas completamente.

Era uno de aquellos réprobos á los cuales no ha abandonado aún su ángel custodio, y sobre quienes echa de vez en cuándo el Señor una mirada de misericordia.

Boris sentia á veces destrozada su alma por el punzante aguijon de los remordimientos, y por lo tanto la angosta puerta por la cual tiene entrada en el cielo el criminal arrepentido, no estaba enteramente cerrada para él.

Aterrado por los nubarrones que empañaban el horizonte, y por el bramido del viento que repetian los ecos de los cercanos montes, Boris probó á formular una plegaria y levantó sus suplicantes miradas al cielo.

Pero Dios sólo acepta el remordimiento acompañado de la expiacion: el ambicioso favorito estaba muy léjos de pensar en romper los lazos que le unian al mundo, y no obtuvo en premio de su oracion el bálsamo del consuelo.

En cuanto á Chiuski, que era un criminal vulgar, ni

aún vislumbraba aquella postrera y salvadora luz, que es la luz de la conciencia y la única capaz de regenerar á un alma.

Marchaba, pues, arrullado por los discordes ecos de la tormenta y contemplando con desdeñosa indiferencia el encapotado firmamento.

—Aquella mujer, Chiuski, exclamó Boris de repente, aquella mujer que tuvo valor para presentarse á mí; que tuvo valor para lanzarse delante de los caballos de mi hermana, me llena de espanto. ¿En donde está? ¿qué hace? ¿qué medita su saña? ¿Será ella causa del inconcebible retardo de la princesa; tendrá bastante poder para destruir el edificio de mi ambicion á tanta costa levantado?

Pero su hijo era mi hijo, Chiuski, ¿por qué le abandonaste? ¡Ah, tu culpable accion atraerá sobre mi cabeza la justa venganza de Dios!

—¿Que pude hacer? respondió Chiuski con tono desabrido; aquella mujer, ó más bien aquella fiera, habia alborotado la calle con sus gritos; estábamos cercados por todas partes... Me apoderé del niño para obligarla á callar..... Creí que enmudeceria por el temor de perder á su hijo; pero no fué así.

Huímos por la puertecita secreta, por donde nos habia franqueado la entrada la dueña del albergue; pero los vecinos conocian aquella salida, y se habian apostado allí..... Corrieron á nuestro alcance..... salimos los unos en pos de los otros de la ciudad, llegamos á Mojaisk, y yo, aprovechando un momento en que perdieron el rastro de mis huellas, dejé al niño en las gradas de una iglesia, y ya libre de él, pude juntarme á mis mismos perseguidores y regresar tranquilamente á mi casa.

Cuando volví más tarde, el niño habia desaparecido. ¿Habria muerto? ¿le habria recogido alguna alma caritativa? No lo sé. Habia dejado junto á él un bolso de dinero...

—¡Habrá muerto! Chiuski, exclamó Boris con tono doloroso. ¡Cómo podia resistir el frio la pobre criaturita abandonada! ¡Y era mi hijo! ¡Queria apoderarme de Alejandra y retenerla cautiva hasta que se hubiese celebrado mi enlace; pero no á tanta costa, no!

—¿Podia yo prever ni dominar los acontecimientos, gritó Chiuski irritado, ni mucho ménos suponer que Boris Godunof se detuviese ante un escrúpulo semejante?

Estrechábase en aquel sitio tanto el camino, que formaba una estrecha garganta, orillada por un insondable precipicio; los caballos resbalaban sobre la nieve endurecida; eran cada vez más lúgubres los mujidos del viento.

Los dos viajeros se vieron precisados á desmontar.

—¡Un extraño presentimiento me tortura el corazon, Chiuski! murmuró el favorito en voz baja,

Chiuski contestó con una irónica carcajada.

Pero un eco extraño respondió á ella, y un negro fantasma, que parecia surgido de la tierra, gritó con voz estridente.

—¡Atrás, os digo, atrás!...

—¡Adelante, gritó Chiuski á su vez, adelante!

Pero en el mismo momento, sintió que penetraba en su pecho la acerada punta de un puñal y retrocedió algunos pasos dando un gemido doloroso.

Boris, sobrecogido ya de terror, empezó á correr por las breñas. Aquella sombra que creia ver detrás de sí prestaba alas á sus piés, y con una inconcebible ligereza trepó hasta la cumbre del monte en donde se ostentaba orgulloso el señorial castillo.

Llegado allí, aplicó convulsivamente un silbato de plata á sus labios y dió tres prolongados silbidos.

—Boris, Boris, el ministro regente, el hermano del Czar, el prometido esposo de la princesa, respondió gritando como un loco á la pregunta del primer atalaya.

Por fortuna suya le reconocieron al instante los guardianes del castillo; cayó el puente levadizo, corriéronse los cerrojos, y Boris, cubierto el rostro de sudor, transida de pavor el alma, se precipitó en el patio.

Permaneció allí algunos minutos contemplando á los soldados, que formaban círculo á su alrededor, iluminados por el reflejo de algunas antorchas, y aún no acertaba á creer que fuesen séres animados.

—Señor, dijo entonces el boyardo que mandaba la escolta de la princesa, ¿qué os ha sucedido? ¡Estais pálido! demudado!.....

Boris reconoció la voz de uno de sus más adictos servidores, y la calma volvió á su espíritu.

—Mandad, dijo, á vuestros soldados, que recorran la montaña en busca de Chuski..... La tempestad nos ha separado..... No sé lo que habrá sido de él..... Daos prisa.

El boyardo obedeció, y Boris, precedido de algunos pajes, se dirigió á la sala de honor del castillo, en donde le aguardaba la noble dama á quien pertenecia.

Era ésta una venerable anciana, unida por los lazos de un lejano parentesco á la princesa María Polisvitchi.

Boris se turbó al verla sola, y preguntó tímidamente por su prometida.

—Está resuelta á romper este enlace, dijo la anciana, y en vano he intentado persuadirla de la inconveniencia de su conducta en semejantes momentos.

Ha descubierto no sé que intriga vuestra, y María es orgullosa en extremo.

—Permitidme que la vea, interrumpió Boris; yo estoy seguro de disipar esa pequeña nube que se ha levantado entre nosotros.

—No sé si querrá recibiros..... Es muy altiva..... ¡En fin, lo probaré!

Levantóse, y se encaminó al aposento de la princesa.

Pero al llegar allí pudo convencerse de que sus recelos

eran infundados, pues vió á María vestida y adornada como si tuviese que concurrir á una ceremonia.

Era evidente que habia sabido la llegada de Boris y le aguardaba.

A pesar de tan lisonjeros auspicios, la anciana se apercibió en breve de que el orgullo y la coquetería harian su empresa más difícil de lo que habia creido.

María se negó á recibir á su prometido con una obstinacion indecible; pero se echaba de ver en su tono que su resistencia era la resistencia de un niño caprichoso, y no la que nace de una firme conviccion.

Afortunadamente, cuando la anciana se cansaba ya de perorar y María de sostener su capricho, Boris impaciente penetró en la estancia y la dijo con tono apasionado:

—¡Matadme; pero no me negueis el derecho de defenderme!

Ya hemos dicho que el valido era apuesto y sobre manera simpático. La princesa no lo conocia, y quedó prendada de él al verle.

Así, dando de mano pronto á su capricho, exclamó casi solicitando la paz.

—Soy demasiado altiva para consentir rivales á mi lado.

—La gran princesa María Polisvitchi no puede tenerlas, se apresuró á decir Boris con aire galante.

—Hay una mujer que alega sagrados derechos sobre vos.

Boris palideció algun tanto, pero exclamó con tono firme:

—Quién os lo haya dicho os ha engañado, señora.

—Guardaos, príncipe, de afirmar una impostura, por que os voy á confundir al instante, dijo María.

Y acercándose á una puerta que se hallaba en la misma estancia, repitió por tres veces:

—¡Salid!

No obtuvo respuesta alguna.

Entónces llena de enojo empujó violentamente la puerta, y halló que el aposento inmediato estaba vacío.

—¿Pero cómo? exclamó confusa, yo misma la habia encerrado aquí dentro, al oir el lejano galope de dos caballos, creyendo que seríais vos el que os dirigiais á este sitio. ¿Cómo ha desaparecido?

El aposento tenía una alta y estrecha ventana. María la abrió con ímpetu, y la cerró de nuevo horrorizada.

La ventana daba al vertiente del monte que remataba en un abismo.

—Por aquí no puede haberse escapado, dijo, ¡qué misterio!

—Misterio que os prueba cuán engañada andábais al dar crédito á esa mujer, sea quien quiera, que no se ha atrevido á sostener su impostura en mi presencia. ¿Pero cómo ha llegado hasta vos?

—Muy sencillo, interrumpió la anciana señora.

Estábamos asomadas á la ventana, esa mujer nos hizo señas desde abajo, manifestándonos que deseaba decirnos la buena ventura, y la princesa, que no deja en el fondo de ser una niña, se empeñó en que la dejáramos penetrar hasta aquí.....

En aquel instante entró en el aposento un nuevo personaje.

—¡Chiuski! exclamó Boris con alegría al verle ¿eres tú? Será posible?

—El villano que nos asaltó en medio del camino, dijo Chiuski; está ya preso, y cargado de cadenas ha marchado hácia Moscou. El socorro que me enviasteis llegó perfectamente á tiempo.

Boris respiró, y libre ya de sus temores, le fué fácil alcanzar el perdon de su noble desposada.

Al rayar el alba, la brillante cabalgata que conducia

á la princesa, penetró en la ciudad que arrastra su manto de palacios sobre las riberas floridas del Moskova.

Ocho veces los alados cefirillos rasgaron el velo de la noche despues de este suceso, cuando al rasgarlo por la novena vez, sorprendieron á Moscou engalanado para una solemne fiesta.

Boris, el amado, iba á jurar eterna fe ante los altares á la elegida de su alma.

Tocaban las campanas á vuelo, resonaban los instrumentos músicos, y la muchedumbre se agolpaba á la puerta de la severa catedral, que parecia más severa aún con las mil luces que iluminaban su magnífica arquitectura.

El que comtempla un jardin de perfumadas flores no adivina que debajo de ellas haya abrojos; el que asiste al brillante espectáculo de las alegrías humanas, no acierta á comprender que haya quien suspire. Sin embargo, las risas ocultan siempre el llanto; las flores, agudísimas espinas.

No todos eran felices en Moscou en aquel dia de público regocijo, y al compas de las aclamaciones de júbilo, oíanse en un sitio escondido profundos ayes y dolorosos gemidos.

En una apartada estancia del palacio de Chiuski, veíase á una mujer que se retorcia los brazos con desesperacion, y se arrastraba medio desnuda sobre el pavimento, flotando sobre sus hombros la negra y abundante cabellera.

Estaba lívida, casi amoratada, y su descompuesta fisonomía revelaba la más sombría desesperacion. No soltaba ningun lamento; eran inarticulados gritos los que salian de sus labios: no vertia lágrimas; eran miradas de impotente furia las que dirigia en torno suyo, como si hubiese querido anonadar con ellas la tierra y el firmamento.

Y no obstante, estaba seductora, y no obstante, aparecia tan sobrehumanamente bella, que parecia imposible

que el dolor pudiera ser patrimonio de tan privilegiada criatura.

Cada vez que las pausadas vibraciones de las campanas llegaban á sus oídos, rasgábase las carnes con frenético despecho y murmuraba una blasfemia.

Cuando las lenguas metálicas despidieron su postrer suspiro de alegría, su cuerpo chorreaba sangre y sus ojos estaban entelados y vidriosos.

A medida que fué menguando el ruido en las calles, á medida que las aclamaciones resonaron más débiles y lejanas, se fueron debilitando sus convulsivos extremecimientos, y acabó por permanecer inmóvil, tendida sobre el helado pavimento y escondido el rostro entre su sedosa cabellera.

En ese estado la dejó el sol al ocultarse tras su nocturno pabellon de rojas nubes; así la vió la luna al llegar al cénit en su brillante carro de estrellas.

A esta hora se abrió suavemente la puerta de la estancia, y un hombre se introdujo en ella llevando en la mano una lámpara encendida.

Acercóse á la infeliz mujer como si temiese hallarla muerta, como si temiera ver el torvo brillo de sus negros ojos.

—Alejandra, dijo; Alejandra, repitió por tres veces sin obtener respuesta;

Inclinóse entónces sobre ella, y puso una mano en su hermoso hombro ensangrentado.

Alejandra hizo un movimiento, incorporóse con esfuerzo, apoyándose con ambas manos en el suelo, y preguntó en voz baja.

—Ya todo se ha acabado, ¿no es cierto?

—¡Sí! dijo tristemente Chiuski.

Alejandra, cual si experimentase una reaccion repentina, se puso en pié y extendió su mano hácia el cielo; movió los labios; pero no articuló ningun acento.

Luégo puso en órden su traje con esmerada coquetería y perfecta tranquilidad, y fué á sentarse en el borde del lecho.

En un instante su rostro sufrió una trasformacion completa. Estaba aún pálida, pero no revelaba ya ni el furor ni la desesperacion, sino una lánguida y encantadora melancolía.

—Ven, Chiuski, dijo muellemente, ven, siéntate á mi lado y hablemos.

Chiuski puso en el suelo la lámpara y se acercó á ella lentamente.

—Siéntate á mi lado, repuso Alejandra con su tono de voz más dulce.

Chiuski obedeció.

Aquella mujer le avasallaba, y en los ocho dias que habia pasado á su lado se habia convertido en su esclavo.

—Por más que miro, dijo lentamente Alejandra, despues de Boris no veo en el imperio otro hombre más poderoso que tú... Segun tú mismo me has dicho, no es el amor el que le ha conducido á casarse con la princesa, sino el interes. Dueño de sus inmensas riquezas, podrá comprar votos para ser elegido emperador, cuando el emperador actual desaparezca.

¿Por qué no habias de aspirar tú á lo mismo, cuando desaparezca él?

Los ojos de Chiuski despidieron un relámpago de fuego sombrío. Aquella mujer habia leido en lo más secreto de su corazon. Sin embargo, murmuró en voz baja.

—¡Imposible!

—No es imposible, si yo te ayudo. No soy rica; pero soy hermosa. Cásate conmigo, introdúceme en la corte, y yo te prometo que dentro de algunos años ceñirás á tus sienes la imperial corona.

Escucha, y graba bien en tu memoria mis palabras. Mi

voluntad es como la voluntad del destino. Lo que resuelvo debe suceder, ó debo perecer en la demanda.

En vano mi padre y mi madre me suplicaron con las lágrimas en los ojos que permaneciese entre ellos; en vano se arrastraron á mis piés para impedirme que traspasase el dintel de la choza en donde habia recibido el sér; salí de ella con mi hijo en los brazos, y vine mendigando hasta Moscou.

Soy jóven y bella, y los peligros y las asechanzas me asediaron por todas partes: los unos querian rendirme por medio de los halagos, los otros por medio de la fuerza: desprecié los primeros y rechacé la segunda. Mi norte era Moscou, é imprimí al fin mis plantas en su suelo.

Ahora es preciso que seas mi esposo, Chiuski; lo he resuelto, y estoy segura de alcanzar mi propósito. En cambio juro darte una corona.

Chiuski permaneció un instante pensativo, luégo se pasó la mano por la frente, y levantándose, exclamó con agitacion:

—¡Estás loca, mujer, estás loca!

Y empezó á pasearse á largos pasos por el aposento.

Alejandra no hizo un solo ademan para retenerlo, no pronunció ni una sola palabra para persuadirlo. Sabia que cuando las ideas ambiciosas hieren la imaginacion, germinan prodigiosamente.

Adoptó su más voluptuosa postura, y aguardó en silencio.

Chiuski se paró delante de ella, y la contempló con una mezcla de admiracion y estupor.

—¡No! dijo al fin con el tono indeciso del que anhela ser convencido; tu sueño es insensato.

Haria traicion á Boris, y nada alcanzaria.

Y cogiendo la lámpara, se dirigió á la puerta.

Alejandra nada dijo.

Chiuski salió, cerrando la puerta con estrépito.

—¡Ya volverá! murmuró sonriendo la jóven.

Cuando las negras horas de la noche, fueron á rodear el lecho del sol para entregarle el cetro del universo que le abandonaba la luna, Chiuski estaba sentado al lado de Alejandra.

En las públicas fiestas con que se solemnizó el enlace de Boris, llamaba particularmente la atencion una mujer de deslumbrante hermosura, y ataviada con tanta magnificencia como la ilustre desposada.

Era la mujer de Vasili Chiuski.

Boris se alegró de que éste hubiese querido reparar su falta, y le colmó de mercedes.

Cuando Alejandra se presentó en la corte, afectó ni siquiera conocer á su antiguo amante, y jamás contestó á ninguna de las alusiones que éste la dirigia respecto á su pasado.

Se habia trasformado en otra mujer, ligera, alegre, indiferente: parecia no prestar atencion más que á sus trajes; no ocuparse más que de los placeres.

Gustaba de que la galanteasen, pero no gustaba de que nadie se juzgase el preferido. Para todos, ménos para Boris, tenia la misma encantadora sonrisa, la misma provocativa mirada; pero á esto se limitaba su coquetería. No era de aquellas hermosas que todo lo quieren avasallar, que no quieren que exista ni un sólo corazon que no suspire por ellas.

Alejandra era más bien la amiga de las mujeres que de los hombres: buscaba siempre el medio de unir á los amantes, de realzar las gracias de sus rivales, de devolver los esposos infieles á sus esposas.

Parecia desconocer completamente su propia hermosura, ignorar sus propios atractivos para admirar los ajenos. Amable, complaciente, sencilla, no sólo hizo olvidar su humilde orígen á las altivas damas de la corte, sino que, apoderándose del corazon de todas, logró in-

troducirse en el de la bondadosa Irene, que pronto la admitió en su intimidad, no pudiendo casi vivir sin ella. Allí veia á Boris, á quien seguia tratando con la mism respetuosa é indiferente cortesía.

En aquel círculo severo no se mostraba alegre y ligera sino grave y comedida.

Tenía sumo talento, palabra fácil, singular dominio en la voz y en la mirada.

En breve adquirió un indecible ascendiente sobre el ánimo de todos, y en la familia real nada se hacía sin consultarla. El mismo Boris, sucumbiendo al general contagio, no se desdeñaba de ir á pedirla consejos para resolver los negocios más árduos del estado.

Poco á poco, sin saber cómo, y sinque se hubiese cambiado ni una sola palabra de amor entre ella y Boris, éste pareció disgustarse de su esposa.

Por su parte, la frívola y altanera María, despechada al ver su tibieza, y cediendo á uno de sus frecuentes y obstinados caprichos, permaneció muchos dias encerrada en sus habitaciones.

Cuando quiso volver á recobrar su puesto al lado de su marido, vió que otra lo habia ocupado, y en vez de emplear la persuasion y la dulzura, dió inmotivados escándalos, y acabó por provocar un injusto rompimiento.

A medida que ella iba perdiendo terreno con sus coléricos arrebatos, con la procacidad de su lenguaje, con la inconsecuencia de su conducta, Alejandra, á quien nada aparentemente podia reprocharse más que su superior talento, lo ganaba, llegando hasta el punto de ser el alma de todos los negocios y el árbitra del poder supremo; porque el de Boris se habia hecho tan nominal como lo era hacía mucho tiempo el del monarca.

Pasó el tiempo.

Fedor sucumbió á su prolongada dolencia sin dejar herederos de su trono.

Podia Boris apoderarse al instante de la corona; pero prefirió aguardar á que se la diera el voto general. Era demasiado político para querer suceder de repente á la ilustre raza que ocupaba el trono, y preferia ser el natural heredero de su hermana.

En efecto, al noveno dia de la muerte de su esposo, Irene manifestó su resolucion de renunciar en Boris la corona, y terminar sus dias en un convento.

Retiróse al monasterio de las Vírgenes, adonde la acompañó su hermano, con el pretexto de confortarla en medio de su dolor, pero en realidad para aguardar el resultado de sus bien urdidos planes.

No tuvo que aguardar mucho tiempo.

Al dia siguiente presentóse en el convento el Patriarca Job, seguido de todos los boyardos, para suplicarle que admitiese la diadema, ya que su hermana se obstinaba en renunciarla.

No quiso aceptarla al pronto Boris, pretextando su humildad; pero ya sabia que otros trabajaban por él.

Cundió de repente la noticia de que el Kan de Crimea preparaba una expedicion contra Rusia, y se alzaron mil voces para decir que Boris era el único capaz de contrarrestar sus soberbios planes y salvar el imperio moscovita.

Convocóse entónces una gran Asamblea nacional para tratar de la eleccion del soberano, y tan preparados estaban los ánimos, que Boris fué aclamado en medio del mayor entusiasmo, tanto, que hasta los mismos príncipes de la sangre se adhirieron al voto general.

Ni áun quiso ceder á esto el astuto ambicioso, y sólo al cabo de tres dias aceptó con vivas muestras de pesar la suspirada corona.

Alejandra, que le habia servido maravillosamente en todas estas maquinaciones, y áun le habia guiado con sus consejos, se enseñoreó más que nunca del ánimo del nuevo emperador, y se acrecentó su poderío.

Hallábase entónces en todo el apogeo de su hermosura, en todo el esplendor de su grandeza, y si ántes era la luna á la cual las estrellas rinden vasallaje, entónces era el sol que eclipsa á todos los astros y deslumbra el universo.

Su privilegiado talento corria parejas con su privilegiada hermosura y su inflexible voluntad.

Sus innumerables adoradores envidiaban á Chiuski y á Boris; pero, ¡ah! Chiuski era esposo sin serlo, era amante sin serlo Boris: para ella sólo habia un dios y una religion, el poder y la venganza.

CAPÍTULO V.

Volvamos á Uglitch.

Era de noche, y en un espacioso salon decorado con grandes retratos de familia, habia una mesa espléndidamente servida, si se atendia á la escasez de víveres que reinaba en todas partes.

Dos caballeros estaban sentados á ella, y multitud de criados los rodeaban.

El uno era el voivodo Paolovitch, dueño de la casa, y otro un forastero llegado de Moscou pocas horas ántes.

Terminada la comida, Paolovitch hizo seña á los criados para que se alejasen, cerró él mismo las puertas y quedó solo con el forastero.

Paolovitch acababa de ser nombrado gobernador de la ciudad, y habia llegado tambien pocas horas ántes de sus lejanas tierras, en donde pasaba casi su vida, desde que se hallaba en desacuerdo con su esposa á la que amaba y aborrecia al mismo tiempo. Tambien le amaba ella, y quizá con pasion más viva y más profunda.

Los acontecimientos de la vida penden de un cabello: la cosa más leve cambia á veces el destino de millares de personas.

Eduvígis no habia visto á su esposo desde su llegada y anhelaba verle aunque fuera sin ser vista.

Aguijoneada por este deseo, dejó el lecho, temblando de frio y de emocion, y se deslizó como una sombra por los oscuros aposentos. Llegó á aquel en donde habitaba su esposo, y halló el lecho vacío.

—¡Si habrá vuelto á partir! pensó con desconsuelo.

Vagó algun tiempo por las desiertas habitaciones, y al pasar por delante del gran salon de los retratos, vió la puerta cerrada y un rayo de luz que salia por las rendijas.

—Aquí está sin duda, murmuró, ¿qué hace?

Dió la vuelta al salon, entró en un pequeño aposento contiguo, y acercó el oído á la pared.

Aquel sitio era en donde se reunian los burmistres y vasallos del señor, el cual asistia sin ser visto á los tratos que hacian entre sí, y oía al traves de una imperceptible rejilla cuanto se decian. La puerta de aquella reducida habitacion se abria por medio de un resorte, conocido únicamente de los dueños de la casa.

Allí permaneció Eduvígis largo rato, recogiendo hasta el aliento, por temor de que el más leve ruido la impidiese percibir las palabras que se pronunciaban en voz baja.

Habia oído por acaso un nombre que la habia conmovido toda el alma.

—Sí, decia Paolovitch, si ese anillo imperial que brilla en vuestra mano no me impusiera la más ciega obediencia á vuestras órdenes, bastaria la antigua amistad que nos une para obedeceros fielmente.

—Sé que podia contar con vos, se apresuró á responder Chiuski, y por eso os he nombrado gobernador de la ciudad. He penetrado en el palacio real, y no he podido hallar ni rastro del tesoro que buscaba. Y sin embargo es preciso hallarlo. Me ha dicho el Burgomaestre, que en la casa contigua habita, desde hace poco tiempo, un polaco; mandadle prender secretamente y al instante, y que le apliquen el tormento para que hable. No: llamad á algunos hombres de confianza y yo mismo guiaré la expedicion.

Eduvígis no quiso oir más. Trémula y con el rostro descompuesto, corrió á su estancia, se envolvió en un manto de pieles, tomó una llave del llavero que pendia de la pared, descendió al jardin, y por la puerta falsa salió del palacio.

Las calles de Uglitch, cubiertas de nieve, estaban desiertas, oscuras y silenciosas. Eduvígis, azorada, marchaba muy deprisa, y volvia de vez en cuando la cabeza como si temiese ser perseguida.

Por fin divisó las negruzcas paredes del alcázar, y se detuvo indecisa en el dintel de la casa inmediata.

—¡Le debo salvar! murmuró tras un breve instante de vacilacion, ¿no ha salvado él la vida á mis dos hijos?

Llamó.

—¿Quién es? preguntó un hombre, asomándose á la ventana.

—¡Soy yo, Alejo, soy yo! ¡Abre en nombre del cielo! exclamó Eduvígis con voz contenida.

Bajó Alejo precipitadamente, abrió la puerta, y se arrojó en los brazos de su madre adoptiva.

—Aquí no podemos hablar, subamos, dijo Eduvígis.

Subieron ambos en silencio los cortos escalones que conducian á la habitacion superior, y así que se hallaron en ella, gritó Eduvígis fuera de sí:

—¡Huye, Alejo, huye, vienen á prenderte! te aplicarán el tormento hasta que reveles un secreto que estoy segura ignoras. Mi marido te aborrece y es el encargado de cumplir la sentencia.

Si me amas huye.....

—¡Sí; pero no yo solo, madre mia! Hay otros á quienes es preciso salvar.....

—¿No oyes como un ruido lejano de pasos? exclamó Eduvígis.

Corrió desalada á la ventana que había quedado abierta.

—¡Ya no es tiempo; dijo con desesperacion, ¡la calle está llena de soldados; ¡estamos perdidos!

—Aún no, dijo Alejo tomando precipitadamente su strelets y cargándolo. Corred á los aposentos inmediatos, despertadlos á todos, refugiaos todos en el palacio por el boquete abierto. Yo guardaré en tanto la puerta, y luego iré á reunirme con vosotros. Hemos recorrido el palacio, y mi huésped sabe que hay una salida subterránea que conduce al campo..... Corred.....

Eduvígis desapareció.

Alejo aguardó en silencio por algunos momentos, y por fin se apercibió de que estaban descerrajando la puerta de la calle.

—Quieren proceder con cautela, pensó, nos juzgan dormidos y descuidados. El trabajo es largo y nos dan tiempo.

Entónces se dirigió á los aposentos interiores, que ya estaban desiertos, cubrió el boquete que comunicaba con el palacio, arrimó á él el pupitre, y apagó la luz.

—¡Adios, madre mia, murmuró, adios, único amigo de mi vida!..... ¡Preciso me es inmolarme por todos! ¡Si los siguiera, esta comunicacion con el palacio nos venderia al instante! ¡Dios me ayudará!

Volvió á la primera estancia, y se colocó delante de la puerta.

Ya era tiempo, pues sonaba ruido de pasos en la escalera.

Como habian descerrajado sigilosamente la puerta de la calle, descerrajaron la de la habitacion, pero cuando ésta cedió, Alejo descargó su arma en silencio, y oyó estremeciéndose el ruido de dos cuerpos que rodaban por la escalera.

El ataque quedó interrumpido brevemente, y le dió lugar para volver á cargar su arma.

El ruido de la explosion habia hecho abrirse algunas

ventanas de las casas inmediatas, los sitiadores conferenciaron entre sí, deseosos de evitar el escándalo, y una voz dijo desde abajo:

—Quien quiera que seais, venimos tan sólo á hablar con vos: permitidnos que subamos: es asunto de un momento.

—¡No! respondió Alejo. ¡Sólo entrareis matándome!

—Cualquiera que seais, repitió la misma voz ya con impaciencia, dejadnos subir, y os prometo en nombre del Czar todo el oro que desee vuestra ambicion. Soy Vasili Chiuski, me acompaña el gobernador de la ciudad, y éste debe serviros de garantía, para que creais en la realizacion de mi promesa.

—¡No! repitió Alejo á su vez.

—¡Entónces, adelante! gritó Chiuski, y suceda lo que quiera.

Los soldados obedecieron, pero los más atrevidos pagaron con la vida su atrevimiento.

—¡Adelante, adelante! gritó Chiuski de nuevo. ¡Prometo montones de oro al que me entregue ese hombre!

Volvieron los soldados al asalto. Esta vez, Alejo no habia tenido tiempo de cargar, y cuando pudo hacer uso de su arma, los enemigos ya estaban encima, y rodeándole por todas partes, le arrastraron hasta el centro de la estancia.

Habian traido consigo una linterna sorda; volvieron la luz.

—¡Alejo! gritó Paolovitch al reconocerle. ¡Eres tú!

—Registrad la casa, ordenó Chiuski, prended á cuantas personas haya en ella y maniatadlas.

Obedeciéronle sus satélites, pero volvieron al instante diciendo que no habian hallado á nadie.

—¿Dónde están tus compañeros? preguntó Chiuski fuera de sí, dirigiéndose á Alejo.

—Ya muy distantes de Uglitch.

—¡Mientes!

—Como gusteis.

—¿Por qué han huido?

—Porque presentian vuestra visita.

—¿Adónde han ido?

—A Moscou.

—Miente en cuanto dice, vociferó Chiuski; cargadle de cadenas.

Miéntras sus secuaces efectuaban su mandato, Chiuski cogió la linterna y recorrió los aposentos interiores. Queria cerciorarse por sus propios ojos de que habia dado el golpe en vago.

Detúvose delante del pupitre, abrió con mano febril sus cajones uno despues de otro, y sus miradas tropezaron con un abultado manuscrito.

Era la narracion escrita por Dimitri.

Un velo cubrió sus ojos; un extremecimiento convulsivo agitó sus miembros.

—¡Vive! murmuró con voz sofocada por el espanto. ¡Vive! ¡y ha estado aquí!

Volvió á la habitacion en donde se hallaba Alejo, ya cargado de cadenas, mandó á todos que se alejasen, y le preguntó en voz baja, enseñándole el manuscrito:

—¿Quién ha trazado estos caractéres?

—¡Lo ignoro!

—Mientes otra vez.

—Entónces es que no quiero decirlo.

—Juegas con tu vida y con tu porvenir, insensato, dijo Chiuski, dejando el tono de amenaza por otro persuasivo. Yo te prometo la recompensa que te hayan prometido: no te detengas en tus exigencias: pide lo que quieras: riquezas, títulos, poder; pero ¡guay! que si rehusas, te aguardan los tormentos y la muerte.

—Podeis dictar cuando gusteis vuestra sentencia, dijo Alejo, cuyo rostro trasfigurado por los más sublimes

sentimientos, reflejaba el noble entusiasmo de los héroes y los mártires.

—¡Pues bien, sea! dijo Chiuski, que habia leido en su semblante su inquebrantable resolucion. Paolovitch, gritó, acercaos: escuchad. Llevaos á ese hombre: sepultadle en la mazmorra más profunda, pero que nadie sea osado á interrogarle. Enviad tropas en todas direcciones para que persigan y prendan á cuantas personas hayan salido de Uglitch; guarneced de tropas las puertas para que nadie pueda salir de la ciudad. Me respondeis de todo esto con vuestra cabeza.

Dejadme: quiero quedar solo aquí.

Alejóse Paolovitch con el prisionero, y cuando Chiuski vió salir al último soldado, cerró por sí mismo la puerta, volvió á examinar ávidamente el manuscrito, y exclamó estrujándole entre sus crispadas manos.

—¡Vive! ¡vive! ¡é ignoro dónde se halla! Quizá cerca de Moscou, tendiendo su mano para alcanzar la diadema codiciada... ¡Cuán necio fuí conservándole la vida!... Pero ahora no es tiempo de lamentarse; es tiempo de obrar. ¿Qué haré? Si estuviese aquí Alejandra, que sabe cortar de un golpe todas las dificultades...

Claro está que Dimitri se ha salvado, cuando su manuscrito se halla en esta casa, y claro está que ha huido de ella precipitadamente, cuando no lo ha podido llevar consigo...

¿Pero no podria esta casa tener comunicacion con el palacio y haberse refugiado en él despues que yo lo he visitado?... Sí, sí; ¡qué feliz idea!

Cogió la luz y registró minuciosamente todos los rincones; pero cual si la Providencia hubiese puesto un velo sobre sus ojos, en lo único que dejó de fijar su atencion fué en el lienzo de pared contra el cual estaba apoyado el pupitre.

Cuando llegaba allí, sus miradas sólo descubrian el

acusador manuscrito, que si hubiera caído en otras manos hubiera labrado su ruina y su deshonra.

Cansado de sus inútiles pesquisas, viendo que el tiempo volaba y no tardaria en clarear el alba, pensó que guardar aquel documento era muy peligroso, y era mejor destruirlo.

Sacó cuantos papeles contenia el pupitre, colocó encima el manuscrito, y les arrimó la luz. La llama brotó instantáneamente é iluminó la estancia con su luz rojiza.

Permaneció inmóvil Chiuski contemplando los abrasados papeles que se convertian en ceniza, y murmurando:

—¡Oh, si me fuera dable destruir del mismo modo á mi enemigo!

De repente le ocurrió la idea de que podian hallarse en la casa algunos otros indicios que acusasen la presencia de Dimitri. Dejó que la hoguera se consumiese por sí misma, cogió la linterna, y dirigiéndose á los aposentos interiores, empezó á examinar con febril apresuramiento todos los objetos.

Pero la hoguera no se apagó por sí sola, como él creia; pues ántes al contrario, prendiendo en uno de los piés del pupitre, subió á invadir todo el mueble, cubriéndolo de llamas azuladas.

Notó Chiuski el resplandor y el humo; volvió presuroso á aquella estancia, y queriendo apartar y aislar el mueble propagador del incendio, vió caer una tabla perfectamente pintada, que cubria un anchuroso agujero.

Chiuski lanzó un grito de salvaje alegría, y sin cuidarse del fuego, cogió de nuevo la linterna y se introdujo por el boquete abierto.

Hallóse en un ancho corredor, y creyó reconocerlo. Recordó que hácia aquel lado caía la antigua torrecilla que habia servido de cárcel á Dimitri. ¡Quizá el príncipe habria buscado allí un refugio! Subió la escalera, atravesó el vestíbulo y penetró en la estancia.

La linterna que llevaba en la mano sólo proyèctaba un círculo de luz en torno suyo, dejando en la más densa oscuridad los ángulos apartados. Por esto no pudo ver á los fugitivos acurrucados en un rincon.

Los cálculos de Alejo habian salido fallidos. Alejo no sabia que Chiuski hubiese visitado el alcázar, mandando cerrar todas las salidas.

Pero la Providencia les proporcionaba otro medio más seguro de salvacion.

—Arrebatémosle el anillo imperial que luce en su derecha, y encerrémosle ahí dentro, dijo Eduvígis al oido de Dimitri.

Levantáronse ambos á la vez, adelantáronse de puntillas hasta Chiuski, que les volvia la espalda; Dimitri le sujetó entre sus brazos, miéntras Eduvígis mató la luz y le arrebató el anillo, y saliendo ambos con la misma precipitacion con que habian entrado, cerraron tras sí la puerta, dejándole encerrado.

Todo fué obra de un instante.

Dimitri cogió en brazos á Jorje; Eduvígis arrastró consigo á Yola y á Marina.

No sabian los peligros que podian aguardarlos fuera; pero lo primero era huir de aquella cárcel sin salida.

Sin cuidarse de los gritos y las blasfemias de Chiuski, salieron del palacio, penetraron en la casa, atravesaron por entre las llamas y se lanzaron á la calle.

El tiempo urgia: la alarma empezaba á esparcirse por el barrio; la aurora asomaba en el cielo.

Eduvígis habia pensado rápidamente en todo.

Era mujer de extraordinario valor y firme voluntad.

Dirigióse, seguida de sus protegidos, á una de las puertas de la ciudad; mostró el anillo régio al oficial de guardia, que se apresuró á franquearlos el paso; llegó á una cercana alquería, propiedad suya, mandó al obrok

(colono) que aparejase inmediatamente un carro, instaló en él á los fugitivos, y se alejó exclamando:

—¡Corro á salvar á Alejo!...

Volvió jadeante á la ciudad, ya iluminada por el resplandor del incendio, y en la que reinaba suma confusion.

Eduvígis se detuvo perpleja; no sabia adonde ir, no sabia adonde habrian conducido á Alejo.

Por fortuna, entre las gentes que se dirigian en tropel al lugar del siniestro, iba una mujer, que dijo á otra más distante, dando grandes voces:

—Ha sido el polaco; pero ya le han llevado preso á la torre; yo le he visto!

Eduvigis no quiso oir más; era preciso dar el golpe ántes de que el fuego pusiese á Chiuski en libertad.

Voló á la torre. El mágico anillo la abrió pasó por donde quiera.

—Conviene al servicio del czar, dijo al alcaide, que hagamos evadir secretamente al prisionero que acaban de traer.

El anillo imperial, en manos de una dama tan ilustre y respetada, bastó para persuadir al alcaide de la verdad de su aserto, quien la invitó á seguirle.

Atravesaron juntos una infinidad de oscuros corredores, bajaron por una tortuosa escalera y penetraron en un lóbrego calabozo.

Allí estaba Alejo, que lanzó un grito de júbilo al ver á su madre adoptiva.

El alcaide quebrantó por sí mismo las cadenas que aherrojaban al prisionero.

—¡Vamos! dijo Eduvígis respirando apénas; ¡ni una sola palabra; vamos!

Volvieron á recorrer lóbregos subteráneos, volvieron á bajar tortuosas escaleras, y por fin salieron á un pequeño patio alfombrado de hielo, en cuyo extremo se veia una puerta de hierro.

El alcaide la abrió, y la campiña, sumida aún en negruzcas tintas, se ofreció á los ojos de Eduvígis; pero en cambio se oyó ruido de pasos en el subterráneo que acababan de abandonar.

La animosa matrona empujó bruscamente á Alejo fuera de la puerta, y la cerró, permaneciendo inmóvil delante de ella.

Casi en el mismo instante se presentó Chiuski gritando:

—¿Qué habeis hecho del prisionero?

—Acabo de darle libertad, porque así me lo ha ordenado esta ilustre dama, presentándome el anillo imperial.

Chiuski, fuera de sí, corrió hácia donde estaba Eduvígis, la apartó á un lado, y abriendo la puerta de par en par, gritó á los soldados que le habian venido siguiendo:

—¡Buscadle por todas partes; traedle á mi presencia vivo ó muerto! ¡Corred!

Y miéntras se obedecian sus órdenes, añadió dirigiéndose á Eduvígis.

—¡Y vos, señora, caro pagareis vuestro increible atrevimiento! ¡Vos, la esposa del gobernador de la ciudad, haber abusado así de vuestra posicion y vuestro rango!

Eduvígis no respondió, fijos sus ojos en la puerta, y en ellos reconcentrada toda el alma.

Cada segundo que pasaba le parecia un siglo de esperanza, y hasta su corazon habia cesado de latir suspenso entre la vida y la muerte.

De repente lanzó un grito y cayó desplomada sobre el hielo.

Alejo acababa de aparecer en el dintel de la puerta circuido de soldados.

CAPÍTULO V.

¡Cuán dulce es la vida, cuando se contempla en medio de la majestuosa calma de la noche un cielo tachonado de estrellas, cuando la brisa saturada con el perfume de mil flores orea nuestra frente, cuando los apagados murmurios de la lejana fuentecilla y los suspiros del aire que enamora á su avecilla compañera forman un melodioso concierto que nos extasía el alma! ¡Cuál respira entónces libremente el corazon oprimido! ¡Cuál se elevan al cielo nuestras miradas para buscar en él el sagrario del Dios que nos ha dado una existencia tan rica de emociones!

Pero si en esas horas de paz y de poesía la llama del amor ilumina nuestro espíritu; si su suave y misteriosa voz resuena en el fondo de nuestro corazon; si su tierna compañera, la esperanza, despliega á nuestros ojos su variado panorama, ¡cuánto se aumenta la belleza de la creacion, y qué inefable dulzura se añade á la dulzura que esparce en nuestro ánimo tan magnífico conjunto!

Era de noche: la luna pendia inmóvil del cielo clavetendo de estrellas; los riachuelos murmuraban dormitando entre la grama; las hojas de los pinos producian un ligero susurro movidas por las ligeras alas de la brisa, y los pájaros de amor cantaban en los bosques sus plañideras cantinelas.

Un talengo, especie de carro descubierto y tirado por dos caballos, cruzaba en aquella hora misteriosa un valle formado por dos vertientes de montaña. Una de ellas pertenecia á Rusia; la otra formaba el postrer lindero de Polonia, lindero que doscientos años despues debia desaparecer, y acaso para siempre, del mapa de la tierra.

Un hombre y una mujer veíanse sentados en el carro: un jóven lo guiaba.

Los hombres llevaban una bata azul larga, muy ancha, ceñida á la cintura con un cordon de colores, y calzaban anchas botas de cuero que formaban arrugas en la parte superior. Cubríales la cabeza un sombrero muy chato de copa ancha y alas estrechas. La mujer vestia tambien una bata larga, ajustada á la cintura con un cordon de color, mangas holgadas que dejaban ver las de la camisa, y un gorro de terciopelo.

Los tres tenian clavadas sus miradas en el cielo llenos de un plácido arrobamiento, y permanecian silenciosos como si temiesen interrumpir el sueño de la naturaleza.

Eran Dimitri, Jorje y Marina, próximos ya á verse libres de la saña de sus enemigos.

—Y bien, dijo por fin la jóven con dulcísimo tono, ya veis que la Providencia no nos ha abandonado: hé ahí mi suelo natal: hé ahí á Polonia: hé ahí la tierra salvadora en donde podremos saludar la luz del sol naciente.

—¡Sí, exclamó Jorge con viveza; pero qué de tormentos, qué de privaciones, qué de sobresaltos durante la larga interminable ruta!

—¡La pobre Yola, que ha muerto en mis brazos! suspiró Marina en voz baja.

—¡Y mi generoso Alejo! exclamó dolorosamente Jorge. ¡Ah! ¡qué habrá sido de él!

—Esperemos que se habrá salvado, dijo Dimitri. Aquella noble mujer lo habrá salvado. ¡Plegue al cielo que así sea, y no haya perecido por mi causa!

—Sí, interrumpió Marina, para dar otro curso á tan penosas ideas; mucho hemos sufrido; pero tambien hemos hallado muchas almas compasivas que se han apresurado á socorrernos y á ampararnos. Los pobres y los ricos se han unido para llevar á cabo de consuno su obra bienhechora: los pobres dándonos asilo en sus cabañas y partiendo con nosotros su frugal y escasa comida; los ricos colmándonos de presentes sin siquiera preguntarnos nuestros nombres. ¡Oh, cuán bella es la caridad, y cómo atestigua su existencia que es la raza humana primogénita del cielo! Pueden los irracionales conocer el amor sensual; pero ese sublime amor al prójimo que nos conduce á desprendernos de cuanto poseemos para socorrer al desvalido, es propio sólo de las criaturas formadas á imágen y semejanza del Dios bueno, que extendió los brazos en la cruz para que todos los hombres sin distincion, pudiesen ir á buscar un refugio sobre su amante pecho.

—¡Sí! exclamó Dimitri con entusiasmo. ¡Cuán bello es el mundo! ¡cuán dulce es la vida! Sentirse lleno de vigor y fuerza y contemplar esa magnífica naturaleza llena de encantos, esos mil séres que pululan por todas partes, y viven y aman y son dichosos. Esos campos convertidos en jardines por la mano del hombre; esas populosas ciudades llenas de actividad y movimiento, con sus severas iglesias, sus grandiosos edificios, sus ciclópeas fortificaciones.

Teneis razon, Marina. ¡El hombre, el hombre! ¡rey de la creacion, arcano misterioso, pobre pigmeo con brazos de gigante y mirada de águila! ¿De dónde dimana tu poder? ¿Quién te da alas para escalar el cielo, para trocar los encumbrados montes en llanos, para contener los embravecidos torrentes y trazarles un sendero; para erigir esos edificios colosales que descuellan sobre tu cabeza, y que contemplarán por muchos siglos cuál esparce el viento tu polvo miserable? ¡El hombre! ¡el hombre!

sér tan débil como el lirio de los campos, que puede ser tronchado por los besos de la brisa; aspira al dominio del universo, y si se extravasa una sola gota de su sangre queda hecho despojo de fétidos gusanos.

¿De dónde nace, pues, tu supremacía? ¿Cuál es el orígen de tu atrevido orgullo? ¿Cuál es el impulso que te mueve á intentar tales empresas, á ir siempre en pos de la eternidad sabiendo que has de vivir un dia?... ¡Dios!... Es el destello de Dios el que ilumina tu inteligencia; es el poder de Dios el que da fuerza á tu brazo; es el soplo de Dios el que inflama tu alma: ¡Dios, Dios! ¿Cómo es posible no conocerte y adorarte contemplando al hombre, á la más perfecta y bella de tus obras?

—¡Ah, exclamó Marina, comprendo vuestra sorpresa, vuestro entusiasmo. Si se ofrece tan bella á nuestros ojos la naturaleza, ¡cuánto no lo será á los vuestros, que habeis podido contemplar repentinamente, y con toda la perfeccion de vuestro juicio, tantas maravillas!

—Yo apénas me he apercibido de los peligros y las privaciones durante nuestro largo viaje, repuso Dimitri con creciente ardor, abismado casi siempre en una contemplacion deliciosa, que á cada instante me hacia bendecir la vida.

Aunque Dios me hubiese otorgado un solo dia de existencia, le daria gracias en el fondo de mi corazon por haberme formado para bendecirle en la naturaleza y adorarle en el cielo.

Pero decid, ¿es tan hermosa Polonia como el país que acabamos de atravesar?

—Es más hermosa, Dimitri. Hemos cruzado la parte más septentrional de Rusia, cuajada de desiertos y heladas estepas, miéntras en Polonia la vejetacion es más feraz y el cielo más azul y esplendente.

—¡Oh, cuánto voy á gozar! exclamó el príncipe con cándido alborozo.

—Esperemos que en Polonia cesen todos nuestros sufrimientos, repuso Marina. Mi padre os acogerá bien; estoy segura de ello. El que prestó socorros al fugitivo y perseguido Viazemski, no los negará al hijo de Ivan IV. Mi padre goza de gran favor cerca del rey de Polonia; es osado y caballeresco, y acometerá con placer una empresa que satisfaga su ambicion, su insaciable anhelo de poder. Era el único camino que nos estaba abierto, y creo que hemos obrado prudentemente siguiéndole.

—¡Cómo es posible que los campos de Polonia sean más hermosos que estos campos! murmuró Dimitri en voz baja, abstraido en su extática contemplacion.

Jorge hizo un gesto de impaciencia.

—Pensad, dijo, que es la libertad la que os espera cuando hayamos atravesado esa línea de montañas que esconden su azulada cima entre las nubes; pensad si franqueais ese linde como proscrito, que debeis volver á pisarlo como conquistador, para traer la libertad á vuestra oprimida patria.

¡Teneis razon! bella es la vida cuando el porvenir nos ofrece sus tesoros, cuando se alimenta la esperanza de inmortalizar nuestro nombre y de ser útil á nuestros semejantes. La vida inerte y contemplativa no conviene á los hombres, Dimitri, y ménos á los hombres que se han mecido en cunas de oro. Quisiera que soñáseis ménos, que no percibierais un concierto de amor en las voces de la naturaleza, sino que aprendiérais en su incesante actividad á llevar á cabo una mision gloriosa. Cada uno tiene un deber que cumplir: ¡dichoso vos, á quien toca el de salvar la patria!

Dimitri lanzó un suspiro.

—¡Ah! dijo tras una breve pausa, á vos, endurecido en los combates, á vos, que habeis coronado vuestras sienes con laureles, os parecerá tal vez cobarde cuanto voy á deciros; pero en mis largos años de cautiverio, nunca he

soñado con la venganza ni con la gloria que cuesta lágrimas y sangre; nunca! Si soñaba con la corona régia, era para derramar desde lo alto de mi trono el bien á manos llenas; era para embriagarme con el concierto de los amantes suspiros que elevarian mis felices vasallos, y con los cuales mecerian mi tranquilo sueño; era, en fin, no para ser el más temido, sino para ser el más amado de los mortales. No aspiraba al renombre de grande, sino al más dulce de padre, de protector y de consuelo. ¡Ah! Jorge, decís que el bien de la patria lo exige; pero me horroriza la idea de entrar en ella con la tea en una mano y la espada en la otra; me espanta la idea de regar mi patrio suelo con la sangre de sus hijos, y del horrible concierto que elevarán los huérfanos y las viudas. ¡Ah! para llegar al trono yo no quisiera pisar cadáveres, sino que me elevasen á él entusiastas aclamaciones. ¿Lo creereis? Ni áun á mis verdugos aborrezco; ni áun su sangre quisiera ver derramada. Me parece al contrario que sería más dulce mi venganza si pudiera con mi perdon colmarlos de riquezas y hacerlos sentir todo el peso de su ingratitud y de su infamia.

Yo he nacido para amar, Jorge, y el ódio y la venganza jámás hallarán cabida en mi pecho.

Sin embargo, si ahora se me presentara el verdugo con su hacha ensangrentada, estoy seguro de que no me veriais palidecer, estoy seguro de que no haria el más leve movimiento. Cuando niño nunca he temblado ante el sañudo aspecto de Samuel; jamás el temor de la muerte me ha producido un solo instante de insomnio. ¡Oh! lo siento bien en los precipitados latidos de mi corazon; no es el miedo el que detiene mi brazo en el momento de herir, es la compasion la que se muestra á mis ojos bañada en llanto y señalándome con su diestra el cielo, en donde se halla el que quiso morir perdonando á sus verdugos.

¡Cuán interesante estaba Dimitri hablando así, con las mejillas encendidas y los ojos húmedos de llanto!

La luna iluminaba su rostro, al cual añadia nuevos encantos la blonda y rizada cabellera que velaba su frente de alabastro.

¡Era tan jóven, y sienta tan bien á la juventud el dulce reflejo de un alma abrasada por la compasion y la ternura!

—¡Dimitri, exclamó Marina con trasporte, cuánto placer experimento al oiros hablar así! ¡Cuán dignos son esos sentimientos de un alma bien nacida! ¡Oh! no son hijos de la cobardía, nó, vuestros anhelos; yo, que no os he visto palidecer jamás en los momentos de peligro que juntos hemos corrido, puedo proclamarlo con entera conviccion á la faz del mundo. ¡Es tan dulce hacer bien! ¡Feliz! ¡feliz tan sólo aquel que puede esparcirlo á manos llenas! ¡más feliz aún aquel que arde en deseos de practicarlo!

—Entónces, repuso Dimitri con pasion, ya no temo el fallo del universo, si me es favorable vuestro fallo, si merezco vuestro aprecio.

—¡Dimitri, dijo Marina con cándida expansion, os juro que os amo como amaria al más pequeño de mis hermanos!

Dimitri se volvió bruscamente, y tiró con violencia la brida de los caballos que marchaban lentamente. Era por ocultar la suma de felicidad que se desbordaba de su corazon.

Tambien Jorge inclinó la cabeza sobre el pecho; pero era por ocultar la celosa lágrima que oscilaba en sus párpados.

Marina, con la calma de la inocencia y á pesar de ser mujer, no vió la borrasca que sus palabras acababan de suscitar en aquellos dos corazones amados.

Volvió á renacer el silencio.

Acababan de dejar atrás el florido valle y de entrar en una estrecha senda que dividia las dos vertientes de montañas; la luna próxima al sitio en donde debia abandonar su plateado cetro, se hallaba oculta tras un espesísimo bosque; el ameno paisaje se habia convertido en un paisaje agreste, y remedaba el árido camino del desengaño, adonde llega el alma despues de haber atravesado el eden de la juventud, del amor y la esperanza.

Jorge, rendido por el insomnio, habia apoyado su abrasada frente en el hombro de su esposa y se habia abandonado á un intranquilo sueño. Marina velaba, contemplando á Jorge con aquella mirada de inefable amor, dón especial de Dios y de Dios tan sólo comprendido, con que una madre contempla al tierno infante pendiente de su pecho.

Dimitri velaba tambien mirando á hurtadillas aquel bello cuadro, y á su vez los celos le desgarraban el alma; pero eran celos, aunque amargos en el fondo, suaves en sus efectos, como lo eran todos los sentimientos de su alma. Dimitri no envidiaba al pobre mutilado su felicidad, no pensaba en arrebatársela, y esta sola idea, si hubiese podido presentarse á su imaginacion, le hubiera horrorizado; lo que sentia era no poder trocar con él su destino, no poder dar á Jorge su juventud, su robustez, su porvenir, en cambio de aquella mirada amante que se posaba con tanto amor sobre su frente.

Sintió anegarse su corazon en amargo desconsuelo y apoyó la cabeza en sus manos.

—¿Sufris, Dimitri? le preguntó Marina en voz baja.

—¡Oh, no! ¡sólo que á veces una vaga tristeza se apodera de mi alma, y echo de ménos mi lóbrego calabozo con su vida sin placer y sin borrascas, ó por mejor decir, echo de ménos la tranquila calma de la tumba!

—Dimitri, exclamó Marina con tierno reproche, ¡por

que dejais que se apoderen de vuestra mente esas fúnebres ideas?

Cuando tocais á la libertad, es una injuria hecha á la Providencia el menospreciar los dónes que os concede.

Dimitri guardó silencio.

—Y bien, veamos, repuso la jóven en voz baja, ¿cuál es la causa de vuestros pesares? Sois pobre, estais proscrito; pero sois jóven, y la juventud puede aspirar á todo.

—¡Oh Dios mio! exclamó Dimitri con amargura, ¡yo no sé cómo hacer comprender al mundo, que no es lujo ni ostentacion lo que le pido! Marina; he crecido solo, no me han halagado en mi infancia ni los besos de mi madre, ni las caricias de mis hermanos, ni los halagos de mis amigos. He saludado por fin el sol, he respirado el aire de la libertad, he visto las maravillas de la naturaleza; pero el sol ni el aire no me han traído los besos que soñaba, los suspiros que respondiesen á mis suspiros, y en la naturaleza no he visto reflejada ninguna imágen que me alentase en mi camino con su dulce sonrisa, que me ofreciera sus tesoros de castísima ternura. He visto que cada avecilla tiene su avecilla compañera, cada flor el insecto que la enamora, cada corazon el corazon que es centro y esperanza de su vida. ¡Yo estoy solo! ¿Cuál es, pues, mi mision en este mundo? ¿He de continuar viviendo abandonado cual en mi lóbrego calabozo? ¿He de ser cual el convidado del cuento aleman, que resucitando de muerte á vida, se halló en un baile, en el cual todas las parejas estaban completas y que servia de estorbo á todos?

—¡Ingrato! exclamó Marina sonriendo; ¿de qué os quejais, si apénas salido al mundo, habeis hallado quien os ame con fraternal cariño?

Dimitri permaneció algunos momentos pensativo; luégo juntó las manos y exclamó con apasionado acento:

—Sed siempre mi hermana, Marina: repetidme lo que

me habeis dicho hace poco, repetídmelo, y prometedme que nunca me cerrareis vuestro corazon, que nunca dejaré de hallar en vos esa expresion de fraternal afecto que me hace tan dichoso!

—Nunca, Dimitri, dijo Marina con tono solemne; habeis habitado bajo mi mismo techo; poseeis un alma elevada; nobles y dignos sentimientos; sois desgraciado y os lo he dicho: os amo como amaría al más pequeño de mis hermanos, como os ama mi noble Jorge, que por vos ha abandonado su asilo, ha renunciado á su tranquila felicidad y á las comodidades de la vida.

Estas últimas palabras encerraban una severa leccion: Dimitri lo comprendió y guardó silencio.

Cuando asomó en el cielo la blanca aurora, Jorge despertó. Su sueño habia sido agitado, y en lugar de reposo, imágenes horribles habian fatigado su espíritu.

Estaba pálido, tenía los ojos hundidos, y su ancha y majestuosa frente ostentaba más profundo el surco de sus arrugas.

¿Conoceis esa horrible enfermedad del alma que se llama celos? ¿habeis sentido alguna vez su desgarradora tortura?

Los celos, por más que se les decore con tan pomposo título, son hijos legítimos del egoismo y de la envidia, y ¿cómo era posible que de tan inmundo maridaje no se generara un mónstruo insoportable? Tenemos celos porque quisiéramos que el objeto amado sólo tuviese ojos para mirarnos, oídos para escuchar nuestro acento, pensamiento para comprendernos y alma para adorarnos; tenemos celos porque quisiéramos despojar á todos los objetos hasta de sus más insignificantes cualidades para adornarnos con ellas, porque nos hacen sombra los más débiles atractivos que advertimos en los demás, y quisiéramos con la total ruina ajena labrar el elevado pedestal de nuestra gloria. ¡Ay! ¡el egoismo y la envidia, son

innatos en nuestra pobre naturaleza humana, y sólo es noble el alma que acierta á hacer recaer en sí misma los efectos de su mezquina saña! Pero sea cualquiera su orígen, quien no haya probado la amargura de los celos, no sabe cuánta hiel de sufrimiento pueden apurar los míseros mortales.

Jorge sentia destrozada su alma por las ardientes lágrimas que rechazaba de sus párpados, y que volvian á caer cual ardiente lava sobre su corazon. El infeliz establecia una terrible comparacion entre él y su rival, y deducia por ella que este último debia ser el preferido. ¡Ah! Marina habia tenido razon; no se puede jugar con la felicidad, y en la noble lucha que él mismo habia suscitado, debia imprescindiblemente representar el papel de víctima. Jorge no hacía agravio al generoso desprendimiento de su esposa, no dudaba de su virtud, no dudaba de su corazon; pero se creia obstáculo á su felicidad, y ¡es tan triste anhelar el bien de un sér querido con todo el trasporte de nuestra alma, y conocer, no tan sólo que jamás podremos labrarlo, sino que impedimos que lo labren los demás!

Jorge conocia el amor que Dimitri profesaba á su esposa, y traslucia por amor las fraternales palabras que ésta le dirigia.

Los celos son la noche del alma, y en las tinieblas es muy fácil ver el espacio poblado de amenazadores fantasmas. Entónces todos los eços de la naturaleza nos parecen lúgubres y discordantes, y á cada paso creemos tropezar con un insondable abismo.

Pero Jorge aún pretendia luchar, aún esperaba alcanzar la victoria, cimentándola en el éxito de su empresa.

Cuando esta esperanza le alentaba, sus ojos se fijaban con altivez en el cielo, sus mejillas se coloreaban y erguía la frente con arrogante ademan; cuando esta única esperanza se debilitaba, dejaba caer la cabeza sobre el pecho.

y ni áun las amantes palabras de Marina bastaban á sacarle de su profundo abatimiento.

Durante su corto sueño, Jorge habia tenido una vision espantosa: habia visto á su adorada en los brazos de un rival más digno que él de ser amado, y cuando despertó un frio sudor inundaba su semblante.

La mañana era deliciosa, el ambiente estaba saturado por el perfume de las flores, el sol enviaba su primer rayo á la naturaleza, y todos los séres de la creacion se agrupaban alrededor de este rayo, motor y centro de la vida. Las aves y los insectos tendian sus alas hácia el brillante surco luminoso, y hasta las plantas inclinaban su tallo para recoger alguño de sus dorados destellos.

—¡Polonia! gritó de repente Marina dando palmadas de alegría. Ya hemos llegado á la hospitalaria tierra donde deben terminar nuestras fatigas. Pero ¿qué veo? ninguno de los dos me acompaña en mi alborozo. ¿Qué teneis, Dimitri? ¿Qué pesar te aqueja, Jorge?

Dimitri se ruborizó; Jorge quiso reirse y no pudo. Marina fijó en él una escrutadora mirada y creyó adivinar el mal que torturaba su alma.

—Parémonos aquí un instante, dijo; deliciosa es la mañana, y acaso al trasponer ese alto monte no nos ilumine el bello rayo de sol que alumbra al mundo. Dimitri, añadió sonriendo, tengo un capricho de niña; ¿quereis satisfacerlo?

—Pedidme la existencia, señora, exclamó el jóven con pasion, pedídmela, y la sacrificaré gustoso para satisfacer el más insignificante de vuestros anhelos.

—¿Veis aquel capullo azul que asoma á medias entre la nieve? Pues bien, quisiera aspirar su perfume.

Dimitri se lanzó del carro, Jorge se puso tan pálido como si estuviese próximo á rendir su último suspiro.

—Escucha, dijo Marina dirigiéndose á su esposo, los momentos son cortos y debemos aprovecharlos. Sufres,

no me lo niegues, sufres y deber mio es evitarte un sufrimiento inútil y peligroso. En la cúspide de esa montaña hay un convento de religiosas; cuando haya presentado Dimitri á mi padre, si tú permaneces al lado del príncipe para secundar su empresa, permíteme que me retire á él hasta que des cima á tus proyectos y vengas á buscarme para volver á la dulce oscuridad que no debiéramos haber abandonado. ¿Quieres?

Jorge clavó en ella sus espantados ojos, y no acertó á responderla. Nunca la idea de estar privado de su presencia se habia presentado á su imaginacion, entre el tropel de tristes ideas que formaban su martirio.

Esta idea fué la primera que despedazó su alma; pero luégo se le ocurrió otra aún más amarga.

—Quiere huir, pensó, luego es cierto que le ama.

El guerrero que habia despreciado cien veces la muerte en el campo de batalla, el que habia escuchado con serena frente los sarcasmos que los salvajes de Siberia prodigaban al infeliz mutilado, el que habia despreciado con ánimo constante los tiros de la adversa suerte, no pudo resistir á esta segunda idea, y por sus descoloridas mejillas se deslizaron silenciosamente dos lágrimas.

—¡Jorge! exclamó Marina alarmada, Jorge, ¿por qué lloras?

—¡Le amas! balbuceó Jorge, ¡ah, bien veo que le amas! el que huye del peligro es porque desconfia de sus fuerzas. ¡Le amas! ¡Es muy justo! ¡Yo soy el que debo desaparecer entre ambos, yo! ¡Abandóname, Marina, abandóname; no temas; yo siempre bendeciré tu nombre!

—¡Oh, Dios mio! exclamó la jóven fuera de sí, ¡cómo podré destruir tus injustos celos! ¡Bien te decia yo que no debia jugarse con el alma!

—¡Cómo! interrumpió Jorge con trasporte; ¿pretendias acaso que te esclavizara, rebosando vida, juventud y hermosura, á un cadáver; pretendias, Marina,

que cuando la Providencia conducia á tus brazos al alma compañera de tu alma, yo rompiese, desapiadadamente el misterioso lazo que os unía y os separase para siempre? ¡No, no, mil veces no! Si algun hombre merece una mirada tuya, es Dimitri. ¡Qué alma tan noble, qué sentimientos tan elevados, qué conjunto brilla en él de relevantes prendas! ¡Cuán seductor estaba esta noche, iluminado por los pálidos rayos de la luna! ¡Cuán armoniosa era su voz, cuando pintaba la ternura que le abrasa!

Y luégo el destino le llama á ser el salvador de su patria; reunirá á la corona de laurel del conquistador la diadema soberana, y ¡cuán bella estarias tú sentada sobre un trono de oro, con la frente ceñida de diamantes, rodeada de un inmenso pueblo que te aclamase por madre bienhechora!

Marina, Marina, tú no sabes lo que sufro; pero nunca aquel á quien has prodigado palabras de consuelo en su desgracia, nunca aquel que te ha debido toda la felicidad que ha disfrutado en este mundo, nunca servirá de obstáculo á tu dicha y á tu engrandecimiento, ni privará á su patria de su más esplendoroso adorno! ¡No haré como la vil oruga que roe y marchita con sus besos el cáliz de la flor que le da abrigo, no: haré como el pelícan que destroza su propio pecho para alimentar con su sangre á sus hijuelos! ¡Basta; ni una sola palabra quiero escuchar de tus labios! ¡Basta; sigamos la senda que nos ha trazado el destino! ¡Tras esta vida hay otra vida, y ese pabellon azul esconde una mansion de dichas para el que riega con lágrimas y sangre las piedras de su camino!

Jorge estaba hermoso al pronunciar estas sublimes palabras; Marina se arrodilló ante él y besó con respeto los bordes de su túnica.

Dimitri llegaba en aquel instante con la flor, y quedó parado en medio del sendero.

—Dádsela, dijo Jorge sonriendo, y rogadla que adorne con ella su hermosa cabellera.

Marina aceptó temblando la flor y obedeció la indicacion de su esposo. Dimitri fué á sentarse tristemente en la delantera del carro para ocultar su emocion.

Hay rudas y sangrientas batallas, en las cuales los que alcanzan el triunfo no se embriagan con el ruido de los aplausos, ni pueden enorgullecerse con los verdes laureles destinados á su frente. Héroes sin cronistas, de luchas sin espectadores, que se traban en el corazon y en el mismo corazon tienen ignorada sepultura, no son ménos grandes y sublimes por pasar oscuros y sin gloria á los ojos de este mundo.

¡Pobres mártires! Sin duda las almas purificadas de los que fueron, de los que tambien lucharon, deben sonreir presenciando su victoria desde el cielo, deben sostenerlos en medio de la lucha y tejer guirnaldas inmortales para coronar sus virtudes. Y á no ser así, ¿qué fuera de ellos? ¿Cuál sería el premio del amargo cáliz que apuran hasta las heces?.....

En aquel grosero carro, entre tres personajes solamente, tuvo lugar una de esas encarnizadas luchas á las cuales el manto de la noche no pone tregua, y que continúan á la luz del dia sin encontrar un sólo instante de reposo; pero los tres supieron resistir heróicamente á las asechanzas del malévolo instinto, de las pasiones mundanas, y al llegar á las puertas del castillo de Sandomir, los tres llevaban el corazon hecho pedazos; pero la frente orlada con la corona inmortal de la victoria.

El Palatino se hallaba en el castillo.

Marina lo presintió al ver sus almenas coronadas de soldados y á los pastores guardando sus ganados en las más apartadas laderas de los montes. Su semblante se cubrió de tristeza; pero no flaqueó en lo más mínimo su valor.

Presentóse en la puerta del castillo con el ademan de una reina, y pidió que la introdujeran en el salon de audiencia. Los soldados la reconocieron y fueron temblando á comunicar esta extraña noticia á su señor.

Mnichek habia siempre creido que el lustre de su casa estaba cifrado en la hermosura de su hija; aunque ésta hubiese partido, tenía fé en la prediccion, y esperaba que una circunstancia cualquiera la devolviese á su dominio.

Al saber que se hallaba á la puerta del castillo se estremeció de alegría. No era el amor paternal lo que le hizo latir el corazon en el pecho, sino su ambicioso orgullo.

Mandó que la hicieran entrar, pero quiso recibirla como un juez recibe al acusado, como un soberano á su rebelde vasallo.

Sentóse en su elevado sillon embutido de oro, hizo venir á todos los grandes empleados de su casa, y mandó que rodease la sala una triple hilera de soldados.

Marina fué introducida.

El traje de la jóven era humilde, sencillo su tocado; pero su ademan tan digno, que los soldados que la conducian no osaban levantar los ojos en su presencia.

El mismo Mnichek se sintió turbado, pero no vencido.

—¿Quién sois? la preguntó con dureza.

—Marina de Sandomir.

—¿Por qué habeis abandonado vuestro palacio sin la órden de vuestro padre?

—Porque el Divino Legislador ha dicho: que la mujer debia abandonar á sus padres y seguir á su marido hasta los últimos confines de la tierra.

—¿Y quién es vuestro marido?

—Jorge Viazemski, á quien me unió, señor, vuestra misma mano.

—El rey ha anulado vuestro enlace.

—Juramentos que se hacen á Dios no tienen poder para anularlos los reyes de la tierra.

Mnichek sintióse impotente para dominar su cólera, y se levantó fuera de sí, exclamando:

—Lo que juzgais que un rey no puede desatar, yo sabré romperlo con la fuerza; ahora mismo van á conduciros á vuestras habitaciones, en donde quedareis reclusa para siempre.

—Podeis conducirme á donde os plazca, interrumpió Marina con su majestuosa calma. Al pisar estos umbrales habia calculado todas las consecuencias de mi atrevida resolucion, y las habia aceptado resignadamente. No es por mí por quien vengo á pedir vuestro amparo: escuchadme.

La hija del Palatino de Sandomir ha sido bastante dichosa en medio de su pobreza para salvar la existencia al hijo de Ivan IV, á Dimitri, su único y legítimo heredero.

—Delirais, interrumpió Mnichek, Dimitri murió hace ya muchos años asesinado en Uglitch.

—Tengo pruebas incontrastables de lo contrario. El mismo príncipe os las mostrará si os dignais admitirle á vuestra presencia.

Ahora bien; descubierto su asilo, que era mi casa, perseguido por todas partes, viéndose precisado á huir de Rusia, yo le ofrecí la hospitalidad en vuestro nombre. He hecho más: le he ofrecido vuestro auxilio, y tal vez el de Polonia, para arrebatar de las manos de Boris el usurpado cetro. Dimitri es noble y leal; al que le ayude en su empresa otorgará magníficas recompensas.

—¿Pero es esto posible? exclamó Mnichek vacilando entre el temor y la esperanza. ¿No habreis sido engañada por algun astuto impostor?

—No: entre otras muchas pruebas de su nacimiento, Dimitri lleva al cuello una joya de gran valor, en cuyo

centro se oculta un dístico escrito por el mismo Ivan, al regalársela al más amado de sus hijos.

—¿Pero en dónde, en dónde se halla ese príncipe esclarecido? exclamó el Palatino trasportado de entusiasmo; conducidle á mi presencia.

—Se halla á las puertas del castillo juntamente con mi esposo.

—Pronto, suenen los atabales y trompetas, echénse al vuelo las campanas, pónganse los soldados sobre las armas, dispónganse los mejores aposentos para recibir á tan ilustre huésped. Pero, entre tanto, precededme, hija mia; vamos á tenderle nuestra mano hospitalaria. ¿Dónde están los diez hijos, honra y gloria de mi casa? Corred á Sandomir y avisadles la llegada del hijo de Ivan IV.

Al hablar así Mnichek, se precipitó fuera de la estanciaa, dejando á todos sus servidores estupefactos.

Cerca del anochecer de aquel dia, la sala del banquete estaba espléndidamente adornada con trofeos, entremezclados con guirnaldas de flores. En el centro se elevaba una prolongada mesa cubierta de humeantes manjares. Ocupaba Mnichek la testera, juntamente con su cuñado el príncipe Visniorveski, y tenía á Marina á su derecha y á Dimitri á su izquierda; seguian á éste los cinco hijos mayores del Palatino, y á Marina los cinco más jóvenes. Jorge se hallaba sentado junto á su esposa, la cual se habia opuesto tenazmente á que ocupase el lugar inferior de la mesa, que Mnichek le habia destinado.

Veinte pajes con hachones iluminaban la sala, otros veinte presentaban las doradas copas llenas de espumoso licor á los ilustres comensales.

A pesar de que habia llegado ya el momento en que las frecuentes libaciones comunican vivacidad á las palabras, la conversacion era grave y sin cesar interrumpida por un embarazoso silencio, porque cada cual tenía su imaginacion ocupada con sus particulares intereses.

Los ojos de Jorge brillaban como centellas iluminados por el proyecto generoso que bullia en su mente.

Mnichek pensaba en los medios de ceñir la corona rusa á las sienes de su yerno futuro y manejar luégo en su nombre el cetro soberano.

Marina se sentia humillada al ver el mezquino papel que la suerte obligaba á representar á su esposo, y sus mejillas se teñian de púrpura cada vez que los pajes le presentaban la copa reprimiendo una sonrisa mofadora.

En cuanto á Dimitri, estaba sorprendido con las diversas escenas de la vida, tan nueva para aquel que habia pasado su juventud en un oscuro calabozo, y en medio de su candor no acertaba á distinguir la artificiosa amabilidad de Mnichek, de la franca amabilidad de sus antiguos amigos.

Sólo los diez hermanos de Marina eran los que se abandonaban sin reserva á su alegría, é interrumpian el pesado silencio con sus chanzas y sus graciosas anécdotas de caza, guerra y amores. Con aquella dulce expansion, compañera inseparable de la juventud, daban gracias á la Providencia por haberles devuelto á su hermana y al en otro tiempo alegre compañero de sus juegos infantiles, sin avergonzarse por el triste estado á que se veia reducido aquel á quien su hermana daba el título de esposo.

¡Juventud! dulce y fugaz período de la vida, eres como la flor llena de hermosura y perfumes; pero cual ella ¡ay! duras tan solo un dia. ¡Eres como el inocente pajarillo que se mece sobre la verde rama, y tanto si ésta se halla blandamente agitada por la brisa como por el furioso huracan, sólo sabe cantar amores! ¡Juventud, fuego fatuo, pero de vivísimos destellos, que surges de entre las tinieblas y en las tinieblas te sumerges para siempre! ¿Quién habrá que al verte marchitada no te llore? ¡Triste condicion humana! ¿Por qué ha de ser tan corto el placer, si es tan largo el sufrimiento?

Mezquina por demás debe ser el alma que en la aurora de la vida no renuncie al vergonzoso *yo*, que es el ídolo de la infancia, el dios del hombre, y vuelve á ser el ídolo del caduco anciano. Por poca nobleza que abrigue un corazon de veinte años, ¿quién será capaz de describir el piélago insondable de amor, de abnegacion y de esperanza en que se mece? ¡Dulce edad, edad preciosa en que el sentimiento es la esencia de la vida! ¡Quien en ella no alce templos á la virtud, debe renunciar á conocerla!

¡Ay, poco importaria que las arrugas surcasen nuestras frentes, que blanqueasen nuestros cabellos, que nuestra fuerzas enervadas desaparecieran, si el tiempo en su revuelto torbellino no se llevase consigo tambien la esperanza y el sentimiento! ¿Para qué sirve la marchita flor sin belleza y sin perfumes? ¿Qué le queda al pajarillo, si no puede entonar variados trinos? ¿Por qué no nos roba el tiempo la existencia, al apagar la mágica antorcha que nos da calor y nos alumbra?

La cena se terminó con el mismo embarazoso silencio, y con el mismo inquieto recelo pintado en todos los semblantes.

Pero la curiosidad y la ambicion abrasaban á Mnichek, y despues de haber mandado retirar á los pajes y á los servidores, hizo mil insidiosas preguntas á Dimitri.

Este refirió con sencillo candor su historia, y mientras las mejillas de los jóvenes, hijos del Palatino, se teñian de carmin al considerar la infamia de Chiuski y la crueldad de Boris, la frente de Mnichek se plegaba, coordinando el plan que debia coronar sus esperanzas.

De repente su fisonomía se dilató y levantándose del asiento, dijo:

—Oidme todos, oidme. El trono de Rusia vacila, el pueblo gime, su legítimo dueño está entre nosotros: es jóven, valiente y generoso; preciso es, pues, que le ayudemos en su justísima empresa. Acabo de formar rápida-

mente un infalible plan para asegurar el logro de nuestros deseos. En circunstancias extremas, extremos deben ser los medios que se empleen para vencerlas. Boris afiló en secreto el puñal de los asesinos para librarse de vuestra persona, ¿por qué no le afilareis vos, Dimitri, para vengar vuestros agravios, para dar libertad á vuestro pueblo y recobrar el cetro de vuestros padres?

Los campos de Rusia, cual los de una tierra maldita, no dan fruto, el pueblo perece de hambre, y están exhaustas las arcas imperiales. El tirano, siguiendo la hipócrita conducta que se ha propuesto por lema, ha mandado hacer solemnes rogativas para aplacar la cólera del cielo. Dentro de tres semanas debe verificarse la primera en Moscou, y el soberano concurrirá á ella descalzo, vestido con el sayal de la penitencia y cubierta la frente de ceniza. Se presentará en la iglesia seguido de sus cortesanos, vestidos con igual humildad, y toda muestra de lujo y de poder estará desterrada de la ceremonia. ¿No os parece ese un momento oportuno para empuñar la daga vengadora y dar el grito de libertad é independencia?

—No, exclamó Jorge con voz de trueno interrumpiéndole; no, porque para el que sube al trono por medio de un regicidio no pueden brillar en el cielo dias de paz y de bonanza. ¿Cómo quereis que sostenga el cetro la torpe mano de un asesino? ¿Cómo quereis que respete el pueblo al que se ha manchado ignominiosamente con la sangre del ungido del Señor? No, no: aspire á la corona; pero conquistada con la punta de su espada: éntre en Moscou; pero coronado de laureles: derrumbe al tirano; pero despues de haberle vencido frente á frente, como un caballero leal y generoso.

Sólo los asquerosos reptiles trabajan en las tinieblas; sólo las acciones bajas se cubren con el velo del misterio.

Dimitri, enviad fieles emisarios á todas las ciudades opulentas de Rusia, y haced un llamamiento á su lealtad

en favor de vuestro nombre y vuestra desgracia, pedid socorros de armas y dinero á las potencias extranjeras, y cuando hayais logrado su proteccion, cuando hayais obtenido el beneplácito del que ha de ser vuestro pueblo, entrad audazmente en Rusia, distinguíos por vuestro intrépido valor, haceos admirar por la grandeza de vuestros sentimientos, captaos el amor universal por vuestras magnánimas acciones, y si con los medios de legal defensa, si con el auxilio de vuestras virtudes propias y el auxilio del cielo fuereis vencido, entregaos en paz al sueño eterno, porque la tumba es para los héroes el lecho del reposo; archivo fiel que guarda el recuerdo de sus virtudes; crisol que purifica su nombre y lo trasmite sin mancha al templo de la fama.

Vivid y morid, Dimitri, como leal y honrado, y nunca escojais las sendas torcidas para llegar al sitio ambicionado. La espada enaltece la diestra que la empuña, y el puñal regicida la deshonra. Llore vuestra desgracia el mundo, pero no os cubra de baldon con su anatema.

—¿Estais por emplear la fuerza? exclamó Mnichek interrumpiéndole, humillado al ver las muestras de entusiasmo que las palabras de Jorge excitaban en los circunstantes, ¿estais por la fuerza? muy bien; quiero adherirme á vuestra idea; pero no basta forjar doradas utopias, es preciso realizarlas.

Todo plan que no pueda ponerse en planta, por magnífico que parezca, no pasa de ser un deslumbrador absurdo. Veamos: ¿cómo pretendeis conseguir el fin propuesto?

—Marchad sin demora á la corte del rey de Polonia: poseeis su confianza, teneis talento y sabreis persuadirle á empeñar una guerra que, vos lo sabeis muy bien, hace tiempo que es su más secreto y acariciado deseo. Vuestros diez hijos, son diez gallardos y cumplidos caballeros, y volarán gustosos á visitar las cortes de los sobera-

nos circunvecinos. Conrado, que es el mayor, irá á Viena, y el persuasivo y amable Lesko á Berlin. En cuanto á Dionisio, tan aficionado á aventuras, puede ir á extasiarse con la vista de las misteriosas bellezas del Oriente.

—¿Y quién penetrará en Rusia? ¿Quién inflamará de entusiasmo á ese pueblo que con tan innata veneracion acata á sus monarcas? ¿Quién se expondrá á tentar una empresa que puede tener por recompensa la sangrienta hacha del verdugo?

—¡Yo! exclamó Jorge con decidido acento.

Mnichek soltó una carcajada; sus diez hijos, á pesar suyo, le imitaron.

—¡Yo! repitió Jorge con tono de profunda conviccion, ¡yo, señores! ¿Por qué reís, supuesto que estoy pronto, si soy necio, á pagar mi temeridad con la cabeza? Haced lo que os digo; de lo demás os respondo con mi vida.

Partid, no espereis á que el sol alumbre con su luz el universo; en estas empresas el éxito depende de la presteza.

Partid, repito; no es un loco ni un visionario el que os habla: mi plan, por absurdo que os parezca, es el fruto de mis largas meditaciones, el resultado de mis penosas vigilias. Jóvenes, reprimid esa risa mordaz é intempestiva; anciano, la experiencia debe haberte demostrado que se debe respetar á aquellos cuyo talento no conocemos.

Léjos de mí la vana jactancia; pero recordad que el divino Homero, aquel á quien los pasados siglos no supieron ofrecer modelos, ni los siglos siguientes imitadores; aquel que brilla como el sol con luz tan viva que oscurece el tímido fulgor de las estrellas, era un pobre ciego que tendia la mano á los transeuntes, y les pedia con trémula voz una limosna.

¿Por qué os burlais de mí? ¿Por qué quereis quitarme mi parte en la empresa, cuando la parte que me reservo es la corona del martirio?

—Y bien, sea enhorabuena, Jorge, exclamó Mnichek, que veia con saña el triunfo que el jóven entusiasta reportaba sobre todos los corazones, pero que queria contemporizar y sacar el partido posible de las circunstancias; sea enhorabuena, partid, persuadid, venced; pero dejad que Marina nos siga hasta Varsovia: no pretendais asociarla á los azares y peligros de tan aventurada empresa. Soy padre y tengo derecho á exigirlo así.

Jorge se puso tan pálido como el lirio de los campos.

—Nunca me separaré de él, exclamó la jóven con resolucion.

—Nunca consentiré, por mi propio bien, en privarle de su tesoro, añadió Dimitri.

Jorge irguió con dignidad su altiva frente, y dijo con tono solemne:

—No; tú, ángel puro del cielo, no querrás abandonarme en mi desgracia; vos, príncipe esclarecido, adornado de todas las virtudes, no permitireis que las lágrimas abrasen mis pupilas, lo sé, y si no lo supiera no trabajaria con tanto ardor por vuestra causa. No quiero representar, pues, el papel de víctima, sino de dueño.

Marina, Dios manda á la esposa que obedezca á su marido; Dimitri, Dios manda á los príncipes que sacrifiquen al bien de la patria los más caros intereses de su alma. Adios, Marina, adios, príncipe, solo os volveré á ver cuando pueda llamaros rey. Adios; partid, partid, el tiempo corre y no vuelve; el tiempo que se pierde produce más graves consecuencias que todos los esfuerzos de nuestros enemigos.

Jorge calló.

Dimitri y Marina corrieron hácia él para hacerle renunciar á su proyecto.

Jorge extendió hácia ellos sus brazos mutilados y exclamó con irresistible imperio:

—¡Os lo mando!

—¿Has pensado, exclamó Marina en voz baja, has pensado en las consecuencias del abandono en que me dejas?

—La egida de una mujer es su propio corazon; cuando tu corazon no te sirva de escudo, te autorizo, en nombre de mi amor, á que sigas la senda que te trace tu destino.

—¡Ingrato! ¡ingrato! exclamó Marina sofocada por el llanto; ¿por qué persistes en poner á prueba un corazon que solo por tí palpita?

—¡Adios, Marina, adios! exclamó Jorge conteniendo con esfuerzo los sollozos que despedazaban su pecho.

Pero la lucha era demasiado terrible y sintió que sus fuerzas flaqueaban: fijó sus turbados ojos en Mnichek, y Mnichek acudió á su socorro.

—La noche está muy adelantada, dijo el palatino, y necesitamos entregarnos al reposo. El lecho es el mejor consejero, hija mia, y él inspirará á Jorge la idea de renunciar á su proyecto. Seguidme á vuestra estancia y esperad que mañana lograreis combatir su tenaz resolucion.

Marina estaba postrada delante de su marido, y las palabras de su padre hicieron descender á su pecho la esperanza.

Enjugóse apresuradamente las lágrimas que inundaban sus mejillas, murmuró apasionadas palabras al oido de Jorge y siguió á su padre que la arrastraba consigo.

Marina sabía que era amada, y no creia posible que su amarga queja fuese desatendida.

Sus hermanos la siguieron.

—¡Y bien! preguntaron al Palatino luégo que éste hubo dejado á Marina en su aposento y se hallaron á solas con él; ¡y bien! ¿creeis que debemos partir, que debemos prestar á Dimitri nuestro apoyo?

—Creo que debemos verter hasta la última gota de nuestra sangre para consolidar su trono.

—¡Y Jorge!

Mnichek soltó una estrepitosa y franca carcajada.

—Jorge es un loco, exclamó; pero su locura nos salva.

—¡Loco! exclamaron los jóvenes con cándida sorpresa.

—En verdad, dijo Dionisio, que si está loco, su locura es muy noble y generosa.

—Bien, bien, interrumpió Mnichek, todo eso nada importa. Lo que nos interesa es que nos deje, y que Marina sea libre para escoger un noble esposo. Por lo demas, ya hallarémos quien se introduzca en Rusia y quien subleve las masas... Cuando raye en el cielo la aurora, haced, hijos mios, que os sorprenda á caballo, pues no debemos perder ni un solo instante; yo voy á continuar mis preparativos; adios, pues, hasta mañana.

Mnichek se alejó; los jóvenes se separaron.

A aquella misma hora un carro salia por una puerta excusada del castillo, llevando otra vez al triste Jorge. Guiábale un jovencillo. Era el más pequeño de los hijos del leñador, en cuya casa Jorge en su primera juventud habia encontrado un asilo, y que ahora se habia ofrecido gustoso á hacerle aquel nuevo sacrificio.

El carro marchaba con lentitud. La campiña estaba envuelta entre la opaca sombra; pero la luna bañaba con su luz clarísima las paredes del castillo. Jorge sintió que se despedazaba su alma. Allí dejaba quizás para siempre á la que era el único bien de su vida!...

Otra vez, como ahora, habia atravesado de noche aquella senda; pero entónces templaban su amargura las voces del amor y la amistad, que formaban concierto melodioso; entónces podia esperar aún algun instante de ventura.

Ahora estaba solo, era impotente para obrar y se hallaba á merced de un débil niño.

No es tan bella y seductora la jóven desposada á los ojos de su amante, como la muerte se ofrece á veces á los

ojos del alma que ha perdido toda esperanza en este mundo. ¡Cuán grato nos parece el sepulcro con su calma y su silencio, cuando las tempestades morales agitan nuestro espíritu!

¡Dichosos los que espiran ántes del naufragio! ¡Dichosos los que, tendidos en la hierba de la orilla, puedan reirse de los infelices que luchan con las olas irritadas? ¿Por qué tememos la muerte, si nos abre las puertas de la vida? ¿Por qué aborrecemos el eterno sueño que pone tregua á los pesares? ¡Dichosos los que duermen! ¡Dichosos los que mueren!

Cuando el carro dejó tras sí la colina que oculta á Sandomir, Jorge soltó un agudo grito y cerró los ojos, creyendo que iba á truncarse su existencia.

Su dolor era tan inmenso, que exclamó con voz sofocada:

—¡Dios mio, Dios mio, ten compasion de mí!... ¡Dios poderoso, acúdeme, sosténme en este horrible trance de mi vida ó haz que se entreabra para mí la callada sepultura!

Un estremecimiento convulsivo puso fin á estas exclamaciones: sus ojos se cerraron; cayó desplomado sobre su asiento y permaneció largo rato yerto é inmóvil como una estatua de mármol.

CAPÍTULO VII.

Era una tarde melancólica y triste, como lo son todas las tardes de otoño, y aquellas hojas que alfombraban por do quiera el camino; aquellos secos ramajes que se destacaban sobre un cielo ceniciento; aquellos túrbidos riachuelos que corrian quejumbrosos por entre montones de arena, armonizaban perfectamente con el aspecto que ofrecia Moscou, más triste, si cabe, que el que presentaba á los ojos algun tiempo ántes.

El hambre con su desmelenada cabellera, con sus fauces ensangrentadas, se cernia aún sobre la infeliz ciudad, blandiendo su destructora segur y llamando con siniestros alaridos á su fúnebre cortejo, compuesto de la andrajosa miseria, la negra desesperacion, las ciegas lágrimas y la implacable muerte.

Aun las campanas de las iglesias permanecian mudas espectadoras del desastre, y ni lloraban por las almas que abandonaban el mundo, ni celebraban la venida de las que empezaban su triste peregrinacion en el suelo, ni solemnizaban los eternos lazos que unen entre sí los corazones. Cual la naturaleza, cual el cielo, cual la helada sepultura, estaban inmóviles y mudas. Muda estaba tambien la ciudad de los reyes, y los magníficos palacios del Kremlin podian creerse los altivos cenotafios que decoran las ciudades de los muertos.

En el mismo espacioso salon que describimos ántes, postrado en el mismo reclinatorio, y delante del mismo crucifijo, estaba el mismo hombre, en el cual nadie hubiera reconocido al árbitro de Rusia.

—¡Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo! decia macerando su cuerpo con el ensangrentado cilicio, ¡hasta cuándo no hablará en mi favor vuestra sin par misericordia! Pequé, lo confieso, pequé; pero ¿no he vertido aún bastantes lágrimas para borrar de vuestro eterno libro mis pecados?

Entónces la puertecita secreta se abrió, y Alejandra penetró silenciosamente en el aposento.

Cuando hubo llegado cerca de Boris, puso una mano en su espalda y dijo con voz vibrante:

—Basta, señor, basta de inútiles lamentos; el tiempo de obrar ha llegado. El peligro se acerca, la tempestad ruge sobre nuestra cabeza; apresuraos á conjurarla.

Boris fijó en ella sus ojos empañados por el llanto y las vigilias, y exclamó con desaliento:

—¿Qué nuevos males nos amenazan, agorera de desastres?

—Pero mi voz profética es como la de Casandra, dijo Alejandra sonriendo; siempre resuena en vano. No obstante, ahora el peligro es ya tan inminente que es preciso escucharla. Ven.

Boris se levantó y la siguió hasta la mesa, sobre la cual Alejandra arrojó varios papeles.

—Lee, lee, dijo Boris dejándose caer en su sillon, ó más bien refiéreme las noticias que contienen.

Alejandra fijó en el czar sus ojos, que despedian rayos, y respondió con tono siniestro:

—Años hace que, cuando áun no eras más que el hermano de la czarina, mandaste degollar secretamente á un tierno niño, al pequeño Dimitri, al último hijo de Ivan IV.

—¡Calla, calla! exclamó Boris abalanzándose hácia

ella con los cabellos erizados; calla, miserable, si no quieres que el sol que se ha hundido en el ocaso haya sido el último de tu vida.

Alejandra se sonrió con altivo desden y repuso:

—¿Crees que soy yo sola la depositaria de ese secreto? Dimitri vive; Dimitri se ha escapado de Uglitch y se ha presentado en la corte de Polonia, cuyo soberano le promete prestarle su apoyo y derribarte del trono.

El poderoso Visniorveski, su hermano Constantino y Mnichek, voievodo de Sandomir, le colman de favores.

Dimitri ha pisado ya el suelo ruso, y de todas partes corren los aventureros á alistarse bajo sus banderas. Los cosacos zaporogas se han declarado por él, y el incendio se propaga con una furia terrible de un extremo á otro del imperio.

Boris no contestó. A las primeras palabras de Alejandra habia caido anonadado otra vez sobre el sillon, y permanecia con los ojos fijos y el ademan azorado.

Alejandra prosiguió:

—No sólo Polonia; las córtes de Viena, Suecia, Berlin y Constantinopla se declaran en su favor y le brindan socorros de armas y dinero.

—¡Ay! exclamó Boris tímidamente; yo creia que esa fábula era pura invencion de los boyardos, y que el cielo se habia apiadado de mis ruegos.

—Eso es, repuso Alejandra con sarcasmo; llora, llora, macera tu cuerpo con el cilicio y la penitencia; el hambriento pueblo por el cual imploras la clemencia eterna, sigue á bandadas el humilde carro de un hombre que, cual los apóstoles de los primitivos tiempos, le enajena y trasporta con el fuego de su palabra. Cuantos logran oirle se trasforman en sus prosélitos, y al eco de su potente voz olvidan el hambre, desprecian los tormentos y la muerte.

Y ¿sabes cuál es el nombre que invoca, la bandera que

gita? ¡El nombre de Dimitri y la enseña de la libertad! ¡Desde la frontera hasta Moscou todas las ciudades se han rendido al encanto poderoso de su elocuencia; en todas las ciudades, desde la frontera hasta Moscou, ondea la bandera de Dimitri y se arrastra entre el polvo tu bandera!

Ese hombre es un pobre mutilado, viaja en un grosero carro, tiene por único guía á un débil niño, y sin embargo, le sigue una inmensa multitud que recoge ávidamente sus palabras y las trasmite á los más lejanos confines, llena de férvido entusiasmo.

—Pero ¿quién es ese hombre? exclamó Boris arrebatado de furor, ¿quién es? ¿Qué hacen mis soldados que no le cortan la atrevida lengua y no arrastran su sangriento cadáver á mis plantas!

—Rezan, dijo tranquilamente Alejandra encogiéndose de hombros.

Boris, en el acceso de su furor, cogió su espada, que estaba colgada de la pared, y quiso arrojarse sobre aquella mujer, cuyo sarcasmo le heria más que los desdenes de la suerte; pero se contuvo, y empezó á pasearse rápidamente por el aposento.

—¡Todos traidores! exclamaba con amargura; ¡cómo! un hombre que viaja públicamente, que públicamente perora, ¿no podia ser detenido ántes que ocasionara tal desórden?

—¿Crees tan fácil apoderarse de quien tiene á la muchedumbre por esclava?

—Y ¿ántes de haberla seducido?

—Basta un solo traidor para conseguirlo. ¿No te pedí la cabeza del príncipe Pojarski y me la negaste, á pesar de que ya habias firmado su sentencia?

Boris fijó sus ojos en el cielo, y su mirada revelaba el más profundo desaliento.

La única vez que habia luchado y habia sido vencedor

de sí mismo, era la que habia abierto las puertas á su ruina.

—¿Luego Dios no es justo? murmuró en voz baja.

¡Ah! el infeliz no sabía que no basta una sola accion buena para borrar infinitas maldades, y que á veces el cielo castiga porque está próximo á perdonar.

—Volemos, gritó de pronto; ¿dónde están mis soldados, mis nobles? que vengan todos y vean á su señor dispuesto á hacerse respetar y á castigar á los rebeldes... No más expiacion, no más templanza... Suenen los clarines, atruenen el aire los atabales, y su ruido interrumpa este silencio de la muerte. ¡Ah! ya que el hambre y la miseria siegan las cabezas de mis vasallos, el verdugo vendrá en mi auxilio, y en breve el suelo de Rusia se verá cubierto tan sólo de cadáveres.

Boris, al hablar así, se habia ceñido con febril impaciencia la espada.

—Por Dios, que me causas risa y compasion, czar mio, exclamó Alejandra: ¿adónde vas? ¿qué intentas?

—¿No lo has dicho tú misma? ¡Á exterminar á los rebeldes!

—Pero el hombre de quien te hablo ha conquistado los corazones; su influjo es moral, y morales deben ser los medios que emplees para combatirle. Deja reposar en su vaina la espada. Siéntate, y examinemos juntos esos papeles. Mira; hé aquí los diferentes partes de los gobernadores de las ciudades que se han presentado en rebelion. Ni un soldado ha quedado en ellas á tu favor, ni uno solo.

—¿Qué es, pues, lo que debo hacer?

—El pueblo te llama Boris el piadoso: cualquiera violencia ahora de tu parte aumentaria su exasperacion: cargue, pues, otro con la responsabilidad de tu severa justicia. Pero es inútil persuadirte, porque rechazarás, como siempre, mis consejos.

El peligro era inminente, como lo acreditaban los documentos esparcidos sobre la mesa.

Sin embargo, como el náufrago que se agarra á la más frágil rama, Boris, en medio de su espanto, se acogió á una débil esperanza.

—Ese hombre es un impostor, exclamó; es imposible que Dimitri exista: ¿quién puede atestiguar que existe?

Alejandra repuso:

—Un gentilhombre del príncipe Sapika, llamado Pietroviski, y otra persona respetable, que se hallaban en Sandomir á la llegada del fugitivo, fueron consultadas por el príncipe Visniorveski, cuñado de Mnichek, en atencion á haber pasado un año en Uglitch junto al niño Dimitri, y ambos juraron que era el hijo de Ivan IV.

Parece verdaderamente que la suerte, queriendo hacer inútil tu crímen, le haya marcado físicamente de un modo tan particular que fuese imposible algun dia dejar de reconocerle. Una señal muy visible en la frente, una verruga, un brazo más corto que el otro, son señas demasiado notables y extrañas en su conjunto para que nadie pueda dudar de la identidad de su persona. Posee además una joya misteriosa.....

—¡Sí! exclamó Boris con tono sombrío; Ivan se la puso al cuello delante de mí cuando estaba ya próximo á la muerte. ¿En qué pensaria Ivan al ponersela? ¿Es que, á favor de la luz que despide el sepulcro, leia en lo porvenir, leia en mi corazon perverso y desleal?... Y yo, ¿cómo, al ordenar el asesinato del príncipe, al combinar tan escrupulosamente mi plan hasta en sus menores detalles, no me acordé de la joya?... ¡Dios, que pone una venda en los ojos del criminal para que jamás quede impune su delito!.....

Y al murmurar estas palabras, el culpable volvió á caer en una abstraccion triste y profunda.

—Bien, dijo Alejandra; complácete en tus filosóficas

reflexiones; pero, entre tanto, oye lo que dijo al príncipe el rey de Polonia cuando Mnichek le presentó en su corte:

—Dios os guarde, Dimitri. En virtud de las incontestables pruebas que nos han dado de vuestro nacimiento, os reconocemos por príncipe legítimo de Moscovia y os prometemos proteccion y ayuda.

Y en el mismo dia le asignó una pension de 40.000 florines.

Boris levantó la cabeza y fijó en aquella implacable mujer sus aterrados ojos.

—¡Conque todo está perdido! exclamó con voz sorda. El Juez Supremo ha hablado, y es preciso resignarse ¿Y mis inocentes hijos? ¡ay, desventurados!

—No, todo no está perdido, dijo Alejandra con voz breve y resuelto tono. Animo, Boris, vuelve en tí: no te dejes abatir por las contrariedades como una débil y pusilánime mujer. Tú mismo has evocado el recuerdo de tus hijos, y deber tuyo es defender su vida, defender el trono que es su legítima herencia. Escucha: escúchame te ruego, y no divagues.

Has expedido un decreto mandando hacer públicas rogativas para conjurar la cólera del cielo; has ofrecido ir á esa ceremonia religiosa con el hábito de penitente; y ¿qué diria el mundo? ¿qué dirian tus vasallos, si te vieran faltar á tu promesa, y que en lugar de entonar preces religiosas expedias órdenes de carcelacion y muerte? El clero y la nobleza, que te odian, tomarian pretexto de tus actos severos para exasperar al pueblo y encender la tea de la guerra civil.

—Sí, exclamó Boris con amargura; me odian; y sin embargo, no hace mucho tiempo que me llamaban Boris *el piadoso*, Boris *el amado*.

Empiezo á creer que debo á tu influjo este cambio de opinion en mis vasallos..... Tú has estado siempre á mi lado, pronta para sujerirme el crímen y empujarme á él...

pronta á acusar á mis mejores amigos, obligándome á alejarlos de mi lado, y dejándome sólo en medio de mi corte como ahora me veo.....

—Eres muy aficionado á la historia; pero olvidas que se necesitan tiempo y tranquilidad de espíritu para redactar sus anales. Tú mismo acabas de decirlo: te hallas sólo y aislado en medio de tu corte. Por más que esforzases la memoria, no podrias hallar ni un amigo á quien pudieras confiar una parte de tu poder, para que obrase con energía y diera un severo escarmiento á los rebeldes. Yo lo he encontrado: concede á Chiuski ámplias facultades para que pueda apagar el fuego de la guerra civil encendido por todas partes.....

—¡Ah! dijo Boris mirándola fijamente: ¡Chiuski es tu marido!... ¡tambien tú!...

—Chiuski no es mi marido, como tú no eres mi amante... Me casé con él para llegar hasta tí... y desempeñar á tu lado el papel de ninfa Egeria... me satisfacia la íntima conviccion de gobernar en tu nombre este vasto imperio... Pero tampoco es tiempo ahora de discutir cuáles eran los verdaderos móviles de mi conducta...

Chiuski cuenta con el ejército y con muchos boyardos poderosos; cuenta con parte de la nobleza y del clero, que á su vez es árbitro del pueblo; tú no cuentas con nadie. Si rehusas echarte en sus brazos, tendrás un amigo ménos y un enemigo más, cuya preponderancia es imposible que no reconozcas en estos solemnes momentos.

Miéntras hablaba así Alejandra, Boris examinaba con angustia su verdadera posicion y la desoladora certeza de los hechos que ella iba enumerando. Pensó que lo más perentorio era hacer frente á aquel fantasma salido de la tumba, que amenazaba arrebatarle su corona; pensó que el que empuña el cetro, cuando ya ha abierto los ojos á la luz de la verdad, cuenta con muchos medios para vencer á sus enemigos. Que lo mejor era ganar

tiempo y prepararse en silencio á desbaratar los planes de aquel nuevo traidor que surgia de improviso delante de él, sin la máscara hipócrita con que habia cubierto hasta entónces su semblante. No podia ya hacerse ilusiones sobre este punto. Hacía muchos años que Alejandra trabajaba para reducirle al más completo aislamiento, y lo habia conseguido. Merced á sus constantes acusaciones de los que le eran adictos, unos habian muerto á manos del verdugo ó arrastraban su penosa existencia en el destierro, otros habian sido comprados con dádivas y empleos. Efectivamente, él no podia contar con nadie, y su vida penitente y austera habia acabado de alejar de su lado á los frívolos cortesanos, amantes tan sólo del lujo y los placeres.

Miéntras sus antesalas estaban despobladas, aglomerábanse los aduladores en las antesalas de Alejandra, atraidos por sus fiestas, su talento y su poder, porque todos sabian que, si no de derecho, manejaba de hecho el cetro de Rusia.

Todo esto lo vió rápidamente el monarca á la luz sombría de aquel brusco desengaño.

Entónces resolvió someterse por el momento y esgrimir más tarde contra Alejandra las armas de la doblez y la falsía que ella habia empleado.

—Sea, dijo con un tono que no dejaba traslucir ninguno de estos sombríos pensamientos.

Dirigióse á la mesa y escribió con mano firme la órden que trasmitia á Chiuski una parte de su poder.

Luégo se la tendió á Alejandra, y la dijo sonriendo:

—Toma, vé: mi ninfa Egeria ha triunfado como siempre.

Cuando, algunos momentos despues, Alejandra entraba en el salon, en donde la aguardaba Chiuski con febril impaciencia, éste exclamó al ver el escrito:

—¡Luego soy casi rey!

—Aun no; pero lo serás muy en breve, dijo Alejandra con voz sorda, y habré cumplido la promesa que te hice hace años. El czar, como ves, depone temporalmente en tus manos el poder, ínterin que el estado de Rusia y la cólera del cielo exijan que se entregue á actos de penitencia.

Ahora es preciso recoger enérgicamente las riendas del gobierno, que de intento hemos soltado. Sólo el peligro inminente podia producir esa resolucion del czar, y era preciso dejar crecer el peligro.

—¡Quién sabe! murmuró Chiuski con aire pensativo; tal vez á ese loco orador le habrémos dejado hablar demasiado.

—Es preciso cortarle sin dilacion la cabeza, exclamó Alejandra, para que su escarmiento calme el entusiasmo de sus fanáticos admiradores; es preciso que te pongas al frente del ejército adicto, y presentes la batalla al príncipe, que, aunque triunfante hasta ahora, sólo cuenta con un puñado de aventureros que le abandonarán al primer siniestro.

Yo quedo aquí.

A propósito de Dimitri, me ha contado el patriarca Job una extraña historia... Dice que conoció á un hijo de un pobre caballero de Galitzia, llamado Yuri Otropief, jóven de imaginacion ardiente y desordenada conducta, que despues de una existencia borrascosa se hizo fraile, y siendo recibido por Trifon, abad de Viatka, tomó el nombre de Gregorio. Por algun tiempo fué vagando de convento en convento, y por fin se fijó en el de Tchudof, en donde le conoció el patriarca, quien le consagró diácono y le nombró su secretario.

De esta manera tuvo ocasion de ver la corte; pero el brillo de tanta grandeza le ofuscó la mente, y dió en una extraña manía: la de que habia de llegar un tiempo en que empuñase el cetro. Algunas veces decia á los frailes

de Tchudof: ¿Sabeis que seré czar de Moscou? pero ellos le respondian con burlas y con insultos. Hízose, sin embargo, pública esta manía, y los noveleros, que acogen con placer cualquiera extravagancia con tal de ser los primeros en dar la noticia, la extendieron rápidamente, tanto que llegó á oidos de Boris, cuyo carácter receloso en todas partes veia peligros. Este mandó confinar á Otropief en un paraje remoto; pero logró evadirse, yendo á establecerse entre los cosacos zaporogos, en donde, segun se dijo entónces, pereció desastradamente en una de sus refriegas.

Job abrigaba sospechas de que su muerte no hubiese sido cierta y fuese el Dimitri que se presenta ahora, aunque aparente muchos ménos años que aquél. Le inducia á sospecharlo, que fuesen los mismos cosacos zaporogos los primeros que se han declarado en favor del príncipe. Ahora bien: ¿no podríamos convertir esta vaga sospecha en realidad? ¿No podríamos formar hábilmente uno sólo de estos dos distintos personajes?

Las mejores armas para derrotar al príncipe son el descrédito y la calumnia. Opongamos á su maravillosa historia otra historia no ménos sorprendente, pero en la cual el héroe esté pintado con ridículos colores. Los hombres se apasionan por las novedades: demos otro incentivo á su curiosidad, y el antiguo perderá su magia. No importa que nuestra historia sea inverosímil; tenemos oro y comprarémos autoridades.

—Exageras, Alejandra, exageras, dijo Chiuski, pusilánime siempre é indeciso. La multitud no carece de buen criterio. Pregúntale si se dejó alucinar por la historia que esparcimos sobre la muerte de Dimitri, y si dudó nunca en señalar los perpetradores del crímen, á pesar de que estaban revestidos con el poder supremo.

—Y bien, interrumpió Alejandra; entónces, para dar otro giro á las ideas, Boris incendió á Moscou é hizo que

el kan de Tartaria entrase en el imperio: de iguales medios nos valdríamos si fuese necesario. Entre tanto, lo que más urge es despojar á Dimitri de su prestigio por cualquier medio que sea. ¿Estás cierto de que no posee ninguna prueba de su nacimiento, como no sean las señales físicas y la rica joya? ¿No existe ninguna carta de Samuel? ¿Algun indicio grave que pueda revelar la verdad?

—Con mis propios ojos vi reducirse á ceniza todos los documentos que pudieran comprometernos; pero hay un hombre depositario único de este secreto: el que habitaba junto al palacio, y salvó á Dimitri. Si sus declaraciones nos fuesen favorables; si él consintiera en desmentir públicamente al príncipe, negando haberle conocido y salvado de la muerte, como éste pretende, la maravillosa historia perderia mucho de su crédito á los ojos de la multitud.

—Sí, dijo Alejandra; has obrado con suma prudencia trayéndole preso á Moscou, juntamente con la esposa del gobernador que, apoderándose del anillo imperial, facilitó la fuga de Dimitri.

Yo veré á ese hombre y trataré de convencerle.

Pero no perdamos el tiempo: parte al momento.

Ante todo es preciso que te apoderes de ese extravagante orador y cuelgues de los árboles del camino sus miembros palpitantes para aterrar á la necia muchedumbre que le sigue.

Nada de tibieza; nada de vacilaciones.

Nunca debe despreciarse una ligera chispa, porque basta para producir un incendio.

Parte sin demora. Dentro de veinte dias debe celebrarse la ceremonia de la pública penitencia del monarca, y debes hallarte de vuelta para recoger la corona que yo dejaré caer á tus piés.

Chiuski, como herido de un rayo, se abalanzó hácia Alejandra.

—¡Cómo! exclamó con voz trémula de alegría; ¿será posible? Tan pronto.....

—Adios, exclamó Alejandra poniendo una mano sobre sus labios; parte; haz que vuelvan á la obediencia las ciudades rebeldes: yo me encargo de lo demas.

Chiuski llenó de besos aquella hermosa mano que le ofrecia una corona, y se lanzó fuera del aposento radiante de esperanza.

Alejandra quedó sola.

Abrió la ventana y aspiró con delicia el aire fresco de la noche, que calmaba el ardor de la fiebre que la devoraba.

—¡Ser hombre, murmuró con voz sorda, y poder manejar el cetro! ¿Hay alguna dicha comparable con esta suprema dicha? Por más que me haya esforzado en encumbrarme, yo no soy más que la humilde obrera que teje escondida el manto de púrpura con que otros deben engalanarse.....

¡Cuán triste es tener aspiraciones de gigante y ser mujer!. .. Pero ¿no ha habido otras de mi sexo que han ceñido con gloria la corona?

Yo, la antigua pastorcilla de la isla de Peipus, no puedo apoderarme repentinamente del cetro que pertenece á una ilustre raza; pero la mujer recoge la herencia del marido.....

Alejandra se detuvo, y sus miradas vagaron por el espacio, absorta en una sombría meditacion.

—¿Qué me importa la existencia de Chiuski? ¿Le amo acaso? murmuró de nuevo, finalizando su pensamiento con una siniestra carcajada, que el aire repitió en el silencio de la noche.

Alejandra se estremeció al oir el eco de su propia voz, como si éste hubiese podido denunciar la espantosa idea que habia germinado más de una vez en su mente, y cerró con violencia la ventana.

Permaneció algunos instantes meditabunda, y despues, cogiendo la lámpara encendida que estaba sobre la mesa, salió de la estancia diciendo en voz baja:

—¡Despues de Boris, Chiuski; despues de Chiuski, yo!

Atravesó algunos salones del palacio, y bajando por una escalera de caracol se introdujo en los lóbregos corredores que conducian al aposento, ó más bien mazmorra, en donde ella habia estado prisionera ántes de casarse con Chiuski.

No habia vuelto á bajar desde entónces al tenebroso antro. A medida que caminaba con paso lento, iba recordando las horribles escenas de desesperacion y llanto que habian ocurrido en aquellos ocho dias, ocho siglos, que duró su cautiverio.

Recordaba la traicion de Boris, su hijo arrebatado de sus brazos... el humillante bolso de oro que habia dejado caer á sus plantas la czarina, y su alma se anegaba en un piélago de tumultuosas y encontradas sensaciones.

Abrió cautelosamente la puerta del subterráneo recinto, y avanzó cautelosamente.

Por exquisita precaucion, propia de su carácter receloso, Chiuski habia encerrado juntos á Alejo y á Eduvigis, encargándose él mismo de bajarles la comida. No queria que alma viviente pudiese interrogarlos y apoderarse de su secreto.

A la sazon, ambos prisioneros dormian, recostados sobre su lecho de pieles, aunque con un sueño intranquilo.

Alejandra se acercó paso á paso al jóven. La luz de la lámpara que llevaba en la mano dió de lleno en el rostro del dormido, y se hizo atras con un movimiento involuntario de sorpresa y espanto.

Creyó ver á Boris á la edad de treinta años, cuando, caballero jóven, bello y arrogante, la enamoraba, vagando con ella por las florestas de su país natal.

Alejo tenía las mismas facciones, la misma negra cabellera, la misma aventajada estatura.

—¡Estoy soñando, murmuró fuera de sí, ó es que soy víctima de una ilusion evocada por los recuerdos del pasado, que se han agolpado há poco á mi memoria?.....

Quedó suspensa, inmóvil, absorta.

No sé qué extrañas voces se elevaban dentro de su pecho, que por la primera vez de su existencia quedó turbada, conmovida.

Acercó la luz al pálido rostro, inclinóse hácia él para mejor contemplarlo:

—¡Qué es esto? gritó Alejo, despertándose asustado.

—¡Su voz, su voz! balbuceó Alejandra retrocediendo hasta el ángulo más apartado de la estancia; y cuando el jóven, incorporándose, fué hácia ella, repitió con las manos extendidas y ademan suplicante: ¡Boris, Boris!...

—¿Qué es esto, hijo mio? exclamó á su vez Eduvigis despertando.

Este dictado de hijo rompió el encanto.

Alejandra recobró súbitamente la perdida serenidad, y dijo, dejando la lámpara en el suelo y adelantándose hasta el centro de la estancia:

—No os alarmeis: vengo con propósitos de paz. Estais aquí ambos por haber cometido gravísimos delitos contra la autoridad del monarca: vos, señora, por haber arrebatado á Chiuski el anillo imperial, y favorecido la fuga de un enemigo del trono; vos, Alejo, por haber ocultado en vuestra vivienda á ese mismo enemigo. Sin embargo, el czar os ofrece la libertad, si consentís en reparar los males causados al país por vuestra imprudencia. Nada quiero ocultaros: uno de vuestros amigos, el mutilado, va predicando por Rusia una cruzada insensata; el que se titula Dimitri, se ha alzado en armas y encendido la guerra civil. La empresa de ambos, como comprendereis fácilmente, no puede obtener ningun re-

sultado favorable; pero sí perturbar al país, ya tan hondamente perturbado. El czar nada perdonará para establecer prontamente la paz, que tanto necesita Rusia, afligida há largo tiempo por un cúmulo de calamidades, y además de la libertad, os ofrece que fijeis vosotros mismos la recompensa que satisfaga vuestra ambicion. Se trata únicamente de firmar este escrito.

Y sacando un papel de su seno, se lo mostró á Alejo, añadiendo:

—Podeis leerlo si quereis. En él negais haber dado asilo en vuestra casa á ningun habitante del palacio, y jurais no conocer á nadie que pueda llamarse Dimitri y ser hijo de Ivan IV.

—Basta, señora, dijo friamente Alejo; eso sería un perjurio que no cometeré jamás, aunque me fuese en ello la vida.

—¡Oh, no se transige con la conciencia en el primer momento, prosiguió Alejandra con su más halagadora sonrisa; lo sé muy bien. Pero cuando considereis que no solamente obtendreis una gran fortuna, sino que prestareis un gran servicio á vuestra patria, cambiareis de parecer.

—¡Nunca! exclamó Alejo con fuerza; y os aconsejo que os retireis, pues perderíais en vano el tiempo.

—Es que, repuso Alejandra, reprimiendo apénas la ira que la embargaba el pecho, el monarca puede, no tan sólo premiar, sino tambien castigar.

—Desafío sus castigos, como he despreciado sus promesas.

—Es que, prosiguió Alejandra dejando estallar su cólera, podria herir, al par que á vos, á los objetos que os sean más caros. Vuestra madre, por ejemplo.

—Jamás consentiré en que por mí falte á ninguno de sus deberes, exclamó animosamente Eduvígis.

—Está bien: veo que ambos teneis el alma enérgica, y que será imposible rendiros por medio de los halagos ó

las amenazas. Pero vos, señora, teneis otros hijos; Alejo tiene hermanos...

—Están lejos de aquí, murmuró Eduvígis desconcertada

—Dos de vuestros hijos varones, y vuestro marido, se hallan en Moscou, presos como reos de Estado.

—¿Qué decís? exclamó Eduvigis aterrada.

—Al emprender vuestra loca empresa, repuso Alejandra, no pensásteis más que en vos; no calculásteis que comprometíais á vuestro marido, nombrado recientemente en Uglitch para ejercer un cargo de confianza.

La justicia del czar ha obrado como debia, prendiendo á vuestro esposo y á vuestros dos hijos varones, como presuntos cómplices de vuestra culpable accion.

—¡Mis hijos, mi marido! exclamó Eduvígis fuera de sí; ¡pero esto es horrible!

Á mi marido no le habia visto desde su llegada á la ciudad; mis hijos dormian descuidados. Puedo probarlo.

—Bien sabeis que la autoridad de un autócrata es indiscutible. Si lo cree conveniente á los intereses del Estado, perecerán.

Sin embargo, yo me apresuro á aseguraros, en su nombre, que su vida depende de vos.

Obligad á Alejo á que firme ese escrito.

—No, no, balbuceó la infeliz madre, entregada á una espantosa lucha.

—¡Oh Dios mio, exclamó á su vez Alejo. ¿Por qué colocais á las almas en trances tan amargos?

—Sois un cumplido caballero, le dijo Alejandra, pero sois sensible. Yo me lisonjeo de que, ya que habeis sabido resistir á promesas y amenazas, no resistireis ante el espectáculo de su dolor, y que satisfareis al czar con un rasgo de generosa abnegacion.

Reflexionadlo ambos. Dentro de una hora, volveré acompañada de vuestros hijos, señora, y de la resolucion que hayais tomado dependerá su destino.

Y al decir esto salió con paso mesurado de la estancia.

¿Quién podria pintar la desesperacion, los combates á que se entregaron Alejo y Eduvígis, durante la hora, larga, interminable, que trascurrió despues que se hubo alejado aquella mujer, que con tanta frialdad jugaba con los más nobles sentimientos?

Estrechamente abrazados, luchando entre violentos y encontrados afectos, no hallaban ninguna solucion que pudiera sacarlos de aquel espantoso conflicto.

Era preciso optar entre cometer un perjurio, ó ver cortadas en flor aquellas vidas tan amadas, porque no les eran desconocidos los actos de arbitrariedad y violencia que solia cometer el czar, ó más bien los que gobernaban en su nombre.

—¡Oh Dios mio! decia Alejo, ¡hacer traicion á mi noble Jorge, al interesante Dimitri!

—¡Ah! ¿por qué no se trata de nuestras vidas, decia Eduvígis? Ambos las sacrificaríamos con gusto por una noble y honrosa causa. Pero ¡mis hijos, mis pobres hijos!

En vano los dos pedian consejos y amparo al cielo. Dios, en sus altos designios, permite á veces que las almas apuren hasta las heces el cáliz de amargura, para que conquisten una corona más brillante en su sagrário.

Al espirar aquella larga hora, se abrió de nuevo la puerta y se presentó en su dintel Alejandra, precediendo á los dos hijos de Eduvígis, con las manos aherrojadas y seguidos de algunos soldados.

Eduvígis soltó un grito al verlos, y corrió á postrarse á las plantas de Alejandra.

—¡Madre, madre! exclamaron los dos inocentes jovencillos, al verla en aquel lugar, en aquel estado.

—¡Habeis resuelto? preguntó friamente Alejandra.

—¡Por piedad! gritó Eduvígis.

—Yo sólo soy el culpable, gritó á su vez Alejo; caiga sobre mí sólo la cólera del czar.

Cuando sopla en invierno el helado cierzo y azota las hierbecillas del campo, el añoso tronco del árbol, desnudo ya de sus hojas, ni siquiera se conmueve; cuando las olas del mar, agitadas por el viento tempestuoso, corren gimiendo á estrellarse contra la playa, la granítica roca las rechaza, sin mostrarse sensible á sus querellas; así Alejandra, inmóvil y silenciosa, parecia no comprender aquel concierto de lamentos que se elevaba en torno suyo.

—¡Ah, señora! decia Eduvígis retorciéndose los brazos con desesperacion; si alguna vez os habeis estremecido de placer al sentir sobre vuestra frente el amante beso de una madre idolatrada; si alguna vez vuestro corazon ha estallado de gozo al oir la voz del hijo de vuestras entrañas, ¡tened compasion de la infeliz que os ofrece su vida en holocausto! ¡Apiadaos de mis hijos!

—¿Quereis firmar? preguntó otra vez Alejandra.

—Esta mujer no tiene alma, gritó Eduvígis volviendo sus suplicantes manos hácia Alejo.

Éste tenía el corazon destrozado.

Se adelantó lentamente, y dijo con voz sorda.

—¡Sea!

Cogió la pluma que le tendia Alejandra, y firmó con mano trémula el escrito.

CAPÍTULO VIII.

No es una obra de imaginacion la que escribimos. El que abra la historia de Rusia en aquel revuelto período hallará que cuantos hechos dejamos consignados, y los que nos restan que consignar, están concienzudamente tomados de sus páginas, sin que nos hayamos permitido desfigurar ningun carácter, ni alterar, ni áun en sus más leves detalles, los episodios de aquellos dramáticos sucesos.

Nuestro exclusivo objeto, al referirlos, es demostrar que no se debe prestar demasiada atencion á las cosas de la vida, tan ocasionadas de suyo á los cambios prósperos ó adversos, ni al inconstante aplauso del mundo, y avanzar con firme paso por la senda del bien, teniendo por áncora la pureza de nuestra conciencia, y por brújula el cielo, en donde reside la dicha verdadera.

Alejandra tenía razon; la más despreciada chispa puede producir un incendio; pero su anhelo de reinar la habia impulsado demasiado léjos, y esta reflexion se habia presentado demasiado tarde á su mente. La chispa habia hallado muchos materiales combustibles, y en un instante habia pasado á ser hoguera. Un solo hombre, un hombre no, una sola inteligencia, habia trastornado rápidamente la faz de Rusia. La vocinglera fama habia

llevado sus entusiastas palabras desde las orillas del Neva hasta los últimos confines que atraviesa el Volga al perderse en el Océano, y en los amenos valles, en las peladas crestas, en las aldeas y en las ciudades, sólo resonaba un nombre, el de Dimitri; sólo germinaba una idea, la deslumbradora idea de libertad.

En todas partes afilábanse las armas, y el esposo abandonaba á la esposa, el padre á sus hijos, para volar á la cruzada santa.

El apóstol que la predicaba era pobre como Pedro el Ermitaño; como Pedro, no tenía más armas que su elocuencia; pero su elocuencia era como la lava de un volcan, que abrasa cuanto toca.

Cuando Chiuski se presentó ante él con sus soldados, tuvo que retroceder ante aquel conquistador de nuevo género, cuya triunfal carroza era un grosero carro, cuyo espléndido cortejo era una inmensa muchedumbre compuesta de hambrientos mendigos, de mujeres, de ancianos y de niños; pero éstos habian vislumbrado instintivamente en la frente de Jorge el destello del genio, y le amaban con la idolatría del fanatismo, le defendian con el heroísmo de los mártires.

Preciso hubiera sido que los soldados hubiesen hollado con los piés de sus caballos aquella compacta multitud para llegar hasta Jorge: Chiuski no se atrevió á intentarlo, temiendo el grito de venganza que se hubiera alzado de todas partes y le hubiera anonadado.

Chiuski envió un mensajero de paz á Jorge, y prometió esperar su respuesta hasta el siguiente dia.

Hallábanse los dos ejércitos, que bien podian así llamarse, á la vista uno de otro en una fértil llanura, y sólo los dividia un pequeño otero. La noche era tranquila y silenciosa, la luna colgaba del cielo como una lámpara de plata, y las estrellas confundian con los brillantes rayos del astro amante sus amortiguados destellos.

Jorge se hizo conducir á la cima del otero, y dirigió un discurso á los soldados.

Su voz, grave y sonora, era llevada á lo léjos por las armónicas voces de la noche; sus palabras tenian la dulzura de la brisa que suspira, y la energía del vendaval cuando arranca de raíz los árboles centenarios.

Despertados los soldados repentinamente, creyeron ver en él á Moises cuando revelaba al pueblo la voluntad del Eterno en la cima del monte Sinaí.

Sintiéronse penetrados primero de un santo respeto; luégo el entusiasmo inflamó sus corazones, y por último cayeron de rodillas, proclamando el nombre de Dimitri y la libertad de la patria.

Chiuski tuvo que huir.

Así como un embravecido torrente arrastra entre sus olas cuantos obstáculos detenian su paso, así Jorge, desde aquel instante, hace retroceder delante de sí cuantos se atreven á mostrarse hostiles.

Por do quiera que pasa se echan al vuelo las campanas, se siembran de flores los caminos, y los hambrientos habitantes olvidan su miseria y desventura, embriagados con el eco de su acento.

Su carrera fué un continuado triunfo, y cuando llegó á saludar los muros de Moscou, llevaba tras sí millares de defensores.

¡Oh humana inteligencia! ¡oh chispa brillante de una hoguera inextinguible! ¡oh dádiva hermosa de un Criador Omnipotente! ¿quién habrá que no te admire y ante tí no se postre trasportado de entusiasmo?

Entre tanto, Dimitri iba avanzando por la senda que Jorge le trazaba, recogiendo palmas y laureles.

Trasformado repentinamente en audaz guerrero, llevaba en una mano la espada, y en la otra incendiarias proclamas, al paso que los polacos esparcian á nombre de su rey otro manifiesto en que se obligaban á elevar al pretendiente al trono de Rusia.

Los primeros que se adhirieron á Dimitri fueron los habitantes de Moravsk. El hijo de Ivan IV, léjos de imitar á su padre, usó con mucha moderacion de esta ventaja, segun confiesan sus mismos enemigos; Tchemigof le abrió sus puertas, y en ella encontró un considerable tesoro, que repartió entre sus partidarios; en seguida marchó sobre Novgorod, en donde mandaba Pedro Basmanof. Resistióse éste por largo tiempo; pero las armas de Dimitri hallaron pronta compensacion de esta tardanza en otro punto. El príncipe Marsalski entregó á Butible, y un gran número de ciudades importantes le aclamaron soberano.

Estaba en completa rebelion toda la Rusia meridional: los habitantes aprisionaban á los voievodos que permanecian fieles á Boris, y los conducian delante de Dimitri, quien se apresuraba á ponerlos en libertad.

Aumentábanse diariamente sus tropas, y todo lo avasallaba el prestigio de su nombre.

No obstante, hubo cerca de Novgorod una accion, en la cual los polacos tuvieron la ventaja; pero como no fué decisiva, desalentáronse éstos y no le quedaron á Dimitri más que cuatrocientos.

El príncipe no se desanima: arma á los labradores y aventureros, ocupa á Seversk, y aguarda el ataque de los enemigos. Aunque inferiores sus tropas en número, desplegó un valor heroico, digno de un general consumado, y sus mismos detractores se vieron obligados á admirarle.

Tuvo empero que ceder á la fuerza, y los defensores de Boris alcanzaron la victoria, cuyos trofeos fueron llevados con gran pompa á Moscou.

Entre tanto la calumnia se ensañaba en él, procurando arrebatarle los laureles que ganaba con la punta de su espada; pero la efervescencia general no dejaba que produjese sus funestos efectos.

Publicóse una extraña historia, en la cual Dimitri era el fraile Otropief. Suponíase que, confinado á un convento remoto, habia huido, juntamente con otros dos frailes, y se habia dirigido con ellos á Rief. Allí habia escrito al archimandrita declarándole que era hijo de Ivan; pero el prelado habia guardado silencio. Entónces los fugitivos se habian refugiado en la Lituania, permaneciendo algun tiempo con los cosacos zaporogas, desde donde se habian dirigido á una escuela de Volhinia, para aprender el latin y el polaco; y, por último, que Otropief habia entrado al servicio de Vizniorveski, al cual habia sabido persuadir que era Dimitri, como tambien á Constantino y á Mnichek, voievodo de Sandomir, sus primeros protectores.

Esta historia circulaba autorizada por numerosas firmas, entre las cuales se veia en primer lugar la del patriarca Job, la de Alejo, y la de muchos supuestos compañeros del supuesto diácono.

Pero en vano espera el labrador ver brotar el trigo entre los hielos, pues sólo germinarán sus semillas en la estacion oportuna. La calumnia entónces no servía más que para enardecer los corazones y acrecentar el entusiasmo.

Viendo inútil esta primera estratagema, imaginaron una segunda. Compróse á peso de oro un impostor, que consintió en fingirse tio del supuesto Otropief, y le enviaron á su encuentro para que le confundiese delante de sus prosélitos; pero ni siquiera logró el honor de ser escuchado.

Otro enviado, llamado Krutchof, fué dirigido á los cosacos con el mismo objeto; pero ellos le ataron y le condujeron á la presencia de Dimitri. Habiéndole mirado algunos instantes, Krutchof derramó lágrimas y echóse á sus piés esclamando:

—Reconozco á Ivan en tus facciones y me entregó á tí para siempre.

La conciencia habia sido más poderosa en él que la esperanza del logro prometido.

Entre tanto Chiuski habia volado á ocultar su deshonra en los brazos de Alejandra. La osada favorita derrama por primera vez una lágrima: la que no habia llorado al abandonar á sus ancianos padres, la que no habia llorado al perder á su hijo, llora ahora temiendo que el cetro se escape de sus manos. Aquella lágrima impía no fué recogida en la copa de oro por el ángel piadoso de su guarda: sólo sirvió para borrar su nombre del libro de las misericordias.

Pero Alejandra tiene el alma tan firme como empedernida. Hace veinte años que está preparando la lucha, y no se retirará de la palestra hasta haber enrojecido la arena con su sangre.

Moscou está atestada de curiosos, que vienen de los más lejanos confines para oir el terrible anatema que el patriarca Job va á lanzar sobre el supuesto impostor: desde por la mañana, las mil campanas de sus iglesias han llenado los aires con sus lúgubres tañidos.

Dias hace que la historia firmada por Job y Alejo está fijada en todas las esquinas; dias hace que los sacerdotes desde el púlpito lanzan parcialmente su anatema sobre la frente del que llaman innoble fraile, que se atreve á turbar el reposo de la nacion, y recomiendan á los fieles la obediencia á su monarca.

El pueblo ruso es instintivamente religioso y amante de sus reyes; la efervescencia parece haberse calmado en el ámbito de Moscou, y Alejandra cree que el instante de realizar su idea ha llegado.

El peligro es urgente: Boris está desprestigiado; y es preciso apoderarse de su corona ántes que Dimitri pueda recogerla. Tiempo hace que ha organizado una vasta conspiracion, y cuenta con numerosísimos prosélitos. El clero y la nobleza se han coligado con ella; el ejército la

presta su apoyo; el pueblo tiene hambre y se contentará con que le arroje las migajas recogidas en los espléndidos banquetes de las fiestas que celebrarán su triunfo.

Boris está solo. Los omnímodos poderes que ha concedido á Chiuski han acabado de apretar el dogal que ceñia ya su garganta. La servidumbre de palacio ha sido cambiada; los pocos amigos que contaba aún en la córte, en la magistratura y en el ejército, separados del mando.

Hace tres dias que sólo ve semblantes extraños á su alrededor, y sin embargo parece que no desconfia.

Era la noche precursora del gran dia; rayaba apénas el alba, y su luz era tan blanca y tan incierta, que sólo dibujaba los altos campanarios del Kremlin, que parecian inmóviles fantasmas suspendidos en el espacio.

Boris, fatigado por la penitencia y las vigilias, se habia tendido en su lecho de púrpura, buscando un instante de reposo.

Dormia.

Abrióse como siempre la puertecita secreta; pero esta vez no apareció tan sólo en su dintel el rostro de Alejandra. Tras ella venian muchos hombres armados, trayendo en una mano la espada desenvainada y en la otra una linterna.

Alejandra se acercó lentamente al lecho: sus compañeros quedaron en la puerta.

Inclinóse sobre Boris, y al convencerse de que dormia hizo una seña á los conjurados. Éstos se acercaron á su vez, y rodearon el lecho, suspendiendo sus aceros sobre la cabeza del monarca.

—Despierta, Boris, despierta, dijo Alejandra con su voz vibrante, pero que, por la vez primera de su vida, vendia la emocion que la dominaba; despierta, ha llegado la hora.

Boris abrió los ojos, vió á los fantasmas que le rodea-

ban, é hizo un indescriptible movimiento de temor y asombro.

—Abreviemos, dijo Alejandra; ésos que ves á tu lado, no son vanos espíritus salidos del abismo para amedrentarte. Las manos que manejan el rosario no pueden manejar el cetro, y el trono se hunde si no se asienta en él un rey digno de serlo. El clero, la nobleza, el pueblo, toda la nacion, en fin, ha fijado sus ojos en Chiuski, y Chiuski debe revestirse hoy con la púrpura del imperio. Ahora elige: abdicar la corona ó morir, pues, como ves, te hallas sin recurso en nuestras manos.

Boris la miró fijamente, y respondió tras un breve silencio:

—Sea: me retiraré á un convento, porque se necesita ser criminal para reinar sobre este pueblo de traidores, y hartos crímenes he cometido para aumentar la cólera celeste.

Has prevenido mi deseo, y te doy las gracias por ello. Anda, mujer, anda; llama á mi esposa, á mis hijos, á todos los boyardos de la corte, y en su presencia haré la abdicacion que me pides. Dispon tú misma del convento adonde debo ir; á todo me someto.

Dijo estas palabras Boris con tal calma, que los conjurados, testigos de su vida austera y penitente, no sospecharon que pudiesen ser hijas del artificio, y la misma Alejandra soltó un grito de alegría, porque no confiaba alcanzar tan fácilmente la victoria.

Cumplióse al instante el deseo de Boris. María y sus dos hijos, Feodor y la bella Xenia, fueron conducidos al aposento del czar, y con ellos todos los grandes dignatarios del Estado.

Boris se habia levantado del lecho, vestido su sayal acostumbrado. Guardaba su postura habitual y humilde. Tenía la cabeza caida sobre el pecho, y las manos cruzadas sobre las rodillas.

Alejandra respiraba apénas.

Pero cuando creia que iban á salir de los labios del monarca las anheladas palabras, éste se levantó imponente y soberbio, como se habia mostrado en otro tiempo. Arrojó el sayal, vistióse la púrpura, ciñó la corona y empuñó la espada.

Desapareció de su rostro el surco de las lágrimas, y sus ojos inflamados por la ira despidieron rayos.

Estaba sublime en medio de su potente cólera.

—¡Feodor, hijo mio, exclamó con voz de trueno; mi legítimo sucesor, de rodillas!

¡Yo le bendigo delante de vosotros todos, y le nombro czar de Rusia! ¡De rodillas, hijo mio!

El jóven Feodor, trémulo é indeciso, se dejó caer á las plantas de su padre y las regó con lágrimas. Boris puso la mano sobre su cabeza y dijo con tono solemne:

—¡Czar, y árbitro soberano de las Rusias, te bendigo!

Y al pronunciar estas palabras, se quitó la corona y la puso en la frente de su hijo.

Los cortesanos se miraban unos á otros consternados. Los cobardes, que se habian atrevido pocos momentos ántes á atentar á la vida del monarca, dormido é indefenso, se sentian aterrados, asustados, delante del mismo hombre revestido con las insignias imperiales.

Alejandra se vió abandonada.

—¡Y bien! exclamó el rey paseando en torno sus centelleantes miradas; ¡qué hacen mis súbditos, que no pueblan los aires con los gritos de ¡*viva el czar*!

Los cortesanos retrocedieron hasta el último extremo del aposento. Ninguno queria mostrarse desleal ante aquel poder que creian extinguido, y que acababa de mostrarse formidable.

—Si la nobleza me abandona, exclamó Boris, me veré obligado á recurrir á mi fiel pueblo.

Y se abalanzó á la ventana, gritando con energía febril:

—¡Habitantes de Moscou! oid, oid: Yo, Boris Godunof, depongo por mi voluntad el cetro, y lo trasmito á las jóvenes manos de mi hijo. ¡Viva Feodor, viva el nuevo czar!

—¡Viva Feodor! grito el pueblo aglomerado debajo de la ventana.

—¡Viva Feodor! repitieron los cortesanos.

Boris se volvió hácia ellos, y los envolvió con una sonrisa de supremo menosprecio.

—¡Oh poder! exclamó con tono sombrío; y ¿es por brillar sobre semejantes hombres por lo que he perdido la gloria del cielo y la paz de la conciencia?

—¡Viva Feodor! repitieron los grandes postrándose ante el joven czar, y colmándole de parabienes.

Alejandra habia desaparecido; pero aquella noche misma, Boris murió repentinamente y con hartas señales de veneno.

Pagó con la vida el haber burlado las esperanzas de su cómplice; ¡esperemos que su arrepentimiento habrá hallado gracia ante el Señor de las misericordias!

. . . . . .

Celebróse con pompa el funeral de Boris, y los moscovitas prestaron juramento al jóven Feodor; pero la hiena no estaba satisfecha con la venganza, queria el trono, y era preciso obtenerlo á toda costa. Dimitri avanzaba rápidamente; la palabra de Jorge llevaba la conmocion por todas partes. Cundió repentinamente la noticia de que Pedro Basmanof, con todo su ejército, se habia decidido por el hijo de Ivan IV. Agítase el pueblo, divídense los votos; los unos pronuncian blasfemias contra el *impostor*, los otros le proclaman en alta voz, y otros, tal vez los más, repiten que Feodor es un niño, que es hijo de Boris y será tan malvado como él, y que la salvacion del Estado estriba en Chiuski. Alejandra se apodera diestramente de la situacion. Sus sicarios recorren las calles

gritando ¡*mueran los Godunof*! ¡*viva Chiuski*! Reúnenseles la hez del pueblo, y pronto brillan la tea y el puñal en sus feroces manos. La sed de sangre galvaniza aquella multitud de cadáveres que llenan los ámbitos de la ciudad de los czares. Compasion dá ver aquellos semblantes enflaquecidos, cuyos ojos hoscos parecen querer saltar de sus órbitas inflamadas, y creeríase que en aquellas cabezas, patrimonio del hambre y la miseria, no puede germinar ninguna idea; pero el afan de destruccion y la esperanza del botin les presta aliento.

Tan pronto victorean á Dimitri como á Chiuski: no saben lo que piden. Saben que van á matar, á volcar un poder, y esto les basta.

El palacio de Godunof es entregado á las llamas, y sus partidarios muertos. Corren al Kremlin; á pesar del llanto de su madre, arrancan del trono á Feodor, y le conducen, con la czarina y su hija, á una casa con centinelas de vista.

Pero luégo se arrepienten de no haber concluido su obra. Las hordas desenfrenadas no se habian atrevido á cometer el regicidio; pero los príncipes Isuf y Masalki profanan su asilo. La czarina es ahogada; Feodor, dotado de un gran valor y una fuerza extraordinaria, lucha largo rato con cuatro asesinos, que por fin logran sofocarle.

Al dia siguiente, el cuerpo de María y de sus hijos son expuestos en la plaza pública, con las señales de muerte violenta, y entregados á los insultos del populacho.

Miéntras la multitud se entretiene en formar una horrible pirámide de cadáveres delante de los cadáveres reales, aparece Chiuski, rodeado de sus boyardos adictos y de casi todas las tropas del ejército.

Comprados gritos salen de la multitud, y le proclaman por czar de Rusia; pero otros les contestan con el grito de ¡*viva Dimitri*! y el pueblo se divide en dos bandos.

—¿Será posible, exclama Chiuski, que querais ser mandados por un grosero fraile?

—Es el hijo de Ivan IV, es el último de los Ruric, contestan cien furibundas voces.

Todo estaba previsto.

Alejo apareció cargado de cadenas y conducido por los soldados.

El pueblo vió que se le preparaba un nuevo espectáculo, y por un instante reinó en la plaza el más obsoluto silencio.

—¡Desdichado! exclamó Chiuski; repite en alta voz y á presencia de todos lo que ya has autorizado con tu firma. ¡Pueblo, te lo entrego! Interrógalo á tu antojo.

Horrenda fué la lucha que se suscitó en el corazon del triste Alejo; dudó, vaciló; pero en el acto en que la verdad iba á salir de sus labios, creyó ver delante de sí el rostro descompuesto de Eduvígis implorándole por sus hijos. Áun resonaba en sus oidos la súplica de la pobre madre, y respondió con una negativa á la pregunta que le dirigian sobre si era cierta la existencia de Ivan IV.

—¿Juras ser falsa, repuso el pueblo, la historia de su salvacion milagrosa, y que tú, en Uglitch, á nadie diste asilo?

—¡Lo juro!

—¿Juras que no conoces á Jorge, el mutilado? ¿Juras que es, como Dimitri, otro fraile impostor?

La prueba era demasiado fuerte. Toda la sangre del infeliz interrogado refluyó hirviendo á su corazon.

Un temblor convulsivo recorrió sus miembros; cerró los ojos, extendió los brazos, pero sus labios se movieron y no articularon ningun acento.

—Responde, responde, gritó el pueblo, ó ¡ay de tí!

—¡Ay de ella! le dijo Chiuski en voz baja.

Alejo reunió todas sus fuerzas para llevar á cabo el horrible sacrificio, y dijo con voz temblorosa:

—¡Lo juro!

—¡Mientes! ¡mientes! gritó una voz salida de entre la compacta muchedumbre; ¡mientes! y si es verdad, repítelo en mi presencia.

Chiuski, azorado, dirigió la turbada vista á aquel sitio, y quedó inmóvil de espanto.

Acababa de reconocer al dios del pueblo, al que le habia arrebatado su ejército con el poderoso hechizo de su palabra.

Jorge se hallaba en Moscou, preparado á la batalla. Habíase colocado en la última grada de la escalinata que conducia á la catedral, y se sostenia de pié por la fuerza de su voluntad, apoyándose con sus mutilados brazos en la espalda de Tadeo, el tierno niño que le servia de guía.

—¡Prended á ese hombre! gritó Chiuski fuera de sí; ¡prendedle!...

Pero la multitud, que presentia en aquella brusca y audaz interpelacion el suceso novelesco que esperaba, rechazó á los soldados con amenazas.

En aquel momento todos hubieran perecido por defenderle; ¿por qué? ellos mismos lo ignoraban.

Pero Alejo cayó de rodillas, extendió los brazos hácia su amigo, y exclamó bañado en llanto:

—¡Jorge, te vuelvo á ver! ¡Jorge, perdóname! Mentia, porque hay una anciana á quien venero como á mi madre, y á quien los verdugos amenazaban con la muerte de sus hijos.

Sí, tienes razon; mentia, Jorge, mentia, lo proclamo á la faz del mundo; y mi voz, débil y temblorosa para el perjurio, es fuerte para publicar la verdad y la inocencia. ¡Pueblo ruso, Dimitri existe! Dimitri, el hijo legítimo de Ivan IV, vivió veinte años sepultado en una torre del castillo de Uglitch, por la crueldad de Boris y de Chiuski.

—Dimitri se halla en Tula, gritó Jorge, desde donde

reclama el amor de sus vasallos y el cetro que le es debido.

Así como se inclinan hácia todas direcciones las espigas del campo, cuando los encontrados vientos azotan la atmósfera, así se agitaron los ánimos, adoptando diversos bandos y prorumpiendo en gritos y amenazas.

Chiuski se creyó perdido. El recuerdo de su reciente derrota le enervaba el alma. Púsose pálido, y de sus trémulos labios sólo salieron palabras desordenadas é indecisas. Jorge improvisó un discurso en medio de los alaridos, y en breve su voz dominó la multitud, como domina un hábil piloto las agitadas olas de un mar tempestuoso. Los gritos cesaron, cesó el tumulto, y la voz del orador resonó grave y majestuosa en el ámbito de la plaza.

Todos quedaron mudos, absortos, extasiados, pendientes de su palabra. La llama del genio brillaba en sus negros ojos; el sello de la inteligencia se veia estampado en su noble frente; su acento era enérgico y persuasivo como el de los inspirados y los profetas.

Estaba sublime.

El pueblo olvidó su pobre traje, sus miembros mutilados; creyóle un Dios: arrebatado, conmovido, sojuzgado, cayó de rodillas, y no tuvo fuerzas ni valor para aplaudirle.

Chiuski quiso luchar; pero, sintiéndose vencido y moralmente aniquilado, volvia por do quier sus azorados ojos, hallando en todos los semblantes estampada su desdicha.

Cuando quiso sobreponerse á la tempestad, era ya tarde.

Al oirle renovar la órden de que prendiesen al impostor, resonaron mil gritos de ¡viva Dimitri, viva el czar de Rusia!

—¡Viva Dimitri! respondieron la mayor parte de los soldados.

—¡Mueran los traidores! gritó Chiuski; ¡á ellos!

Trabóse la lucha, y se renovó la fiesta de la muerte. El ruido de las espadas, las detonaciones de los streltez y los ayes de los heridos fueron las músicas que la solemnizaron.

Pero el combate no era igual. La muchedumbre tenía á la mayor parte de la tropa por defensora, y se hallaba animada por el entusiasmo; los pocos adeptos que restaban á Chiuski estaban desalentados.

Chiuski, ciego de desesperacion, quiso ser osado, y cayó en poder de sus contrarios. Su prision decidió del éxito del combate. Los pocos amigos que le restaban se pasaron á las filas de los vencedores, y áun no habria trascurrido una hora cuando el repique de las campanas y el estruendo de las músicas militares anunciaban el advenimiento del nuevo czar.

Por segunda vez la corona se habia escapado de las manos de Alejandra.

Los príncipes y boyardos que habian trabajado para elevar á Chiuski se apresuraron á volverle la espalda en su desgracia, y á protestar que su única mira era cimentar el trono de Dimitri.

Al dia siguiente salió de Moscou una diputacion, formada de los príncipes y altos dignatarios, y fué á Tula para presentarle el sello del estado, las llaves de los tesoros del Kremlin, los adornos de los czares, y una turba de cortesanos destinada á su servicio.

Dimitri los recibió con majestuosa dignidad: no les dió las gracias; los perdonó, y atribuyó la revolucion de Moscou á la justicia de la Providencia.

A pesar de las reiteradas instancias de los boyardos, no quiso abandonar á Tula. ¿Por qué? ¡Ni él mismo lo sabía!

Marina, por obedecer la expresa órden de su padre, ó más bien para participar de los mismos peligros que su

esposo y volar á sus brazos, habia seguido al ejército de Dimitri. Montada en un caballo blanco, habia desafiado más de una vez las balas enemigas, ó habia volado intrépidamente al socorro de los moribundos.

¿Sentia Dimitri aproximarse á Moscou y volver la esposa á su esposo?

Ya lo hemos dicho: ni áun él mismo lo sabía; pero su permanencia en Tula se prolongó por largo tiempo. Entre tanto, Jorge se habia encargado del gobierno de Moscou. Su primer cuidado habia sido allanar las casas de los acaparadores de trigo y repartirlo á la hambrienta multitud: el pueblo, que le habia admirado, le bendijo.

Luégo se dedicó á poner en órden los negocios públicos y á realizar los grandiosos planes concebidos en su soledad de Uglitch. Conservó sus dignidades á los que las habian obtenido por su mérito; suprimió los cargos inútiles; abrió el camino del poder á las inteligencias privilegiadas, y en nombre siempre, y con el beneplácito de Dimitri, reformó las leyes del país, suprimiendo las que eran demasiado onerosas para el pueblo, y reemplazándolas con otras más sabias y previsoras.

A veces el genio creador de un solo hombre sabe obrar milagros, trasformando á su antojo la faz de los negocios y convirtiendo en jardin los páramos arenosos: sea por esto, ó porque tuvo la suerte de aparecer cuando ya la tempestad se apaciguaba, cuando los ánimos, cansados de tantos sacudimientos, anhelaban el reposo, lo cierto es que Jorge fué el iris de paz y de bonanza que puso remedio á todos los dolores, que trocó en bienes todos los males.

Buscó dinero y lo halló. El clero y la nobleza, que tan avaros y díscolos se habian mostrado á las órdenes de Boris, se apresuraron á despojarse de todo lo superfluo para anticiparse á sus deseos. El pueblo tuvo pan, y con él recobró su alegría perdida. Las hordas que á la som-

bra de los encontrados partidos recorrian el país sembrando el llanto y la desesperacion, aterrorizadas por un saludable castigo, volvieron á sus hogares. Como si el cielo hubiese bendecido su obediencia y el generoso desprendimiento de los magnates, abrió sus inmensas cataratas, y una lluvia abundante y bienhechora fertilizó los secos campos. Pronto la mustia tierra se vió cubierta de hierbas y de flores, y las doradas espigas se balancearon al compas del viento, llenando de alegría todas las almas.

Jorge habia nacido para el mando, y no le engañaban las turbulentas palpitaciones de su corazon cuando concebia gigantescos planes para el bien y la prosperidad de su patria.

Sentado cerca de la mesa en donde Alejo trasladaba al papel sus órdenes, ejercia la más sábia administracion, remediando todos los quebrantos, extirpando con mano firme todos los abusos.

Los que, siendo fieros leones en el reinado precedente, desgarraban con sus garras el trono, se habian convertido en tímidas ovejas, que se dejaban conducir por donde quiera, embelesadas con los dulces ecos de la flauta del pastor.

Los que eran virtuosos hacian gala de su virtud para merecer una sola de sus miradas; los malos se apresuraban á reformar su conducta, ansiosos de imitarle. Los genios menospreciados y desconocidos, alentados por su proteccion, se agrupaban en torno suyo, y las medianías huian á esconder su derrota en el retiro.

Jorge era un juez incorruptible, y su justicia inexcrutable; sin límites era su benevolencia para el mérito desgraciado, para la inocencia oprimida, para la vergonzosa indigencia; severo su castigo para la jactanciosa presuncion, para la incorregible perversidad, para la sórdida avaricia.

Sabía hermanar tan admirablemente la fortaleza y la templanza, que le producian opimos frutos de amor y de respeto. Cifrando toda su atencion en el bien público y en la pública prosperidad, prevenia los males ántes de que pudieran suceder, y se complacia en esparcir toda clase de futuros bienes.

Nunca parece tan deslumbrante un rayo de sol como despues de la tormenta. Aquel período de paz y de calma, tan necesario á todas las almas, les pareció á los moscovitas el ápice de la dicha, y no hallaban palabras con qué expresar su entusiasmo.

Era tan general el regocijo, que, al hallarse los amigos, abrazaban á sus amigos, dándose mutuamente la enhorabuena por haber alcanzado aquella época en que tan propicio se les mostraba el cielo.

Tan alto rayaba su felicidad, que les parecia imposible que ningun otro mortal pudiese llevarla á cabo; y sea por esto, ó porque el alma acostumbrada á emociones fuertes se cansa con las apacibles y anhela siempre nuevos cambios, lo cierto es que se hacian secretos votos por que fuese Jorge quien ciñera la diadema.

Pero Jorge procuraba por todos los medios imaginables declinar esta excesiva adoracion en Dimitri; y como tenía en su mano las voluntades, le era fácil conseguirlo.

No obstante, ¡cosa extraña! se pasaban dias y dias, y el jóven czar contestaba á todos los mensajes «mañana,» sin que nunca apareciese en el cielo ese mañana suspirado.

La frente de Jorge se iba anublando de dia en dia, y sus arrugas eran cada vez más profundas.

—¿Crees tú, decia fijando sus negros y brillantes ojos en Alejo, crees que áun no he hecho bastante? ¿que áun no soy digno de ella? Soy árbitro de todo un pueblo, y con sólo un acto de mi voluntad podria ampararme de una espléndida corona. He devuelto la paz y el bienestar

á muchos infelices: la Rusia pronuncia mi nombre con amor, la Europa con respeto.

¿Será bastante, Alejo, para merecerla? Mas ¡ay! que Dimitri está á su lado, y Dimitri es jóven y apuesto. Alejo, ¿crees que podrá olvidarme? ¿crees, ¡ay! crees que le habrá elegido?

Y por las mejillas de Jorge corria un raudal de llanto á tan funesta idea...

Otras veces, cuando una sábia medida le habia producido los felices resultados que habia previsto, cuando Dios bendecia sus nobles esfuerzos, dándole en premio un beneficio para el pueblo, reclinaba su cabeza en el seno de su amigo, y le decia radiante de júbilo:

—¡La merezco, Alejo, la merezco! ¡Ah, cuán dichoso soy!

Esto decia Jorge, embriagado de orgullo y de esperanza.

Mas ¡ay! que es el amor débil llama, y la hace titilar la menor ráfaga de viento; ¡ay! que es niño caprichoso y ciego, y no son títulos para alcanzar sus favores el saber ni los merecimientos.

La buena estrella que parecia presidir entónces á los destinos de Rusia habia alcanzado tambien á la generosa Eduvígis; un incidente sencillo y natural habia cambiado repentinamente en próspera su adversa suerte.

Puesta en libertad con su marido y sus hijos, el dia en que Jorge alcanzó el triunfo y el pueblo ruso aclamó á Dimitri por monarca, áun se entregaba á sus trasportes de júbilo, abrazando á los gallardos mancebos á quienes habia temido perder para siempre, cuando un anciano penetró en la morada que les servía momentáneamente de albergue, y solicitó hablar con Paolovitch.

Introducido á la presencia de este, le dijo:

—Soy un sacerdote; guardo en mi poder un sagrado depósito hace años, y en vano habia practicado infinitas

diligencias para inquirir vuestro paradero. Hoy, la pública voz ha llevado vuestro nombre á mi humilde retiro, y me he apresurado á venir para deponerlo en vuestras manos.

Hace mucho tiempo, habitaba en el cercano pueblo de Mojaisk una virtuosa y recatadísima doncella. Huérfana de padre y madre, vivia en el mayor retraimiento, por lo que su singular belleza pudiese perjudicar á su buena fama, saliendo sólo de su vivienda al rayar el alba, para entregarse á sus prácticas piadosas. Una mañana, al subir las gradas de la iglesia, halló á un mendigo que tenía entre sus brazos á un recien nacido.

—Acabo de encontrarlo aquí abandonado, la dijo; ¿qué vamos á hacer de esta infeliz criatura?

Lloró el niño; enterneciόse la compasiva doncella, y en un arranque de generosa piedad cogió al tierno infante entre sus brazos, y exclamó colmándole de caricias.

—Estoy sola en el mundo: le adopto; será mi hijo.

Y abrigándole con su propia ropa, se lo llevó á su casa.

La noble doncella cumplió su promesa, á pesar de las murmuraciones del mundo, que sólo juzga por las engañosas apariencias. Dios la premió, haciéndola más tarde vuestra esposa.

Ahora bien: el mendigo, al hablar del hallazgo del niño, no habia hablado de una bolsa de dinero hallada junto á él.

Este dinero sirvió para perderle, facilitándole la entrada en la senda de los vicios, á cuyo funesto influjo sucumbió algunos años despues. Llamóme, próximo á morir; contóme con todos sus detalles el extraño caso, y, aunque vacia, me entregó la bolsa, por si en algo podia contribuir algun dia al reconocimiento del niño por sus legítimos padres.

Hé aquí la bolsa, señor, que está ricamente bordada, y tiene un escudo de armas.

Tomóla Paolovitch, trémulo de alegría; examinóla largo tiempo, y exclamó con estrañeza.

—¡Estas armas son las del príncipe Chiuski!

—He cumplido mi mision, repuso el venerable sacerdote, y me retiro, satisfecho de haberla podido llevar á cabo.

—No será, exclamó vivamente Paolovitch, sin que presencieis los dichosos efectos que ha producido.

Llamó á un paje, y le mandó que fuese en busca de Alejo; dirigióse él mismo á otro aposento, en busca de Eduvígis y sus hijos.

Condujólos á todos á la estancia en donde se hallaba el sacerdote, y habiendo entrado en aquel instante Alejo, que por una feliz casualidad vagaba alrededor de la morada de su madre adoptiva, temeroso de los excesos á que podia entregarse Paolovitch, encolerizado por los ulteriores acontecimientos, éste le dijo, tendiéndole los brazos:

—Venid, Alejo, que ya se han terminado todos nuestros sinsabores. Acabo de adquirir la prueba irrefragable de la inocencia de mi esposa, de mi amada Eduvígis; y aunque tarde, me asocio á su noble accion, y os proclamo á mi vez por mi hijo adoptivo, ínterin otra dichosa casualidad, como la presente, no os revele el nombre de vuestros padres. Hijos mios, abrazadle; es vuestro hermano: abrázale, Eduvígis; es nuestro hijo.

Id en paz, señor, añadió dirigiéndose al sacerdote, y llevaos la conviccion de que habeis traido la calma y la ventura á una familia ántes desunida y desolada.

Desde aquel dia, Alejo volvió á habitar en la casa de Paolovitch, recobrando el amor y la estimacion que habia saboreado en sus primeros años.

Contaba Paolovitch con muchos amigos entre los partidarios de Chiuski, y él se encargó de inquirir, con maña, el secreto de su nacimiento y la relacion que pudiera tener con el antiguo privado, á quien sin duda pertenecia la bolsa.

No consiguió, por de pronto, el resultado que deseaba; pero penetró otro secreto de mucha más importancia para el bien general.

Supo que los amigos de Chiuski conspiraban en secreto contra el poder de Dimitri, y al instante lo puso en conocimiento de Alejo.

Éste, á su vez, se apresuró á ir á noticiárselo á Jorge, diciéndole:

—Este estado de cosas no puede prolongarse: ¿qué hace Dimitri en Tula, entregándose á los placeres? Nos hallamos en una situacion anómala, y es preciso salir de ella de cualquier modo que sea. El trono se halla, por decirlo así, vacante, y la tardanza del czar va á destruir el fruto de nuestros afanes.

Al par que unos trabajan en favor de Chiuski, otros, lo sé, pretenden colocar en tus sienes la corona, y es preciso tomar una resolucion definitiva.

Las mejillas de Jorge se habian inflamado al oir este razonamiento; dejó caer la cabeza sobre el pecho, y exhaló un suspiro.

—Dimitri no vendrá, dijo con esfuerzo; Dimitri no vendrá, á no ser que sea yo mismo quien vaya á arrancarle de las delicias de Tula. Cuantos mensajes se le han enviado hasta ahora, no han obtenido más que promesas, nunca realizadas. El pueblo está irritado, lo sé, y augura muy mal de su extraña indolencia. ¿Qué es lo que le detiene allí? ¿qué espera? ¿qué desea? ¡Ah! ¡no quiero, ¡no quiero dar cabida en mi mente á la cruel sospecha que la asalta!

Debia Jorge revistar las tropas al dia siguiente, desde la tribuna de la plaza pública, en donde acostumbraba dar audiencia.

Deseaba dirigirlas su elocuente voz para reanimar su decaido entusiasmo.

Desde mucho ántes que hubiese salido el sol, ya se ha-

llaba atestada la plaza de un gentío inmenso; y al aparecer Jorge en la tribuna, revestido con una larga túnica bordada de oro y cubierta la cabeza con un gorro encarnado, del cual pendia una borla de oro, resonaron por todas partes mil gritos de alegría.

Desfilaron delante de él los brillantes escuadrones, y cuando ya se preparaba á dirigir su voz á la muchedumbre quedó extrañamente sorprendido al ver cuál se avanzaba una comision del pueblo, trayendo sobre un rico cojin una corona de oro.

La comision estaba compuesta de honrados ciudadanos, de venerables prelados y algunos nobles boyardos.

Un anciano tomó la palabra en estos términos:

—Padre, dijo; la madre patria gemia en la más honda amargura, y bastó el eco de tu voz para enjugar sus lágrimas. Cual si la Providencia hubiese bendecido tu noble mision, los secos arroyos han vuelto á fertilizar la tierra, y los campos se han cubierto de flores. Rusia ha pasado de la más espantosa miseria á una modesta abundancia, y el pueblo, feliz ya y tranquilo, bendice tu nombre. El pueblo, que acata tu justicia, que admira tu sabiduría, no teme el porvenir si está confiado á tu solicitud paternal y previsora.

¿Para qué, pues, anhelar la salida del sol, si la luna nos embelesa con sus plácidos reflejos? De necios es despreciar un bien conocido por otro desconocido, y tal vez pernicioso. La Rusia, llena de amor hácia tí, te ofrece en prenda de su gratitud esta sencilla corona; la Rusia, rebosando de fe en tu genio, te ruega de rodillas que la pongas en tu frente y que te proclames su árbitro supremo.

Calló el anciano, y Jorge no halló voz para contestar á su discurso.

Toda la sangre refluyó á su corazon y subió á abrasar su mente.

Jorge era hombre; Jorge tenía todas las miserias inhe-

rentes á su pobre naturaleza humana. Le ofrecian la corona de un imperio; una corona que podia deponer á las plantas de Marina, y la tentacion era demasiado fuerte. Experimentó un vértigo, y en medio de su delirio tendió los brazos hácia aquella deslumbrante diadema que fascinaba sus sentidos.

Pero se detuvo. El ángel de la inmaculada pureza trabó una lucha en su corazon con el grosero ángel del egoismo. La lucha duró un solo segundo, pero fué espantosa.

¡Cuán grande, cuán sublime, cuán maravilloso es el corazon del hombre, miéntras está entregado á esos rudos, pero gloriosos combates, que le convierten en semidios si vence, en un reptil miserable si sucumbe!

¡Oh portentosa obra del Criador Omnipotente! ¡oh misterioso arcano de su sabiduría infinita! ¡Una miserable estatua de grosero barro, que por un solo y sencillo acto de su voluntad puede trocarse en ángel!...

Jorge triunfó de sí mismo; y el orgullo de su magnánima victoria prestó nueva melodía á su voz, nueva elocuencia á sus palabras.

Rehusó modestamente aquel honor, que juzgaba superior á sus merecimientos; pero dió las más apasionadas gracias al pueblo por su afecto.

Luégo habló de Dimitri; pintó su juventud, la nobleza de su alma, la sublimidad de su talento, con tal calor, con tal energía, que el pueblo derramó lágrimas de enternecimiento.

Bello estaba Jorge, con su noble fisonomía iluminada por los fuegos de un alma henchida de abnegacion y de entusiasmo; bello estaba, con su negra cabellera que flotaba en largos rizos alrededor de sus mejillas, con sus ojos vivos y centelleantes.

Si Marina le hubiese visto en aquel instante, tambien se hubiera postrado á sus piés y le hubiera bendecido.

¡Corazon del hombre, templo espléndido de un Dios Omnipotente, escogido por Dios mismo! ¡Humana inteligencia, luz vivificante, resto de aquella palabra creadora con la cual el anciano en dias convirtió el cáos en universo!

Como el viento impetuoso levanta hácia el cielo en revuelto torbellino el polvo de los campos, ó le abate y le dispersa, así Jorge disponia de todas las voluntades.

Cuando concluyó, el pueblo, postrado de rodillas, le llamaba entre sollozos *padre*, pero proclamaba á Dimitri como soberano.

Jorge mandó que se hicieran públicos festejos por la inmediata vuelta del hijo de Ivan IV, y se retiró á palacio, acompañado de las más fervientes bendiciones.

Jorge se sentia grande, y era feliz, y abrigaba esperanzas terrestres, como si éstas pudiesen jamás ser digno premio de las acciones sublimes!...

¿Qué diríamos de un opulento monarca, si á los que ganasen batallas en su nombre les convidase en premio á un mezquino banquete, en donde sólo se sirvieran vinos sin perfume y desabridos frutos? ¿Qué diríamos de Dios, si nos diese algunas frívolas y pasajeras alegrías en recompensa de nuestras virtudes?

—¡Alejo! exclamó Jorge dirigiéndose á su amigo, así que se hallaron solos; es preciso que termine mi mision; que parta secretamente á Tula, y que arranque á Dimitri de su funesta inercia...

Nadie debe saber mi partida: tú te encargarás de todo. Me acompañará Tadeo, y quiera el cielo que, al llegar allí, no vea desvanecerse la esperanza que alimento.

Y como se extingue repentinamente la llama al contacto del agua, el júbilo de Jorge quedó desvanecido á esta sola idea.....

CAPÍTULO IX.

¿Qué hacía Dimitri en Tula? Como Aníbal, que, embriagado con las delicias de Capua, vió trocarse su corona de laureles en corona de fúnebre cipres, ¿iba él tambien á perder por fútiles placeres el fruto de sus victorias?

Este punto, que no ha sabido dilucidar la historia, por formar la conducta del monarca durante su estancia en aquella ciudad un extraño contraste con su anterior y posterior conducta, podemos dilucidarlo nosotros, acostumbrados como estamos á analizar los íntimos sentimientos de las almas.

Mnichek no queria que Dimitri abandonase á Tula sin haberse desposado con su hija, é inventaba cada dia nuevos y plausibles pretextos para retenerle allí; Dimitri se dejaba convencer fácilmente, temeroso de que se rompiese la dulce intimidad establecida entre él y Marina; pues aunque la idea de solicitar y obtener su amor, de arrebatársela á su esposo, á su amigo, á su bienhechor, jamás habia cruzado por su mente, sentia ver terminado aquel paréntesis de inefable dicha que experimentaba junto á ella.

Marina habia seguido al ejército vencedor, tanto para obedecer las órdenes de su padre, cuanto porque creia

de su deber, para completar la obra de Jorge, no abandonar á aquel inexperto príncipe, á aquella alma nueva, dispuesta siempre á creer y amar, en medio de los desengaños de la vida, y que podia llegar á ser el juguete de sus mismos parciales, si una voz amiga no le indicaba los peligros.

Y así sucedió, en efecto, pues Dimitri nada hacía sin consultarla, y se dejaba guiar por sus consejos.

De ahí nacieron sus largas confidencias, su intimidad, deliciosa para ambos, porque Marina le amaba como una hermana, ó más bien con el amor tierno y desinteresado de una madre.

Además, las mujeres gustan de los valientes.

Marina habia admirado el intrépido valor de Dimitri en los campos de batalla, le habia visto hacerse obedecer por encanecidos soldados, y era un contraste nuevo el que ofrecia aquel héroe, de vivo y cultivado ingenio, con su alma de niño, cándida y sencilla.

Fiero en la lucha, modesto en la victoria y lleno de benevolencia hácia los vencidos, era efectivamente imposible conocerle y no admirarle.

Mnichek, que no perdia jamás de vista su objeto, se esforzaba en completar la obra de la imprevision y la inocencia.

Si Marina abandonaba alguna vez el campamento para ir á pasear sola por entre los sombríos árboles del bosque, era siempre el Palatino quien conducia á Dimitri á aquel sitio, dejándole con ella.

Si alguna vez Dimitri, amante de las tranquilas escenas de la naturaleza, bogaba en un ligero barquichuelo por las tranquilas aguas de algun lago, era el Palatino tambien quien, acompañado de su hija, le hacía señas de que abordase y los recibiese en su barca.

Luégo, con el más insignificante pretexto, Mnichek saltaba á la orilla, y los dejaba solos en medio del lago,

iluminados por los pálidos rayos de la luna, acariciados por la brisa saturada de perfumes, oyendo el amante cántico de las avecillas confundido con el apacible murmullo de las olas.

Y así, dia por dia, minuto por minuto, se esforzaba en atizar el fuego de la pasion en aquellas dos almas candorosas.

No retenian en Tula á Dimitri los placeres, como suponian sus impacientes partidarios, pues el Palatino cuidaba de que los dos jóvenes vivieran allí en la soledad más absoluta.

Por las noches mandaba retirar á los cortesanos, se retiraba él mismo con sus hijos, bajo especiosos pretextos, y Dimitri y Marina quedaban solos en el inmenso salon del palacio.

Entónces la jóven cogia un laúd, al cual arrancaba melodiosos sonidos, y Dimitri cantaba.

Improvisaba bellos y tiernos romances, tan inocentes como su alma; celestes melodías que nacian y morian en sus labios.

Y aquel concierto se prolongaba durante muchas horas, y hacía enmudecer hasta á la brisa, ansiosa de escucharle.

Otras veces hablaban.

¡Cuántos planes nobles y generosos forjaba entónces la mente del jóven czar! Sus vasallos serian sus hijos; los pobres, sus hermanos.

Los gobernaria con las dulces leyes del amor, y formaria con ellos esa dulce alianza de amantes corazones, emblema de las dulzuras eternales.

Nunca las atrevidas imaginaciones de los filósofos modernos concibieron utopias más bellas y seductoras que las que forjaba la mente de Dimitri, completadas por la inefable ternura de Marina. La jóven se acordaba entónces de que su esposo tambien las habia concebido en otro tiempo; pero carecian de aquella suave poesía que

tanto la embelesaba, y he aquí la diferencia: Jorge era pensador, y Dimitri poeta: Jorge trataba de organizar una sociedad de hombres; Dimitri soñaba con formar una sociedad de ángeles: Jorge contaba con los vicios inherentes á la débil naturaleza humana; Dimitri sólo contaba con sus virtudes. Tal vez esta diferencia consistia en que Jorge habia vivido mucho tiempo entre los hombres y habia experimentado los sinsabores del desengaño, miéntras que Dimitri era un niño y sólo juzgaba de los demas por su corazon y el de Marina.

Pero, sea como se quiera, la jóven era mujer, y hallaba una dulce armonía entre sus ideas y las del sensible príncipe.

El Palatino observaba con júbilo esta creciente simpatía, y redoblaba sus esfuerzos por convertirla en otro sentimiento.

—Dejad, decia, siempre que se recibia un mensaje de Jorge, y Dimitri y Marina hablaban de partir; dejad que el prudente tribuno venza todos los obstáculos, allane todos los escollos del camino. El elegido del pueblo debe llegar á Moscou en el momento oportuno, cuando se trate sólo de favorecer y perdonar. Creed á mi experiencia; dejad que se aquieten los ánimos, que los enemigos del trono queden reducidos á la impotencia: partir ahora, sería aventurarlo todo.

Parecian buenas estas razones al apasionado Dimitri, que tan feliz se sentia en medio de aquella dulce y apacible vida; parecian atendibles á Marina, que sabía que su padre poseia un gran conocimiento de los negocios de Estado, como quien habia vivido siempre en medio de las intrigas cortesanas.

No podia penetrar el móvil que hacía obrar á su padre y á Dimitri, por cuanto el primero no habia vuelto jamás á hablarla de sus proyectos, y la exquisita delicadeza de Dimitri sellaba sus labios hasta el punto de que

nunca, ni áun en los momentos de mayor expansion, habia pronunciado ninguna frase que la revelase el estado de su alma.

Pero pasaba entre tanto el tiempo, y los mensajes de Jorge eran cada vez más apremiantes. El Palatino comprendió que aquella situacion no podia prolongarse indefinidamente, y que era preciso dar el golpe decisivo.

Lisonjeábase, además, de haber ya conseguido su objeto; juzgando del corazon de Marina por el suyo, creia que no habia podido permanecer insensible á las bellas cualidades del príncipe, y al brillo de su corona. Habia traducido á favor de su pensamiento sus palabras más insignificantes, sus acciones más sencillas. Estaba seguro de que se amaban sin osar decírselo, y creyó que bastaba una ocasion cualquiera para que estallase el fuego que yacia escondido.

Provocó la explosion, manifestando de improviso á ambos jóvenes que debian partir al dia siguiente.

Pero si Dimitri se inmutó, Marina permaneció tranquila.

—Tiene más dominio sobre sí misma que él, pensó únicamente el ambicioso padre.

Tan ardiente era su deseo de que su hija ciñese una corona, que habia perdido la natural lucidez y sagacidad de su carácter.

Entónces invitó á Marina á que bajase al jardin, pretextando tener que hablar de cosas graves con Dimitri, y prometiendo que irian luégo á reunirse con ella.

Así que la jóven se hubo alejado, el Palatino prorumpió diciendo:

—¿No veis cuánto sufre esa infeliz? ¡Ah! ¿por qué os complaceis en su martirio?

—¡Sufre!... ¡yo!... balbuceó Dimitri desconcertado.

—¿No habeis observado su palidez, la tristeza que anubla su semblante?... ¡Os ama, Dimitri, os ama, y, devorada por su pasion, se va encaminando á la tumba!

—¿Qué decís? exclamó Dimitri con un arrebato de loco júbilo... Pero nó, no es verdad; no puede ser verdad... Marina tiene esposo...

—¿Por qué os dí hospitalidad? prosiguió el Palatino sin escucharle; ¿por qué, incauto, la permití que siguiese al ejército, proporcionándoos los medios de interesar su corazon?... ¡Os he dado una corona de oro, y vos, en cambio, ceñís con una de espinas las sienes de mi desventurada hija!

—¡Me volveis loco! exclamó de nuevo el príncipe fuera de sí; os juro que jamás una palabra de amor ha salido de nuestros labios.

—Y ¿qué importan las palabras, cuando habla el sentimiento? interrumpió el Palatino. Hay un hecho cierto: ¡mi hija os ama, y perece víctima de su pasion!...

—¡Nó, nó, imposible! repitió Dimitri, vacilando entre el temor y la esperanza.

—Venid, dijo el Palatino, asiéndole de la mano y arrastrándole consigo.

Bajaron ambos al jardin.

El cielo estaba encapotado y sombrío; negros nubarrones pasaban rápidamente unos tras otros sobre la faz de la luna, y robaban al suelo sus melancólicos rayos.

Cárdenos relámpagos fulguraban en el Oriente, y oíase á lo léjos el ruido del trueno, mezclado con los gemidos del viento, que por grados arreciaba.

Marina estaba sentada en un banco de césped, con las manos cruzadas sobre las rodillas y la cabeza inclinada sobre el pecho.

¿En qué pensaba? ¡Quizás en el momento en que la sería dado por fin estrechar á Jorge entre sus brazos!

El Palatino, arrastrando siempre en pos de sí á Dimitri, llegó hasta aquel sitio.

—Vedla, dijo al príncipe en voz baja; ¡parece la imágen del dolor! ¡Atreveos á decirme que no os ama, y que

no la acongoja abandonar estos sitios, testimonio de su dicha!

Dimitri respiraba apénas, mudo, absorto en aquella inmensa felicidad, á que no habia osado aspirar ni áun en medio de sus sueños.

Mnichek se acercó paso á paso hasta su hija, y cogiéndola la mano, la puso de improviso en la de Dimitri, diciendo con tono afectuoso:

—¡Pobres hijos mios! os amais, ¿á qué negarlo? Vanos y ridículos fantasmas de honor y de delicadeza detienen vuestras almas, que anhelan confundirse una en otra para siempre. A vuestro amoroso padre toca vencer vuestros fútiles escrúpulos y haceros felices á pesar vuestro. Desechad vuestras vanas quimeras; la dicha es una delicada flor que dura tan sólo un dia: preciso es cogerla á tiempo.

Yo asumo la responsabilidad de todo; yo acepto la parte odiosa que pudiera haber en vuestra conducta....

Mnichek habia pronunciado este discurso con suma volubilidad; queria obtener el consentimiento de ambos jóvenes por medio de la sorpresa; no queria que tuviesen tiempo de reflexionar.

—¡Pero, padre! exclamó Marina estupefacta; no os comprendo; bien sabeis que tengo esposo....

—La delicadeza, la fe de la palabra empeñada, no debe llevarse hasta ese límite, Marina, interrumpió el Palatino. Podrás engañar á otros, no á tu padre, que te ama y lee en tu corazon mejor que tú misma. ¿Por qué has permanecido en Tula tanto tiempo? ¿Por qué no has volado ya á los brazos de ese esposo á quien dices amar tanto? ¿Por qué consagras todo tu tiempo á Dimitri, que parece que no puedes vivir más que á su lado? ¿Qué significan vuestras largas conferencias, vuestros paseos solitarios por este mismo parque, las dulces palabras que siempre están prontas á escaparse de vuestros labios?

Calló el Palatino.

Marina, azorada, confusa, descendió precipitadamente al santuario de su conciencia. Cuanto su padre decia era verdad: no era verdadero el móvil que habia impulsado su conducta.

Sin embargo, era su alma tan delicada, tan severa su conciencia, que le parecia un crímen el más débil latido de su corazon que no estuviese consagrado á su esposo.

Vaciló, se turbó, no acertó á responder, absorta en el exámen rápido de sus propios sentimientos.

Mnichek se aprovechó de su silencio, prosiguiendo con fuego:

—¿Qué significan, si no, tus mejillas descoloridas, tu cuerpo enflaquecido, tu constante tristeza, tu alegría al ver á Dimitri, tu satisfaccion á su lado? ¡Ah, pobre hija mia, que el cariño fraternal no puede ser causa productora de tan extraños efectos!

Por otra parte, Dimitri te ama, te adora con todo el trasporte de sus juveniles años; ¿crees que es prudente, crees que es lícito inflamar un corazon generoso para despues hacer alarde de escrúpulos insensatos?

Pero, miéntras hablaba el Palatino, Dimitri habia tenido tiempo de salir de su estupor, de reflexionar sobre aquel grave incidente de su vida.

—Señor, dijo con noble firmeza; amo á Marina, es cierto. ¿Quién puede conocerla y no amarla? Pero aunque ella, que no es posible, correspondiese á mi amor, jamás, jamás pagaria con una traicion al hombre que me sacó de mi viviente sepultura, que sufrió por mí toda clase de penalidades y peligros. Jorge es mi bienhechor, mi amigo, y ántes me arrancaria el corazon que cometer la felonía de arrebatarle su único tesoro.

—¡Sí, padre mio, sí! exclamó Marina inflamada de entusiasmo con aquellas dignas palabras; amo á Dimitri.

¿Quién puede conocerle y no amarle? Pero nó del modo que vos suponeis. Le amo como una madre ama á su hijo. Pero aunque le amase de otro modo, jamás, jamás haría traicion al hombre generoso á quien entregué mi fe desde niña, que confia en la lealtad de mi corazon, y que en alas de mi amor ha sabido elevarse tanto y tanto sobre el comun de los mortales....

Mnichek quedó aterrado; habia provocado la explosion, y la explosion habia producido un efecto diametralmente opuesto á sus intentos.

Quiso recurrir otra vez á la persuasion, pero fué en vano.

El gigantesco peñasco, batido por las furiosas oleadas, no está más firme en su base de granito que la resolucion de Dimitri de no faltar á las leyes del honor y del deber, que la constancia de Marina en guardar la fe empeñada.

—Adios, dijo Dimitri, para cortar aquella penosa entrevista; mañana partiré al rayar el alba. Sólo os volveré á ver, Marina, cuando esteis al lado de vuestro esposo.

—¡Adios, hermano mio, exclamó Marina, y ojalá que la suerte os conceda el galardon digno de vuestras virtudes!

—¡Ah! dijo Mnichek, no perdida aún del todo la esperanza; ¡cuán locos sois! ¿Quién os indemnizará del heroico sacrificio que estais llevando á cabo?

Resonó cerca de ellos un suspiro.

—¿Qué es esto? exclamó Marina. Parece que álguien gime... parece que álguien se queja....

—Es el viento, dijo Mnichek. Volvamos al salon.

Asuntos de tal importancia, no se pueden ventilar en un momento.

Dió el brazo á su hija, y se dirigió hácia el palacio. Dimitri los siguió.

Marina tenía razon: un sér gemia muy cerca de ella.

El oro es una llave maestra que abre todas las puertas y vence los imposibles.

Extramuros del palacio se veia un trineo, y por la puerta del parque habia penetrado pocos momentos ántes un hombre, apoyándose en un jovencillo: eran Jorge y su fiel Tadeo; Jorge, que habia querido sorprender á su esposa y leer en sus ojos el secreto de su alma.

Hay una funesta casualidad, tal vez dispuesta por Dios mismo, que descubre al hombre el misterio que debe anonadarle, porque Dios castiga á los soberbios que desconfian de su providencia, y les retira sus tesoros de consuelo.

Jorge no se habia contentado con su parte de felicidad; como el apóstol incrédulo, queria tocar su cuerpo delezнable, y la felicidad, que es tan sólo un fantasma, se desvanecia entre sus brazos.

Esa funesta casualidad, pues, le trajo á tiempo para asistir á la anterior escena.

Como todos los celosos, habia dado crédito á las pérfidas insinuaciones de Mnichek, y nó á las levantadas protestas de Dimitri y de Marina.

—¡Se sacrifican en aras del deber, se habia dicho á sí mismo, pero el corazon de Marina ya no me pertenece!

Al sentirse abrumado por tan horrible desventura, no vertió ni una sola lágrima. Era tan inmenso su dolor, que le habia secado de repente el corazon. Obligado á no creer ya en el ángel, dudó de Dios. Elevó su frente hácia el cielo, y su mirada de desesperacion era la del réprobo.

Cuando la gloria no habia coronado sus sienes, cuando no habia oido las aclamaciones de todo un pueblo, tal vez hubiera bebido con resignacion el amargo cáliz; pero no podia hacerlo ahora que se habia sentido inflamado por un noble orgullo, ahora que se habia mecido con halagadoras ilusiones.

Habia vivido y habia trabajado para Marina; Marina ya no le amaba, y Jorge debia morir.

¿Qué le quedaba en el mundo?

Retrocedió precipitadamente, recompensó al jardinero, salió del palacio, subió en el trineo y dijo al jovencillo:

—Condúceme á aquella altura.

El palacio de Tula se halla situado en un ángulo de la ciudad, y el parque está contiguo á su deliciosa campiña.

—Señor, dijo Tadeo; aquella altura, segun puedo distinguir á traves de la sombra, no conduce á ninguna parte. Es un pico que se destaca sobre el abismo por donde se precipita el torrente.

—Bien, repuso Jorge; la noche está magnífica en medio de su sublime horror; la tempestad se acerca majestuosa y terrible, y quiero gozar desde allí de un espectáculo tan bello.

Estas palabras, dichas con perfecta tranquilidad, no engañaron á Tadeo; aunque apénas contaba quince años, habia comprendido todo el alcance de la escena á que habia asistido; pero cuando Jorge mandaba, era imposible dejar de obedecer.

—Vete, le dijo éste, cuando llegaron á la cima del picacho, y vuelve á buscarme dentro de una hora.

¿Qué pensaba hacer?

Tadeo quiso resistirse; pero una mirada de Jorge le impuso silencio, y obedeció de nuevo.

Cuando Jorge se halló sólo, miró con complacencia las espumosas aguas del torrente, que se precipitaban por entre las peladas rocas.

Aquél era el lecho nupcial que le brindaba con un descanso eterno.

Hay momentos tales de desesperacion en la vida, que ellos solos revelan la sublime grandeza del que es rey de lo creado. Hay momentos en que parece que el alma se

anega en un piélago de amargura, en que parece que la existencia se quiebra como un frágil vaso, incapaz de contener la espumosa hiel que se desborda.

Jorge quiso darse cuenta de lo que le afligia, y no pudo. Le parecia que el universo saltaba sobre su quicio hecho pedazos, que los astros pendian medio desprendidos de la esfera, próximos á desplomarse sobre su cabeza.

Su pecho se levantaba á impulso de los latidos de su corazon, sus ojos estaban inyectados de sangre.

—¡Si pudiese llorar! decia, pero nó: las lágrimas son el consuelo de los que sufren, y yo, ni pienso, ni sufro, ni muero! ¡Yo no sé lo que siento! ¡Si pudiese sufrir, me aliviaria!

Y el infeliz se revolcaba sobre las peladas rocas, para buscar en el dolor físico un lenitivo á su tormento.

—¡Dios! ¡no hay Dios! exclamaba, sin cuidarse de la sangre que manaba de su frente; ¡no hay Dios, no hay alma, no hay virtud, no hay nada! ¡Insensatos! ¿qué es Dios? ¡Un rey negligente, un tirano, ó tal vez un fantasma, aborto de nuestros sueños! ¿Qué es el alma? ¡Un poco de barro, formado del mismo barro que el cuerpo deleznable! ¡Si el alma fuera inmortal, tendria belleza propia, y no sería la vil esclava de su vil sudario! ¡Sed sabio, sed justo, sed amante; ¿qué importa, si es deforme vuestro cuerpo? Pues nada vale el alma por sí sóla, no puede estar formada de divina esencia!

¡Sal, pues, sal, miserable huésped, de mi miserable cuerpo, tú que me halagaste con vanas quimeras, tú que me meciste con locas esperanzas, tú que me embriagaste con insensato orgullo! ¡Sal! ¡Vete, vete á reunirte con el lodo del cual eres asqueroso engendro...! ¡Ah, ah! ¡y el hombre imbécil ha podido suponerte la imágen de un Dios bueno!

¡Si el agua no reflejase la bóveda del cielo, señal evidente fuera de que el cielo no existia!

¡Pues el alma nada es, nada puede, nada vale, ese su magnífico creador no existe!

El lúgubre estampido del trueno pareció responder á su blasfemia...

Jorge enmudeció, y sus vacilantes miradas se fijaron en el firmamento, cubierto de inmensos nubarrones, negros unos, y otros inflamados por el rayo próximo á desprenderse de su seno.

El vendaval arrancaba de raíz los árboles gigantes... el torrente, mujiendo, arrastraba tras de sí las graníticas rocas; los relámpagos bañaban á intervalos con sangrienta luz los peñascos, que surgian repentinamente de las tinieblas cual amenazadoras fantasmas...

El espectáculo era imponente.

Jorge creyó ver el carro del Juez Eterno volar sobre las inflamadas nubes,.... creyó verle empuñando el rayo y mandando á los furiosos elementos la destruccion del ingrato mundo.....

Jorge sintió transida su alma, que creia de lodo, de un pavor sublime. ¡Tuvo horror y vergüenza de sí mismo!

En aquel instante, una ráfaga de viento agitó la campana de la vecina iglesia, y la campana dejó escapar un lastimero gemido.....

Hubiérase dicho que era el ¡ay! de la arrepentida naturaleza, implorando la piedad del Creador Omnipotente.....

Jorge sintió una dulce amargura penetrar en su corazon entumecido, y una ardiente lágrima rodó por sus mejillas.....

La blasfemia se trocó en oracion.....

¡Creia!. . . . . .

. . . . . .

Rayaba el alba, y en vano se empeñaba en esparcir su blanquísima claridad en el Oriente. El cielo estaba aún cuajado de nubes, y el trueno retumbaba á lo léjos, re-

petido por todos los ecos de los montes. Las avecillas, aturdidas con el pasado estruendo, no se atrevian á entonar sus cantos, y asomándose al hueco de las peñas, sacudian sus alas mojadas y contemplaban el encapotado cielo.

La campiña estaba cubierta de charcos de agua, y las hierbecillas inundadas elevaban en vano su corola para buscar un rayo de sol en el oscuro ambiente. Toda la naturaleza parecia cubierta con un velo de luto, y asustada aún con la manifestacion de la cólera divina.

Los altos campanarios de Tula estaban envueltos en la bruma, y apénas se distinguian sus agrupadas casas.

Á pesar de esto, notábase gran movimiento en la ciudad y en el palacio donde residia Dimitri.

Un brillante ejército, compuesto de alemanes, rusos, polacos y aventureros de todas las naciones se hallaba formado delante de sus puertas, y una inmensa turba de cortesanos montados en caballos, ricamente enjaezados, esperaban impacientes la aparicion del czar de Rusia.

El caballo destinado para éste era un brioso corcel blanco, que ostentaba una mantilla bordada de oro y perlas, y heria el suelo impaciente por llevar su noble carga.

Marina se hallaba en su aposento, rodeada de sus damas y ataviándose tambien para emprender el viaje. La calma de su fisonomía, el gozoso brillo de sus ojos, revelaban bien á las claras cuán infundadas eran las suposiciones que habia formulado su padre pocas horas ántes.

Estaba segura de sí misma; amaba á Jorge, y ansiaba volverle á estrechar entre sus brazos.

De repente entró en la estancia un jovencillo.

Marina reconoció á Tadeo, y corrió á su encuentro.

—¿Qué es esto? exclamó; ¿á qué vienes? ¿me traes algun mensaje de mi esposo?

El niño movió la cabeza en señal de negacion.

—¿Llega él mismo por ventura, y te ha mandado que vengas á prevenírmelo? prosiguió Marina con explosion de verdadero júbilo. Habla, Tadeo, habla; ¿en dónde le has dejado? ¿Qué hace? ¿Por qué permaneces mudo? ¿No ves que me abraso de impaciencia? Habla....

Tadeo sólo respondió con un suspiro.

—¡Qué! repuso Marina contemplándole con espanto.... Estas pálido.... turbado.... Comprendo que eres portador de malas nuevas.... ¿Será acaso que el pueblo haya retirado su favor á Jorge, y haya tenido que apelar otra vez á la fuga?

¡Qué importa! Ojalá venga á arrojarse de nuevo entre mis brazos y volvamos á gozar escondidos é ignorados de la pasada calma....

¿Sacudes la cabeza? ¿no es esto tampoco?

Entónces estará enfermo.... me llamará á su lado.... ¡Volemos, pronto, pronto!

Y Marina, aterrada con aquella idea, iba á lanzarse fuera de la estancia.

Tadeo la atajó el paso, y elevó hácia ella sus trémulas manos.

—Y bien, ¿qué sucede? ¿qué debo temer? ¿qué es esto? exclamó Marina fuera de sí. Habla, por Dios, habla, porque no puedo sufrir por más tiempo esta espantosa incertidumbre.

—Señora, balbuceó por fin Tadeo. Vuestro esposo se dirigia á este sitio; la noche era oscura... la tempestad rugia sobre nuestras cabezas....

El jovencillo se detuvo, y fijó en el suelo sus turbados ojos.

—Prosigue, prosigue, exclamó Marina, abalanzándose á él y sacudiéndole el brazo. La verdad, ¿me entiendes? la verdad desnuda....

—Quiso subir á la cima de esa eminencia cercana.... en el fondo pasa el torrente....

Tadeo se interrumpió de nuevo. No sabía cómo continuar su relato.

Marina se retorcia los brazos con desesperacion.

—¡Y bien! insistió respirando apénas.

—Quiso gozar del magnífico espectáculo que ofrecia la noche tempestuosa.... me mandó que me alejase y le dejara solo.... cuando volví....

—¡Y bien, y bien! preguntó Mariña como una insensata.

—Ya no le hallé....

—Pero se habria bajado arrastrando, exclamó la infeliz mujer, pasándose la mano por la frente, cubierta de sudor....

—Nó, nó, que las puntas de las rocas que dan al torrente, ostentaban los girones de su traje....

Marina soltó un grito, y se cubrió el rostro con las manos.

Luégo, como si la hubiesen clavado un puñal en medio del corazon, cayó desplomada en los brazos de sus damas.

CAPÍTULO X.

Moscou no conservaba ni la más ligera huella de su anterior tristeza: los pueblos son como los niños, que, llenos de vida y robustez, se restablecen pronto de las más bruscas sacudidas.

Jamás la entrada de un czar, segun afirman todos los historiadores de consuno, fué tan brillante como la llegada de Dimitri al Kremlin el dia 1.° de Junio de 1605.

Hé aquí en qué términos la relata uno de los historiadores ménos afectos al jóven monarca:

«Por todas partes, dice, resonaban los vivas; la multitud le aclamaba apellidándole *sol y brillante estrella de la mañana*, que devolvia el esplendor al imperio de Rusia.

Las madres alzaban á sus hijos en brazos para que conociesen á *su salvador* y le adorasen; los ancianos evocaban sobre su frente las bendiciones del cielo.

Aquel público regocijo pasaba los límites del entusiasmo; era frenesí, era locura.

Las calles estaban sembradas de flores; las paredes cubiertas con ricas colgaduras; habíanse erigido por do quiera arcos triunfales de una riqueza inmensa, y parecia que la exaltada imaginacion de los artistas se habia

excedido á sí misma, creando ornatos de exquisito gusto y régia magnificencia.

Hasta el cielo parecia tomar parte en la fiesta, pues el sol brillaba sobre un azul espléndido, dorando con sus rayos todos los objetos.

Cuando, por fin, las atalayas avisaron la llegada del *Deseado*, las tres mil campanas de Moscou tocaron á vuelo, confundiéndose sus alegres tañidos con los disparos de las armas de fuego y los gritos de la multitud.

Adelantábase, majestuosa é imponente entre tanto, la comitiva real. Abrian la marcha los polacos; venian, despues de éstos, los timbales y las trompetas; luégo una cuadrilla de caballeros armados con lanzas; los arcabuceros, las carrozas tiradas por seis caballos cada una, y los caballos del czar ricamente enjaezados; en seguida marchaban los tambores de los regimientos rusos, y por último, el clero, conduciendo la cruz, precedia á Dimitri, quien, montado en su caballo blanco y vestido magníficamente, llevaba al cuello un collar del valor de ciento cincuenta mil ducados. Iba rodeado de sesenta boyardos ó príncipes, á quienes seguian los lituanios, los alemanes, los cosacos y los strelitzes, produciendo sus diferentes trajes un sorprendente golpe de vista.

Así que el ansioso pueblo divisó á Dimitri, se postró gritando:

—¡Viva nuestro padre, el soberano y gran duque Ivanovitch! ¡Dios le ha salvado para el bien de Rusia!

Los mercaderes de Moscou se adelantaron á ofrecerle regalos y los panes de bien venida; pero el czar aceptó solamente el pan, diciéndoles que preferia ver las riquezas en manos de sus vasallos.

Llegó á su vez el patriarca, seguido de muchos boyardos, y cantaron el himno *In plurimos annos*, para atraer sobre él las bendiciones del cielo.»

Hasta aquí el historiador, cuyas palabras trascribi-

rémos más de una vez al relatar estos extraños sucesos.

Entre los boyardos que salieron á recibir á Dimitri, éste distinguió á Alejo, y adelantándose hácia él le hizo seña de que á su vez se acercase. Obedeció Alejo, y el príncipe, cogiéndole con efusion la mano y estrechándola entre las suyas, murmuró en voz baja:

—¡Pobre Jorge!

Adivinó sus palabras más bien que las oyó la multitud, afligida y consternada por la imprevista muerte del tribuno, noticia que se habia extendido rápidamente por todas partes, y redobló sus aclamaciones, pareciéndole generoso rasgo, el que el príncipe, en tan solemnes momentos, se acordase del que al fin no era más que un servidor del trono; que así, cuando el aura popular se declara en favor de alguno, pondera y eleva hasta las nubes las más insignificantes acciones.

El general Pedro Basmanoff era el encargado de dirigir al czar el discurso de bienvenida; y aunque tosco soldado, supo improvisar un discurso que, si no era notable por las formas y la elegancia, lo era por la sencillez y la verdad de los sentimientos.

Era preciso contestar á su discurso con otro. Dimitri sacudió su rubia cabellera, y pronunció algunas palabras halagadoras con voz tan dulce, que supo hallar el camino de todos los corazones.

Su elocuencia no era la elocuencia de Jorge; no subyugaba, pero conmovia, y aunque por distintos medios, alcanzaba los mismos fines.

Nutridas aclamaciones respondieron á sus palabras, y un diluvio de flores, arrojadas desde las ventanas por las damas cayeron en torno suyo.

Si es hermosa la gloria, si son embriagadores los triunfos de la ambicion para los hombres saciados de desengaños, ¡cuánto más deslumbradores debian ser para

aquel jóven, salido de una prision, que ignoraba las miserias de la vida!

Dimitri creia soñar, y durante todo el tránsito fué jurándose mil y mil veces á sí mismo hacer la felicidad de aquel pueblo, que le dispensaba tan lisonjera acogida.

Entró primero en la iglesia de la Asuncion, y luégo en la de San Miguel Arcángel. Allí se inclinó llorando sobre el sepulcro de Ivan, pronunciando con el acento de una profunda emocion:

—¡Oh, querido padre mio! tú me habias dejado huérfano y desterrado; pero tus santas oraciones me han salvado, y reino!...

Y la muchedumbre repetia, trasportada de júbilo y entusiasmo:

—¡Éste es el verdadero Dimitri! ¡Éste es el hijo de Ivan IV!

Así que el czar salió del templo, el príncipe Mislawski arrojó sobre él, segun antigua usanza de Moscou, multitud de moneditas de plata contenidas en un vaso sagrado, que recogió con avidez el pueblo entre frenéticos *hurras*.

Llegó por fin Dimitri á saludar el regio palacio en donde habia habitado su padre, en donde su padre habia exhalado el último suspiro; su corazon se oprimió, y sus ojos se inundaron de lágrimas de pesar y de alegría.

Cuando recobró la serenidad, alzó al cielo los ojos y bendijo á Dios por su inescrutable justicia.

Pero en aquel mismo instante sus miradas tropezaron con una mujer vestida de luto, con el cabello esparcido y el ademan desolado, que pugnaba por acercarse á él.

Dimitri sentia un inmenso deseo de hacer bien, en aquel momento en que Dios derramaba sobre él tantos beneficios, y mandó á los que le rodeaban que la abriesen paso.

—¿Sufrís? le preguntó con efusion, cuando ya llegaba cerca de él; ¿puedo hacer algo por vos?

—¡Ah, señor! exclamó aquella mujer hincándose de rodillas; mi esposo gime prisionero. ¡Perdon para él, perdon!...

—Señor, se apresuró á decir Basmanoff, que iba al lado del czar; el marido de esta mujer se llama Vasili Chiuski...

Dimitri se estremeció; en un instante pasaron por su imaginacion la estrecha torrecilla que le habia servido de cárcel, los martirios de su infancia, las batallas de su juventud...

Pero sabía que es de corazones hidalgos el perdonar; le pareció que era el mismo Dios el que le ofrecia aquella ocasion de vencerse á sí mismo y mostrarse digno del trono que le habia otorgado, y tras un solo momento de vacilacion, exclamó con nobleza:

—¡Id en paz, vuestro marido está ya libre!

Frenéticos vivas acogieron estas magnánimas palabras, y Dimitri fué llevado en triunfo hasta la misma escalinata del palacio.

«Pero en aquel instante, dice el historiador citado, se levantó de improviso un huracan impetuoso que derrumbó los arcos triunfales é hizo trizas las guirnaldas de flores. Aquella extraña casualidad apagó la efervescencia del pueblo, que dedujo de ella un triste agüero.»

¿Era la voz del destino, que así advertia al czar que huyese de los Chiuski? ¿Era un aviso del cielo para mostrarle la voltariedad de las cosas del mundo?

Cuando Alejandra se quedó sola, se pasó la mano por la frente y murmuró con una extraña sonrisa:

—¡Pobre niño! Mucho entusiasmo ha despertado tu presencia; no há muchos dias lo despertaba Jorge. ¿Quién se ha acordado del tribuno muerto, en esta fiesta de los

vivos? ¡Como estatua de nieve, el ídolo de ayer se funde á los rayos de cada sol que nace!

¡Misterio incomprensible del corazon humano! ¡La que así pensaba, tendia, sin embargo, con avidez la mano hácia la efímera corona, y aspiraba al aplauso de aquella inconsciente muchedumbre, aunque fuese á costa de la paz de su vida y su salvacion eterna!

Internóse Alejandra por desiertas y apartadas calles, y sólo se detuvo delante de un sombrío edificio rodeado de jardines, que se hallaba situado á la otra parte del Moscowa.

Rodeó las altas tapias del jardin, y dió dos golpes á una puerta de madera que se hallaba en uno de sus extremos, casi oculta por el follaje.

Abrióla una monja de mediana edad y facciones vulgares, quien, al ver á Alejandra, dió grandes muestras de regocijo.

—Entrad, dijo, entrad; la ilustre señora os está esperando con suma impaciencia. Cien veces ha preguntado por vos esta mañana.

Y echó á andar delante de Alejandra.

—¿Habeis visto al nuevo czar? la preguntó sin dejar de proseguir su camino. Dicen que es muy gallardo; pero ¿será el verdadero hijo de Ivan IV? ¡Eh, eh! Muchos lo dudan; ¡y á fe que sería chistoso lance si toda Rusia prestara homenaje á un aventurero! Ha habido mucho entusiasmo, ¿no es cierto? Desde aquí se oian los gritos de la muchedumbre...

Alejandra no respondia ni siquiera con un ademan á la impertinente charla de la hermana, y cuando llegó á los aposentos superiores la despidió con un gesto imperativo, al cual la monja no pudo resistirse.

Sola ya Alejandra, procuró dar á su dura fisonomía una expresion más dulce, y empujó suavemente la mampara que conducia á la vecina estancia.

Veíase en ésta á una mujer de avanzada edad, reclinada en un gótico sillon y leyendo atentamente un papel que tenía en la mano.

En su rostro, surcado de profundas arrugas, se descubrian aún algunos rasgos de su pasada belleza; pero nadie hubiera podido adivinar, en la encorvada y pálida anciana, á la que habia rendido con su gracia y su hermosura el corazon de Ivan IV y hecho el encanto de su corte.

El tiempo habia impreso rudamente sus huellas en aquel rostro marchito, del cual parecia que la floreciente juventud nunca habia podido ser patrimonio. Sus cabellos estaban blancos como los copos de nieve que cubren las montañas; su tez amarillenta como una hoja seca; apagadas é inciertas sus miradas, como la llama de una lámpara próxima á extinguirse.

Su mano izquierda, que entónces sostenia el papel, estaba agitada por un temblor convulsivo, miéntras que con el descarnado índice de su derecha señalaba los caracteres que parecia descifrar con esfuerzo.

Era, en fin, la imágen de la caduca vejez, que ni una sóla flor conserva de su pasada primavera.

No hemos hecho mencion hasta ahora de la viuda de Ivan IV, desde que en Uglitch lloró la muerte de su hijo, porque su vida desde entónces está explicada con una sola palabra: sufrir, sufrir siempre.

Despues de haber perdido á su esposo y el trono, habia perdido á su hijo más amado; ¿podian sus ojos cesar de verter llanto?

El carácter de Marfa era dulce y tímido, como ya hemos dicho otras veces; necesitaba la felicidad para dar expansion á su débil alma, como necesitan las flores un rayo de sol que las vivifique. Pero á Marfa nunca la habia sonreido la fortuna, y su espíritu se habia empobrecido y aniquilado. Las tempestades morales la ha-

bian robado su escasa energía, y en su terror habia divinizado los males que la aquejaban, trocándolos en fantasmas terribles que la perseguian con su maléfico influjo, y poco á poco se fué convirtiendo en una pobre visionaria, que todo lo veia al traves del falso prisma de sus quimeras. No habiendo acertado á comprender los arcanos de la Providencia, que mortifica á los espíritus más puros para ensalzarlos, se habia apartado de Dios, que á su parecer la abandonaba, para arrojarse en brazos de estúpidos hechiceros, que á cambio de sus joyas la prometian descubrir á los asesinos verdaderos de su hijo.

No ignoraba esta debilidad de la ex-czarina Alejandra, cuando supo por Chiuski que Dimitri existia, y desde aquel mismo momento, astuta y precavida, pensó en los medios de conjurar el lejano peligro.

Hízose anunciar como famosa adivina á Marfa; logró introducirse en su estancia, y rodeándose de misterioso aparato, supo de tal modo imponerse á su credulidad, que la anciana quedó en breve y completamente subyugada.

Entre los varios sucesos insignificantes que se realizaron, porque asi estaba dispuesto de antemano, la predijo la imprevista y rápida caida de Boris, lo que, le dió gran crédito en el convento, y luego que un oscuro fraile llamado Otropief, tomaria en época cercana el nombre del muerto Dimitri para proclamarse heredero y sucesor de Ivan IV, y ocupar el trono.

Así, pues, á la primera aparicion del príncipe, Marfa, persuadida por el extraño vaticinio, habia alzado su voz desde el claustro para protestar contra el miserable impostor que se atrevia á tomar el nombre de su hijo.

Al pié de la declaracion que Alejandra habia sabido arrancar á Alejo, ella habia puesto con mano trémula su firma; á cuantos discursos habia pronunciado Jorge,

ella habia contestado con el «mentís» más solemne; pero veia con asombro que el pueblo despreciaba sus palabras para dar crédito á aquella maravillosa historia, y empezó á flaquear su firmeza, penetrando por fin la esperanza en su conturbado corazon.

—¡Quién sabe, decia á veces y casi á pesar suyo, quién sabe!... ¡Dios es Dios y puede obrar milagros!

El primer cuidado de Dimitri, al recobrar la libertad, habia sido escribir á su madre; pero las monjas, fanatizadas por Alejandra, ejercian una vigilancia tan exquisita, que, á pesar de cuantos subterfugios emplearon los emisarios del príncipe, no pudieron jamás hacer llegar hasta Marfa ninguna de sus misivas.

Sólo la última, la que le habia escrito al salir de Tula, en vísperas ya de ser coronado como czar de Rusia, habia tenido la fortuna de que las mismas monjas la entregasen á Marfa, temerosas del castigo si el monarca descubria sus manejos.

Y era aquella misma carta la que la anciana tenía entre las manos, descifrando ya por centésima vez sus caracteres. Las frases de Dimitri, llenas de apasionada y respetuosa ternura, llenas de recuerdos de la infancia, que tan grabados habian quedado en su memoria, la habian conmovido toda el alma, y el misterioso *quién sabe* volvia á resonar con más frecuencia en el fondo de su corazon.

Al ver á Alejandra se estremeció. Parecióle la fria imágen del destino, que venía á romper bruscamente sus halagadores ensueños.

Y no obstante, ella la habia llamado; ella se habia valido de todo su influjo para hacer que viniese del apartado convento adonde la habia confinado Jorge, ansiosa de acudir á su ciencia, en medio de tal conflicto.

¿Ignoraba que Alejandra era esposa de Chiuski, que Chiuski habia aspirado á la corona, y que debia ser, por

lo tanto, enemiga del nuevo czar? Nó; pero tenía una fe ciega y absoluta en la ciencia de aquella mujer, y creia que el destino hablaba por sus labios, áun á despecho de ella misma.

—Acercaos y leed, la dijo tendiéndole la carta; leed... Lo confieso, estoy trémula, conmovida... ¿Lo creeríais?... Dudo... espero... ¿No es verdad que es una insensatez esperar?.....

Daba lástima ver aquella débil anciana luchando con sus encontrados sentimientos.

—¿Por qué? dijo Alejandra con voz dulce y triste á la vez. La esperanza es inherente al corazon del hombre.

—¡Ah! suspiró Marfa; y sus mejillas se cubrieron de púrpura, y tuvo que poner una mano sobre su corazon, porque la ahogaban sus tumultuosos latidos.

Tomó Alejandra la carta, y la leyó muy despacio, como si meditase sobre cada una de sus palabras.

—No es extraño que os haya conmovido, repuso luégo, devolviéndosela; ved... lloro... ¡y no soy madre!...

—Pero, ¡Dios mio! prorumpió Marfa con exaltacion; ¿será cierto?... ¡Con que vos... participais de mis dudas... de mis vacilaciones!.....

—Yo no soy más que una pobre mujer, respondió Alejandra, á quien el cielo ha concedido el dón funesto de leer en lo futuro y descifrar los arcanos de la vida.

—¿Le habeis visto? preguntó la anciana respirando apénas y apoyando su crispada mano sobre el brazo de Alejandra.

—¡Sí!... dijo ésta lentamente y en voz baja.

—¿Es bello?

—Como nos pintan los griegos á los dioses del Olimpo.

—¿Le creeis bueno?

—Su primera accion ha sido un beneficio: me ha otorgado la libertad de mi marido.

—¡Ah, le admirais, pues, y le estais agradecida!...

—Quisiera que fuese vuestro hijo...

—¿Os parece posible?

—Hablará la ciencia...

—¡Os parece posible! repitió Marfa con embriaguez. ¡A vos, en cuya frente reside la sabiduría!

Pero, añadió pasando rápidamente del júbilo al desaliento, ¿no recordais que se tomó acta de su muerte, que yo misma vi su cadáver, pues aunque su rostro estaba desfigurado vestia su mismo traje, que asistí á su entierro, que lloré sobre su tumba?...

—Los hombres pueden engañarse, replicó Alejandra; sólo Dios es infalible... hablará la ciencia...

Levantóse Marfa, y dirigiéndose á un pequeño armario embutido en la pared, sacó de él várias lamparitas de oro y un ancho vaso de cristal.

Alejandra tomó estos objetos con aire grave y solemne, y pronunció sobre ellos misteriosas palabras en voz baja, miéntras que Marfa, de pié á su lado, espiaba su semblante y sus acciones con una ansiedad indecible.

Raro contraste ofrecian aquellos dos rostros, lleno de hermosura y vida el uno, pálido y marchito el otro; raro contraste ofrecian, sobre todo, la imperiosa mirada de la una y la humilde é inquieta mirada de la otra. ¡Ah! la suerte se habia equivocado neciamente al colocar la diadema en las sienes de la segunda, y orlando la frente de la primera con una sencilla corona de rosas.

Alejandra sacó del pecho un pomo de agua cristalina y trasparente, con la cual llenó el vaso, poniendo ántes en el fondo las lamparitas de oro. Luégo encendió una vela de cera, y poniéndose de hinojos recitó algunos versos en una lengua desconocida.

Marfa iba perdiendo el color á medida que se acercaba el momento decisivo; y cuando vió á Alejandra pronta á encender las lamparitas, arrojó un grito y exclamó fuera de sí:

—¡Oh, áun no! ¡me falta el valor!...

Alejandra fijó en ella su imperiosa mirada; bajó la anciana los ojos, y asiéndose fuertemente á la mesa murmuró en voz baja:

—Proseguid...

Alejandra encendió las lamparitas y se puso á observar atentamente la llama que se reflejaba en el agua del vaso.

Las llamas, azuladas é impelidas por el aire, describian pequeños círculos que aparecian y se borraban para aparecer y borrarse de nuevo, pero con un movimiento tranquilo y uniforme.

Reinaba en la estancia el más profundo silencio, interrumpido tan sólo por los latidos del corazon de Marfa, silencio que se prolongó por espacio de algunos segundos, hasta que Alejandra, con el cabello erizado y los ojos extraviados, gritó de improviso:

—¡Desgraciada!... ¡oh, desgraciada!...

—¿Qué? preguntó Marfa anhelante.

—Los círculos reposan... la superficie del agua es tersa... ¡Dimitri ha muerto... héle allí... héle allí tendido en su helada sepultura!... ¡Qué tranquilo está durmiendo el sueño eterno!... Pero entónces, ¿quién es aquel á quien el pueblo apellida Dimitri, postrándose de rodillas á sus plantas? ¡Ah!... ¡Mirad cómo las llamas se inclinan y rastrean sobre la superficie del agua... ¡Es el fraile Otropief! Hé ahí cómo escribeu las llamas su historia oscura, su ambicion vulgar, su éxito debido á las discordias intestinas... Pero ¿qué es esto, qué es esto?... El agua se estremece... gime... gira en rápido torbellino, sube en burbujas que parecen de sangre, iluminadas por la llama rojiza de las lámparas... El corto reinado del intruso será de guerra y exterminio. Pero ¿qué es esto, qué es esto? ¡Ay, que los círculos se borran!.... ¡ay, que las llamas se extinguen!... ¡Naciones extranjeras invadieron el patrio suelo convirtiendo en esclavo al pueblo moscovita!...

Irguióse Alejandra al pronunciar estas palabras, y majestuosa y terrible prosiguió con profético tono:

—¡Marfa, Marfa, el destino ha hablado!...

¡A tí te toca regenerar, salvar la patria!.....

¡Esposa de Ivan IV, tu hijo ha muerto, y es preciso que arranques al impostor su odiosa máscara!...

¡Pronto, pronto, ántes que el trono se derrumbe, ántes que la tierra se cubra de cadáveres, ántes que la cólera suprema te arroje á los oscuros antros para que purgues entre el fuego eterno tu crédula ignorancia!...

Calló Alejandra, fijando su imperiosa mirada en la emperatriz, que se habia dejado caer de rodillas y sollozaba amargamente.

¡Habia perdido para siempre su única esperanza!

Reinó durante largo rato un profundo y lúgubre silencio. Luégo la anciana se levantó y fué á sentarse de nuevo en el sillon. La ligera púrpura de sus mejillas habia desaparecido; habíase apagado el pasajero brillo de sus ojos, recobrando su semblante aquella expresion inanimada y estúpida que le caracterizaba.

Alejandra permanecia de pié junto á las lamparillas apagadas, fria, inmóvil, muda...

—Idos, dijo por fin la emperatriz; se hará lo que el destino ordena.

Y como corolario de su mandato, recostó su blanca cabeza en el respaldo del sillon y cerró los ojos.

Alejandra imprimió un beso en su mano helada, y salió de la estancia y del convento.

Dirigióse hácia el Moskowa, y apoyándose en el tronco de un árbol, miró cómo corrian sus aguas cristalinas.

Parecia contemplarlas con suma atencion; pero su pensamiento estaba en otra parte.

—¡Ah! murmuró por fin pasándose la mano por la frente! acabo de arrebatar á una madre su hijo... acabo de privar á un hijo de su madre! ¿Dónde estará el mio?...

No sé por qué me siento el alma torturada... ¿Qué importa matar á un hombre? Pero ¡arrebatar á una madre su hijo... el sér de su mismo sér... cuya mirada tiene todos los resplandores del sol, cuya voz encierra todas las armonías del cielo!...

Apoyó la ardorosa frente entre las manos, y quedó otra vez muda y pensativa.

Acercábase entre tanto una barquichuela, deslizándose airosa y ligera sobre las espumosas ondas.

Lanzóse en ella Alejandra, así que llegó á la orilla, y el barquero que la guiaba, volviendo á apoderarse de los remos, la dirigió hácia la parte opuesta del Kremlin.

Pronto llegaron á un sitio en que las aguas del rio bañaban los muros de un alto y sombrío edificio, y ambos, saltando á tierra, penetraron en su misterioso recinto.

Atravesaron el vestíbulo, subieron por una ancha escalinata de mármol, y llegaron á un salon inmenso, en donde, alrededor de algunos brachones, se agrupaban muchos hombres.

—Y bien, preguntó uno de ellos, saliendo al encuentro de Alejandra.

—Dimitri no recibirá la sancion de la ex-czarina, respondió ésta con ademan triunfante.

Un murmullo de alegría acogió la placentera noticia. Aquellos hombres diéronse las manos entre sí, acercáronse unos á otros, y en voz baja siguieron concertando sus misteriosos planes.

El dia siguiente era el destinado para ceñir al nuevo czar la diadema arrancada violentamente á la familia de Boris, despues de haberla bendecido y consagrado.

Efectuóse con toda pompa la solemne ceremonia, siendo despues el príncipe proclamado emperador bajo el nombre de Dimitri Ivanovitch; reconocimiento que debia obtener luégo una sancion más importante en la entrevista del nuevo monarca con la viuda de Ivan IV.

La coronacion del emperador se habia verificado á las doce, y debia verificarse á las cuatro la entrevista, en medio de la plaza pública, para que todos pudiesen juzgar de los sentimientos que afectasen á la madre y al hijo en aquel solemne instante.

Las semillas que esparce la calumnia, rara vez dejan de producir rápidos y sazonados frutos.

Se habia dicho que Marfa no reconoceria á su hijo. Varios hombres diseminados entre la multitud eran los encargados de propalar esta noticia y apagar con otras mil pérfidas suposiciones el entusiasmo popular.

El entusiasmo y la indiferencia son contagiosos; las masas recorren en un sólo instante la larga escala que los separa.

Cuando los dispersos nubarrones están cargados de electricidad, basta que una ráfaga del huracan los amontone para que estalle una tormenta: en poco tiempo se habia trabajado mucho, se habia procurado dar á los ánimos ese grado de exaltacion que hace posible un repentino conflicto.

Los pareceres eran distintos, las controversias ruidosas, degenerando casi siempre en disputas acompañadas de blasfemias y amenazas; cundia el desaliento entre los amigos de Dimitri; alentaban y se ensoberbecian sus enemigos.

En donde más se discutia, en donde más se vociferaba, era en la plaza, llena ya desde muy temprano de un gentío inmenso que pugnaba por avanzar y ocupar los primeros puestos.

Para contener sus ímpetus, habíase colocado una triple hilera de soldados, cuya glacial inmovilidad ofrecia un raro contraste con la multitud inquieta y bulliciosa. Notábase la misma agitacion entre las damas, que ricamente engalanadas ocupaban todas las ventanas y sostenian entre sí acalorados diálogos.

Por fortuna, mucho ántes de que sonase la hora fijada para la ceremonia, los ecos de las músicas militares anunciaron la llegada del emperador.

¡El hijo estaba ansioso de abrazar á su madre! Éste era un feliz presagio para sus amigos, que cobraron ánimo. Algunos de éstos observaron al mismo tiempo que, al acercarse el instante decisivo, se cruzaban miradas de inteligencia entre algunos nobles boyardos, los principales jefes del ejército y los misteriosos individuos confundidos entre el pueblo, y que llevaban uniformemente una cruz verde en el pecho.

Las palabras de intriga y traicion cundieron con rapidez por todas partes, contrabalanceando las calumnias primitivas.

¿De quién sería la victoria, de amigos ó enemigos?

La ansidad era espantosa, y ni un solo grito acogió la llegada del emperador.

Los espectadores de la escena que iba á representarse estaban silenciosos, mudos, palpitantes de emocion.

Adelantóse Dimitri hasta el centro de la plaza, radiante de esplendor y de hermosura.

Iba montado en un soberbio caballo, cubierto con una mantilla de púrpura y oro; como de oro, púrpura y piedras preciosas era la imperial vestidura del jinete. Ceñia la frente de éste la pesada diadema de Rusia, por debajo de la cual se escapaban los bucles de su rubia cabellera.

Seguian al emperador los magnates de la corte, que habian procurado rivalizar con él en lujo y riqueza, sin poder igualarle, como no puede igualar el humilde insecto á la brillante mariposa.

Dimitri parecia olvidado de la muchedumbre que le cercaba, absorto en una sola idea.

Sus miradas estaban fijas en el ángulo de la plaza por donde debia aparecer su madre, y toda su ternura filial

estaba retratada en sus ojos rasgados y azules, empañados por el llanto.

¡Oh, nó! Aquella mirada no era la mirada oblicua y recelosa de los culpables; era el espejo fiel de un alma noble y pura.

El pueblo sabe comprender mejor los sentimientos que las ideas, y se sintió conmovido.

La viuda de Ivan IV se hizo esperar durante mucho tiempo, y sólo despues de sonar la hora señalada asomó á lo léjos el cortejo que la acompañaba.

Al divisarla elevóse de todas partes un sordo murmullo; estrecháronse las filas; pudiérase decir que toda la vida de los circunstantes se habia reconcentrado en sus ojos.

Á aquel primer murmullo sucedió un profundo silencio; la agitacion era indecible, pero muda. El desenlace del drama se acercaba, y nadie queria perder sus menores detalles.

En medio de esta general zozobra de amigos y enemigos, sólo el czar estaba tranquilo; sólo su semblante se animó al oir que se acercaba su madre; sólo sus ojos se iluminaron con los rayos de una férvida alegría.

La viuda de Ivan IV estaba toda vestida de negro, y venía en una litera llevada en hombros por cuatro boyardos.

Al llegar al sitio en donde se hallaba el emperador, se detuvieron, y Marfa salió lentamente de la litera, apoyándose en sus servidores; miéntras Dimitri, arrojándose del caballo con un movimiento impetuoso, corrió á arrodillarse á sus piés.

Marfa, más pálida y más temblorosa que nunca, volvió la cabeza á otro lado, y reuniendo sus fuerzas se preparó á fulminar su terrible anatema sobre el intruso.

—¡Madre, madre mia! gritó Dimitri con delirante expresion.

A este grito, á este dulce nombre, invocado con tal fervor, espiró la palabra en los labios de Marfa.

Precipitóse hácia el jóven como una insensata; cogió entre sus manos su rubia cabeza; contempló rápidamente su semblante, y exclamó fuera de sí:

—¡Es él... es mi hijo... es mi Dimitri!

La naturaleza habia triunfado.

Los enemigos del emperador soltaron un rugido de cólera; el pueblo prorumpió en estrepitosos vivas.

Madre é hijo permanecian estrechamente abrazados, confundiendo sus lágrimas, sofocados por la emocion, ajenos á cuanto pasaba en torno suyo.

Los espectadores comprendian la verdad de aquellos sentimientos, y á los vivas tambien habian sucedido las lágrimas.

Por fin, Marfa se arrancó de los brazos de su hijo, y exclamó con entonacion fuerte y resuelta:

—¡Pueblo ruso, príncipes y boyardos, venerables sacerdotes, oficiales y soldados de nuestro valiente ejército! oid, oid, oid...

Que se adelante el más anciano de entre vosotros, cualquiera que sea su rango ó su fortuna.

Agitóse, como un campo de espigas azotado por el viento, la muchedumbre, y abrió paso á un anciano que habia saludado cerca de noventa veces el sol de invierno, y que andaba trabajosamente apoyado en su baston.

Cuando llegó junto á la emperatriz, ésta le habló algunos instantes en voz baja, y luégo repuso en alta voz:

—Acabo de confiarle lo que debe responder Dimitri á mis preguntas, si es el hijo de Ivan IV. ¡Que Dios le inspire, y salga triunfante de la prueba, porque tengo la seguridad de que es mi hijo!

Príncipe, añadió con vivísima emocion; ¿qué os dijo vuestro padre, al poneros ese mismo collar que adorna vuestro cuello?

—Mi padre, exclamó Dimitri con acento conmovido, pero firme, me llamó pocas horas ántes de morir, y me dijo, adornándome con esta preciosa joya: Este collar ha sido fabricado con el primer oro y las primeras piedras preciosas extraidas de las minas de Siberia; lo labró un artífice griego, á quien salvé la vida en una batalla, áun á riesgo de la mia.

Sea para tí símbolo de gloria, que te encamine á altas empresas; símbolo de amor, que te impela á esparcir en torno de tí los beneficios.

—¡Esto dijo su padre! exclamó la emperatriz.

—Esto dijo, repitió el anciano.

—¡Viva! ¡viva! gritó el pueblo.

—Oid, oid, oid, repuso Marfa.

Habló algunas palabras al oido del anciano, y preguntó á Dimitri.

—¿Qué ocurrió en la mañana de aquel mismo dia en que, segun pública voz, fuísteis asesinado?

—¡Oh! bien lo recuerdo, exclamó el jóven...

Habíamos salido mi madre y yo, solos, á dar un paseo por el campo. De pronto, nos salió al paso un entierro: una niña, á quien otras niñas llevaban en hombros, siguiéndolas la madre desolada. ¡Oh, madre mia! exclamé yo; ¿qué sería de vos si yo muriese? ¡Dad á esa infeliz todo el dinero que tengais, para que pueda levantar una tumba á la pobre niña muerta!

—¡Esto dijo, esto dijo! exclamó Marfa triunfante.

—Esto dijo, repitió el anciano.

—¡Pueblo ruso! clamó de nuevo la emperatriz, ¡éste es Dimitri, éste es el hijo de Ivan IV, éste es vuestro legítimo monarca!

Gritos delirantes acogieron sus palabras; la muchedumbre se precipitó hácia el czar, arrollando la triple hilera de soldados, que en vano intentaban detenerla.

—¡Dejadlos! exclamó Dimitri, ¡dejadlos! ¡son mis hi-

jos!... ¡Entre ellos y yo no deben existir más vallas que las del amor!... ¡Tomad! añadió, arrancándose todas las joyas que llevaba encima y arrojándolas al pueblo; ¡tomad, y ved que va envuelto en ellas el corazon de vuestro soberano!

¿Quién podrá pintar la escena conmovedora y sublime que sucedió á estas palabras? No tiene palabras el lenguaje humano para expresar á la vez tantos y tan distintos sentimientos: el júbilo de la madre, la embriaguez del hijo, el entusiasmo de los circunstantes.

Dimitri fué llevado en triunfo al palacio de sus padres; Marfa fué llevada en triunfo al convento de la Ascension, en donde se le habian preparado habitaciones convenientes á su rango.

„Dimitri, dicen de comun acuerdo todos los historiadores, no experimentó en esta entrevista ni confusion, ni inquietud; la conmocion de la emperatriz fué la de una verdadera madre, y tanto en sus ademanes como en sus palabras, la voz de la naturaleza pareció constantemente pura y fiel."

Tal fué el juicio que todas las personas sensatas é imparciales formaron de aquel solemne acto.

Al entrar Dimitri en sus habitaciones le entregaron un pliego sellado: era del palatino de Sandomir.

Apénas se halló solo, sacó el precioso manuscrito, y murmuró en voz baja:

—¡Si contuviese una sola línea trazada por *ella*! Pero nó, añadió suspirando; ¡es la viuda de mi bienhechor!... ¡Nada más que este deseo insensato profana su sepultura!... ¡Sin embargo, hubiera dado toda la felicidad de este dia por una línea trazada por su mano!

Y Dimitri hizo saltar, suspirando, el sello, y cuando los papeles cayeron desparramados sobre la mesa experimentó una sensacion tan profunda, que apoyó su ardorosa frente en sus manos, y permaneció inmóvil un instante.

No se atrevia á examinarlos, temiendo ver desvanecerse la débil esperanza que, áun á pesar suyo, alimentaba en el fondo de su alma.

Luégo pasó repentinamente del temor á la ansiedad, y cogiendo con febril impaciencia los papeles, los recorrió con las mejillas inflamadas y el pecho palpitante.

—Ha vuelto á Sandomir, suspiró; ¡debia hacerlo!.. pero está enferma; ¿tan enferma que no ha podido añadir una sola línea á las cartas de su padre y sus hermanos?.. ¡Ay de mí! ¡ay de mí!...

Dejó caer los papeles, hundió la cabeza en sus manos cruzadas, y prorumpió en sollozos.

Largo rato permaneció en este estado.

El ángel de las felicidades humanas, al pasar en su carro de estrellas por encima del ámbito de la tierra, va arrojando á los mortales las flores que lleva en su divina canastilla; mas ¡ah! que al caer, las rosas y los lirios se mezclan y confunden con las adelfas y los espinos.

Las lágrimas brotan de la dicha, cual el rocío de la esplendorosa aurora.

El reflejo de la iluminacion penetraba en el aposento en donde gemia Dimitri, y los gritos de júbilo del pueblo respondian á sus amarguísimos suspiros.

CAPÍTULO XI.

A las espigas del estio sucedieron los frutos del otoño, y á éstos las nieves y escarchas del invierno, que la naturaleza inmutable sigue ejecutando sus evoluciones periódicas sin cuidarse de los hombres, átomos leves destinados á nacer y morir como los demas séres de la creacion, aunque crean en su soberbia que debe rendirles vasallaje cuanto existe.

Finalizaba una tarde triste y nebulosa del mes de Marzo.

En un ángulo del jardin del castillo de Sandomir se elevaba un magnífico mausoleo escondido entre lauros, adelfas y cipreses, y una mujer, vestida de riguroso luto, rezaba en voz baja, apoyada la frente en el mármol de la tumba.

Era Marina.

Vanas habian sido las diligencias practicadas para hallar el cadáver de Jorge; pero en el acto de abandonar á Tula para volver á Sandomir, un campesino la habia presentado un giron de la túnica que ella misma habia bordado para su esposo, siguiendo al ejército, y le habia mandado como prenda de cariño.

Marina le reconoció al instante, y apénas llegó á Sandomir, mandó construir aquel cenotafio para que guardase lo único que le quedaba del amado compañero de su

vida, cifrando su consuelo en ir á visitarle por mañana y tarde.

¡Ah! Puede enhorabuena la naturaleza seguir en su trabajo de trasformacion incesante, haciendo brotar la vida de la muerte y la muerte de la vida; que si logra que unas generaciones de hombres sucedan á otras generaciones, formando montañas con sus petrificados despojos, no puede, jamás podrá avasallar al espíritu, soplo divino, soplo esplendente, emanado del Eterno, inmutable é imperecedero como Él, que cuando los gusanos taladran los huesos y roen la carne que le sirve de sudario, se remonta á los cielos para aumentar aquel gran foco de luz que presta vida y movimiento al universo.

Y si no fuese así, ¿qué significaria el santo respeto á los muertos, el tierno culto que se tributa á la lápida de una tumba?

¡Ah! Es que el hombre sabe que aquella tumba simboliza aquel espíritu que se cierne en los espacios, y recoge con júbilo la piadosa ofrenda de lágrimas que le rinde el sér amado.

Abandona con indiferencia el bruto el cuerpo inanimado de su compañero; el hombre de todos los siglos guarda los restos de sus queridos difuntos, con el mismo ansioso celo con que guarda un avaro su tesoro. ¿Qué demostracion más elocuente puede haber, de que el espíritu humano no perece juntamente con su frágil envoltura? ¿que, como el fénix, renace de sus propias cenizas, y remontándose á las regiones etéreas prolonga su existencia por todos los siglos de los siglos?

Pensad en esto, infelices que á la más leve contrariedad de la suerte apelais al suicidio; pensad que el romper la cárcel que sirve de momentáneo albergue á nuestro espíritu, no termina sus sufrimientos, como no calma el dolor agudo el mudar de casa, de ciudad, ni de continente. Pensad que el drama humano no se desenlaza en

la fria sepultura, y que al pesar que os despedaza el alma, se añadirá, en otras regiones, el de no haber salido triunfante de la amarga prueba á que ha querido someteros la Providencia en esta vida finita, para que ciñérais en otra vida infinita los lauros inmortales.

—Señora, dijo á Marina la dueña que la acompañaba; estais débil, enferma, y la noche se acerca oscura y tempestuosa. Creo prudente que nos retiremos.

—¡Oh! nó, todavía nó! exclamó la triste viuda. ¡Aquí me parece que todo no lo he perdido, que él vive á mi lado y que escucha mis lamentos!

¡Era tan bueno, y me amaba tanto! ¡Considera que nos habíamos amado desde niños!

—Pero ¿creeis, interrumpió la dueña, que él no se afligirá desde los cielos al ver vuestro constante sufrimiento? ¡Ah! ¿por qué quereis turbar su santo é inefable reposo con vuestras lágrimas? Recordad las palabras del buen sacerdote: *A los muertos se les honra, nó con inútiles lamentaciones, sino ofreciéndoles frutos de virtud, de conformidad, de evangélica paciencia.* Tengo setenta y dos años: os he visto nacer, y por esto os hablo de este modo.

Levantóse Marina con presteza, besó el mármol de la tumba, y sonriendo tristemente se dispuso á seguir á su anciana compañera.

Apénas habian penetrado ambas en la calle de árboles que conducia al castillo, oyeron cerca de sí el rumor de pasos que se acercaban, y el murmullo de dos voces.

—¡Alejo! gritó Marina, creyendo reconocer una de aquellas voces.

Y pálida, desfallecida, abrumada por un mundo de dolorosos recuerdos, se apoyó en un árbol, y cubriéndose el rostro con las manos prorumpió en sollozos.

—Calma, calma, hija mia, dijo el palatino apareciendo entre el follaje, acompañado de Alejo; la vista de este buen amigo no debe impresionarte de este modo.

—Señora, añadió Alejo, comprendo los encontrados afectos que combaten y torturan vuestro corazon, por los que combaten y torturan el mio: temia esta entrevista, y sólo un imperioso deber me ha impulsado á venir á turbar vuestro reposo.

Hubo un instante de doloroso silencio.

Por fin Marina hizo un esfuerzo sobre sí misma, cogió á Alejo de la mano, y lo condujo junto al cenotafio.

Su padre y la dueña permanecieron discretamente en el mismo sitio.

—Aquí, dijo Marina con voz entrecortada por las lágrimas, guardo lo único que conservo de mi esposo: la suerte cruel hasta me ha negado el placer de poseer sus restos; amigo mio, perdonad mis lágrimas, tengo sumo gusto en veros junto á esta tumba; vos le amábais tanto como yo; él os amaba casi tanto como á mí.

Alejo se arrodilló en silencio, y durante algunos momentos las preces de aquellos corazones amantes se elevaron de consuno al cielo, como se elevan confundidos al espacio los perfumes de los pebeteros que arden sobre el ara.

Despues, ambos se levantaron, y Marina dijo con voz más sosegada á su amigo:

—Permitid que esta noche me retire á mi aposento; mañana tendré placer en veros y hablaros; hoy me parece que cualquiera palabra relacionada con las cosas de este mundo profanaria el sentimiento de nuestros corazones, llenos con el recuerdo de aquel á quien tanto amábamos.

Adios, Alejo, adios; descansad y recordad.

Condújole al hablar así junto á su padre, y despidiéndose de los dos, tornó al castillo acompañada de la dueña.

—¡Qué original es mi hija! exclamó el palatino; á duras penas soporto sus extravagancias. Primero una larga enfermedad; despues una convalecencia penosa y triste; luégo, viendo que los médicos no podian combatir su es-

tado de languidez y abatimiento, mandó venir á un sabio sacerdote, quien, léjos de combatir su locura, como yo esperaba, la infundió otras nuevas. Logró persuadirla de que á los muertos no se les honra con estériles lágrimas, sino haciendo el bien, y ahí la teneis levantándose con el alba, recorriendo las cabañas, cuidando enfermos, consolando afligidos, repartiendo limosnas á los pobres. ¡Os parece que son éstas ocupaciones dignas de la que debe sentarse sobre un trono?

—Perdonad, replicó Alejo; á mí me parece que son dignísimas, y que garantizan la felicidad del pueblo que se halle bajo el amparo de tan buena madre. Sin embargo, no era éste el contenido de vuestras cartas...

Mnichek se turbó.

—Leo en el corazon de mi hija más de corrido que ella misma, dijo con mal segura voz. Hay bastante vanidad en su constancia...

Y para dar otro sesgo á la conversacion, le habló de lo que se pensaba y decia en Polonia de Dimitri; y por último, pretextando que su huésped estaria cansado del viaje, lo condujo á su aposento.

Marina recibió á Alejo, al caer la tarde del siguiente dia, en su estancia severamente decorada, como convenia á su negro traje y al luto de su alma.

Estaba sentada en un gran sillon, cerca de una ventana abierta, desde la cual se divisaba el bosquecillo de cipreses en cuyo centro se elevaba la tumba de Jorge.

Inmutóse al ver entrar á Alejo, y le dijo con voz temblorosa:

—¡Nunca, nunca habia imaginado que nos volveríamos á ver así, sin que estuviese entre ambos el que era sosten é iman de nuestras vidas!

—¡Lo que Dios hace está bien hecho! respondió Alejo, que estaba tan conmovido y trémulo como ella.

—Sí, replicó Marina, lo que Dios hace está bien hecho:

es árbitro de todo y toma lo suyo cuando quiere; por esto me conformo con su voluntad y me someto sin murmurar á sus decretos.

—Me complazco de oiros hablar así, señora. De este modo, cuando yo en nombre de Dios os diga, como Jesus á Lázaro, *levántate y anda*, os inclinareis ante su voz, y obedecereis sus preceptos.

Marina fijó en él los ojos llenos de sorpresa.

—Os dije ayer, prosiguió gravemente el jóven, que sólo un alto deber me habia impulsado á venir á turbar vuestro reposo.

—Sí, exclamó Marina, lo recuerdo... y adivinaria de lo que se trata, si no fuérais vos quien se halla en mi presencia y quien me habla...

—Juzgad de la justicia de la causa cuando yo me he resuelto á apadrinarla.

Vengo en nombre del pueblo ruso, á suplicaros que consintais en regir sus destinos...

Hubo un intervalo de silencio.

—¡Ah! dijo por fin Marina, reconozco en esto la mano de mi padre.

—Nó señora, exclamó Alejo. El monarca necesita asegurar su trono por medio de una legítima sucesion; los nobles que forman su consejo y admiran vuestras virtudes, desean que seais vos la elegida.

—¿Y sois vos, el amigo, el hermano de Jorge, quien venís á proponerme que cambie por otro su adorado nombre?

—Porque he sido su amigo, porque he sido su hermano, anhelo que se lleve á cabo la obra que con tanto ardor y fe habia emprendido.

—¿No basta Dimitri para llevarla á cabo? Hasta mi solitario retiro llega el coro de alabanzas que todos de consuno entonan á su talento, á sus régias prendas... hasta mí llega el rumor de las bendiciones de sus vasa-

llos, que hallan en su paternal reinado la calma y el tranquilo bienestar que tanto necesitaban...

—Sí, exclamó Alejo con entusiasmo; hasta sus propios enemigos se ven precisados á rendir párias á su extraordinario talento, á sus virtudes... Jamás monarca alguno mostró más aptitud y más aplicacion para los negocios del Estado; jamás monarca alguno veló con tanto celo por los intereses de su pueblo, y, si se prolongase su reinado, Rusia llegaria á un estado tal de prosperidad y civilizacion que asombraria á las demas naciones de la tierra.

—Si se prolongase su reinado, balbuceó Marina estremeciéndose. ¿Pues qué?...

—Dimitri es demasiado confiado, demasiado crédulo; está cercado de enemigos, y cree desarmarlos con las armas de la bondad y la virtud. Necesita á su lado un corazon recto, un espíritu firme, que le aconseje y le guíe en el áspero sendero de la vida; necesita el regazo de una madre que le cobije, ya que la que le ha dado el cielo está casi demente...

Calló un instante, y luégo repuso:

—Sí, lo que Dios hace está bien hecho: quizás llamando á Jorge junto á sí ha querido allanaros el camino para que seais á la vez protectora del monarca, niño por el espíritu, si no por los años y la inteligencia, y del pueblo ruso, que es tambien un niño sin experiencia y sin cordura. Vuestro deber os llama junto á Dimitri: Dios lo quiere así, Marina. Ved qué pocas palabras busco para persuadiros, porque la conviccion íntima de ese deber se anida en mi alma, y estoy seguro de que pasará sin esfuerzo á la vuestra.

Dimitri me ha dicho sencillamente: parte y dí á Marina si quiere venir á ser la madre de mis vasallos. Ninguna palabra de amor ha salido de sus labios...

—Lo creo, lo sé: ántes ese sol que nos alumbra perde-

ria sus brillantes rayos, que Dimitri faltase en lo más mínimo á la memoria de su amigo...

—Y ¿nó creeis que sea un deber, un deber grande, imprescindible, volar al socorro de esa alma cándida, inocente, buena?... Y ¿nó creeis que sea un deber conservar á Rusia un padre, un protector, un monarca semejante? ¿Pensais que yo, el amigo, el hermano de Jorge, yo que habia cifrado en él toda mi ternura, hubiera venido á deciros que trocáseis su nombre por otro nombre, si no estuviese persuadido de que él desde el cielo bendice mi empresa y me alienta para que la lleve á cabo?... Partid, señora; id á Moscou, ocupad el trono, derramad á vuestro alrededor el bien á manos llenas, para que, al trasponer los sombríos umbrales de la tumba, podais volar triunfante junto al amado espíritu, y mostrándole el cáliz de lágrimas recogidas, decirle: he querido ser digna de tí: hé aquí mi obra.

Preciso es, además, que sepais toda la verdad. Vivís retirada en este rincon de mundo, y sólo ha llegado á vuestros oidos lo que propala el vulgo.

La calma que parece reinar en el imperio no es más que la alfombra de verdura que encubre el volcan, próximo á vomitar lluvias de fuego.

A su advenimiento al trono, Dimitri concedió infinitas mercedes. Entre las dignidades conferidas, habia muchas nuevas en Rusia, y que él instituyó á semejanza de las que habia visto establecidas en la corte de Polonia. Primer pretexto para los descontentos, que le acusaron de dilapidar el tesoro de la nacion.

Esto no era verdad; pues si habia creado esas nuevas dignidades, si habia otorgado mercedes, si habia doblado el sueldo de los empleados y del ejército, si habia hecho que se pagasen todas las deudas de la corona contraidas durante el reinado de su padre, en cambio habia suprimido los impuestos sobre el comercio y las formas

judiciales, castigando á los jueces que cohechaban, y haciendo publicar que él mismo recibiria las súplicas del pueblo en el peristilo de su palacio, señalando al efecto dos dias de la semana (1).

Habia mandado tambien que se entregasen los siervos fugitivos á sus dueños, y declarado libres á aquellos siervos cuya dependencia no estuviese aún confirmada con títulos auténticos, con lo que muchos recobraron su libertad.

Y poco á poco, entrando de lleno en el camino de las ilustradas reformas, no hay abuso que no haya estirpado, más con el ejemplo y el mandato, que con el castigo; no hay gasto superfluo que no se haya suprimido; no hay queja del pueblo que pronta y satisfactoriamente no haya sido atendida. ¿Os acordais, señora, de aquel maravilloso plan de gobierno que Jorge nos explicaba con su poderosa elocuencia?

Pues este mismo es el plan de gobierno que se ha trazado Dimitri, adicionado con las observaciones que le permitió hacer su estancia en la culta Polonia.

Queriendo que ninguna barrera pudiese separarle nunca de su pueblo, hasta ha despedido á su guardia polaca, colmándola de presentes, y pasea solo por las calles codeándose con la multitud, preguntando aquí, inquiriendo allá, siempre atento á corregir los abusos de los empleados, siempre atento á mejorar la condicion de los más pobres de sus vasallos.

No se ha limitado sólo á las prudentes reformas, á la economía en los gastos, sino que ha dotado al país de muchas industrias nuevas y desconocidas hasta el dia, mandando venir maestros y artífices de los demas paises civilizados, industrias que ofrecen trabajo y bienestar á los que ántes gemian en la miseria y el desamparo.

---

(1) Histórico.

Igual proteccion dispensa á las ciencias, á las letras y á las artes; y aquellos á quienes Dios ha dotado con la sublime llama del genio, están seguros de ceñir los bellos lauros, digna recompensa á sus afanes.

—¡Oh, grande y noble Dimitri! exclamó Marina con entusiasmo, ¡cómo te idolatrarán tus felices vasallos!

—Nó señora, repuso Alejo tristemente, que no hay cuadro de luz que no logre disipar la negra y traidora sombra, no hay flor de espléndida belleza que no marchite el rastrero insecto que roe su tronco durante el silencio de la noche.

Los soberbios boyardos no pueden llevar en paciencia unas reformas que menoscaban sus privilegios y franquicias. Además, las cualidades que hacen adorable á Dimitri en el trato íntimo son un escollo para él en el trono, porque el mundo sólo comprende la bondad para escarnecerla y pisotearla.

No sé cómo describiros su carácter: enérgico y resuelto cuando se trata de corregir una falta, de poner coto á una práctica desastrosa, va hasta el fin que se ha propuesto, sin que alcancen á combatir su propósito consideraciones de ningun género: sólo así ha podido conducir á un pueblo primitivo por la senda de la civilizacion en ménos de un año, llegando casi á rivalizar con las viejas naciones de Europa. Lo que cree justo, lo que cree prudente, lo lleva á cabo con una constancia inquebrantable.

Pero su genio no es suspicaz, no desconfía de nadie; ama, y cree ser amado; cree que bastan sus merecimientos para concitarle el general aprecio.

Sería imposible persuadirle de que los cortesanos que le tributan lisonjas y aparentan adorarle, puedan urdir en secreto tenebrosos planes para derribarle del trono.

Combate el mal y lo extirpa de raíz, sin querer fijarse en que existe el malvado: corta con mano firme un fraude, y no procura indagar quién lo comete.

Sabe que existen hombres perversos, pero no quiere hallarlos en los amigos que le cercan; cuando no puede negarse á la evidencia, piensa atraerlos á sí con sus virtudes, como si pudiesen jamás trasformarse los lobos en mansas ovejuelas. Necesitaria que una voz autorizada, que una voz amante y fiel, murmurase incesantemente á su lado: *desconfia*.

Es un carácter extraordinario el suyo, que no se sabe cómo definir, pues es á un tiempo águila y paloma.

No obstante, algunos hechos recientes deberian haberle advertido de que la tormenta empezaba á concitarse en torno suyo, si no se empeñase en considerarlos, á pesar de mis avisos, como hechos aislados y sin consecuencias.

Un monje del convento de Tchudof se ha atrevido no há mucho á resucitar la historia del fraile Otropief, y á sostener que era el mismo que se titulaba Dimitri, alegando que él habia sido quien le habia enseñado á leer.

Dimitri, con la confianza de la inocencia, se rió de su aserto y mandó que le dejasen libre; pero el fraile fué muerto secretamente, no se sabe por quién, y los boyardos se apoderaron con avidez de este segundo pretexto, esparciendo la voz de que el czar le habia hecho morir por temor de que se descubriese su verdadero orígen.

La impunidad de los detractores dió nuevos ánimos á los enemigos del trono.

En pos de aquel fraile, aparecieron el tio, la madre y la hermana de Otropief, quienes pretendieron reconocer á su deudo en el czar, afirmándolo con toda clase de protestas y juramentos.

Dimitri se rió tambien de ellos, y no quiso que se los redujese á prision ni se les formase causa.

—¡He de descender, me decia, á estas mezquinas y rastreras intrigas, que sólo pueden hallar eco entre el vulgo! Soy quien soy, y basta.

¡Ah! Dimitri no sabe que lo que designamos con la palabra *vulgo* forma las tres cuartas partes del género humano; que áun las personas más ilustradas repiten inconscientemente lo que oyen decir, robusteciendo la voz de la calumnia, que al principio es apénas perceptible, y poco á poco va formando un estruendo que resuena en todos los ámbitos de la tierra. No sabe que lo que nos empeñamos en llamar vulgo, y que conceptuamos frívolo, ligero, ávido de novedades, amante de lo maravilloso, por absurdo que sea, arrastra, no obstante, consigo la opinion de los hombres sensatos, de los sabios, la abruma con su peso y decide de la honra y de la fama mejor acrisoladas.

Aun hay más. Vasili Chiuski, á quien el imprudente Dimitri habia devuelto sus honores y habia conservado á su lado, empezó á propalar por todas partes que habia visto con sus propios ojos al hijo de Ivan IV en el ataud, y que el que ocupaba el trono no era otro que Otropief; su mujer decia, á cuantos querian oirla, que Marfa, sobre quien ejerce una extraña influencia, sorprendida en el primer instante, desea retractarse, porque mil circunstancias particulares la demuestran que no es su hijo aquel á quien públicamente ha proclamado como tal.

Y como si todo esto no bastase para abrir los ojos al incauto monarca, la Providencia, sin duda para salvarle, puso en sus manos, por medio de una extraña casualidad, los hilos de la trama que se fraguaba en secreto en contra suya.

Os he dicho que gusta de pasear sólo, vestido como un simple particular, para poder introducirse por todas partes y velar de cerca por los intereses de aquellos de sus súbditos, que se llaman los desheredados de la tierra.

Salió una tarde de Moscou, siguiendo la orilla del rio, y embebecido en sus pensamientos hubo de extraviarse en medio de un bosque. Se hizo de noche, y en vano recorria todas las sendas de aquel oscuro dédalo, buscando la

salida, cuando, ya perdida la esperanza de hallarla, le pareció que oia crujir las hojas que alfombraban el suelo. Temió que fuese algun oso; trepó por un árbol, y á favor de los ténues rayos de la luna, que lograban deslizarse aquí y allá por entre el follaje, vió que el que avanzaba con paso cauteloso era un hombre. Iba ya á pedirle auxilio, cuando asomó otro hombre por la encrucijada, y otro, hasta treinta.

¿Adónde iban? ¿qué se proponian hacer? ¿qué misterio encerraba aquella reunion nocturna?

Dimitri es valeroso y atrevido; deslizóse pausadamente y sin ruido del árbol, y siguió á la comitiva.

—¡Imprudente! exclamó Marina, juntando las manos con ademan de terror.

—Aquellos hombres, prosiguió Alejo, salieron del bosque, y se dirigieron á un cercano castillo derruido, que se alzaba casi junto á la márgen del rio.

Los misteriosos personajes se introdujeron por la poterna, atravesaron un patio lleno de escombros, subieron la escalera y entraron en un vasto salon iluminado únicamente por los rayos de la luna, que se abrian paso á traves de las desquebrajaduras del techo, y formando semicírculo, aguardaron á que su jefe tomase la palabra.

Dimitri se ocultó tras una estatua, en el ángulo más oscuro, y aguardó tambien con el corazon acongojado el desenlace de aquella escena.

Sus presentimientos no le habian engañado.

El que presidia la tenebrosa asamblea, el que tomó la palabra para denigrarle, para infamarle, para pintarle como un monstruo, aborto de la naturaleza, ¡era Chiuski! ¡Chiuski, el verdugo de su infancia, el enemigo de su familia, á quien habia conservado la vida con tan magnánimo desprendimiento!

—¡Pobre Dimitri, pobre niño! exclamó Marina con-

movida, ¡cuán amarga habrá sido para tu noble y leal corazon la primera hiel del desengaño!

—Sí, repuso Alejo; cuando me referia esta escena lloraba, repitiendo: ¡Oh mi prision, oh angosta torre mia! ¿por qué no espiré en tu recinto? Allí no veia más que un pedazo de cielo, es verdad, pero que me inundaba de luz consoladora; no oia más que el canto de las golondrinas que se posaban en la ventana, pero volvian todos los años á visitarme!...

Marina enjugó una lágrima, y preguntó con ansiedad:

—¿Le descubrieron los malvados? ¿corrió algun peligro?

Alejo prosiguió:

—Acompañaba á Chiuski una mujer cubierta con negros velos. Dimitri no la reconoció; pero yo bien sé quién era, porque no hay más que una mujer en Rusia dotada de tanta energía, de tan diabólico talento.

Ésta habló despues de Chiuski; inflamó los ánimos con la imperiosa magia de su elocuencia; expuso su plan, que debia dar infalibles resultados.

—Jurad, gritó por fin al terminar su arenga, y sacando un pequeño Crucifijo de plata; jurad sobre esta sagrada efigie que dareis muerte al fraile que ocupa el poder supremo...

Los conspiradores cayeron de rodillas, y el viejo castillo retembló hasta sus cimientos, estremecido por aquel juramento regicida.

Luégo, inscribiéronse todos los nombres en un pergamino; el que hiciera trece, debia ser el ejecutor de la terrible sentencia; pero aquel á quien habia tocado el número fatal, no estaba presente.

Era, sin embargo, uno de los más decididos y audaces, en opinion de los mismos conspiradores, y tal vez no habia sido la casualidad la que le habia designado.

Trazaron algunos caracteres al pié del mismo perga-

mino, envolvieron en él un puñal, y lo depositaron en el hueco de una estatua.

Habíase sin duda convenido de antemano que, el que no pudiese acudir á la cita, fuera allí á recoger las órdenes de sus cómplices.

Arreglados todos los preliminares, fijado el dia para la sedicion, los conspiradores salieron del castillo y se separaron en silencio.

Dimitri imitó su ejemplo; pero cuando se hubo asegurado de que estaba solo, volvió al pavoroso edificio, registró el hueco de la estatua y puso sobre su corazon el puñal que debia partirle.

—¿Y luégo? ¿y luégo? preguntó Marina anhelante.

—Al dia siguiente, Dimitri dió un gran banquete.

Cuando los convidados entraron en el salon, vieron con sorpresa que estaba circuido de soldados y que el czar vestia en traje de guerra.

En el centro de la mesa, cubierta de flores, habia una bandeja de oro, que contenia el puñal y el pergamino.

Dimitri lo mostró á sus convidados sin pronunciar una sola palabra.

Casi todos los conspiradores de la víspera estaban presentes.

Vendiólos su terror al verse descubiertos, y cayendo de rodillas imploraron misericordia.

—Obrará la ley, exclamó el czar impasible, ordenando que los llevasen presos.

Pero siempre justo, caballeroso y leal, sometió esta causa (1) á un jurado compuesto de ciudadanos elegidos de entre todas las clases sociales, queriendo que fuesen sus mismos vasallos los que, juzgando de la extension y gravedad del delito, dictaren la sentencia.

---

(1) Histórico.

Chiuski fué unánimemente condenado á muerte, y sus cómplices á un perpetuo destierro.

Llegó el dia de la ejecucion de la sentencia; llevóse al traidor aherrojado á la plaza pública, en donde debia expiar sus crímenes con la muerte, y delante del pueblo reunido le leyeron la sentencia del jurado y le despojaron de sus vestidos.

Entónces Chiuski tendió sus brazos á la multitud exclamando:

—Hermanos: próximo á morir, declaro que el czar no es el hijo de Ivan IV; que muero por la verdad, por la religion cristiana y por vosotros...

Impusiéronle silencio, pero ya era tarde. La calumnia, en los labios de un hombre que iba á comparecer ante el tribunal eterno, debia producir honda sensacion y funestísimos resultados...

—¿Y bien? preguntó Marina viendo que Alejo interrumpia su relacion, absorto en sus propios pensamientos.

—Y bien, repuso el jóven suspirando; Dimitri, cediendo á las súplicas de su madre y á los instintos de su bondadoso corazon, perdonó otra vez...

Ya estaba la cabeza del traidor reclinada sobre el tajo, cuando se oyó el grito de ¡*alto*!

Era la gracia del condenado.

—¡Pero el pueblo aplaudiria este rasgo de clemencia? exclamó Marina con entusiasmo.

—Algunos aplaudieron; pero los más decian: «Si fuera hijo de Ivan IV, no hubiera perdonado;» y más fueron las muestras de descontento que de alegría.

Aducian su clemencia como prueba para desmentir su orígen, del mismo modo que otros suponen excesos que está muy léjos de cometer con igual objeto.

¡Oh juicios del mundo, oh imparcialidad de los hombres!

¡Ah, señora! ¡cree el incauto que un rey, que es superior

á los demas mortales por su rango, debe serlo tambien por su virtud y llevar por divisa la del Salvador del mundo, "volver bien por mal," sin acordarse de que, anejos á tan sublime doctrina, van la corona de espinas y el calvario. Y no es que alguna vez no se presente á su imaginacion esta idea, sino que prefiere las palmas del martirio á los lauros de la tierra empapados de sangre.

Pero esta abnegacion, esta grandeza de alma, que honra á un particular, no conviene á quien rige los destinos de una gran nacion.

Hé aquí, señora, por qué yo, el amigo, el hermano de Jorge, vengo á deciros en su nombre que salveis su obra y no hagais infructuosos sus heroicos sacrificios.

Calló Alejo, aguardando una respuesta.

Hacía algunos instantes que Marina tenía fijas tenazmente las miradas en el sitio del jardin consagrado á su marido. Permanecia absorta, silenciosa, como si no oyese la voz de Alejo, y escuchase otra voz que resonase en el fondo de su alma.

Largo tiempo estuvo de este modo, sin que el jóven se atreviese á interrumpir su meditacion.

—Pero, Alejo, exclamó por fin, con las mejillas encendidas por la lucha que se habia entablado en su alma; una vez pronunciado ante los altares el santo juramento, ¡Dios me mandará amar al nuevo esposo!... Y ¿no será esto faltar al amor que debo al que ya no existe y sólo por mí ha vivido?

—Vuestra timorata conciencia lo exagera todo, se apresuró á decir el jóven. Jorge ocupa ya su lugar entre los elegidos, y lee en los corazones. Desde su trono de luz juzga las cosas de distinto modo que los míseros mortales, y no puede complacerse en ver prendida vuestra juventud de una tumba solitaria. Los árboles se cubren de nuevas flores á los rayos del sol de primavera; la vida recobra savia y vigor, ínterin el sol de la juventud la fecundiza.

Ahuyentad vanas quimeras; amad á Dimitri y á Jorge, fundiendo estos dos santos amores en un amor más noble y más sublime; el amor de la nueva patria que os brinda con un trono.

El piadoso sacerdote que os ha consolado en vuestras penas, os lo ha dicho: No se honra á los muertos con estériles lágrimas, ni con pasajeras flores, sino haciendo el bien y tejiendo coronas de virtudes.

Uníos á Dimitri para secundar su regeneradora empresa, y creed que vuestro destino es más alto que el de rogar sobre la tumba de un muerto, que ya es dichoso en el seno del Eterno; creed, sobre todo, que cuando el mundo se incline al pronunciar vuestro nombre, cuando vuestros vasallos lo bendigan, y cuando los ángeles lo escriban con caracteres de oro en el inmortal libro, las cenizas de Jorge se estremecerán de júbilo en su sepulcro, y su alma se embriagará de delicias en la mansion de los justos.

Marina escuchaba con los ojos siempre fijos en el bosquecillo de cipreses, cuyas copas se doblaban blandamente mecidas por la brisa de la tarde.

Parecian asentir á las palabras de Alejo.

—Amigo mio, dijo por fin, os suplico que me dejeis orar y meditar.

Mañana os daré allí mi respuesta, añadió señalando los cipreses.

CAPÍTULO XII.

¡Ella va á venir!... Volveré á ver su dulce rostro, á oir el eco de su adorada voz: tendré el derecho de que recline la cabeza sobre mi corazon cuando se sienta fatigada, de prestarle el apoyo de mi brazo...

¡Voy á verla!

¿Cuántos dias faltan para que ella imprima su diminuto pié en estos campos?

Tal vez dos, cuatro, á lo sumo ocho... Tal vez llegue cuando se abran los capullos de estas flores, y puedan tributarle su perfume...

Así discurria el enamorado Dimitri, dirigiéndose solo, como tenía de costumbre, al cercano pueblo de Mojaisk, en donde debia detenerse Marina ántes de efectuar su entrada en Moscou.

No se podia saber á punto fijo el dia de su llegada; pues hallándose débil todavía, á consecuencia de su reciente enfermedad, se iba parando en el viaje segun lo exigia su salud.

La tarde era espléndida; la campiña estaba llena de perfumes y armonías.

Acercábase Abril, con su acompañamiento de gérmenes y brisas; las suaves y juguetonas y fecundantes brisas, que rompiendo aquí y allá los témpanos de hielo, azotando y dispersando los montoncitos de nieve, dejaban

al descubierto por todas partes guirnaldas de follaje y ramilletes de flores; miéntras el sol, secundando su obra, prestaba calor y vida á las nacientes plantas, y convertia con sus prismáticos reflejos los más humildes charcos de agua en espléndidos diamantes.

—¡Qué hermosa es la naturaleza! decia Dimitri, cuyo corazon renacia, como ella, con aquel hálito de vida universal; ¡cuán bueno es Dios, que dotó al hombre tan magníficamente, para que pudiese gozar en toda su plenitud de estas maravillas, dándole una compañera fiel, para que pudiesen ser *dos en uno* los que alabaran su poder y bendijeran sus obras!

¡*Dos en uno*!...

Perdona, Jorge, perdona el loco júbilo que se desborda de mi pecho á esta sola idea: si tú hubieras vivido, jamás, jamás hubiese pensado en arrancarte la casta compañera de tu vida... Y áun despues de muerto, jamás, jamás pretenderé arrojarte del santuario de su alma.

Nó, nó: serémos dos en amarte, en invocar tu recuerdo, en bendecir tu memoria...

Hacía ya muchas tardes que Dimitri, saliendo furtivamente del Kremlin, se dirigia á Mojaisk, ansioso de saturarse de antemano con el aire que debia perfumar en breve el aliento de su amada.

Permanecia allí algunos instantes; entraba á rezar en su iglesia; cogia flores para el altar de una Vírgen que se veneraba en el otro extremo de la pequeña aldea, precisamente en el camino por donde debia llegar Marina; hablaba con los árboles, con las flores, con los pajarillos que tendrian el placer de saludar ántes que él al alma de su alma, y repetia sin cesar:

—¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio! ¿qué felicidad es ésta que me abruma y me acobarda? ¡Sólo en el cielo se puede ser más feliz que yo!

¡Oh! ¡cómo explicar en el amor, nó sensual, sino espi-

ritual, nó el que se cifra en el goce pasajero, sino el que anhela poseer eternamente el alma, los *positivistas*, los *utilitarios* de hoy!

Ó no han tenido nunca veinte años, ó es imposible que desconozcan que en esa divina llama del amor hay algo que no se puede analizar con el escalpelo médico; hay algo que no se puede resolver con el auxilio de las implacables cifras; *algo* inmortal, divino, etéreo, que trasportando al hombre fuera de sí mismo, le hace capaz de todas las heroicidades, de todas las abnegaciones, de todos los sacrificios, inmolando alma, vida y pensamiento en aras del objeto amado.

Dimitri andaba despacio; parábase embebecido delante de los arbustos que entrelazaban amorosamente su ramaje; deteníase á escuchar el canto de una avecilla que enamoraba á su avecilla compañera.

Todos los séres de la creacion aman, decia de vez en cuando: desde las estrellas del cielo, que se envian unas á otras sus rayos, hasta las ondas del arroyo que se precipitan las unas en pos de las otras con plácido murmullo. ¡Cuán bello es el amor, cuán bueno es Dios, que ha colocado esa divina luz en el corazon del hombre para que ilumine su existencia!

De pronto oyó unos débiles quejidos, y se detuvo.

¿Es posible que álguien sufra cuando yo soy tan dichoso! pensó.

Renováronse los quejidos, resonando detras de un grupo de árboles.

Dimitri se dirigió apresuradamente á aquel sitio, y vió á una niña de ocho años, sentada al borde de un arroyo y con el rostro cubierto con las manos. A su lado tenía una cestita de mimbres que contenia algunas setas.

—¿Por qué lloras? la preguntó el czar, acariciando su rubia cabellera.

—¡Ay, ay! suspiró la niña, porque mi amo me ha

mandado que venga á coger setas, y es de noche, y tengo miedo... ¡Ay, ay, cómo me va á pegar!

—¿Nó tienes madre?

La niña prorumpió en más fuertes sollozos.

—¡Ay, madrecita mia! gimió desolada; ¡ay, madrecita de mi alma, que se ha ido al cielo!...

—¿Y tu padre?

—Mi padre está paralítico, y le han recogido por caridad tres hermanas, que son muy pobres, y á mí me han puesto á servir.

—¿Y te pega tu amo?

—¡Ay si me pega! ¡pobrecita de mí! ¡nunca está contento!...

—No te aflijas, dijo alegremente el czar; yo te ayudaré á buscar las setas, y verás cuántas cogemos en un instante.

Pusieron ambos manos á la obra, y en breve la cesta estuvo llena.

—¿Vives muy léjos? la preguntó Dimitri cuando hubieron terminado su tarea.

—Nó señor; detras de aquel montecillo en donde se ven aquellos árboles y aquellas casas.

—Dame la mano: te acompañaré y no tendrás miedo.

Echaron á andar los dos juntos.

La niña, con esa movilidad de la infancia que pasa rápidamente de las lágrimas á las risas, andaba jugueteando, saltando, embelesando á Dimitri con su inocente charla.

Su vivienda no estaba tan cercana como ella habia dicho, y cuando llegaron á la miserable casucha, en cuyo dintel la aguardaba su amo con el látigo enristrado, era ya de noche.

Dió el czar á aquel estantigua, viejo y andrajoso, algunas monedas de oro, diciéndole que la niña dejaba de estar á su servicio, y mandó á ésta que le condujese á

ver á las tres hermanas que habian concedido á su padre generoso asilo.

Habitaban éstas en una choza tan miserable como la primera, reducida á una sola estancia, mitad dormitorio, mitad cocina.

Entró Dimitri, y sentándose en la única silla de paja que allí habia, dijo á las tres hermanas, que habian acudido, al verle entrar tan de improviso:

—Oid, oid: ha llegado á saber el emperador que, siendo tan pobres que os manteneis de espigar en los campos de los ricos, habeis recogido á un anciano paralítico, tratándole como si fuese un divino huésped que os hubiese mandado el cielo, y quiere recompensaros por vuestra caridad.

Os señala desde hoy una pension, con la cual vivireis desahogadamente, exigiendo sólo que tengais en vuestra compañía á esta niña y la deis educacion cristiana y esmerada.

Tomad esto á cuenta.

Vació sobre una mesita de pino las monedas que quedaban en su bolso, y levantándose con presteza salió y desapareció entre los árboles, dejando á las tres mujeres extáticas de júbilo y sorpresa.

Ya no podia pensar en ir á Mojaisk, sino en regresar á Moscou, del cual no estaba muy distante, pues se veian sus altos campanarios á favor de los rayos de la luna que iluminaba toda la campiña.

Volvió al camino real; pero, al desembocar en él por un atajo, vió pasar á un jinete, cuyo caballo se dirigia á galope tendido á la ciudad.

—¡Alejo! gritó con explosion de loco júbilo.

Llegó á oidos del jinete aquel grito lanzado en medio del silencio de la noche; detuvo el caballo, y arrojándose de él precipitadamente, exclamó asombrado:

—¡Sois vos, señor! ¡Vos sólo en medio de los campos!

¡el czar de Rusia poniendo su preciosa vida á merced de algunos bandoleros!

—¿Pues qué, no tengo mi espada? respondió Dimitri sonriendo; y además, el pueblo me ama...

Pero no hablemos de esto...

Bajó los ojos, puso las manos sobre su corazon, para contener sus tumultuosas palpitaciones, y balbuceó en voz baja:

—¿Y ella?

—Iba á anunciaros que acaba de llegar á Mojaisk.

Dimitri se apoyó en un árbol, sintiéndose desfallecer, abrumado bajo el peso de su emocion.

Luégo se abalanzó de improviso hácia Alejo, y exclamó, juntando las manos con trasporte.

—¡Vamos á Mojaisk!

—Marina se ha retirado á su estancia; tal vez le pareceria inconveniente que fuérais á turbar su reposo.

—Sé cuál es el edificio en donde se ha hospedado, repuso Dimitri anhelante; sé cuál es la estancia que la tenian destinada; es un palacio situado detras de la iglesia, de la cual sólo le separa un pequeño parque que no está cercado. No quiero presentarme á ella; no quiero turbar su reposo... quiero respirar por un instante el aire que ella respira; quiero acercarme á su ventana y decirme á mí mismo: ¡*Aquí está*!

¡Cómo podré expresarte el mundo de delicias que encierran para mí estas dos solas palabras: *¡aquí está!* Parece que es un coro de ángeles el que las repite dentro de mi corazon, embriagándome con su divino canto...

Hay que ser indulgente conmigo, Alejo: muchas veces *ella* me ha llamado el *hombre-niño*. Sí, niño para adorarla; hombre para defenderla, áun á costa de mi vida.

Tu corcel es brioso, y nos llevará pronto á los dos... en ménos de una hora estarémos de regreso en el Kremlin...

¡Sígueme!...

Montaron ambos el caballo, que se lanzó al galope, y pronto llegaron á las primeras casas de la aldea.

Entónces Dimitri detuvo el fogoso bruto, y dijo fijando en Alejo sus miradas llenas de ternura y de entusiasmo:

—Tú me has traido la felicidad, pero áun espero de tí su complemento. ¿Te acuerdas de lo que nos decia Jorge acerca de su ciudad natal, la bella Nijni-Novgorod? ¿te acuerdas de cuáles eran sus votos, sus esperanzas? Pues bien; quiero que, cuando se efectúe mi enlace, se hayan en parte realizado; quiero ofrecerle á ella este regalo de boda, y que seas tú, el amigo de ambos, el que lleve á cabo la empresa...

Todo lo tengo calculado tiempo há, preparados los tesoros que hacen falta, extendidas las órdenes oportunas... Partirás secretamente, para que no llegue á oidos de *ella*...

—¡Ah, señor, interrumpió Alejo con trasporte! ¡cuán bueno, cuán noble, cuán generoso sois! Aun en medio de vuestra felicidad pensais en los demas!... Partiré al rayar el alba, me mostraré digno de la levantada mision que me habeis impuesto...

—Silencio, dijo Dimitri, á quien llenaban de rubor las alabanzas; hay mucho movimiento en la aldea, y podrian conocer tu voz...

En efecto; las personas y soldados que formaban el acompañamiento y la escolta de Marina, iban y venian en todas direcciones, moviendo gran algazara porque no hallaban en dónde albergarse.

Dimitri y Alejo echaron pié á tierra por no llamar la atencion, y condujeron el caballo de la brida hasta el parque. Allí le ataron á un árbol, y el czar, dejando á su amigo para que lo guardase, se dirigió solo al edificio, cuyas ventanas áun estaban iluminadas.

Apénas habian trascurrido algunos segundos, cuando

Alejo vió á una mujer vestida de negro, que, saliendo furtivamente del palacio, se deslizó por entre los árboles y subió las gradas de la iglesia, ocultándose en la sombra de la puerta.

Adivinó el jóven quién era aquella mujer, y sintió subir á su corazon una oleada de cólera.

¡Acaba de llegar Marina, rugió, y ya está tendiéndola sus infames lazos esa perpetua enemiga del trono!

Quiso asegurarse de si era realidad su sospecha, y subió rápidamente las gradas de la iglesia.

La luna le daba de lleno, iluminando su semblante con sus pálidos reflejos.

—¡Boris! gritó aquella mujer fuera de sí, tendiendo hácia él las manos...

Sintió Alejo acrecentarse su cólera, y respondió con acritud:

—¿Es este nombre una amenaza, señora? ¿Augurais á Dimitri el fin del último monarca, que pereció víctima de vuestras intrigas?...

—Ah! suspiró Alejandra, pues en efecto era ella; ¿por qué me odiais de ese modo?...

—¡Guardaos! prosiguió el jóven más y más enfurecido; Boris no tenía quién le defendiera... Si vos velais, yo velo; si vos acechais, yo acecho... ¡guardaos!

Alejandra parecia transfigurada: á esta amenaza, que en cualquiera otra ocasion hubiera irritado su soberbia, respondió inclinando su altiva frente, diciendo con extraña dulzura:

—Yo no puedo luchar con vos, Alejo. Hay en vos algo que me domina, que me subyuga... Al veros lo olvido todo, y sólo quisiera llamarme Eduvígis, ser vuestra dichosa madre....

Sus palabras tenian el singular poder de exasperar al jóven, léjos de calmarle.

—¿Es ésta otra amenaza? gritó, pudiendo apénas conte-

ner su ira. ¿Quereis recordar que ya otra vez la tuvísteis aherrojada á vuestros piés, y que yo fuí bastante débil para salvarla al precio de una infamia?

Pero ahora han cambiado las circunstancias; Eduvígis, que no es mi madre, tiene esposo que la defienda....

—¡Cómo! ¡qué!.... balbuceó Alejandra, enderezándose como si la hubiese herido una chispa eléctrica; y fijando en el jóven sus turbados ojos, le cogió ambas manos, y exclamó con acento delirante:

—¿Has dicho que no es tu madre?... ¿por qué la das este nombre?...

—¿Qué os importa? dijo bruscamente Alejo.

Vió en aquel instante que se acercaba Dimitri, y queriendo que no le viese su enemiga, se desasió de los brazos de ésta, empujándola hácia la puerta; bajó rápidamente las gradas y corrió á reunirse con él, desapareciendo ambos por entre los árboles.

Alejandra no pensó en seguirle.

Se habia dejado caer de rodillas sobre las losas, murmurando:

—¡Nó es su madre!

Al dia siguiente, Marina hizo su pública entrada en Moscou. Iba en una rica carroza, juntamente con su padre, que rebosaba de júbilo y de orgullo, siguiéndola á caballo sus hermanos y los señores polacos que habian venido acompañándola.

Su primera entrevista con el czar, que habia salido á esperarla con su corte fuera de las puertas de la ciudad, en un pabellon magníficamente decorado y levantado al efecto, fué grave, solemne y angustiosa, como lo habia sido su última despedida.

Dimitri tuvo la suficiente energía para retener oculto dentro del corazon el fuego que le devoraba, y la habló con la ceremoniosa deferencia debida á la que iba á compartir su trono.

Cambiados los saludos oficiales emprendieron de nuevo la marcha, acompañando el czar la carroza, montado en un caballo ricamente enjaezado.

Por entre las oleadas de la multitud, que habia acudido ansiosa de ver á su futura soberana, llegaron al Kremlin, en donde Marina recibió el homenaje de los altos dignatarios del Estado, y luégo Dimitri la acompañó al convento de la Ascension, en el cual debia hospedarse hasta que se efectuara su enlace.

Marfa esperaba á su hija política en lo alto de la escalera principal, y cuando la vió acercarse, tan jóven y tan bella, bajó precipitadamente y la tendió los brazos.

Marina se lanzó en ellos, y la devolvió apasionadamente sus caricias.

—¡Madre mia! exclamó Dimitri, no pudiendo ya sofocar su emocion; os entrego á vuestra hija: amadla como merece, y como vos sabeis amar.

Luégo se inclinó profundamente, y regresó con su comitiva al Kremlin.

A aquella misma hora, una mujer vestida de negro llamaba al palacio Paolovitch.

Introdujéronla en un salon, en donde se hallaba Eduvígis con sus hijos.

—¡Sois vos! exclamó llena de asombro al reconocer á Alejandra; ¡vos en mi casa!

A una seña de ésta, mandó á sus hijos que se alejasen, y luégo la preguntó con inquietud:

—¿Qué quereis de mí?

—Primero, dijo Alejandra dando á su voz aquella suave inflexion que sabía hallar el camino de las almas, otorgaros un favor en compensacion de cuanto os hice sufrir; luégo, pediros un servicio.

Sé que vuestro hijo mayor ha abrazado la carrera eclesiástica, y que ha recibido ya todas las órdenes.

Soy amiga del patriarca Job, y he recabado de él que le nombrase dean de la iglesia de la Asuncion.

Hé aquí su nombramiento, añadió entregándole un escrito. Aunque su edad es corta, y cortos todavía sus méritos, el patriarca espera que sabrá mostrarse digno del honor que le dispensa.

Eduvígis, trémula de alegría, tomó el nombramiento, y dijo, deseosa de mostrar su gratitud:

—¿Y el servicio?

—Es muy pequeño, prosiguió Alejandra sonriendo. Sé que Alejo no es vuestro hijo, porque me lo ha confesado él mismo, y deseo conocer las circunstancias que le pusieron bajo vuestro amparo. Nó temais, añadió viendo que Eduvígis palidecia; no corre ningun peligro.

Quizá del secreto que vais á revelarme dependa su felicidad y la mia... tal vez sepa yo quién es su dichosa madre....

Eduvígis vaciló algunos instantes.

—¿Jurais, dijo por fin, que el secreto que os revele no le perjudicará en lo más mínimo?

—Lo juro, exclamó Alejandra.

—Pues bien, repuso Eduvígis; le recogí sobre las gradas de la iglesia de Mojaisk, hace ya veintinueve años.

Agitó los miembros de Alejandra un temblor convulsivo, y tuvo que apoyarse en un sillon para no caer al suelo.

—Nada sé de sus padres, prosiguió Eduvígis; pero poseo un bolso bordado de oro, y que contenia una fuerte suma...

Miró á Alejandra fijamente, y añadió:

—El bolso tiene las armas de Chiuski.

Alejandra lanzó un grito de delirante alegría.

—¡Es él!... ¡mi hijo! ¡mi hijo!... exclamó fuera de sí. ¿En dónde está? ¡Quiero verle!... ¡quiero verle al instan-

te!... Quiero estrecharle entre mis brazos, y decirle: ¡*soy tu madre*!

—Alejo ha partido secretamente de Moscou, al rayar el alba, interrumpió Eduvígis, conmovida por la explosion de aquel amor inmenso.

—¿Ha partido? ¿adónde?... ¿adónde irá que no le siga yo?...

—Es que no ha querido revelar el sitio al cual se dirigia...

—¡Dios mio, Dios mio! murmuró Alejandra con profundo desaliento; ¡perderle de nuevo, cuando acababa de encontrarle! ¡Mi hijo!... ¡mi Alejo!... ¡Ay, desdichada!

Y por la vez primera de su vida inundó sus mejillas un raudal de lágrimas.

CAPÍTULO XIII.

Viajaba entre tanto Alejo con toda la posible rapidez, ansioso de llevar á cabo la noble mision confiada á su lealtad; pero cuando llegó al gobierno de Nijni-Novgorod sintió oprimírsele dolorosamente el corazon al ver el espectáculo que por todas partes se ofrecia á sus ojos.

Campos yermos y despoblados, miserables y ruinosas aldeas, castillos ennegrecidos aún por la incendiaria tea de los soldados del terrible czar de Rusia.

Aquí era un bosque entero devorado por las llamas, y del que sólo habian quedado algunos añosos troncos por reliquia; allá eran las paredes del santuario profanado, convertidas en escombros.

Algunos labradores, extenuados por la miseria, se veian á veces hundiendo el arado en la estéril tierra; otras, eran mujeres, seguidas de sus harapientos hijos, las que sucumbian bajo el peso de la carga de secos frutos, que llevaban á vender á algun pueblecillo inmediato.

Por todas partes imágenes de desolacion y ruina.

Vano era buscar en aquellos campos un solo vestigio de su pasada riqueza, y su desnudez demostraba con elocuencia que habia pasado por allí la implacable venganza de Ivan IV.

Las ciudades populosas habian seguido la suerte de las aldeas, y sus calles estaban cubiertas de musgo, desiertos sus templos y abandonados sus bazares, centros ántes del más activo comercio.

Los magnates gemian en tierra extranjera ó suspiraban entre cadenas; los ricos mercaderes habian ido á buscar en otras ciudades el logro ambicionado. Los mercaderes son como las golondrinas, que cuando la tierra se cubre de escarcha, atraviesan los aires en pos de sol, árboles y amores.

Los pobres son como aquellas aves adheridas fielmente á las ramas en donde se meció su nido, y que, apoyadas en ellas, desafian la intemperie.

Los pobres eran los únicos habitantes que habian quedado en el gobierno de Nijni-Novgorod, á excepcion de los ministros de Dios, que, cual ellos, no habian querido abandonar las ruinas de sus altares.

Mil veces Alejo, en su peregrinacion, se detuvo enternecido á contemplar el tierno cuadro que ofrecian aquellos mendigos, prosternados entre los escombros de un templo, sobre cuyo desnudo altar un sacerdote ofrecia á Dios el Cordero inmaculado, formando sublimes armonías lo melancólico del sitio, las voces trémulas de los fieles, y el puro sacrificio de una religion de paz, de amor y de esperanza.

Cuando Alejo llegó al lindero del último bosque de pinos, que cual un verdoso cortinaje rodea la capital, su corazon estaba destrozado.

Doraban entónces esta confusa mezcla de grandeza y de miseria los últimos rayos que despedia el sol al ocultarse entre celajes de grana, y la aproximacion de las tinieblas concordaba perfectamente con el ruinoso aspecto de la que habia sido metrópoli orgullosa.

Pero á medida que avanzaba hácia ella, sorprendíale la vista de algunos edificios nuevos que se levantaban al

lado de las ruinas, y la animacion que, á pesar de lo avanzado de la hora, se notaba por todas partes. Penetró en la ciudad.

Los comercios estaban abiertos; los faquines trasportaban mercancías á las ligeras embarcaciones que flotaban sobre el rio, y los transeuntes cruzaban presurosos de un lado á otro.

¡Qué milagro! exclamó Alejo, hablando consigo mismo; ¿quién ha podido hacer que el fénix renazca de sus cenizas?

—¡Cómo! respondió junto á él una alegre voz, ¡cómo-¿No conoceis á Kosma-Minin, nuestro dios tutelar, nues! tra providencia?

El que le contestaba era un pope, que así llaman en Rusia á los sacerdotes, el cual iba cubierto de pieles hasta las orejas y montado en un rengífero, demostrando el polvo que le cubria que regresaba de un largo viaje.

—Bien veo que no sois del país, añadió con afable tono, pues ignorais nuestra resurreccion, verdaderamente milagrosa. Hace un año, esta ciudad se asemejaba á las demas del gobierno de Novgorod: ahora casi ha recobrado su animacion perdida.

Y hé aquí de qué manera.

Un dia llegó Kosma-Minin á la ciudad, y reuniéndonos á todos en la plaza pública, nos dirigió este extraño discurso:

"Nijni-Novgorod era ántes floreciente y una ciudad poderosa; ¿en dónde está ahora? ¡Vedla!... ¡ruinas!... ¡polvo!... ¡nada!...

"Sin embargo, cual entónces, la tierra ofreceria al labrador preciados frutos, si quisiera cultivarla; cual entónces, los cuadrúpedos moran en nuestros bosques, los peces se multiplican en nuestros lagos, y las aves embellecen nuestras florestas.

"Como ántes, el fondo de los rios oculta brillantes

perlas con qué formar diademas para los favorecidos de la suerte, y la naturaleza pródiga no nos ha retirado ninguno de sus beneficios. ¿Por qué, pues, estas ruinas, este luto, esta miseria? Si en la Providencia no se encierra la causa de nuestra decadencia, preciso nos será buscarla entre los hombres.

"Sí; los hombres, faltos de fe y energía, son los que han abandonado cobardemente en su desolacion á la madre patria.

"Pero direis: en otro tiempo, Nijni-Novgorod exportaba peletería, trigo, cáñamo, lino y perlas; ¿cómo hacerlo ahora si nuestras naves han sido quemadas, truncados nuestros caminos, cerrados nuestros comercios? La riqueza nos ha abandonado, y sin la riqueza no se pueden cultivar los campos, ni hacer prosperar la industria, ni reedificar las ciudades.

"Oid, oid.

"Existen dos virtuosas hermanas, dos beneméritas hadas que revolotean incesantemente alrededor de la cabaña del pobre, y á veces saben convertirlas en palacios.

"Estas dos hermanas tienen por nombre la Industria y la Necesidad. Ellas os brindan sus auxilios, y es forzoso aprovecharlos.

"Dejad de llorar como tímidas mujeres sobre las ruinas de vuestra amada patria; las lágrimas son un estéril rocío que escarcha las nacientes flores en vez de fecundarlas.

"Sed hombres; sed dignos de vuestros ilustres antepasados. La necesidad es urgente; urgente y heroico sea el remedio. Es preciso un gran sacrificio para redimir á Nijni-Novgorod; es preciso que una mitad de vosotros se inmole para salvar á la otra mitad. ¡Dichosas las víctimas, dichosos los mártires que podrán ceñir á sus sienes la inmortal corona!

"Reunid á los ancianos de los alrededores, y que cada

uno deposite su óbolo en una urna sagrada, que confiaréis al ministro del Señor que más améreis. Esos óbolos serán los cimientos de vuestra prosperidad futura, y para cuantos contribuyan á la grande obra serán tambien los futuros beneficios.

"Sobran jóvenes para labrar nuestros campos, para hacer nuestro comercio. Sorteadlos, y aquellos á quienes designe la suerte vayan á ser siervos á Astrakan, en donde faltan brazos para la agricultura.

"El producto de su sacrificio servirá para comprar instrumentos de agricultura, máquinas industriales, naves que exporten nuestros productos, y sobre las cuales podrán volver un dia coronados de flores al seno de la patria, que como madre generosa habrá comprado el rescate de sus generosos hijos.

"¡Cuán feliz será aquel dia en que los ancianos puedan ver asegurado el porvenir de su posteridad, que ellos con su desprendimiento habrán conquistado! ¡cuán felíz será aquel dia en que los voluntarios desterrados, desde la enguirnaldada popa de sus naves puedan contemplar los soberbios edificios de su ciudad nativa, que habrán elevado con el trabajo de sus manos!

"¡Á la obra, hermanos, á la obra, y no olvideis que con una firme voluntad se puede avasallar el mundo!"

Así habló Kosma-Minin, prosiguió el sacerdote, y, ¿lo creereis? su extraordinario plan fué acogido con entusiasmo.

Hubiérais visto hombres, mujeres y hasta niños, desprendiéndose de sus más insignificantes monedas, que eran, sin embargo, un tesoro para ellos, y correr á entregarlos al buen cura Gregorio. Muchos granos de arena forman un monte.

Aunque pequeños los donativos, bien pronto la suma recogida fué respetable. Aquello fué un vértigo, una locura ó un heroísmo; dadle el nombre que más os guste.

Las mujeres ofrecieron trabajar noche y dia; los enervados ancianos empuñaron con ardor el azadon; los niños trasportaban piedras con un afan indecible. Los jóvenes á quienes tocó la suerte de partir, se separaron de sus madres y de sus esposas con la sonrisa de la esperanza en los labios y la fe pintada en el semblante.

Marcharon todos juntos, sin llevar más que un báculo, como los antiguos israelitas, y cantando la cancion de la patria.

Ni una lágrima derramaron al entrar en el próximo bosque de pinos; ¿por qué habian de llorar, si les seguian las bendiciones de sus hermanos, si veian dibujarse en el cielo las inmarcesibles palmas que Dios reserva á los mártires de la patria?

Pero ¿para qué me he de extender en vanos detalles? ¿Quereis saber cuál fué el resultado de los esfuerzos de Kosma-Minin?

Ved esa ciudad naciente, ese pueblo dichoso, esos campos labrados, ese rio cubierto de naves: ¡hé aquí su obra!

Todo esto lo ha hecho el genio de un hombre, que no posee ni un palmo de tierra, ni un solo rublo: no posee más que un talento superior y un alma noble. ¿No os parece que se pierde la imaginacion al pensar en los milagros que puede producir una sola inteligencia, y que por la brillante chispa es preciso reconocer la inmensa hoguera de donde se desprende?

¡Oh! vereis, vereis, repuso el sacerdote inflamándose por grados; vereis qué admirable órden, que sábia administracion, qué actividad se advierte por todas partes.

Y llegais á buen tiempo; mañana es hermoso dia, aguardado con indecible impaciencia. Mañana deben llegar las navecillas que traen á nuestros desterrados compañeros.

Un año ha bastado para rehacer el comercio y suministrarnos su rescate.

Mañana los ancianos deben colocar las coronas destinadas por premio de la virtud sobre las sienes de los jóvenes heroicos; mañana las madres abrazarán á sus hijos, las esposas á sus esposos, los hermanos á sus hermanas.

Ved, ved; las calles están cubiertas de flores, las casas adornadas de ramajes. ¡Oh, cuánta felicidad alumbrará el sol de mañana!

Sois extranjero en Nijni-Novgorod. Venid á mi casa. Los forasteros son una bendicion del cielo en los sitios donde moran. Todos los habitantes de Nijni-Novgorod os recibirian con placer; yo quiero ser el más dichoso, supuesto que la suerte me ha hecho pasar por vuestro lado.

Alejo aceptó conmovido la hospitalidad que tan cordialmente se le ofrecia, aunque una nube de tristeza habia cubierto su corazon.

Hubiera querido ser él quien devolviese á Nijni-Novgorod su esplendor primitivo, y sentia una secreta envidia hácia aquel Kosma-Minin tan bendecido.

Entre tanto el sacerdote continuaba en sus exaltados elogios del *buen padre*, como él le llamaba, y á cada nuevo edificio que se alzaba orgullosamente á su lado en el camino, exclamaba arrebatado:

—¿Lo veis, lo veis? ¡es obra suya!

El pope llegó á su casa, situada en el centro de la ciudad, y su mujer y sus hijos salieron á recibirle y á pedirle su bendicion.

El venerable anciano fué llevado casi en triunfo por su alborozada familia hasta una pequeña estancia en donde ardia un buen fuego, y en donde tributaron á Alejo todos aquellos solícitos cuidados que la hospitalidad oriental prescribe hácia los viajeros.

Cuando el sacerdote se hubo repuesto algun tanto de su fatiga, sacó una porcion de estampitas que habia trai-

do de su viaje y las entregó á su mujer y á sus hijos, que las recibieron con grandes muestras de regocijo y se las colocaron devotamente sobre el pecho.

Acto continuo sirvieron una frugal cena, sazonada por la franqueza y la alegría, y luégo condujeron al forastero á la mejor pieza de la casa, en donde le habian preparado un lecho de pieles.

Alejo durmió poco. Por la primera vez de su vida, la gloria ajena le causaba una tristeza indefinible.

—¡Y bien! dijo al fin; procurando triunfar de su egoismo; entregaré á ese hombre extraordinario los recursos con que cuento, y yo me resignaré con ser agente suyo.

Dios y él conocen mis intenciones; Dios y él me perdonarán si otro se me ha anticipado.

Pero el demonio de los celos le turbaba el alma, y el primer rayo de sol le halló despierto.

Asomóse á la ventana. Las barquillas de los jóvenes rescatados se balanceaban sobre las azuladas ondas del rio, y la brisa mecia ligeramente sus hermosas banderolas.

Todas las casas se abrian simultáneamente, y de todas ellas salian en tropel los habitantes vestidos de fiesta y radiantes de júbilo.

El sol mostraba su rostro de fuego entre las nubes, que formaban un esplendoroso dosel sobre las montañas, y su primer rayo fué saludado con un repique general de campanas.

—¡Bendito sea nuestro padre! decia la multitud dirigiéndose á la orilla del rio; ¡bendito sea nuestro buen padre!

Alejo sintió que una lágrima humedecia sus párpados; una lágrima de envidia, y se retiró avergonzado de la ventana.

—¿Por qué no habré venido ántes? murmuró dejándose caer sobre el lecho.

En aquel momento resonaron dos discretos golpecillos en la puerta, y oyó la voz de su huésped, que le llamaba.

Alejo corrió á abrir.

—Vamos, exclamó el buen pope; el sol ha asomado ya en el Oriente, y hoy no es dia de dormir.

Corramos á tomar un sitio en la plaza pública, y vereis á nuestro padre.

Por poco que nos descuidemos, ya no será posible hallar dónde colocarnos.

Alejo se vistió, á pesar de su secreta repugnancia, y siguió á su huésped.

Las calles estaban cubiertas de flores, las casas adornadas de colgaduras que ofrecian la más bella perspectiva. Los habitantes de Nijni-Novgorod mostraban en sus regocijados rostros la fiesta de sus almas.

¡Oh! no era aquélla la alegría servil que muestra el pueblo en las ceremonias de sus temidos reyes; ¡nó! era la alegría del corazon, que se trasmite hasta á los objetos inanimados; era la alegría que no se finge.

La tristeza de Alejo se fué desvaneciendo ante aquel bello espectáculo de la dicha ajena, y su envidia se trocó en admiracion hácia el que habia sabido obrar tantos portentos.

Como habia previsto el pope, la plaza pública estaba atestada de un inmenso gentío; y aunque alcanzaron á ver el dosel de ramaje bajo el cual estaba sentado el *padre*, se hallaban á demasiada distancia para distinguir sus facciones.

Cercaban su trono, si así puede llamarse, doce jovencillas, nó las más bellas, pero sí las más virtuosas de Nijni-Novgorod. Iban sencillamente vestidas, y componia su tocado una guirnalda de rosas.

Á sus piés tenian una canasta llena de medallas de cobre, pendientes de cintas verdes.

Detras de ellas estaban los ancianos, con su blanca

barba y su aspecto venerable, y un poco más léjos una música compuesta de los jóvenes de la ciudad, que tocaba los aires nacionales.

Elevóse un hurra universal, y desembocaron en la plaza trescientos mancebos, cuyos rostros tostados mostraban fielmente los penosos trabajos á que voluntariamente se habian entregado.

Avanzaron hasta el trono, doblaron una rodilla, y recibieron en su pecho la marca honorífica que las jovencillas les colocaron sonriendo de orgullo.

Los ancianos extendieron sus manos y los bendijeron; el pueblo aplaudió con frenético delirio.

En aquel momento elevóse una voz fuerte y armoniosa que conmovió todos los corazones.

Era Kosma-Minin, que arengaba á los jóvenes beneméritos.

Alejo se hallaba á demasiada distancia para oirle; pero comprendió la importancia de su discurso por la conmocion general.

—¡Ah! suspiró el jóven; sólo conocia un hombre que pudiese producir ese entusiasmo.

Cuando se acabó la ceremonia, cuando el padre fué llevado en triunfo á su morada, cuando los dichosos jóvenes se dirigieron á sus hogares, Alejo dijo á su huésped:

—Quisiera ver de cerca á Kosma-Minin.

—Nada más fácil, dijo el pope; su casa no es más espléndida que la mia, y su puerta se halla siempre franca para cuantos anhelan entrar. Vive con un honrado cortante que le dió asilo á su llegada, y áun le sirve para llevarle las cuentas. Aunque hoy es un dia muy ocupado, pues luégo hay baile en la plaza y él lo preside, porque goza con las diversiones de sus hijos, nos será fácil verle. Seguidme.

Alejo no se lo hizo repetir dos veces. Sentia un secreto é invencible deseo de conocer á aquel hombre admirable.

Como habia dicho el pope, la casa de Kosma-Minin era de mezquina apariencia.

La tienda estaba desierta, pero en la contigua estancia vieron á un hombre sentado cerca de una mesa.

Al oir el ruido de las pisadas de sus visitadores, levantó la cabeza, y sus ojos se fijaron en los de Alejo.

Alejo se llevó la mano al corazon, exhaló un grito, y cayó exánime en el suelo.

Cuando volvió en sí se halló sentado en un ancho sillon, y encontró fija en la suya aquella mirada que le habia fascinado pocos momentos ántes.

—¡Jorge! ¡Jorge! balbuceó con extravío; ¡mi Jorge!

La mirada seguia tristemente fija en él, abrasándole con sus vivos resplandores.

—¡Jorge, Jorge! repitió Alejo enajenado; habla, déjame oir el eco de tu voz; ¡habla, aunque sea para decirme que tu consoladora vision va á disiparse!

—Nó, dijo Jorge con voz plañidera; nó; Dios no ha querido desatar mis mortales ligaduras; Dios castiga á los que las desatan violentamente. Vivo, mi pobre Alejo, vivo, si se puede llamar vida cuando ha muerto la esperanza. ¡Calla! repuso con fuego, viendo que Alejo hacia un ademan para hablar; calla, no pretendas consolarme. Me quedaba un deber qué cumplir; lo he cumplido.

Ahora me llamo Kosma-Minin. Mi padre arruinó á Nijni-Novgorod: yo la he reedificado: puedo morir en paz.

Alejo no le oía.

Habia caido de rodillas, y le llenaba de delirantes besos.

El silencio fué largo; pero la helada corteza de que Jorge aparentaba haber cubierto su corazon, se derritió con el amistoso fuego de su amigo.

Exhaló un dilatado suspiro, y una lágrima cayó sobre la frente de Alejo.

—¡Ah, me amas! ¡me amas aún! exclamó éste, enlazándole el cuello con sus brazos.

Jorge, por toda respuesta, unió sus labios á los labios de su amigo y le devolvió sus ósculos apasionados.

Imposible es describir la embriaguez de aquel momento. ¿Qué alma bien nacida no lo habrá sentido? ¿qué lengua elocuente habrá podido jamás explicarla?

¡Santas y dulces alegrías del cielo! ¿cómo acertará la materia á daros nombre?

Jorge y Alejo se sentian felices. Felices como lo son los serafines al espresar su amor á las plantas del Eterno...

Pero el alma, sujeta por su débil naturaleza humana á la grosera tierra, no puede mantener su vuelo en las esferas, y vuelve pronto á caer desfallecida. La dicha del alma es tan sólo un leve soplo, porque no es aquí en donde debe apurar su dulce copa.

Las amantes palabras de los dos amigos terminaron en sollozos, y en breve quedaron el uno enfrente del otro, con los ojos bajos y el semblante contristado.

Jorge veia desplegarse ante sus ojos su tristísimo pasado; Alejo adivinaba la inmensidad de aquel dolor, y no hallaba consuelos qué ofrecerle.

Habia un nombre que estaba en los labios de ambos; pero ninguno de los dos se atrevia á pronunciarlo.

Alejo comprendió que la incertidumbre es el peor de todos los sufrimientos.

—Marina va á ser reina, balbuceó con voz ininteligible.

Jorge se tambaleó en su asiento; pero nada dijo.

—Marina va á ser reina, repuso Alejo tímidamente, porque te cree muerto; pero te ama, y áun es tiempo.

Jorge dejó caer su hermosa cabeza hácia atras; sus ojos se fijaron melancólicamente en el cielo, y por sus pálidas mejillas se deslizaron dos gruesas lágrimas.

—Aun es tiempo, repuso Alejo, conmovido á la vista de aquel dolor mudo y terrible.

—Alejo, exclamó Jorge con voz ronca; mi existencia debe ser un misterio para todos, y sobre todo para ella. Jorge ha muerto: su cadáver yace en el fondo del torrente de Tula. Ahora sólo existe Kosma-Minin, el regenerador de Nijni-Novgorod y ése es el único título que se pondrá sobre el mármol de su tumba. ¡Ah, ah! añadió soltando una amarga carcajada; mírame bien, Alejo, mírame bien; ¿qué puede tener de comun el mutilado Kosma-Minin con la hermosa emperatriz de las Rusias, con la hechicera esposa del más noble de los czares? ¿Crees, por ventura, que la fiel Nijni-Novgorod no ha festejado la venida de su nueva soberana? Hubo calles tapizadas de flores, caprichosas iluminaciones, en donde brillaban las cifras de los dos futuros esposos, piadosas ceremonias en las iglesias, bailes públicos en la plaza...

¡Ah, ah! ¡cuán hermoso fué aquel dia, y cómo repetian los ecos de los cercanos montes los nombres de Dimitri y de Marina...! ¡Y yo presidia todas estas ceremonias, yo aplaudia la hermosura de nuestros reyes, yo hacía votos por su eterna felicidad!... yo... ¡ah!... ¡yo rogaba á Dios que me hiciera morir pronto...!

Pero pasó aquel dia, y áun existo. ¿Lo hubieras creido? ¡Aun existo!

La mirada de Jorge, llena de melancólica resignacion, se fijó de nuevo en el espacio, y una tristísima sonrisa vagó en sus labios descoloridos.

—¿Ves, añadió con dulcísimo tono, ves aquel pino derrumbado, cuyas secas ramas cubren la tierra? ¡Cuántas tempestades habrá resistido! ¡cuántos rayos habrá visto rozar su copa y derribar los árboles vecinos! ¡Sin embargo, la implacable segur del tiempo ha socavado al fin sus raíces! ¡Héle ya caido! ¡héle ya muerto! ¡Qué importan unos cuántos dias más de lucha y de martirio, si llega al fin la muerte!

Lo confieso; hubo un instante en que pensé en el sui-

cidio; ¡en el suicidio, Alejo! crímen horrendo que me hubiera cerrado la puerta de los cielos.

¡Ah! ¡una criatura deshaciendo violentamente la obra del Hacedor Supremo!

Y ¿con qué derecho? Si no ha sido su libre albedrío quien ha determinado su existencia, ¿cómo ha de poder su libre albedrío determinar su muerte? Venimos al mundo impulsados por causas desconocidas, y debemos esperar á que esas mismas causas desconocidas nos arrojen de él. El suicidio sólo se conoce entre los hombres, porque sólo ellos, ingratos, á quienes Dios ha dotado con la luz de la inteligencia, conocen la soberbia.

Y en último resultado, ¿para qué infringe las leyes de la naturaleza? ¿para qué comete tan gran delito? Para ahorrarse unas cuantas horas de sufrimiento, horas fugaces que tan pronto se deslizan, que tan pronto nos conducen á la callada sepultura.

No hay un átomo, por insignificante que nos parezca, que no pueda producir algun beneficio en la creacion; no hay un hombre, por miserable y angustiosa que sea su suerte, que no pueda producir algun bien á sus hermanos. ¿Por qué cifrar en nosotros mismos toda nuestra atencion? ¿por qué encerrar en el *yo* egoista el universo? ¿por qué querer subordinar á nuestra voluntad la tierra y el cielo, y pensar que somos los únicos que sufren, los únicos que lloran, los únicos á quienes cuanto existe debe vasallaje?

Por terribles que sean las tempestades, siempre dejan en pié algun árbol, siempre olvidan alguna flor. Por horrendas que sean las tempestades morales, aunque creamos haberlo perdido todo, siempre hallarémos dentro de nosotros mismos alguna oculta esperanza, algun gérmen de vida que pueda dar más tarde frutos de consuelo.

¡Oh, vosotros, los que, como yo, llegais con el alma destrozada á la negra sima, en donde no penetran los rayos del sol, en donde baten sus alas los aires mefíticos, por

donde pasa el lago de tranquilas y oscuras ondas que os brinda con el eternal reposo: cerrad los ojos, recogeos dentro de vosotros mismos; buscad, buscad el gérmen de vida oculto en el fondo de vuestro corazon; dad otro curso á vuestras ideas, otro norte á vuestras esperanzas, y aceptad resignadamente el cáliz; aceptad resignadamente la cruz, que debe convertiros de criminales en mártires, de réprobos en ángeles.

Esperad: es el vértigo de un instante que pasa, como pasan los torbellinos del viento sobre los bosques y los mares. Los árboles, aunque pierdan algunas ramas, vuelven despues á enderezar su copa; las ondas que se levantaban como montañas, vuelven á su tranquilo cauce.

El sol, imágen del Sol eterno, puede velar por algunos instantes su faz entre las nubes; pero luégo tiene calor y resplandores para todas las criaturas.

Cuando llegue la negra tentadora junto á vosotros, helando vuestros corazones, perturbando vuestro pensamiento, murmurando á vuestro oido promesas de mentida paz, resistid, resistid un solo instante, que en breve acudirá á vuestro socorro la vida con su misterioso anhelo de conservacion, con su invencible horror al nó sér. Yo resistí ese breve instante, Alejo, y me salvé... Y ahora me encamino plácidamente hácia la mansion tranquila, escoltado por los pocos beneficios que he podido producir en torno mio, esperando que los ángeles del bien cerrarán mis fatigados ojos, y conducirán mi espíritu triunfante á la eterna patria de los justos.

Calló Jorge; pero sus mejillas inflamadas, el temblor de sus manos, que oprimian las de Alejo, bien demostraban á éste que aquel largo discurso sólo habia tenido por objeto ocultar su agitacion y la tenaz idea que le dominaba.

De pronto exclamó, como si hubiese sucumbido en la terrible lucha interior que sostenia consigo mismo.

—Pues bien, Alejo; á pesar de cuanto acabo de decir, confieso que el hombre no es más que una frágil estatua de barro, y que hay que perdonarle sus flaquezas, sus debilidades... por esto la misericordia de Dios es tan grande; por esto Dios, además de ser Dios, quiso ser nuestro amantísimo Padre...

Yo, que entónces, ayudado por Él, triunfé de mí mismo, hoy no acierto á dominar un deseo, deseo vehementísimo que me persigue de noche y de dia con singular insistencia...

Calló otra vez, y luégo prosiguió con apasionado trasporte.

—¡Quisiera verla! Sí; quisiera verla en todo el esplendor de su belleza, ciñendo la diadema soberana, sonriendo á sus vasallos, é iluminando el cielo y la tierra con sus dulcísimas miradas.

¡Verla, verla una vez siquiera! ¡Verla dichosa, verla concediendo á otro hombre las caricias que jamás quise aceptar, pero verla, Alejo! ¡Oh, Dios mio! si pudiera verla un solo instante, ya nada más le pediria á la suerte!

Y ¿por qué no he de realizar este deseo? ¿por qué me he de privar de esta suprema dicha?

Iré á Moscou... Quiero ir una sola vez... la última.. ¡te lo juro!

—Pues bien, partamos, pobre amigo mio, exclamó Alejo. Ya te lo he dicho... áun es tiempo...

Jorge sacudió tristemente la cabeza.

—¿Crees, dijo, que al envolverme en el sudario de los muertos no habia medido la enormidad del sacrificio, no habia previsto sus lógicas consecuencias? ¡Nó, mil veces nó! He muerto para ella y para el mundo... ¡He muerto para siempre!

Pero ¿ves lo que te decia ántes acerca de la debilidad del corazon humano?... He aceptado el cáliz, y á veces no me siento con fuerzas para apurarlo...

¿Lo creerías? tengo celos: sí; celos terribles, espantosos... ¡Oh, Alejo! lo que nos pintan los poetas de las torturas de los condenados, son pálidos bosquejos de mis tormentosas noches de insomnio y de delirio... Sufro tanto, que á veces me parece imposible poder resistir tamaño sufrimiento...

¿Has tenido celos alguna vez, Alejo?

Si no los has tenido, no puedes comprenderme. Es como si te revolcaras sobre un lecho de fuego... como si tu corazon girase sobre una rueda de espinas...

Me parece que la veo, reclinado el angelical rostro sobre el seno de Dimitri; que une sus labios con los suyos, que le envuelve con su amante mirada....

A veces quisiera correr á interponerme entre ambos, y alzo mis brazos truncados, y al verlos, lloro, Alejo, ¡lloro como un insensato, como un niño!

Jorge se detuvo sofocado por la emocion; luégo prosiguio con voz más firme:

—Pensaba ir con mi fiel Tadeo, que ha abandonado, por seguirme, sus padres y su cabaña...¡Pobre niño, cuánto me ama!... Ahora iré contigo; tú me acompañarás, ¿no es cierto? La veré sin que me vea; reclinaré mi cabeza en tu seno y moriré pendiente de tu cuello.

Perdóname si soy débil... ¡La amo tanto! ¡Es mi primero, mi único amor sobre la tierra!... ¡Cuán dichoso era en Uglicht!... ¡Oh, no siento haber salvado á Dimitri, no lo siento! ¡Hazla dichosa, Dios mio! Haz que él sepa amarla como yo la amo.....

No te vayas, Alejo, no me abandones nunca....ahora sólo me quedas tú.... ¡tú sólo!...

Acuérdate de cuanto me decias sobre el puente de Sandomir.... no me abandones.

Tal vez no me comprendas, Alejo. Hablo, hablo y no acierto á coordinar mis ideas.....

¡Hace tanto tiempo que devoro en silencio mis tormen-

tos! porque Tadeo es un niño; ¿qué entiende él de las borrascas del alma?

No te vayas, Alejo; ten compasion de mí; deja que vierta en tu seno todas las lágrimas comprimidas en el fondo de mi corazon; deja que comparta contigo mis dolores.

Cuando no estabas tú, parecia fuerte; y es que el exceso del dolor me hacía insensible; ahora siento una imperiosa necesidad de llorar, porque tu amor me ha vuelto el sentimiento.

Y Jorge escondió su cabeza en el seno de su amigo, y prorumpió en sollozos.

Tenía razon: como un rayo de sol vuelve á trocar en líquidas perlas la helada fuentecilla, la amistad comunica un suave calor al alma entumecida.

Alejo le estrechó apasionadamente entre sus brazos. Cuantos dulces epítetos, cuantas amantes palabras sabe decir una madre para consolar á su hijo enfermo, otras tantas halló la ingeniosa amistad de Alejo para suavizar el dolor del tierno compañero de su vida.

Supo infundirle tan consoladoras é inefables esperanzas, que las mejillas de Jorge recobraron el color perdido, su pecho una respiracion tranquila, y sus labios se contrajeron con una franca sonrisa.

Sólo la santa y dulce amistad es capaz de obrar milagros.

Cuando los jóvenes premiados entraron en tropel, trayendo del brazo á sus prometidas y ostentando orgullosamente en el pecho la honrosa cinta verde, hallaron á los dos amigos embebecidos en aquella expansiva conversacion de recuerdos, que es un bálsamo para el alma.

El baile iba á empezar; pero los habitantes de Nijni-Novgorod no hubieran sabido entregarse á sus encantos, si no le hubiese presidido su buen padre.

Aun no habia trascurido un cuarto de hora, cuando

Jorge y su amigo se hallaban sentados bajo un dosel de verdura, miéntras cien alegres parejas bailaban al són de una música deliciosa.

Todo el lujo de aquella fiesta nacional consistia en un prodigioso número de guirnaldas de flores, símbolo de la modesta virtud y la pureza, y en los magníficos rayos de un sol brillante, emblema del amor y la ventura.

Luégo, cuando el sol hundió su disco en un volcan de ópalo y de rosa, siguieron bailando á la rutilante luz de las estrellas, y la luna habia llegado ya al cenit cuando áun las voladoras auras llevaban á los montes el eco de las risas y los juegos.

CAPÍTULO XI.

¡Cuán bello es el crepúsculo de la tarde, con su luz dudosa, sus paisajes vacilantes, sus vagos y confusos ecos!

¡Cuántas cosas dicen entónces al alma las auras perfumadas, los murmuradores arroyuelos! ¡Cuántos vagos fantasmas mienten á los ojos las ramas de los árboles que se destacan sobre el azul del firmamento, los picos de las rocas, las caprichosas arreboladas nubecillas que cercan el ocaso!

¡Cuán dulce es entónces dejar vagar el alma á merced de la fantasía, y embriagarse con los indefinibles encantos de la naturaleza!

Estaba Marina á esa hora recostada sobre el alféizar de la ventana de su habitacion que daba á los jardines, aspirando las emanaciones de las flores que traia hasta ella la juguetona brisa.

¿En qué pensaba, miéntras apoyaba su frente en la mano y fijaba su mirada en el cielo?

¿Era el pasado ó el porvenir lo que la sumia en aquella meditacion profunda? ¿era el recuerdo de Jorge ó de Dimitri, el que de vez en cuando hacía palpitar apresuradamente su pecho y colorearse sus mejillas?

Marina pensaba en ambos, y aquellos dos santos y dis-

tintos amores formaban un solo y puro afecto. Eran dos anchurosas piras que se tocaban sin confundirse; eran dos lozanas rosas que, meciéndose sobre el mismo tallo, mezclaban sus suavísimos perfumes.

Dimitri era jóven, gallardo, y sobre todo amante. Marina advertia que era amada profundamente hasta en los fútiles cuidados de una etiqueta, que empleaba el amor como un medio más de cautivar.

Rara vez iba el czar á verla, y áun esto lo hacía en presencia de su madre; pero todos los dias le presentaban en su nombre telas preciosas, bellas joyas, y esas pieles, tributo del Oby, que no se pagan con el oro; cada dia veia u nombre asociado á las filantrópicas instituciones que fundaba el soberano.

Marina amaba á Jorge, que habia muerto por ella; pero ¿cómo no amar á Dimitri, que sólo vivia por ella?

Ambos eran dignos de que les elevase altares en su corazon, y Marina se los habia erigido bajo la advocacion del santo amor de la patria.

Como le habia dicho á Alejo, los amaba á ambos en sus vasallos, y eran generosos proyectos, para cuando ciñese la corona, los que hacian hervir la sangre en sus venas y prestaban energía á su alma.

Cuando paseaba en su dorada carroza, y veia pasar junto á ella á los menesterosos, se decia á sí misma:

—Cuando reine, procuraré aliviar su miseria; seré la madre de los que sufren.

Y llena de entusiasmo con esta idea, tendia sus brazos á aquella multitud, que acaso pasaba sin verla, y acaso tambien la motejaba por su lujo y sus riquezas.

Conmovida se hallaba á la sazon con estas bellas imágenes, cuando una voz débil y cascada la arrancó de sus ensueños.

Volvióse rápidamente, y vió delante de sí á la emperatriz.

Dias hacía que la anciana, que tan benévolamente la acogiera á su llegada, se mostraba con ella reservada y adusta; dias hacía que su conducta para con Dimitri era extravagante, acogiéndole unas veces con efusion, y otras rechazándole con aspereza; pero ambos lo atribuian, mas bien al estado vacilante de su razon, que á natural desvío.

Acercóse entónces á Marina con ademan misterioso, y la dijo en voz baja:

—Tal vez no deba hacer lo que hago; pero tengo lástima de él. ¿Quién sabe si será mi hijo?

Marina se volvió hácia ella asombrada, y exclamó vivamente:

—Creo que hablais de Dimitri; pero me sorprende tan extraña duda.

La anciana guardó silencio un breve instante, y luégo repuso:

—¿Sabeis lo que son los *Barnabitzis*? Dicen que son unos espíritus encargados de ilusionar á los mortales, y que ponen delante de los ojos unos espejos mágicos, que reproducen las imágenes grabadas en nuestra mente.

No os riais, añadió, viendo que una incrédula sonrisa se dibujaba en los labios de Marina; no os riais de las cosas misteriosas.....

Pero no he venido á hablaros de esto, repuso, pasándose la mano por la frente; vengo á salvaros á vos y á *él*.

El pueblo y la nobleza están decontentos: dicen que Dimitri gusta demasiado del lujo y de la guerra; se quejan porque su trono es de oro, sus trenes magníficos, y las libreas de su servidumbre sobrepujan en riqueza al traje de los nobles; murmuran porque amenaza á la vez al Sultan y al rey de Suecia, pudiendo esto traer un grave conflicto á la nacion; propalan que intenta someter la Iglesia griega al pontífice romano, y sufren, sobre todo, con sumo disgusto la presencia aquí de los polacos y alemanes.

—¿No han sido los alemanes y polacos los que le han

ayudado á subir al trono y á conquistar la paz de Rusia? dijo dulcemente Marina.

Los polacos han vertido su sangre, han derramado su oro.....

—Sois polaca, interrumpió Marfa con enojo, y es justo que defendais la causa de los extranjeros.... No son vuestro padre ni vuestros hermanos, que hacen jactancioso alarde de su privanza, á los que ménos aborrece el pueblo.....

—¡Ah! exclamó Marina ofendida; si mis hermanos son objeto de animadversion, si son obstáculos interpuestos entre Dimitri y el pueblo, saldrán de Moscou y de Rusia inmediatamente, que no necesitan para brillar del resplandor del trono. Pero, ¿quién ha venido á turbar la calma de vuestro espíritu, á amedrentaros con quimeras, destituidas sin duda de todo fundamento?

Creo adivinarlo. Aunque jamás la he visto, sé que existe una mujer funesta, enemiga perpetua del trono, conspiradora constante contra el trono, que se ampara con vuestro nombre, que os visita diariamente, que conturba vuestra imaginacion por medio de artificiosos augurios y cabalísticos manejos.

Perdonadme, añadió viendo la turbacion de Marfa; conozco que he hablado con demasiada viveza; pero se trataba de defender mi causa, la de Dimitri y la vuestra, á quien amo y considero, como hubiera amado y considerado á mi madre si la hubiese conocido.

Marfa no respondió: permanecia muda y pensativa, y sus miradas vagaban de un objeto á otro sin fijarse en ninguno.

Por fin tartamudeó:

—Cuando me hablan mucho, mi pensamiento se ofusca: me habian encargado que os dijese mil cosas, y se han borrado de mi memoria.

Permaneció un momento perpleja.

Luégo se dirigió á la puerta que comunicaba con sus habitaciones, é hizo una señal convenida sin duda de antemano.

La puerta se abrió y apareció en su dintel Alejandra.

Venía vestida de negro, y cubierta casi toda con un negro velo que hacía resaltar la blancura deslumbradora de su rostro.

Estaba maravillosamente hermosa.

Marfa la cogió de la mano, y la condujo hácia Marina.

Adivinó ésta que aquella mujer era su enemiga y la enemiga del trono; quiso mirarla frente á frente, y tuvo que bajar los ojos, sobrecogida por un súbito pavor.

Experimentaba la sensacion que debe experimentar el pajarillo cuando, trémulo y aleteando, se siente atraido por el soplo de la serpiente que le acecha.

Pero la imperiosa fascinacion residia sólo en sus miradas, por cuanto Alejandra se apresuró á decir, con tono humilde:

—Perdonadme, señora, si he deseado llegar hasta vos, á quien llaman con justicia el ángel bueno de Rusia.

Os habrán dicho que soy intrigante, ambiciosa, que he osado aspirar al trono, y os han dicho la verdad; pero os habrán referido tambien que mi marido, convicto y confeso de haber conspirado contra el czar, cuando tenía ya la cabeza puesta sobre el tajo, recibió la gracia del mismo czar á quien tanto habia ofendido.

Esta gracia la obtuve yo por mediacion de mi ilustre protectora; y llena de gratitud hácia Dimitri y hácia ella, la juré sobre la cruz de ese anillo que brilla en su mano que, léjos de atentar ya contra la vida y el trono de su hijo, lo sacrificaria todo, vida, honra y hacienda, para salvarle, si algun dia se viera amenazado.

¿Creeis, señora, en la gratitud, en la santidad del juramento?

Calló Alejandra, aguardando una respuesta.

Habia hablado con tono dulce, sencillo, persuasivo; su actitud era á la vez modesta y digna.

Marina se sintió desarmada.

—¿Qué quereis de mí? la preguntó.

Pareció conmoverse profundamente Alejandra; su movible fisonomía expresó suma turbacion y un dolor intenso.

Recogióse un instante dentro de sí misma, como si reconcentrara sus fuerzas para llevar á cabo un penoso sacrificio; levantó los ojos al cielo, y por fin, acercándose á Marina, la dijo rápidamente en voz baja:

—Como brotan las flores de Mayo, brotan en este país las conspiraciones. Se ha organizado un nuevo plan para derribar al monarca.

Calló un instante, prorumpiendo luégo con dolorosa explosion:

—¡Ah, que es otra vez mi marido el jefe de la trama!

Inclinó la cabeza sobre el pecho, dejó caer los brazos á lo largo de su cuerpo, como agobiada bajo el peso de tamaña infamia, de tamaño sufrimiento.

De repente se enderezó, y fijó en Marina sus ojos, llenos de un fuego sombrío, diciendo:

—¿Creeis que tengo en poco la gratitud, creeis que tengo en poco la santidad del juramento, cuando, por cumplirlo, vengo yo misma á delatar á mi marido?

—¿Y bien? preguntó Marina aterrada, anhelante.

—He venido á vos, y no me he dirigido al czar, prosiguió Alejandra, porque vos podeis embotar la espada de los traidores sin que una sola gota de sangre manche vuestra nupcial vestidura; porque vos podeis soltar uno á uno los hilos de la trama, sin cortarla con violencia.

—¿Qué pretendeis de mí? exclamó Marina, retrocediendo algunos pasos.

Quiso otra vez leer en la mirada de aquella mujer los secretos tenebrosos de su alma, y otra vez tuvo que bajar

la suya, subyugada por la llama sombría de sus ojos.

—Dejadme, repuso, dejadme, tengo miedo de vos; sé que os sobra en astucia lo que á mí me sobra en sencillez; dejadme...

—¡Ah! exclamó Alejandra, con una ironía tan templada por la dulzura de su voz, que parecia un halago; comprendo que los ángeles, cuyas alas están inmaculadas, no quieran descender de su altura ni contaminarse con el hálito ponzoñoso del reptil que rastrea sobre la tierra; pero esto, que está bien á las vírgenes que moran en el claustro, le está vedado á una reina. Una reina debe examinar cuántos grados de veneno contiene el reptil, para librar de su contagio al pueblo confiado á su cuidado, y del que tiene que dar á Dios estrecha cuenta.

Encendiéronse de rubor las mejillas de Marina, y fijó llena de confusion los ojos en el suelo.

Luégo levantó la cabeza, y dijo con tono firme y resuelto:

—Hablad, hablad: comprendo mi deber; sabré cumplirlo.

—La conspiracion debe estallar en el mismo dia en que se celebre vuestro enlace, aprovechando la confusion de los festejos, repuso Alejandra.

El pretexto ostensible es la presencia en Moscou y alrededor del trono de los polacos y alemanes... Fácil sería suponer la necesidad de tropas fieles en otro punto, y quitar de esta manera el pretexto á las iras populares.

Cuantos cercan á Dimitri, le venden: Smirnoff, gobernador de Moscou; Igniteff, jefe de los cosacos; Mislavitch, que manda á los strelitz; Basmanoff, que hizo traicion á Boris, y ahora...

—Basta, interrumpió Marina; para acusar se necesitan pruebas.

—Hélas aquí, dijo Alejandra, sacando un rollo de papeles de su escarcela.

Tendia ya la mano Marina para cogerlos, cuando Alejandra repuso vivamente:

—Os los entregaré al precio de las vidas de los culpables. Que el czar ejerza su justicia sobre sus haciendas, que los condene á perpetuo destierro, pero que respete sus vidas: sean éstas el regalo de boda que os otorgue. Yo, mujer culpable y ambiciosa, he sabido ser fiel á la santidad del juramento; tengo fe en que sabreis cumplirlo vos, á quien el mundo proclama como modelo de nobleza y de virtud. Sobre esta cruz, añadió amparándose de la mano de la emperatriz, pronuncié yo mi solemne juramento; pronunciad el vuestro.

Obedeció Marina apresurada y congojosa; pero en aquel mismo instante resonó en el aposento inmediato la voz de Mnichek, que decia con énfasis:

—Avisad á S. M. I. la czarina que el palatino de Sandomir desea hablarla.

Entregó precipitadamente Alejandra á Marina el rollo misterioso, y desapareció por la puerta interior, miéntras por la principal entraba el paje que venía á desempeñar su cometido.

Pero Marina apénas tuvo tiempo para ocultar los papeles, porque detras del paje entró el mismo palatino sin aguardar la respuesta; tan impaciente venía por ofrecer á su hija los presentes que el rey de Polonia enviaba á la bella desposada.

Seguíanle otros dos pajes, que traian los ricos dónes en dos bandejas de oro guarnecidas de piedras preciosas.

—Ved, hija mia, exclamó lleno de júbilo y orgullo el palatino; ved las ricas preseas que os manda como regalo de boda el más noble y galante de los reyes.

Levantó por sí mismo los velos bordados de oro y plata que cubrian las bandejas, y fué enumerando y describiendo una por una las joyas que contenian.

—Y hé aquí, terminó diciendo, que se ha cumplido en

todas sus partes la profecía de aquella mujer que os declaró nacida para el trono.

—¿Creeis en hechiceros? preguntó Marfa con ansiedad.

—Creo en los espíritus superiores, que reciben del cielo inspiraciones divinas.

Marfa inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó sumida en una abstraccion profunda, miéntras el palatino, entregado completamente á la alegría que le causaba el logro de sus ambiciosas esperanzas, continuó con un tono enfático y jactancioso:

—Los festejos para celebrar vuestro enlace, hija mia, serán brillantes. Los polacos se han empeñado en sobrepujar en esplendor y magnificencia á los rusos, y conseguirán su objeto, que con otros elementos cuentan para ello.

—¡Ah, señor! se apresuró á decir Marina; quisiera que nuestros compatriotas se abstuvieran de toda manifestacion ostentosa y que pudiera herir la susceptibilidad del país.

—¡Siempre la misma estrechez de miras! exclamó el palatino con despecho; ¡siempre la misma pusilanimidad de espíritu! Esos festejos precisamente los he organizado yo, para demostrar el desprecio con que acogemos las hablillas de esos boyardos, que nos motejan por nuestra esplendidez, hija de nuestra cultura moral y material.

Aquí todo es rudo, primitivo: costumbres, educacion, ideas...

—Preciso es, sin embargo, respetarlas, padre mio, replicó vivamente Marina.

—Nó cuando se nos insulta, nó cuando se nos pisotea, prosiguió Mnichek con creciente enojo. El otro dia Basmanoff osó dirigirme duros reproches porque ensalzaba á Polonia, emporio de riqueza, centro de las artes y las ciencias... vuestros hermanos se batieron ayer con algunos jefes de los strelitz por la misma causa, y áun tienen pendientes varios duelos...

—¿Qué decís? exclamó Marina aterrada. ¿Con que era cierto? ¡Ah! ¿y es mi padre, son mis hermanos los que provocan estas reyertas, hiriendo el patrio orgullo de los que nos han dispensado tan benévola acogida?

—¡Benévola acogida! gritó el palatino, encendido más y más en ira. Hemos venido como conquistadores, abriéndonos paso con la punta de la espada, y del mismo modo sabrémos sostenernos. Vuestros hermanos han obrado con la hidalguía propia de caballeros. ¿Por qué defendeis á esos villanos, á esos traidores, que sólo saben conspirar, y rodean, quizás para venderle, el trono de Dimitri? No hace tanto tiempo que el fraile Ossipof se atrevió á llamar al monarca en presencia de los cortesanos, que permanecieron silenciosos, *Grichka Otropief, hijo del pecado y la herejía.*

—¡Otropief! ¡Otropief! murmuró la emperatriz con tono lúgubre.

—Y ¿pretendeis, prosiguió Mnichek sin escucharla, que nosotros tambien permanezcamos mudos cuando se le insulta, cuando se le calumnia?

Cortó las iras y el discurso del palatino un paje que sobrevino anunciando al czar.

Salióle al encuentro apresurado Mnichek; introdújole en la estancia; enseñóle con su fastuosa prosopopeya las joyas, y se despidió cortésmente, dejándole solo con su madre y con su futura esposa.

Permanecia la primera absorta en sus sombríos pensamientos; estaba la segunda trémula y confusa.

Contemplólas con sorpresa Dimitri un breve instante. Luégo se dirigió á la emperatriz, y estampó un beso en su mano, diciendo con su dulce y armoniosa voz:

—¿Qué teneis, madre mia? ¿por qué me acogeis con esta frialdad, con este desvío?

La anciana se estremeció al eco de su voz; fijó en él los ojos con apasionada ternura; pero de repente se cu-

brió el rostro con las manos, tartamudeando en voz baja:

—¡*Barnabitzis, Barnabitzis*, aparta, aparta tu engañoso espejo!

Dimitri, estupefacto, miró á Marina, quien, comprendiendo demasiado el sentido de aquella misteriosa exclamacion, dijo apresuradamente:

—Vuestra madre os ama cual mereceis, Dimitri; vuestra madre presta mayor fe, como debe, á la voz de la naturaleza y á las inspiraciones del cielo, que á los sofismas de vuestros enemigos; pero ha sido muy desgraciada, y turba su felicidad el recuerdo de las pasadas desventuras.

—¡Ah! dijo Dimitri con apasionado trasporte; nosotros harémos que las olvide completamente, ¿no es verdad, Marina? Nosotros entrelazarémos nuestros brazos para sostenerla; apoyarémos su venerable cabeza sobre nuestros corazones para que oiga sus latidos, consagrados todos á ella; la embriagarémos de continuo con nuestras palabras de amor y de consuelo...

—¡Sí, exclamó Marina con entusiasmo, sí!

Acercáronse ambos instintivamente á la anciana, y la rodearon el talle con sus brazos.

—¡Hijos mios! ¡hijos mios! gritó Marfa, estrechándolos á los dos sobre su seno. ¡Sí, sois mis hijos! ¡Que Dios haga justicia! yo, pobre mujer, sólo acierto á amaros...

Temió tener que dar una explicacion á sus palabras; temió tener que revelar á aquellos queridos séres sus dudas, sus combates; los cubrió á ambos de delirantes besos, y salió precipitadamente de la estancia.

—¡Pobre madre! murmuró Dimitri; ¡cuanto sufre!...

—Sí, porque vuestros enemigos se complacen en perturbar su razon y torturar su alma.

—¡Siempre enemigos, Marina! ¡Cuán triste es la idea de no hallar en torno de sí más que enemigos!...

—Exagerais, dijo dulcemente la jóven; yo os soy fiel, y os seré fiel hasta la muerte...

Enrojeciéronse las mejillas de Dimitri al oir estas dulces palabras; iluminároнse sus ojos con los suaves resplandores de un júbilo infinito.

—Rosas y espinas, prosiguió Marina: esta es la vida en todos los estados, en todas las condiciones.

—¡Dichosos los que sepan apreciar tanto el perfume de las rosas, que no se aperciban de las aceradas puntas de las espinas, exclamó Dimitri. ¡Ah! ¿con qué sinsabores podrá la suerte acibarar mi existencia, cuando vos consentís en ser mi buen ángel de la guarda?

—Sí, siempre, dijo Marina; por deber... y por amor...

Era la primera vez que sus labios pronunciaban este dulce nombre.

Dimitri experimentó un vértigo: parecióle que el mundo se habia iluminado de repente con una luz vivísima; parecióle que la tierra se habia trasformado en cielo.

—Os amo, repuso Marina con inefable ternura, y este amor es tan puro, que me atrevo á proclamarlo sin temor de ofender al que mora en la patria de los justos. El amor que os profeso no pertenece á la tierra, no tiene nada de comun con la materia. Es el santo amor que se profesa á la virtud, á las nobles y magnánimas prendas del alma; es el dulcísimo amor que se siente hácia los ángeles. Él tambien os amó; si os hubiese podido ver ejerciendo con tanta nobleza, con tanta dignidad, con tanta elevacion el penoso cargo de rey, os adoraria...

En breve seré vuestra esposa, y os prometo toda la ternura que el Señor nos manda tributar á aquel á quien juramos eterna fe delante de sus altares.

He querido deciros esto ántes de hablaros de cosas sérias; he querido que sepais, cualesquiera que sean los acontecimientos que puedan conturbar vuestro espíritu,

que podeis reposar la cabeza sobre el seno amante y fiel de vuestra esposa...

Dimitri no respondió: tanta felicidad le agobiaba.

Parecióle que le faltaba aire para respirar; dirigióse á la ventana, apoyó las manos cruzadas sobre el antepecho, ocultó en ellas el rostro y prorumpió en sollozos.

Marina se acercó á él.

—¿Por qué ese llanto? dijo posando suavemente la mano en su hombro.

Dimitri levantó la cabeza y la miró.

¡Ah, que por las mejillas de Marina tambien corrian lágrimas de júbilo y ternura!

Callaron ambos, embriagados por la suprema alegría de aquel momento, en que se habian fundido en uno solo sus dos leales corazones.

La luna brillaba sin celajes en el firmamento, la brisa suspiraba entre las ramas, los ruiseñores interrumpian el silencio con sus amantes quejas. Todo parecia armonizar con la santa emocion de aquellas almas, que acababan de unirse para emprender juntas su peregrinacion sobre la tierra, aceptando palmas y martirios...

—Dimitri, dijo por fin Marina, haciendo un esfuerzo para arrancarse á aquel inefable éxtasis; quisiera que no hubiera festejos para celebrar nuestro enlace.

—Yo habia pensado celebrarle de un modo especial, respondió tímidamente el jóven; yo habia pensado que, en vez de decorar las calles y plazas con arcos de triunfo, se distribuyeran abundantes limosnas á los pobres, y que ántes de la ceremonia de nuestro enlace se efectuase en el mismo templo un solemne funeral para el eterno descanso de aquel á quien tanto amamos. ¿No os parece, Marina, que nos acercarémos más alegres, más santamente satisfechos de nosotros mismos al ara nupcial, despues de haberle rendido este piadoso y público homenaje?

Tocóle su vez á Marina de ocultar el rostro entre las manos, y prorumpir en dulcísimos sollozos.

Y se renovó el silencio, que la lengua es muda cuando hablan los corazones, cuando es poderoso el sentimiento.

Y el silencio se prolongó durante mucho tiempo, brevísimo instante para los que estaban apurando las delicias de los cielos.

—Y sin embargo, dijo por fin Marina, como si respondiese á otra voz que hubiese estado hablando dentro de su corazon, tenía que hablaros de cosas muy sérias.

—¡Todavía nó, todavía nó! exclamó Dimitri apresuradamente; dejad, dejad, que todavía me embriague con el perfume de las rosas: ¡demasiado pronto vendrán á desgarrar mi corazon las aceradas espinas!

CAPÍTULO XV.

La existencia moral del hombre está rodeada de misterios; ofrece fenómenos más inexplicables el espíritu del hombre que cuantos milagros evocan la sonrisa en los labios del incrédulo. Pequeño mundo, como le llaman los filósofos, el corazon del hombre permanece cerrado á las minuciosas investigaciones de los más ilustres fisiólogos, y áun para sí mismo es un problema.

Hasta los criminales tienen á veces rasgos sublimes de abnegacion y heroísmo; hasta los más virtuosos experimentan terribles caidas, que, nó por ser pasajeras, son ménos abominables.

Un mismo pueblo sacrifica interes, reposo y vida en aras de un noble sentimiento, y pasado un instante se convierte en salvaje fiera, que sólo se complace ensangrentando sus fauces en los cadáveres palpitantes de sus víctimas.

¿No explica esto claramente el dualismo que niegan algunos con tenaz insistencia; la lucha de las dos naturalezas, divina y humana, del bien y del mal, del espíritu y la materia?

Si el hombre ha nacido únicamente para la tierra; si ha nacido únicamente para cumplir un fin material, cual es el de renovar la perpetua fiesta de la vida, que surge

de la perpetua fiesta de la muerte; si tiene únicamente sentidos para gozar, ¿por qué es tan efímero su goce?

¿Es, acaso, porque la naturaleza castiga el exceso del placer con el dolor, como afirman los filósofos modernos? Pero si limita el goce, ¿por qué no tiene límites el deseo? ¡Ah! que bien cruel madrastra sería la naturaleza si, poniendo dique á los placeres, encendiera un deseo insaciable, devorador, infinito, en el corazon del hombre, sin propósito ni objeto; si fuera así, la obra de la naturaleza sería una obra ciega, y su preconizado concierto, monstruoso absurdo.

Pero ¿por qué el hastío? ¿por qué siguen el tedio y la tristeza á la satisfaccion de los sentidos? ¿por qué ese constante anhelar? ¿Por qué esa constante prosecucion de un ideal desconocido?

El hombre que ve realizados sus más ambiciosos sueños, y áun tal vez los que ni siquiera se habia atrevido á imaginar, siente la nostalgia de las pasadas amarguras.

Sólo así se comprende que pueda existir ese azote horrible que se llama guerra; sólo así se comprenden las revoluciones que trabajan á los pueblos, en mayor proporcion cuanto es mayor su bienestar, su riqueza y su cultura.

Esto consiste, dirán algunos espíritus estrechos y positivos, en que, en los Estados, como en las colmenas, sobran holgazanes de oficio que buscan el medro en las políticas revueltas; murmuradores de oficio, que se complacen en esparcir su veneno entre las masas crédulas del pueblo. Pero las abejas matan á los zánganos que perturban el órden de su república; ¿tendrán ménos prevision, ménos cordura que las abejas, las masas populares?

Otros dicen: «Como en las enfermedades físicas toman desarrollo los niños, los pueblos necesitan las enfermedades morales para desarrollarse y robustecerse.»

Pero están muy léjos de ser las guerras, las públicas revueltas, achaques únicamente de los pueblos primitivos.

¿No es más lógico, no es más razonable pensar que estas calamidades nacen de esa inquietud de espíritu, de ese instintivo afan de mudanzas que aqueja al corazon del hombre, porque es un peregrino desterrado de su patria?

El que fué llevado á comarcas remotas cuando se hallaba todavía en la cuna, y vuelve á su país natal, en donde habitan sus padres y sus hermanos, en donde reposan el sueño eterno sus abuelos, no vive, no descansa; en su precipitado viaje deja atras las ciudades populosas sin mirarlas; pasa, sin mirarlos, de los paisajes amenos y floridos á los ásperos peñascales, porque nada le fija, nada le interesa, como no sea el campanario de su aldea, que jamás ha visto, pero cuyas invisibles campanas le llaman, murmurando sin cesar en sus oidos un concierto misterioso.

Y corre y vuela, y sube y baja, de valle en monte, de monte en valle, con los piés ensangrentados, con los ojos ciegos por el polvo del camino, corriendo y precipitándose más y más, á medida que más y más se acerca al sitio deseado.

¡Ah! ¡que el hombre no se para, no descansa, porque corre en busca de la felicidad que le aguarda en su celeste patria!

Habíanse renovado en Moscou los tristes y aciagos dias que precedieron á la catástrofe de la familia Godunof.

Las tiendas permanecian cerradas, negándose los mercaderes á vender sus mercancías á los polacos. Muchos de éstos, viendo la actitud hostil del pueblo, habian abandonado la ciudad; pero los que quedaron habian promovido algunos conflictos, obligando al Gobierno á poner centinelas en las calles para protegerlos.

A pesar de los centinelas, algunas casas habitadas por los extranjeros habian sido saqueadas é incendiadas durante la noche; habíanse hallado algunos cadáveres de personas adictas al czar, flotando sobre las aguas del Moskova.

No se daba importancia, como siempre acontece, á estos siniestros: se atribuian á rencillas personales.

Todos los que, por desgracia, hemos presenciado los grandes sacudimientos políticos, hemos visto cruzar por las calles, en los dias anteriores al motin, hombres y mujeres de aspecto torvo, que viven ocultos en sus antros en épocas tranquilas, y aparecen en esos momentos supremos, como aparecen las aves de rapiña en los campos de batalla.

Y á medida que ellos aparecen, los hombres honrados se ocultan. Los hombres de bien son como el oro, que se esconde al menor peligro.

Vemos á veces á los pajarillos precipitar su vuelo hácia abajo, rastrear sus alas sobre la superficie de la tierra: no obstante, el sol es espléndido, el cielo brillante, el aire manso y tibio: nada indica que se acerque la tormenta; pero pasa un momento, y se oye retumbar el trueno en el confin del horizonte.

Los habitantes de la gran ciudad estaban inquietos, azorados: en estos momentos supremos hay algo en la atmósfera que pesa sobre nuestro corazon y le oprime.

Palabras que se perciben y no se oyen, como si millares de espíritus invisibles las murmurasen en los aires; rumores vagos y misteriosos, que nos hacen estremecer como si experimentáramos el choque de una chispa eléctrica: el vuelo de un insecto nos asusta, nos asusta el crujir de una hoja.

El angustioso *¿qué hay?* asoma á todos los labios, se trasluce en todas las miradas. *¿Qué hay?* Nadie lo sabe,

pero se ve surgir lentamente de la tierra la esfinge, crecer, extenderse y llegar hasta las nubes.

Y las gentes corren de un lado á otro inquietas, apenadas, sin atreverse á decirse, cuando se separan, *hasta mañana*.

Y las madres estrechan á sus hijos contra su corazon, como si quisieran preservarlos de una desgracia ignorada, y los ancianos entonan con más fervor su plegaria, pidiendo á Dios, sin saber por qué, misericordia, y los hombres de negocios sólo piensan en el oscuro rincon en el cual podrán ocultar su fortuna.

Es como la marea que llega, y crece y sube con sordo rumor, hasta que forma una montaña de olas mugidoras que se precipitan á inundar la playa, llenándolo todo de confusion y espanto.

Éste era el estado de la gran ciudad, al lucir el dia 3 de Mayo de 1606, fijado para el enlace de los regios desposados.

Era un dia magnífico; el sol primaveral brillaba sin nubes en el firmamento; la naturaleza estaba vestida de gala, ostentando su rica diadema de flores; el airecillo jugueton y travieso esparcia en torno, al par que los embalsamados perfumes, la sávia vital de que rebosaba el universo.

Desde el alba, la multitud vagaba por las calles y se agloméraba en las avenidas del templo de la Asuncion, en el cual debia celebrarse la sagrada ceremonia.

Pero entre esta multitud pacífica se veian diseminados los hombres y las mujeres de mala catadura, de que ántes hicimos mencion, y se formaban aquí y allá grupos de gentes del pueblo, en cuyo centro perorabán personajes que, á pesar de su traje humilde, revelaban en sus maneras y lenguaje que pertenecian á clases más elevadas de la sociedad, defendiendo unos y calumniando otros á Dimitri, táctica admirable que siempre produce seguros

resultados, porque, pasando por el tamiz de la discusion, las acciones más nobles y más bellas pierden su valor.

Decíase que Chiuski y los principales boyardos, presos algunos dias ántes por instigaciones de los extranjeros iban á ser degollados secretamente en sus mismos calabozos; murmurábase de que se hubiesen cambiado los altos funcionarios del Estado, suponiendo que era para privar al pueblo de sus naturales defensores; achacábase la repentina salida de Moscou de los hermanos de Marina y otros polacos de valía, á que habian ido á la corte de Segismundo para pedirle un ejército que entrase á sangre y fuego en el territorio ruso y remachase el duro yugo que oprimia á sus habitantes; criticábase la ostentacion de los festejos dispuestos por el palatino, á pesar de las súplicas de su hija, diciendo que afrentaban la pobreza de la nacion.

Cuanto más absurda, cuanto más extraordinaria era una noticia, circulaba con mayor insistencia; y miéntras los unos afirmaban que el rey de Suecia habia entrado con sus tropas por un lado, los otros sostenian que era el sultan el que habia dado principio á las hostilidades por el extremo contrario, añadiendo algunos que se habian sublevado las ciudades más importantes, y atribuyendo á esto la salida de Moscou de la mayor porte de los cosacos y strelitzes.

El czar ya no se llamaba Dimitri; se llamaba Otropief, y le daban este nombre los mismos que un año ántes, á pesar de las manifestaciones de Boris, á pesar de los testimonios aducidos por sus enemigos, tiñeron de sangre las calles de Moscou para darle el de Dimitri.

¿Por qué habian cambiado de parecer? ¿era su conducta la que les habia hecho variar de opinion?

"No podia negarse al czar sumo valor, cualidades morales de una rara perfeccion, y singular habilidad en el manejo de los públicos negocios," dice un historiador.

"La existencia de Otropief, dice otro historiador, es un problema histórico que áun no ha sido aclarado, y que probablemente nunca se aclarará, habiendo sido escrita su historia por sus contemporáneos, enemigos suyos ó interesados en oscurecer la verdad: no repetirémos ultrajes que en todo tiempo se han prodigado á la desgracia; sólo sí dirémos que se manifestó superior á su suerte cuando se vió envuelto en el infortunio, y honró el supremo rango con sus virtudes y su rara magnanimidad, principal causa de su caida."

Si no era, pues, su conducta, ¿serian las acusaciones del patriarca Job y de Chiuski? Pero Job se habia mostrado siempre adversario suyo; Chiuski aspiraba al trono, el pueblo lo sabía: ¿qué valor podian tener las palabras en sus labios? ¿á qué dudar del orígen de Dimitri, cuando ya lo habia elevado al trono?

Nó; no era la duda, no era la traicion, aunque existia poderosa y terrible; no era la conducta del czar lo que habia cambiado la opinion pública: era que hacia ya un año que gobernaba las riendas del Estado, y un año, como hemos dicho ántes, es demasiado largo término para la movilidad de las pasiones humanas.

Además, Dimitri estaba más adelantado en luces que su pueblo; iniciaba la reforma que debia plantear más adelante Pedro *el Grande*; pero le faltaba crueldad para cimentarla con torrentes de sangre y montones de cadáveres, como hizo su renombrado sucesor. Queria llevarla á cabo por medio del amor y la dulzura, y su pueblo era demasiado tosco y primitivo para poder comprenderle.

Dimitri era como la temprana flor que asoma su boton delicado entre los hielos, y perece; era como la primera mariposa, que muere á impulsos del airado cierzo.

No obstante, como disipa el sol las negras falanges de la noche, disipó el malestar y la inquietud la aparicion de la régia comitiva.

El camino que ésta debia recorrer estaba cubierto de terciopelo encarnado y de ricas telas de oro; las ventanas de las casas decoradas con banderas, blasones y colgaduras de seda, recamadas de piedras preciosas, y el pavimento alfombrado de mirtos y laureles.

Al salir del palacio los nobles desposados, tronó la artillería de las fortalezas, repicaron las campanas, poblaron los aires de sonoros ecos las músicas militares, y la multitud, electrizada por todo aquel esplendor, por todo aquel estruendo, prorumpió en aclamaciones entusiastas, arrojando las damas ramilletes de flores á los piés de Marina, que estaba encantadora.

No aparecia ménos bello Dimitri, transfigurado por la embriaguez de aquel instante.

Aquéllos parecian verdaderamente los esponsales del Sol y de la Luna.

Como hemos dicho, la naturaleza en toda su pompa parecia contribuir al esplendor de la fiesta, y el sol, derramando torrentes de luz sobre las cúpulas de Moscou, las hacía resplandecer con mil fuegos, asemejándose á una iluminacion fantástica dispuesta por las hadas.

La suntuosa iglesia de la Asuncion estaba magníficamente decorada; pero miéntras, junto al altar mayor, se alzaba un rico estrado, elevábase en el centro un catafalco, circuido de altos cirios y cubierto con un paño rico de brocado, bordado en oro y perlas.

Á pesar de cuanto habian propalado los murmuradores, achacando á hipócrita doblez aquella noble inspiracion de Dimitri; á pesar de lo que tenía, en efecto, de singular la idea de fundir en una sola dos ceremonias tan distintas, los circunstantes se sintieron conmovidos en presencia de aquel túmulo, y agradecieron instintivamente al czar que hubiese querido rendir un público homenaje al elocuente tribuno.

Renovóse la memoria de sus palabras, de sus acciones,

de la fe con que sostenia el orígen de Dimitri, su derecho incontrastable al trono de sus padres.

—¡Ah! pensaban algunos; si la muerte no le hubiese arrebatado á nuestro amor, él hubiera sabido defender al jóven monarca contra sus enemigos.

Dimitri y Marina se arrodillaron delante del catafalco, y dióse principio á la fúnebre ceremonia, tan tierna y tan solemne como acostumbran serlo éstas en Rusia.

Los sacerdotes entonaban un dulce y melancólico canto, y el pueblo respondia en coro, produciendo un efecto sorprendente.

Cuando hubo terminado la ceremonia fúnebre, se empezó la de la consagracion.

Colocáronse los futuros esposos en el estrado.

El czar ocupaba un trono de oro que le habia enviado el emperador de Persia para este solemne acto, y Marina un trono de plata.

Al lado de ésta veíase á su padre, magníficamente vestido, y que dirigia á todas partes sus orgullosas miradas, como en demanda de plácemes y albricias.

A una indicacion del patriarca, las damas de la servidumbre se acercaron á la régia desposada y la quitaron la corona nupcial. Luégo la jóven, trémula y ruborosa, fué á arrodillarse á los piés del patriarca, quien le impuso la cruz santa.

Levantáronse entónces nubes de perfumes, girando en torno de los antiguos pilares de la iglesia; exhaló el órgano sus majestuosos acordes, y cien voces puras y sonoras entonaron el himno *in plurimus annos*.

Entre tanto, el patriarca echó al cuello de Marina la cadena de Monomaco, la consagró y la dió la comunion.

Luégo el czar y la czarina, ambos jóvenes, ambos hermosos, y más en aquel instante en que estaban satisfechos los más dulces sentimientos de sus almas, se acer-

caron al ara de himeneo, revestidos con la corona y con el manto imperial.

Pero cuando las manos de Dimitri y de Marina se enlazaron para formar aquella union que jamás debe romperse, resonó un grito tan doloroso en medio del silencio universal, que los circunstantes se miraron unos á otros consternados.

¿De dónde habia partido aquel grito?

Nadie lo sabía, nadie pudo adivinarlo; pero algunos aseguraban que habia salido del mismo catafalco.

La ceremonia continuó, no obstante; solo que los nuevos esposos, que ántes rebosaban de alegría, estaban pálidos, y ambos dirigian al túmulo miradas furtivas de supersticioso temor.

Del mismo modo que la novedad de la ceremonia habia disipado las preocupaciones y la inquietud de los circunstantes, aquel incidente singular las renovó, extendiéndose rápidamente de un lado al otro del templo un velo de tristeza que oprimia todas las almas.

Terminóse la ceremonia: Dimitri y Marina se levantaron, y pasaron con indecible repugnancia por delante del túmulo; pero, cuando ya iban á dejarlo atras, oyóse otro quejido, y esta vez tan lastimero, que parecia el último de un pecho que se rasga.

Marina, estremecida, se detuvo, y clavó sus incierta miradas en Dimitri, tan pálido y turbado como ella.

Entónces la jóven, presa de un extraño frenesí, se lanzó hácia el catafalco, y exclamó con voz vibrante:

—¿Quién sufre aquí? Acérquese el que sufra, y partirá consolado.

Todos se apartaron respetuosamente, y dejaron en descubierto á un hombre que estaba abrazado á uno de los pilares en que se apoyaba el túmulo, y parecia como querer identificarse con el mármol.

—¿Y bien? preguntó Marina, tranquilizándose á la

vista de un sér humano; hablad, pedidme la gracia que querais, y cualquiera que sea, juro otorgárosla.

—Señora, dijo una voz tan débil y trémula, que más que voz parecia un suspiro; si algun dia, lo que Dios no permita, fuérais muy desdichada; si os abandonasen todas las felicidades, todas las ilusiones de la vida, acordaos de Kosma-Minin, é id á buscar consuelos entre sus brazos.

—Acercaos, acercaos; ¿quién sois? exclamó Marina fuera de sí. ¡Oh! ¡yo conozco esa voz; acercaos!...

El hombre, léjos de obedecerla, se adheria con más ahinco á la columna; pero sus ojos se fijaron en Marina, y brillaron en medio de la semioscuridad que le cercaba como dos centellas...

Marina soltó un agudo gritó, y cayó desmayada en los brazos de sus damas.

El momento de confusion que sucedió á esta rapidísima escena es indescriptible.

Los que estaban más cerca se agolparon en torno de Marina; los que se hallaban más distantes creyeron que ya habia estallado el motin, y se dispusieron á la fuga.

Oyóse una voz de mujer, que dijo:

—¡*Han muerto á la emperatriz*!

A estas palabras, apoderóse un terror pánico de la muchedumbre, y ciega, desatentada, entregada á un espantoso vértigo, acudió á las puertas, formando murallas que impedian el paso con sus mismos cuerpos.

Gritaban las mujeres, vociferaban los hombres, atropellándose todos, pasando por encima los unos de los otros, sin cuidarse de las víctimas que dejaban á su paso.

Sólo la voz de Dimitri, que, dominando el tumulto, retumbó clara y sonora por todos los ámbitos de la iglesia, pudo llevar la calma á los ánimos é impedir que hubiese nuevas desgracias.

En cuanto al presunto autor del conflicto, cuando el czar, en los primeros momentos, se abalanzó al túmulo, el patriarca Job le aseguró que habia sido preso por sus familiares, y encerrado en una estancia del mismo convento.

Mas ¡ah, que la brillante fiesta se hallaba ya conturbada!

Los que habian podido salir de la iglesia, habian llevado ya el espanto y la confusion á las calles y las plazas, y la régia comitiva regresó á palacio en medio de un sepulcral silencio.

CAPITULO XVI.

El que Job habia mandado prender, creyéndole autor del conflicto, era Alejo.

Job se habia apresurado á aprovechar la ocasion de apoderarse del que era el amigo más adicto que tenía el czar, y el más encarnizado enemigo suyo.

Paseábase Alejo como fiera enjaulada por la estancia que le servía de encierro, soltando inarticulados gritos de rabia y desesperacion.

Sólo una esperanza le alentaba: el hijo mayor de Eduvígis, dean, como sabemos, de la catedral, que era quien le habia facilitado la entrada en el templo, y le habia ocultado entre los pliegues del paño mortuorio, quizás, contrarestando las órdenes del patriarca, iria á libertarle.

Pero el tiempo pasaba, y la puerta de la estancia permanecia cerrada.

Cuando por último se abrió, haciendo palpitar de júbilo el corazon del jóven, fué Alejandra la que apareció en sus umbrales.

Venía pálida, trémula, conmovida.

Acercóse á Alejo con ademan humilde, casi suplicante.

—Nuestra última entrevista fué muy amarga, murmuró con tiernísimo acento; ¡plegue á Dios que pueda hallar ahora el camino de tu corazon!...

—Dejadme salir de aquí, y os deberé más que la vida, prorumpió Alejo con ímpetu.

—Es preciso que te revele un secreto... que tal vez nunca me sería ya dado revelarte... Los momentos son supremos... el que arroja una flecha envenenada, ignora si volverá á clavarse en su propio corazon... ¡Ah! ¡tú no sabes lo que sentí al verte hace poco en la iglesia!... ¡Alejo, Alejo! ¿nada habla en tu alma á favor mio?

Acercóse á él con un movimiento apasionado; tendió los brazos, como si quisiera aprisionarle en ellos; pero el jóven se desvió con un ademan brusco é instintivo.

—¡Ah! exclamó Alejandra, me aborreces... ¡lo sé!...

Dejó caer los brazos á lo largo de su cuerpo; permaneció muda, desalentada, absorta en su dolor.

De prontó gritó con todo el trasporte de sus violentas pasiones:

—¡Hijo mio!... Alejo... ¡eres mi hijo!

—¿Qué nueva asechanza es ésta? exclamó el jóven con acento receloso.

—Eres mi hijo, prosiguió Alejandra anhelante; el hijo de Boris Godunof, el que Chiuski abandonó por su órden sobre las gradas de una iglesia... ¡Eduvigis me lo ha revelado todo!...

Conmovióse Alejo vivamente: brilló en sus ojos un rayo de alegría...

—¡Mi madre! exclamó; ¿será posible?...

Pero entónces, repuso con delirante júbilo, si sois mi madre, me dareis la libertad, permitireis que vuele al lado de mis amigos...

—¡Siempre ellos! ¡nada más que ellos! murmuró Alejandra con tono sombrío; ¡ingrato!... Pero, de hoy más, tu causa no es su causa... Escucha, escucha, y sabrás cuánto ha hecho por tí tu madre, la madre á quien desprecias...

Alejandra medía el corazon de su hijo por el suyo;

creyó atraerle á sí, sujetarle á sí por medio de la ambicion.

—Escucha, escucha, prosiguió rápidamente; se conspiraba; tiempo hacía que se conspiraba; yo era el alma del complot; pero en el momento decisivo entregué al czar la lista de los conspiradores para que, prendiéndolos y vejándolos, encendiese más y más las iras populares... Promoviendo cada dia un conflicto, le obligué á que alejase de Moscou á los hermanos de Marina y á los principales polacos.

Acusándolos de traidores, logré que hiciese salir de Moscou á la mayor parte de los cosacos y strelitz, y que cambiase los altos funcionarios del Estado... Hoy Dimitri se halla solo, sin amigos, sin defensa... ¡Mañana, si tú quieres, el emperador de Rusia se llamará Alejo Godunof!

El jóven corrió á la puerta, y empezó á golpearla con desesperada furia, gritando:

—¡Socorro!... ¡socorro!....

—¿Qué haces? ¿qué intentas? exclamó Alejandra aterrada.

—¡Que me oigan, que me abran!... ¡que me permitan revelar vuestra traicion! ¡salvar á mis amigos!

Alejandra permaneció un instante suspensa, confusa..... un torvo fuego brilló en sus miradas; una sonrisa siniestra entreabrió sus labios.

—Ven, dijo con su tono más dulce, más persuasivo; ven á mis brazos; llámame madre..... tu voluntad es la mia.... lo que tú quieras, yo lo quiero....

Corrió á ella el jóven, trasportado de alegría; pero la astuta sirena le desvió rápidamente de sí, voló á la puerta, la abrió y cerró por fuera, dejándole burlado.

Pero casi en aquel mismo instante asomó por entre los barrotes de la altísima ventana el rostro noble y expresivo del hijo de Eduvígis.

—Vengo á salvarte, Alejo, gritó con acento jovial; traigo una lima y una escala.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Tiempo hacía que la iglesia de la Asuncion habia quedado desierta; que se habian apagado las luces, ménos las que ardian en torno del catafalco; que se habian cerrado las puertas, cuando dos brazos mutilados entreabrieron el paño recamado de oro, dos ojos centellantes brillaron sobre aquel negro fondo, y una voz tristísima murmuró:

—¡Pluguiera á Dios que hubiese muerto!

Probablemente, el que habia pronunciado aquellas palabras, habria estado rendido hasta entónces á un profundo desmayo. Pero, aunque hubiese recobrado el uso de los sentidos, nó por eso permaneció ménos inmóvil, ménos abismado en la noche en que se hallaba sumergida su alma.

¡Ah! que Jorge habia querido, como siempre, sondear su herida, y era tanta la sangre que brotaba de ella, que se sentia morir.

Pasaron algunas horas más.

La luz del crepúsculo no entraba ya por los pintados vidrios de las ventanas; los rumores del dia habian ido aminorándose, extinguiéndose á lo léjos.

Jorge se habia arrodillado, y seguia inmóvil, con la frente apoyada en una de las columnas de mármol que sostenian el túmulo.

No sentia hambre ni sed, calor ni frio: no tenía conciencia del sitio en que se hallaba; no tenía conciencia de su propia vida. Sus ojos miraban sin ver; su mente carecia de ideas. A veces recorria sus miembros un temblor convulsivo, y sus dientes chocaban unos contra otros, como si le acometiera el frio de la calentura; á ve-

ces prorumpia en insensatas carcajadas, y los ecos del templo repetian sucesivamente su siniestra risa.

Las horas volaban; el mundo exterior se adormecia: pero se oia á lo léjos un sordo rumor, semejante al que produce el mar tempestuoso.

De pronto se abrió una puerta, y álguien entró en la iglesia.

Jorge se envolvió maquinalmente en el paño fúnebre.

Al cabo de un momento se abrió otra puerta, y otra persona entró en la iglesia, yendo al encuentro de la primera.

Aunque hablaban muy bajo, Jorge oyó distintamente estas palabras.

Todo va bien.... Chiuski se halla ya libre y entre nosotros..... La señal del motin será un disparo de strelitz.... La hora, las tres de la madrugada..... Así que oigas la señal, echa al vuelo las campanas....

Se separaron; salieron por las mismas distintas puertas por las cuales habian entrado, y todo volvió á quedar en silencio.

Jorge arrojó léjos de sí el paño mortuorio, y recorrió con sus miradas los dilatados ámbitos de la iglesia.

La sombra invadia sus altas naves; las efigies de los santos parecian otras tantas fantasmas medrosas suspendidas en los aires.

Jorge tuvo miedo.

¿Estoy vivo ó muerto?..... murmuró hablando consigo mismo... ¿En dónde me hallo?... ¿qué querian esos espectros? qué murmuraban esas voces? Algo funesto habia en sus palabras, porque me han despertado de mi sueño... ¿Qué decian? ¡No sé!... No acierto á darme razon de lo que han dicho... Tal vez estoy entre los muertos... ¿No he oido doblar por mí?... ¿no he oido entonar las últimas preces por el descanso de mi alma? ¿no lloraban todos por mi muerte?... Todos, y ¡ella tambien! ¡Ah, Ma-

rina! vivo, vivo, porque tu nombre no haría latir el corazon de un cadáver. Vivo, pienso, y lo comprendo todo... Chiuski está libre, y Dimitri está perdido... ¡Va á estallar una sedicion!... La señal es un disparo y el toque de campanas...

¡Oh, Dios mio, Dios mio!...

Y loco, fuera de sí, buscó los dos cayados en los que solia apoyarse, y no los halló.

Tal vez, cuando, al acercarse Marina, se habia ocultado precipitadamente entre el paño fúnebre, habrian ido rodando hasta el centro del catafalco; tal vez los habria cogido alguno para defenderse, en el momento del tumulto.

¡No los halló!

Entónces se arrastró hasta la puerta, y empezó á sacudirla frenéticamente, como si quisiera arrancarla de sus goznes.

Pero de sus brazos mutilados y de su frente manaron rios de sangre, y la puerta quedó inmóvil.

—¡Dios mio, Dios mio! clamó el infelíz con un grito desgarrador; ¡piedad, piedad, Dios mio!

Redobló sus esfuerzos; los redobló en vano...

—¡Oh espíritus elegidos, repuso delirante, venid en mi auxilio, haced que se abra esa puerta, y os prometo ir arrastrando hasta Kamschatka, y colgar un ramo de abedul en vuestra ermita santa...

Sólo el eco de las bóvedas respondió á esta imprecacion, á estos lamentos, y las estatuas gigantescas parecian insultar con su inmovilidad las súplicas de aquel corazon despedazado.

Y miéntras ellas permanecian inmóviles, seguia oyéndose á lo léjos aquel vago rumor, que iba creciendo por momentos.

El tiempo es un inflexible enemigo, que jamás concede treguas.

La campana del reloj dió un sonido, luégo dos, luégo tres...

Jorge la respondió con frenéticos aullidos, arrastrándose como un insensato de un lado al otro de las naves...

Una de las puertas laterales se abrió y se volvió á cerrar: un hombre, tal vez uno de los dos que ántes habian estado allí, cruzó la iglesia, llevando una luz en una mano, y en la otra un manojo de llaves...

Jorge se llegó silenciosamente á él y le derribó en el suelo.

El hombre huyó despavorido por donde habia entrado, pero dejó las llaves sobre el pavimento.

El primer grito de Jorge fué de triunfo; pero luégo derramó lágrimas de sangre al contemplar su impotencia.

¡Ay! las llaves estaban allí, delante de él, y no podia ampararse de ellas con sus puños mutilados.

El infeliz hizo inauditos esfuerzos para cogerlas, para meter la que le pareció en la cerradura de la puerta principal, para darla vueltas.

Su frente estaba cubierta de sudor, su boca arrojaba blanca espuma; el tiempo corria; el mugido amenazador se acrecentaba, y la puerta no se abria.

—¡Señor, Señor! exclamó otra vez, cayendo de rodillas y con los brazos extendidos; ¿por qué me abandonais de esta manera?

En aquel instante oyóse el rumor de lejanos pasos, y una de las puertas volvió á abrirse; pero esta vez apareció en su dintel un rostro amigo.

Era Alejo, que habia recobrado por fin la libertad, y acompañado de su salvador, venía á buscarle.

—¡Alejo! ¡Alejo! gritó Jorge, tendiendo hácia él sus brazos suplicantes... Alejo... una conspiracion... van á matarla. Corre... corre... Dios te envia... corre... sálvala. Es preciso que no hagan la señal... una detonacion, ¿sabes? un repique general de campanas.

—Yo impediré que éstas toquen, exclamó el jóven sacerdote desapareciendo.

—¡Pronto, Alejo, pronto!... prosiguió Jorge; vuela tú á palacio... Avísalos del peligro... pero nó por ahí... nó... llegarás ántes por la puerta principal...

Esta llave no es; la otra... Apresúrate... apresúrate, que no hagan la señal, que no la hagan, porque si la oigo, muero... ¡Abre... abre!... ¡corre... corre!...

Alejo se habia precipitado ya á la calle, dejando la puerta abierta de par en par.

—¡Oh! ¡si yo pudiese correr como él! Dios mio! sollozó Jorge; la vida por correr un solo instante!...

Salvó arrastrando el dintel de la puerta; arrastrando, bajó la escalinata.

Entónces comprendió la causa de aquel extraño rumor, parecido al que produce la marea.

La plaza estaba llena de grupos misteriosos.

Las luces de la iluminacion se apagaban; las flores de los arcos de triunfo pendian de sus ramas mustias y deshojadas; los puñales brillaban en las manos de aquellos sombríos personajes, que procuraban ocultarse en los ángulos oscuros.

A lo léjos se descubria el palacio real, por cuyas ventanas salian raudales de luz, torrentes de armonías...

Al suntuoso banquete nupcial habia seguido el baile, más suntuoso todavía.

Los de la plaza no se asombraron al ver abrirse las puertas del templo, porque aquella noche ya se sabía que era la noche de los misterios.

Jorge, arrastrándose como una culebra, se deslizaba por entre la multitud, que iba siendo cada vez más compacta.

—¡Oh! ¡si pudiera yo llegar hasta el palacio... ántes que la horrenda señal hiciese esgrimir todas esas armas! pensaba; me daria á conocer, hablaria al pueblo... Antes solia hacer milagros... ¿quién sabe?

¡Dios mio, Dios mio, dadme un poco de fuerza, y despues quitadme la existencia!

La oracion alienta.

Jorge llegó casi enfrente del palacio; pero cuando ya iba á elevar sus manos crispadas hácia el cielo para darle gracias, resonó en los aires la fatal detonacion, á la que respondieron todas las campanas de Moscou tocando á rebato.

—¡*Muera el impostor, mueran los polacos*! gritaron de todas partes.

Jorge cayó helado junto á los escombros del palacio de Boris, y no hizo un solo movimiento para sustraerse á los embates de las furiosas turbas, que surgieron de entre las tinieblas para invadir la morada de los czares.

A su frente iba Chiuski, que llevaba en una mano un Crucifijo y en la otra una espada.

Al entrar en el Kremlin, postróse ante la imágen de la Vírgen, y luégo exclamó en voz alta:

—¡*En nombre del Eterno, marchad contra el aborrecido hereje*!

—¡*Muera el impostor, muera el herèje*! gritaron los príncipes, boyardos y voievodos que le seguian.

—¡*Muera el impostor, muera el hereje*! repitió la multitud.

Y brillaron millares de picas y espadas en manos de aquellos foragidos, que acudian de todas partes, y las campanas seguian tocando á vuelo, sembrando en todos los ámbitos de la dormida ciudad la confusion y el espanto.

CAPÍTULO XVII.

La cámara nupcial estaba adornada al gusto persa.

Los divanes, forrados de costosas telas de Theran; los muros cubiertos de arabescos y pabellones de seda bordados de perlas; lámparas de formas extrañas y de vivísimos colores pendian del techo artesonado; esbeltas columnas adornadas con guirnaldas de flores y graciosos arcos le sostenian, formando una bóveda afiligranada, y en el centro de la estancia, una torre, á manera de pagoda, puesta sobre los lomos de cuatro pequeños elefantes, derramaba copiosa y cristalina lluvia en una redonda y blanca taza de mármol; en pebeteros de oro ardian los perfumes más delicados de la Arabia, y subian en vaporosas nubes á aumentar el voluptuoso misterio de aquella encantadora estancia.

Allí se habian refugiado los regios esposos, al principiar el baile.

A la sazon estaban ambos asomados á una ventana que daba á los jardines, recogiendo con inquietud los lejanos ecos que el aire llevaba hasta sus oidos.

—No temas, decia Dimitri con suave acento; todo está tranquilo; cálmate, bien de mi alma, vuelve en tí; reposa sobre el corazon que te idolatra. Los vagos rumo-

res que creias haber oido, son los acordes de la música. A pesar de los fatídicos augurios, ha pasado ya este dia sin que se haya turbado el público reposo...

—Aquel hombre, Dimitri, aquel hombre que se ocultaba entre los paños del túmulo, y que fijó en mí sus miradas... ¡Ah! sólo existia en el mundo un hombre que mirase de ese modo!

—Tu acalorada fantasía crea fantasmas por do quiera. Ese hombre está preso, y mañana le conducirán á tu presencia.

¡Ah, Marina! temo que estés pesarosa de haberme concedido tu mano, de haberme confiado tu destino.

—¡Oh! nó, dijo la jóven con viveza. He obrado como debia, y estoy segura de que él aprueba mi conducta desde el cielo. Estoy satisfecha y orgullosa de ocupar un lugar en ese corazon, que en su generosidad abarca el universo; de ser la madre de este gran pueblo, que ambos procurarémos conducir por la senda del progreso. Soy tu esposa, Dimitri; Dios ha bendecido nuestro enlace, y yo te he entregado sin reserva el corazon, como debe hacerlo una esposa cristiana.

Apoyó la ruborosa frente sobre el pecho del jóven enamorado, y fijó en él una casta y dulcísima mirada.

Hubo un instante de silencio, durante el cual ambos esposos saborearon las alegrías del paraíso.

—¡Ah! dijo por fin Dimitri; ¿quién puede haber más venturoso que yo, que todo lo alcanzo á un tiempo: amor, poder y gloria?... Me siento tan dichoso, que quisiera derramar sobre mi pueblo, sobre el universo entero, la suma de felicidad que en este instante se desborda de mi pecho. Amamos, y somos amados, Marina; somos felices, y tenemos el poder de ser felices; ¿qué mayor bien pudiéramos ambicionar sobre la tierra?

—¡Ah! suspiró tristemente Marina; ¡ah, que la felicidad no es de este mundo; que no puede ser duradera en

este mundo!... Perdona, vagos presentimientos me oprimen el corazon: no sé lo que temo, y temo...

—Alienta, amada mia. Porque unos cuantos ambiciosos, malavenidos con la paz, hayan fraguado una conspiracion, no hemos perdido el amor del pueblo.

—¡Calla! interrumpió Marina; ¿no oyes esos gritos lejanos?

A aquel extraño rumor que ántes se oia, semejante al que producen las hojas de un bosque agitadas por el viento, habia sucedido, en efecto, una confusa gritería.

—En dias de alborozo, dijo Dimitri, procurando dominar su propia inquietud, siempre hay adoradores de Baco que vagan por las calles á deshora...

—Pero ¿por qué tocan á vuelo las campanas? replicó Marina, más y más asustada. Yo creo, ¡Dios me perdone! creo que suenan tiros.

¡Dimitri, Dimitri! añadió, refugiandose en los brazos de su esposo; ¡tengo miedo!

La puerta del fondo se abrió con estrépito, y Pedro Basmanoff se precipitó en la estancia gritando:

—¡Estais perdido, señor! ¡Moscou pide vuestra cabeza!

Detras de Basmanoff habian penetrado en la estancia las damas de palacio, vestidas de blanco y coronadas de flores; los cortesanos, ostentando sus trajes recamados de oro.

La noticia de la rebelion los habia sorprendido en medio de los placeres del baile.

Agrupáronse todos en confuso desórden alrededor de Dimitri y de Marina.

—El pueblo ruge en el vestíbulo, prosiguió Basmanoff; pero he colocado algunos alemanes, algunos soldados fieles, en la escalinata y en estas antecámaras.

¡Aun podemos defendernos!

Apénas acababa de pronunciar estas palabras, cuando un gentilhombre apareció en el umbral del aposento,

intimando al czar, en nombre del pueblo, que fuese á darle cuenta de su conducta.

—Marchaos, exclamó Dimitri con altivez, y decidle que yo soy el que va á pedirle estrecha cuenta de la suya.

Se alejó, ó más bien huyó el gentilhombre, intimidado por la firmeza de su acento, y Dimitri se dispuso á seguirle.

—¡Oh, nó! exclamó Marina abrazándose á él; no vayas, no te entregues solo é indefenso á la saña de esas turbas desenfrenadas.

—Quiero ensayar la persuasion, ántes de recurrir á las armas, dijo Dimitri; quiero acordarme de que soy padre, ántes de pensar en que soy rey.

Rechazó dulcemente á Marina, salió del aposento, atravesó las antecámaras, en donde los soldados permanecian mudos y sombríos.

Abajo hormigueaba la multitud, armada de picas, de lanzas, de mosquetes y arcabuces. En lo alto de una pica llevaban un monigote, vestido como el czar, y alumbrado por cuatro hachas de viento, que difundian en torno un resplandor siniestro.

Aquella multitud gritaba, blasfemaba, rugia impaciente por lanzarse sobre su presa y destrozarla.

—¡Pueblo mio! gritó Dimitri, traspasado de dolor ante aquel horrible espectáculo.

Respondióle una descarga de fusilería.

—¡Ah! exclamó exasperado; no tendreis que habéroslo con un Godunof, y os venderé cara mi vida...

Interrumpióle otra descarga, áun más nutrida que la primera.

—¡Tregua, tregua! gritó una voz desde abajo. ¡El czar puede oir vuestras proposiciones y aceptarlas!... ¡Dejadme que le hable!

Era Alejo, que se abria paso por entre la muchedum-

bre, pálido, ensangrentado, con la espada rota, con el traje hecho girones.

Subió rápidamente la escalera, cogió á Dimitri de la mano y le arrastró consigo hasta la estancia en donde se hallaba Marina.

Al verlos entrar de aquel modo, damas y caballeros desaparecieron uno á uno, dejándolos abandonados.

—Es preciso pactar, dijo Alejo, es preciso ganar tiempo...

—Nada de concesiones contra el honor, nada contra la dignidad, interrumpió Dimitri con ímpetu.

—Basmanoff comprende las leyes del honor, dijo Marina, y es muy querido del pueblo. ¡Id, general, y que os inspire el cielo!

Apresuróse Basmanoff á cumplir el mandato de su soberana; pero apénas habia llegado á la escalinata, cuando un tal Tatichtef, á quien habia librado del destierro, le apuntó al corazon, dejándole sin vida.

Esta vil hazaña decidió de la suerte de Dimitri.

Los que guardaban la escalera huyeron, arrojando las armas; los de abajo subieron en tropel, é invadieron las antecámaras reales.

Alejo, que habia seguido á Basmanoff y presenciado la catástrofe, no perdió su presencia de ánimo.

Mandó entrar en la estancia régia á los guardias que permanecian fieles, atrancó la puerta, arrancó las colgaduras é hizo una cuerda, diciendo:

—Podeis huir por la ventana: nosotros guardarémos la puerta.

—¡Jamás! exclamó Dimitri; ¡los reyes deben saber morir, cuando no han sabido gobernar!

Los sitiadores estaban ya al otro lado de la puerta, que intentaban derribar con sus picas.

Oyóse una voz que decia:

—¡*En nombre del Eterno, marchad contra el hereje*!

—¡Chiuski, Chiuski! gritó Dimitri, retorciéndose los brazos con desesperacion; ¿quién le ha dado libertad? ¡todos traidores!

Los de fuera redoblaban sus golpes, y consiguieron abrir un boquete.

Un soldado, más atrevido que los demas, asomó por él la cabeza.

Un aleman se la cortó de un sablazo, y la cabeza fué rodando hasta los piés de Marina, tiñendo de sangre su blanca vestidura.

La infeliz lanzó un grito, y cayó desplomada sobre el pavimento.

La cuerda estaba hecha y sujeta á los barrotes de la ventana.

—¡En nombre del cielo, Alejo! exclamó Dimitri; señalando á la desmayada jóven; ¡sálvala á ella primero; yo te seguiré!

No habia tiempo qué perder.

Alejo cogió entre sus brazos á Marina y desapareció con su preciosa carga.

Casi al instante, la puerta cayó hecha pedazos, y las innobles turbas se precipitaron en el aposento.

Dimitri miró en torno de sí, y vió que, como le habian abandonado en el primer momento los cortesanos, acababan de abandonarle los soldados.

Estaba solo contra todos.

Cogió una alabarda y se apresté á la defensa.

Un diluvio de balas penetró en la estancia; pero cuando se hubo disipado la densa nube de humo, la multitud divisó á Dimitri en pié, inmóvil, con la alabarda cruzada sobre el pecho.

¡Estaba hermoso, en su actitud tranquila y arrogante!

—¡Muera el impostor! gritó Chiuski.

—¡Muera! repitieron sus secuaces.

—¡Atras, atras! gritó á su vez Dimitri, tendiendo su

alabarda; ¡respetad al hijo de Ivan IV, al ungido del Señor!...

Detuviéronse los sediciosos, subyugados por la energía de su palabra, por la altivez de su mirada ..

Pero Chiuski avanzó hácia él, enarbolando el Crucifijo, y repitiendo:

—¡*En nombre del Eterno, extermínese al hereje*!

Imposible sería describir la escena que sucedió á estas palabras.

Las fanáticas turbas quisieron circundar á Dimitri; pero la formidable alabarda cubrió el suelo de miembros palpitantes.

La lucha fué larga, terrible, espantosa.

El czar sólo cedia el terreno línea por línea, y cada línea conquistada costaba á los sublevados rios de sangre.

Las balas pasaban rozando su frente, é iban á exterminar á sus mismos enemigos.

Diríase que una egida divina protegia su existencia.

Era, sin duda, un aviso de la misericordia celeste; pero el pueblo, ciego, no lo tuvo en cuenta.

Hubo, no obstante, un momento de vacilacion, de supersticioso terror; pero Chiuski lo conjuró por último, diciendo:

—¡Muera el fraile vendido al pontífice de Roma!

Sonó una nueva descarga.

Dimitri habia llegado ya al último extremo del aposento.

La ventana estaba abierta aún; pero una mano traidora habia retirado la cuerda.

Entónces tomó una resolucion desesperada; midió con los ojos el precipicio, y se arrojó á él, pronunciando el nombre de Marina.

¡Hasta la muerte no tiene piedad para los desventurados!

Levantáronle algunos strelitz bañado en sangre, pero con vida.

Acudió el pueblo, que se entretenia en saquear el palacio, y entre insultos y maldiciones le arrastró hasta las ruinas del palacio Godunoff.

¡Ay, triste!

¡Quiso ser redentor del pueblo ruso, y como al Redentor Divino le escupieron en el rostro y le coronaron de espinas!

Irguió el infeliz su ensangrentada cabeza, y apostrofó á los que le rodeaban con tanto dolor, con tanta elocuencia, que muchos se sintieron conmovidos.

Acudieron algunos soldados, y, haciendo círculo á su alrededor, impidieron que aquellos salvajes completasen su obra.

Animóse con esto el desventurado; elevó de nuevo su voz, y logró desarmar hasta á sus mismos enemigos. Su juventud, su belleza, su infortunio, interesaron por un momento todos los corazones.

Hubo una reaccion favorable en la pública opinion, y las miradas de odio se tornaron compasivas. Un esfuerzo más, y estaba salvado.

Pero una mujer salió de entre la muchedumbre y dijo:

—Que Marfa decida la cuestion. Pongamos la suerte de ese hombre y la de Rusia entre sus manos.

Dimitri reconoció á aquella mujer; era su ángel malo, era Alejandra.

La proposicion fué aceptada, y, ¡oh irrision! Chiuski, su enemigo y competidor, partió á llevar el mensaje.

—Entre tanto, dijo uno de los strelitz que custodiaban al czar, vamos á introducirle en ese salon, en donde le darémos algunas gotas de kivass, porque está próximo á desmayarse.

Hiciéronlo así; pero áun no habian penetrado en el

derruido edificio, cuando el strelitz que habia hablado, dijo rápidamente á sus compañeros:

—Tenemos en nuestras manos la suerte de Rusia y nuestra propia fortuna.

Dimitri arrojó un grito de delirante alegría.

Aquel hombre, vestido de strelitz, era Alejo.

Éste prosiguió:

—Los cosacos que marcharon ayer, avisados por mí esta mañana, vuelven presurosos; vuelven presurosos los hermanos de Marina, que han reunido todas las fuerzas de los alrededores. Dejad que Dimitri parta, y obtendreis una espléndida recompensa.

Los soldados se adhirieron á su intento.

—Pronto, repuso Alejo, dirigiéndose á Dimitri; vestid mi uniforme; yo me pondré vuestro traje.

—Y ¿quieres que te abandone en tal peligro?

—Ésta no es cuestion de vida y muerte: es cuestion de ganar tiempo.

Marina os espera al otro lado del rio.

Han confiado vuestra suerte á la emperatriz, y una madre no puede condenaros.

Dimitri se dejó persuadir. Trocó sus vestidos con los de su amigo, y salió de la estancia.

La muchedumbre vió su uniforme y le dejó pasar.

Elevóse un grito de júbilo; Chiuski volvia con la respuesta escrita de la emperatriz.

Subióse á un trozo de columna, y leyó en alta voz:

"Yo, Marfa, esposa de Ivan IV, declaro: que he mentido al pueblo y á mi conciencia; que mi hijo Dimitri ha muerto entre mis brazos, y que, el que se titula czar, no es otro que Otropief, el innoble fraile."

—¡Cómo! exclamó Dimitri deteniéndose, ¡tambien mi madre me abandona!

El pueblo no le oyó.

Como bandadas de fieras se lanzaron rugiendo á las

ruinas, y sacaron arrastrando al que creian Dimitri.

Dimitri áun podia huir, y no quiso hacerlo á costa de la vida de su amigo.

—¡Pueblo ruso! gritó con voz de trueno; ¡aquí! ¡aquí ¡Yo soy el czar! ¡Yo soy el que queria redimiros, y merece en cambio la palma del martirio! ¡Hé aquí mi pecho desnudo, herid! ¡destrozad el corazon que rebosaba de amor hácia vosotros!

La multitud habia llegado á aquel grado de frenesí que convierte al hombre en fiera.

Soltó á Alejo, y se abalanzó al monarca.

—¡Nadie! murmuró éste con amargura, ¡nadie se apiada de mí!

En aquel momento oyó un lastimero quejido; volvió los ojos, y vió á pocos pasos de sí á un hombre de rodillas, cuyos crispados brazos estaban tendidos hácia él.

Las miradas de ambos se encontraron, y las de Dimitri expresaron un inefable consuelo.

—¡Adelante, adelante! gritó á este tiempo Alejandra, que en el más leve retardo veia un peligro para su ambicion; sólo los muertos no recobran el poder.

Un hombre del pueblo cargó su arcabuz y apuntó al monarca.

Pero Alejo habia corrido á abrazarse á él para servirle de escudo con su propio cuerpo.

—¡Mi hijo! ¡deteneos! gritó Alejandra reconociéndole despavorida.

¡Era tarde!

El tiro habia partido; la bala habia traspasado juntamente á los dos fieles amigos, y su sangre mezclada enrojecia las ruinas.

Alejandra cayó desplomada al suelo.

El cruento holocausto de aquellas dos inocentes víctimas no aplacó las iras populares.

Las turbas se diseminaron por la ciudad, blasfemando y jurando exterminar á todos los extranjeros.

¡Espantosa fué aquella noche!

Mnichek y los embajadores de Segismundo tuvieron tiempo para armarse y defenderse; los demas, cogidos de improviso, fueron inhumanamente degollados. Los diez gallardos hermanos de Marina, al querer penetrar en la ciudad con algunos de sus secuaces, perecieron todos.

Siguió el incendio al saqueo y á la matanza.

El pueblo necesitaba luces para su horrible fiesta.

Los ayes de los moribundos se mezclaban con el ruido de las descargas y el estrépito de las casas al desplomarse; el palacio real ardia; ardian los palacios de los magnates, y aquella inmensa hoguera iluminaba la ciudad con un resplandor rojizo, poniendo de manifiesto los mutilados cadáveres que nadaban en balsas de sangre humana.

Lució por fin la aurora del siguiente dia, pero no puso término á la horrenda bacanal.

Habian colocado una mesa en el centro de la plaza, destinada á las ejecuciones, y expuesto sobre ella el cadáver de Dimitri, con una máscara, una flauta y una gaita. Los restos de Alejo y Basmanoff estaban expuestos al pié de la mesa sobre un banquillo.

El pueblo, harto de sangre, se divertia en arrojar inmundicias sobre los despojos de aquel á quien habia llamado *Sol y brillante estrella de la mañana*.

Al cabo de algunas horas, Chiuski fué saludado como czar, en el mismo sitio en donde poco tiempo ántes habia puesto su cabeza sobre el tajo...

¡Monstruosidad de los juicios humanos! ¿Quién habrá que os acate ni que os tema?

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Durante la algarada, un modesto talengo atravesaba

con dificultad las calles, obstruidas de cadáveres y escombros.

Era de un honrado ciudadano de Perm, que se daba prisa en dejar aquel sumidero de crímenes y horrores.

—Padre, dijo un niño de pocos años que iba con él, ese infeliz tiene cortados los piés y las manos, y aún respira. Subámosle al carro y llevémosle á casa.

El honrado mujik, siguiendo la indicacion de su hijo bajó del carro, y colocó en él al mutilado, que empezaba á dar señales de vida.

El infeliz levantó su lánguida cabeza.

Era Jorge.

Habia presenciado las horribles escenas de la noche anterior; habia visto cómo mataban á sus dos amigos sin poder volar á defenderlos. ¿Cómo y por qué vivia?

Dios tiene en su divina mano los destinos de los hombres, y sabe por qué les conserva la existencia.

Cuando el talengo hubo traspuesto los umbrales de la ciudad, cuando el aspecto apacible y bello del campo hubo devuelto la calma al pecho de los fugitivos, el niño preguntó á su padre:

—Dimitri ¿no era bueno?

—Sí, hijo mio.

—Pues si era bueno, ¿por qué le han muerto?

—Porque la bondad y la virtud son flores delicadas, que necesitan otra atmósfera más templada para florecer lozanas. ¿Qué quieres que dé el mundo en premio á la bondad, si nada posee de espiritual como ella? Si le pides satisfaccion para los sentidos, siempre la hallarás cumplida.

La vista se recrea con bellísimos paisajes, el oido con deliciosos ecos, con aromáticos perfumes el olfato, y nada anhelamos superior á estos encantos. Pero el alma, formada de otra esencia, necesita otra cosa que no puede darle el mundo.

La virtud es una mercancía de tan alto precio, que sólo puede comprarla el que mora en las alturas: cuanto más sublime es, llega á ser más cara: ahora bien, cuando un mercader en su ciudad natal, no halla compradores para su mercancía, se ve obligado á recorrer otros lugares: los que en el mundo venden virtud, hijo mio, se ven precisados á volar al Cielo, en donde se halla el *comprador* Eterno, que lo paga á su justo precio.

Por lo demas, la tragedia que has visto representar esta noche, es la continuacion de la que ha empezado con los siglos, y se acabará con el universo.

Elevar un ídolo y arrastrarlo por el lodo; amar y aborrecer á impulsos de un frívolo capricho, de un leve interes del momento; entregar á igual olvido los agravios y los merecimientos: hé aquí la constante ocupacion de la raza humana.

¿Por qué reirnos del mal ajeno, cuando es el espejo fiel que nos representa el que nos aguarda á nosotros? ¿Por qué envidiar la ventura de los demas, cuando es el breve episodio de alegría que debe conducirlos al abismo de donde, nosotros que ya hemos apurado nuestro cáliz, vamos á salir en breve?

El mal y el bien, hijo mio, no son más que palabras, palabras tan lijeras como el polvo que es juguete de la brisa, la cual, aunque más leve, le amontona á su antojo, ó le disipa.

Pesares y alegrías, todo está pendiente de un cabello: ¿para qué afligirnos con exceso? ¿para qué ensoberbecernos demasiado? ¿para qué temer el juicio del mundo, anteponiéndolo al de Dios y nuestra conciencia, si es más inconstante y vano que las movibles ondas del Océano?

EPÍLOGO.

Habian pasado seis años: Dimitri se llamaba el fraile Otropief; pero Chiuski, atado de piés y manos, habia seguido el carro triunfal de Segismundo, rey de Polonia, y habia muerto de vergüenza y de pesar en una oscura mazmorra.

Alejandra no habia conseguido empuñar el cetro. Chiuski conocia bien sus artes y los medios de que se habia valido para abrirle el camino del trono: cuando cayó desmayada, al presenciar la muerte de su hijo, mandó á sus familiares que se apoderasen de ella y la condujeran á la fortaleza de Kaluga, en donde permaneció encerrada, sin volver á ver el sol.

Cuando entró en Rusia el ejército polaco, el gobernador de la fortaleza se resistió hasta el último momento.

El hambre era espantosa. Los soldados se comieron entre sí: luégo la peste mató á los que quedaron.

Alejandra se escapó, cubierta de asquerosas úlceras. Fué de casa en casa pidiendo un pedazo de pan, y todas las puertas se cerraron delante de ella. Se abrasaba de sed, y no halló quién le diera una sola gota de agua que calmase su amargura. Fué andando muchos dias por los campos helados. Los fétidos gusanos laceraban sus carnes, y ninguna mano piadosa curaba sus llagas.

Un dia llegó á una cabaña. La puerta estaba abierta, y entró.

Allí habia una anciana moribunda, rodeada de sus numerosos hijos, que se deshacian en llanto.

Murió bendecida.

Alejandra espiró á pocos pasos de ella, pidiendo en vano una palabra de consuelo.

¿Quién habia de compadecerla, si hasta habia causado la muerte de su propio hijo?

Al morir, vió que el cuerpo que queria cubrir con la púrpura imperial era pasto de gusanos, y como la misericordia de Dios estaba agotada para ella, no acertó á levantar sus ojos al cielo.

Como Jerusalen, como todas las ciudades que se entregan al vértigo de sus desbordadas pasiones, Moscou, desde su infame regicidio, no habia vuelto á saludar un dia tranquilo.

Cayó el imperio en el último grado del abatimiento ó ignominia: los tártaros y cosacos asolaban las provincias, dominaban los polacos en la capital, cometiendo mil exacciones y crueldades contra sus infelices habitantes.

¡Severa leccion de la historia, que debieran no olvidar jamás los pueblos! ¡Cada gota de sangre de Dimitri habia producido océanos de lágrimas y sangre!

Marina tuvo un hijo de su desgraciado matrimonio de un dia, y creyó que debia sostener los derechos de su hijo, ¡pobre niño, que, juntamente con la ilustre sangre de Rurik, habia heredado los tristes destinos de su raza!

Enérgica, activa, y dotada de superior inteligencia, supo Marina en breve agrupar en torno de su bandera cuantos corazones generosos restaban aún en aquel país degradado y envilecido. Buscó protecciones, allegó recursos, formó un ejército, dió y ganó muchas batallas, y

hubo un momento en que todos vieron en ella á la regeneradora de la patria; pero otros partidos formidables se alzaron á combatirla; unos buscando príncipes ineptos en el mismo país para ponerlos en el trono; otros mendigando por el extranjero un soberano que quisiese ceñir la postergada corona de Monomaco.

No faltaron tampoco muchos impostores que tomáran el nombre de Dimitri, reuniendo cada uno de ellos gran número de partidarios, que á tal desconcierto habia llegado el país, no habiendo dos personas que fuesen del mismo acuerdo.

Marina, vendida de nuevo, cayó prisionera y vió morir á su hijo entre sus brazos, bárbaramente asesinado.

Su partido era el único que tenía alguna vitalidad: desde entónces el desquiciamiento general fué completo. En las ciudades estallan nuevos motines á cada sol que nace; en los campos se dá cada dia una batalla, en la cual los soldados mueren sin apénas saber á quién defienden.

El aleman Olearius refiere: que en una revolucion que estalló en Moscou, á la que sucedió, como siempre, el incendio y el saqueo, llegó á tanto el desenfreno, que los soldados cargaban sus pistolas con gruesas perlas redondas.

Dios, por fin, se apiadó de aquel desgraciado país, cuyo nombre iba á quedar borrado del libro de las naciones.

En 1611, cinco años despues de la muerte de Dimitri, cinco siglos de espantosa agonía para sus verdugos, brilló sobre ellos un rayo de la misericordia divina.

Kosma-Minin, simple cortador de la ciudad de Nijni-Novgorod, segun atestigua el historiador Levesque, dió en aquellas difíciles circunstancias el ejemplo de un heroico patriotismo.

Aunque estaba luchando hacía ya cinco años con una pertinaz dolencia, galvanizó sus males el grito desolado de la patria.

Junta á sus conciudadanos, les declara que, como en otro tiempo, deben vender sus trajes, sus bienes y hasta á sus propios hijos para procurarse pertrechos y dinero.

Los habitantes de Nijni-Novgorod corren á las armas, él los precede; montado en su humilde carro, y enarbolando la bandera de la independencia, arrolla delante de sí á las amilanadas huestes de todos los partidos, como desaloja el viento impetuoso los negros nubarrones que entoldan el firmamento.

Recorre todo el territorio de Rusia entre vítores y aclamaciones, y llega triunfante hasta los ensangrentados muros de Moscou, que lleno de frenético entusiasmo le ofréce la imperial corona.

Kosma-Minin sabe lo que es la gloria, y no la acepta. El príncipe Pojarski que le ha ayudado en su generosa empresa, imita su ejemplo, y por esto la posteridad ha eternizado su memoria en mármoles y en bronces.

Por consejo de ambos, convocados los Estados en Moscou, en 1613, eligieron á Miguel, hijo de Filareto, príncipe amable y dechado de virtudes, que supo restablecer la paz, dando principio para Rusia una nueva era de prosperidad y bonanza.

Kosma-Minin, dos veces vencedor de sí mismo, vuelve á su antiguo retiro, en donde vive tranquilamente junto á su fiel Tadeo, que se ha casado con la hija de su protector, el honrado carnicero.

Una tarde, el sol se ponia, y el antiguo preboste de Nijni-Novgorod estaba sentado en el umbral de su casita rodeada de árboles y bañada por el Olga, cuando una mujer fué á postrarse á sus plantas, exclamando:

—Si la desgracia os persigue, dijo un dia una voz amiga, buscad refugio cerca de Kosma-Minin, nombre oscuro para mí entónces, nombre que despues tanto ha ilustrado la fama.

Héme aquí: mi hijo, cuyos derechos defendí hasta el

último momento, como debia hacerlo la viuda de Dimitri, mi pobre hijo ha sido asesinado sobre mi mismo seno. Mi mision ha concluido; nada me queda qué hacer sobre la tierra. Mi padre ha muerto; murieron mis hermanos; pobre, perseguida, errante, vengo á solicitar consejos y consuelos de quien se ofreció á dármelos en un dia memorable.

Kosma-Minin arrojó un grito de supremo júbilo, y la levantó amorosamente entre sus brazos.

¡Jorge! ¡Marina! exclamaron á la par, con una inflexion de voz inexplicable.

Y ambos quedaron por largo rato abrazados, sumidos en un éxtasis divino.

—¡Aun podemos ser felices! balbuceó Jorge en voz baja.

—¡Ah, que no existe la felicidad sobre la tierra! respondió tristemente Marina.

Jorge la señaló su modesta casita, iluminada por los rayos del sol poniente.

—Yo he sido soberbio, dijo, y he querido profundizar los arcanos del destino; he querido, por un acto de orgullo, corregir la obra del Artífice Supremo...

Dios me ha castigado; pero ha finalizado ya la hora del castigo.

Aquí, prosiguió con suma emocion, ocultos al mundo entero, preservados por su misma pequeñez de los sinsabores de la vida, existe para dos séres, fundidos en un solo sér amante, el reflejo de aquella felicidad que es patrimonio de los ángeles.

Ven, Marina; ven á reponerte de la pasada borrasca en este seguro puerto.

Y la estrechó de nuevo contra su palpitante corazon, é inundó de dulces lágrimas su pálido rostro, transfigurado por la dicha...

El sol, al morir, teñia de tornasolada púrpura la bóve-

da celeste; las avecillas llenaban de armonías los bosques, la brisa suspiraba acariciando las hojas de los árboles; las plateadas ondas murmuraban meciéndose entre las flores, como si la naturaleza entera celebrase la sublime comunion de aquellas dos almas que, juntas ya, debian atravesar la senda de la vida para volar juntas al Cielo.

FIN

ÍNDICE.

	PÁGINAS.
Prólogo.....	5
Capítulo I.....	11
— II.....	43
— III.....	93
— IV.....	113
— V.....	137
— VI.....	149
— VII.....	177
— VIII.....	197
— IX.....	223
— X.....	239
— XI.....	260
— XII.....	279
— XIII.....	291
— XIV.....	310
— XV.....	322
— XVI.....	336
— XVII.....	345
Epílogo.....	259

14

A. GRASI

MARINA

14.832

PROVINCIAL